





LUIS DE HOYOS SÁINZ

- Bibliografía antropológica de España.** — 1889. — (*Anales de la Sociedad Española de Historia Natural.*)
- Algunas Anomalías dentarias.** — 1889. — (*Anales de la Sociedad Española de Historia Natural y Crónica científica de Barcelona.*)
- La Hidrogeología.** — 1890.
- Notas sobre Geología y Antropología de Campó (Santander).** — 1891.
- Los problemas de la Antropología.** — 1891.
- Deux cas d'anomalie numérique des doigts.** — *Bull. de la Société d'Anthropologie de Paris.* — 1893. — (Reproducido en la *Crónica científica de Barcelona.*)
- Elementos de Derecho usual.** — Un tomo en 8.º, de 238 páginas. — Madrid, 1894. — (En colaboración con los Sres. Campo y García de Celis.)
- La segunda enseñanza.** — Folleto de *La España Moderna.* Madrid, 1894.
- Origen y emigraciones de los americanos.** — Premiada por la Colombina Onubense. — 1892.
- L'Anthropologie et la Préhistoire en Espagne et en Portugal en 1897.** — (Extrait de *L'Anthropologie*, t. IX, 1898.) Paris.
- Técnica antropológica.** — Prólogo del Dr. Antón, dibujos del Dr. Aranzadi. — Un tomo de 408 páginas. — (Recomendada por la Dirección general de Instrucción pública. Informada muy favorablemente, así como la siguiente, por las Reales Academias de Ciencias y de Medicina.) — Madrid, 1893.
- Estudio antropológico sobre el crecimiento.** — 1892. — (Con seis cuadros numéricos y tres gráficos.)
- La población y la riqueza de Toledo.** — Toledo, 1899.
- Antropología social de España.** — Problemas planteados. (En preparación.)
- Los Cántabros.** — Estudio antropológico histórico. (En preparación.)

EN COLABORACIÓN CON EL SR. ARANZADI

- Un avance á la Antropología de España.** — Con veintitrés cuadros numéricos y tres mapas. — Informada favorablemente por las Reales Academias de Ciencias y de Medicina. — Un tomo en 4.º — 1892.
- Sur l'Anthropologie de l'Espagne.** (Résumé), *Bull. de la Société d'Anthropologie de Paris.* — 1893.
- Vorläufige Mittheilung zur Anthropologie von Spanien.** — *Archiv für Anthropologie.* — Bd. XXII, p. 425-433, con 3 figuras.

- Lecciones de Antropología.** — Antropología general. — Un tomo de 500 páginas. — Madrid, 1894.
- Lecciones de Antropología.** — Prehistoria y Etnografía. — Un tomo de 238 páginas. — Madrid, 1894.
- La Nupcialidad y la natalidad en España.** — Con 26 mapas y 52 cuadros. Premio de primera clase en el IX Congreso internacional de Higiene y Demografía. Extraída en francés, alemán, inglés y polaco.

TELESFORO DE ARANZADI

- El pueblo euskalduna.** — Estudio de Antropología. San Sebastián, 1889. Con 26 bustos en fototipia, 2 contornos, 5 mapas y 11 gráficos. — (Publicado á expensas de la Excelentísima Diputación provincial de Guipúzcoa, y premiado con medalla de bronce por la Société d'Anthr. de Paris.)
- Le peuple basque.** — (*Résumé par M. Azoulay dans les Bull. de la Soc. d'Anthr. de Paris*, 1894.)
- Fauna americana.** — (Conferencia leída en el Ateneo de Madrid, 1892.)
- Observaciones antropométricas en los cacereños.** — (*An. de la Soc. Esp. de Hist. Nat.*, tomo xxiii, 1894.)
- Consideraciones acerca de la raza vasca.** — (*Euskal-erria*, tomo xxxv, núm. 577 á 580, 1896.)
- Der ächzende Wagen und Anderes aus Spanien.** — (*Archiv. für Anthr.* Bd. xxiv, págs. 215-225; con 2 fotografados y 22 figuras, 1897.)
- Der spanische Wagen.** — (Extracto del anterior en *Globus*, Bd., lxxi, núm. 12, 1897.)
- El origen del carro euskaldún.** — (*Euskal-erria* tomo xxxvi, núm. 609, 1897.)
- Setas ú hongos del Pais vasco.** — Madrid, 1897. (Texto y atlas de 41 cromolitografías.) (Premiado con mención honorífica por la R. A. de Ciencias E. F. y N. de Madrid.)
- La raza vasca.** — (*Euskalduna*, año III, núm. 84, 1898.)
- La estética de la boina.** — (*Euskal-erria*, tomo xxxviii, núm. 639, 1898.)
- El porvenir de la farmacia.** — (*La región médico-farmacéutica vasco-navarra*, año VII, núm. 155, 1898.)
- Árboles enfermos.** — (*Euskal-erria* tomo xxxix, número 653, 1898.)
- Mercado de setas.** — (*La región médico-farmacéutica vasco-navarra*, año VII, núm. 159. — (*Gaceta médica de Granada*, tomo xvi, núm. 13.)
- Ueber die Analyse gesammelter Einzel-Masse.** — (*Centralblatt f. Anthr., Ethn. u. Urgesch.*, 1899, p. 129.)

ETNOGRAFÍA

M- 10105
R- 36821

17945

Lecciones de Antropología. — Tomo III.

ETNOGRAFÍA

CLASIFICACIONES, PREHISTORIA Y RAZAS AMERICANAS

POR

LUIS DE HOYOS SÁINZ

CATEDRÁTICO Y ABOGADO
DOCTOR EN CIENCIAS NATURALES
EX PENSIONADO DE ANTROPOLOGÍA POR LA DIPUTACIÓN DE MADRID
EX ALUMNO DEL MUSÉUM D'HISTOIRE NATURELLE
Y ÉCOLE D'ANTHROPOLOGIE DE PARIS
DE LA SOCIÉTÉ D'ANTHROPOLOGIE DE PARIS
DEUTSCHE ANTHROPOLOGISCHE GESELLSCHAFT

Segunda edición, aumentada y corregida.

MADRID: 1900
ROMO Y FÜSSEL
LIBREROS EDITORES
Alcalá, 5.

MADRID



IMPRESA DEL ASILO DE HUÉRFANOS DEL S. C. DE JESÚS
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

ADVERTENCIA DEL TOMO III

La complejidad de las materias incluídas en este tomo va explicada en los prólogos de los anteriores, por la razón práctica de los particulares estudios á que cada autor nos hemos dedicado.

La *primera* parte, CLASIFICACIÓN DE LAS RAZAS, es la que menos diferencia presenta de su correspondiente en la primera edición, pues salvo la exacta revisión en las obras originales de algunos de los cuadros y la inclusión de la clasificación del Catedrático Sr. Antón, las modificaciones son escasas.

No ocurre lo propio en las otras dos partes, completamente refundida la una y nueva en esta edición la otra, pero ambas presentadas como verdaderos ensayos ó croquis de lo que debieran ser un resumen didáctico de PREHISTORIA GENERAL Y ESPAÑOLA y una exposición de las RAZAS AMERICANAS.

La *Prehistoria* está expuesta con el carácter antropológico que exige esta obra, y en ella hemos multiplicado los ejemplos que á España se refieren, exprimiendo y utilizando un sín fin de datos y relaciones que manejamos en la preparación lenta de un verdadero tratado de Prehistoria ibérica, hoy sin hacer, á pesar de la multitud de artículos, folletos y aun libros que acerca de estos temas se han publicado sobre España y Portugal; labor, claro es, de mucho más tiempo y medios científicos y materiales de los que por ahora disponemos.

Las *Razas americanas* son la mayor dificultad de la actual etnografía; y si bien los estudios americanistas constituyen un verdadero cuerpo de investigación y doctrina, falta una obra sintética que resuma y ordene lo que al estudio de los pueblos naturales de América atañe; empresa que ni podemos intentar siquiera, limitándonos á esbozar una etnografía americana fundada en parte en los estudios de nuestros escritores é historiadores de Indias, fuente la más completa y exacta de la antropología etnológica del Nuevo Continente, pudiendo utilizarla tras un análisis é interpretación más detenidos del que nosotros podíamos realizar.

Por lo anterior hemos limitado la parte de las razas americanas á una ordenación de los datos más generales acerca de ellas, sirviéndonos de base la conferencia del Sr. Antón: *Antropología de los pueblos de América anteriores al descubrimiento* (Madrid, 1892), y nuestros trabajos: *Origen y emigraciones de los americanos; Los cráneos normales y deformados del Perú en el Museum d'Histoire Naturelle de Paris y Museo de Ciencias Naturales de Madrid y L'Anthropologie et l'Ethnographie dans l'Exposition Historique Americaine de 1892.*

Si continuamos mereciendo el favor de los dedicados á estos estudios en España y América, tal vez en otra tercera y definitiva edición pudiéramos dar cima á nuestros empeños científicos.

Toledo-Matamorosa: Abril-Septiembre de 1899.

ANTROPOLOGÍA DESCRIPTIVA

PARTE CUARTA

Clasificación de las razas.

I

Fundamento y clasificaciones antiguas.

Clasificar es formular analogías y establecer diferencias: Este es el principio general que fundamenta todas las clasificaciones, y en Antropología preciso es no olvidarle y tener presente que sólo un valor didáctico pueden tener las clasificaciones de las razas, pues necesario es atender á una multitud y variedad de caracteres de todas clases y categorías, para fundar grupos algo naturales de razas, que se aproximen en lo posible á aquella grandiosa concepción de Cuvier, que veía en las clasificaciones la expresión del orden natural de la creación, hallando por el naturalista las leyes de las relaciones que unen entre sí á los diversos seres.

Nadie ha llegado, en este terreno exacto y natural de las clasificaciones étnicas, á la altura de

Quatrefages, que puede decirse ha dado la norma que ha de seguirse en el *método natural*, que es la aspiración de todas las clasificaciones en la ciencia de la naturaleza.

1. LA ESPECIE Y LA RAZA EN LAS CLASIFICACIONES ÉTNICAS. — Sabemos que la especie es el tipo ó unidad de clasificación en biología: ya se considere fija é inmutable, ó sólo como forma persistente en la evolución de las razas, siempre es tomada como patrón á la que se refieren las demás categorías de la clasificación. Uniendo las especies en grupos más elevados, aparecen categorías superiores, que abrazan relaciones cada vez más generales; así aparecen el Género, la Familia, el Orden, la Clase y el Tipo: esto es lo que pudiéramos llamar el orden ascendente, en contraposición al que tiene por objeto relacionar las categorías inferiores de la especie, ó sean las razas y las variedades, que pueden considerarse como fracciones de la unidad especie. Los principios permanecen iguales, y á medida que más se separan del tronco común, las relaciones son menos concretas, se hacen más indeterminadas y generales, porque á las relaciones de filiación y parentesco fisiológico sustituyen las de sencilla afinidad.

Como la observación en Antropología es por necesidad más exigente y minuciosa que en el resto de la Zoología; como además hay que atender á otros órdenes de caracteres que los físicos, cuales son los intelectuales y sociales, el número de grupos crece y aumenta diariamente, á pesar de no hallarse aún

conocidas y catalogadas todas las razas y tribus que pueblan la tierra. Por este motivo se precisa aceptar una *nomenclatura* más ó menos convencional, pero necesaria para fijar el valor y las relaciones de los diversos grupos. Puede comprenderse el valor de los grupos con el ejemplo del Profesor del Museo de París que decía: «Cada especie la vemos como un árbol, cuyo elevado tronco da en todos sentidos, y á diversas alturas, ramas principales más ó menos numerosas, subdivididas á su vez en ramas secundarias, ramos y ramillos. Estas ramas y ramos representan las razas primitivas, secundarias, terciarias, etc. Pero suele ocurrir que el tronco común sea desconocido, y entonces aparecen las divisiones como saliendo por separado de la tierra en que aquél se halla enterrado, y así en la especie humana dicho tronco común ha sido cubierto por los siglos, que han ocultado en una impenetrable obscuridad la historia de los primeros hombres. Así los troncos, las ramas y los ramos corresponden á los tipos étnicos, cada vez más diferenciados.»

2. VALOR RELATIVO DE LOS CARACTERES EN LA CLASIFICACIÓN DE LOS GRUPOS HUMANOS ¹. — En la exposición de los grupos de caracteres que se tienen en cuenta en Antropología, dimos á conocer el valor y la importancia relativa de los caracteres en el estudio y distinción de las razas; por tanto, in-

1 Véanse en el tomo 1 de estas lecciones los párrafos 2: De los caracteres y su importancia, y 3: Clasificación de los caracteres, páginas 72 y 77, en el cap. 1: *Los caracteres y los métodos*.

útil será decir que el mismo orden y prelación guardan en la clasificación de las mismas. Lo que si conviene fijar, es la necesidad de tomar la unión ó totalidad de todos ellos, pues de otro modo resultan agrupaciones artificiales, ya condenadas por Blumenbach al decir «que ninguna de las variaciones de color, de cara, de talla, de forma y proporciones del cuerpo que hemos encontrado y pasado revista, por considerable que parezca, tiene valor absoluto; todas se funden por grados las unas en las otras, y la clasificación de las razas que resulta *no puede ser más que arbitraria.*» Es decir, que un solo carácter, sea el que sea, no vale para establecer una clasificación.

Tomando el cabello, del que se han servido algunos autores, vemos que por la forma lisa del mismo se unen los Europeos y los Draviras, que naturalmente se hallan separados; igualmente se unen por el pelo largo liso y fuerte los Australianos y los Mogoles. El color, que también ha informado á varias clasificaciones, aun las mismas de Blumenbach y Cuvier, establece aproximaciones bastante forzadas, uniendo los Tártaros de cara oval y ojos bridados, y los Ostiakos y Burriatos, de cara redonda y ojo normal. En los negros tienen liso el cabello los Australianos, y lanoso los negros de África; son dolicocefalos los Cafres y Papúas, y braquicefalos los Negritos; tienen gran estatura los primeros, y presentan la menor de la humanidad los segundos. Por la talla tendríamos un grupo con los Patagones, Escandinavos y Polinesios, y otro con los La-

pones, Papúas y Vedas, pueblos perfectamente diferentes por los demás caracteres. Ateniéndonos á la forma de la cabeza, uniríamos á los Australianos y Esquimales, doliocéfalos, y á los Lapones y Draviras, braquicéfalos, cosa poco exacta y natural. Y así podríamos ir presentando ejemplos de los caracteres físicos, sin que hubiera uno solo que nos diera grupos naturales y homogéneos en la distribución de las razas.

La clasificación, por tanto, supone el conocimiento de todos ó la mayoría de los caracteres, pues de otro modo sólo resultará un *sistema* y no *el método natural*, que es á lo que se tiende en todas las ramas de la biología, teniendo, por tanto, en cuenta todos, absolutamente todos los caracteres, sin olvidar ninguno, calculando y aquilatando el valor de cada uno de ellos y la parte proporcional en que ha de entrar en la clasificación, pues de este modo resultarán apreciadas todas ó la mayoría de las relaciones entre las razas, que por ser relaciones de filiación y parentesco tienen tanta ó más importancia que las simples de afinidad general entre especies. Así únicamente—dice Quatrefages—dejarán de ser las clasificaciones una simple serie de nombres, para ser una verdadera sucesión de hechos.

Estudiando Topinard¹ los diversos criterios de clasificación, afirma que la clasificación sistemática ó dicotómica es una clasificación artificial para ayu-

1 P. Topinard. *L'homme dans la nature*. "Bibl. Sci. International."

dar la memoria; la clasificación por grupos naturales es el objeto y fin inmediato del naturalista, y se basa siempre en la morfología ó en la doctrina de los medios de adaptación y sus diversos grados; por último, la clasificación genealógica, á pesar de las dificultades que se deben á la hipótesis de las múltiples ramas entrecruzadas y las semejanzas por convergencia, es la clasificación del porvenir.

La consideración de los tipos étnicos se hace necesaria, no sólo porque sirvan de norma ó patrón á que referirse los grupos, sino porque es la única manera de resolver las dificultades que la fusión y el entrecruzamiento de razas lleva consigo; pues siendo la mayoría de las hoy existentes razas mixtas, hay que hacer su análisis refiriéndolas á las que puedan considerarse como más puras. Las categorías de los grupos son por hoy puramente convencionales; así las *familias* étnicas suponen algo análogo á las familias botánicas, por ejemplo, y aquí se fundan en los caracteres propios de las razas y en su distribución geográfica, que se considera en primer término en los *grupos* en que se dividen las familias; los *ramos* que comprenden varias familias son ya un grupo más elevado y sintético, pero muy homogéneo, dentro de su generalidad; á veces sólo comprenden una familia, que á su vez sólo abarca un grupo, que por sus caracteres propios y especiales puede aislarse de los que le rodean y formar una categoría aislada.

Una vez establecido el método natural, se simplifica el estudio de cada raza, que aparece relacionada

á las que la preceden y siguen, dándose á conocer por su simple colocación una gran parte de sus caracteres y relaciones; y con razón afirma Quatrefages que por una clasificación, aunque sea incompleta, se crean relaciones antes desconocidas, que originan el estudio de varios puntos antes aislados y oscuros en el conocimiento de los seres.

3. LAS CLASIFICACIONES.—Dan perfecta idea del estado de cada ciencia en el período en que aparecen, pues son como la síntesis y concreción, no sólo de los datos y estudios entonces conocidos, sino de la tendencia y dirección de los mismos; por eso es útil conocerlas y comentarlas, aunque sea brevemente, y reduciéndose la investigación á las más importantes y que han ejercido más influencia en el progreso de la Antropología. Realmente no pueden considerarse como clasificaciones los agrupamientos más ó menos naturales hechos por los egipcios al dividir los hombres en *Rot*, ó egipcios, que son los actuales Fellas del Nilo, *Namu* ó asiáticos, *Nasu* ó negros, y *Tamahu* ó rubios. Tampoco merecen el título ni de ensayos las divisiones hechas por los chinos y las genealogías dadas á conocer por la Biblia.

Aparece, según toda crítica, el primer ensayo de clasificación, sobre un criterio científico con Bernier en 1684, y aun más exactamente, con Bradley en la aplicación del método dicotómico á la separación de las razas; pero sería inútil exponer estos indecisivos ensayos, que sólo tienen valor histórico, y nos limitamos á presentar como verdaderas clasificaciones los agrupamientos hechos por Buffón y

Prichard. Decimos agrupaciones, porque realmente eso es el ensayo de *Buffón*, que, firme en su negación de las clasificaciones, sólo expone las razas y grupos humanos en forma serial, atendiendo á un orden geográfico, como pudiera hacerlo un viajero al recorrer los diversos puntos del planeta y estudiar los habitantes de cada uno de ellos; no podía, en efecto, hacer una clasificación étnica el que afirmaba que «los géneros, los órdenes, las clases, no existen más que en nuestra imaginación... No son más que términos convencionales... ¡No hay más que individuos!...» Á pesar de esto, á Buffón se debe la aplicación de la palabra raza con sentido zoológico á las variedades humanas. En su *Historia Natural*, el volumen que trata del hombre puede considerarse como el primer tratado de Antropología, y por eso los franceses consideran al autor como el fundador de la ciencia. El número de razas ó grupos en que Buffón divide al hombre, es imposible de fijar: empieza su estudio por los Lapones y Samoyedos, sigue por los pueblos boreales de Europa, desciende á encontrar los Tártaros, por los que pasa á los Chinos y Japoneses, y entra en todos los pueblos de Asia y la Oceanía, para describir después el África y terminar con los habitantes de América. Su descripción, aprovechando datos de naturalistas y viajeros, es bastante completa, aunque lo que más valor le da es el magistral estilo expositivo característico de todas sus obras; fijase especialmente en la consideración geográfica, y mejor aún climatológica, cosa en que insiste veinte

años más tarde, al publicar el *Suplemento*, afirmando que el Lapón y el Samoyedo, por ejemplo, son de la misma raza, porque viven en igual clima; al afirmar que los negros lo son por el clima, y al sentar, en general, la teoría de la influencia omnimoda de los medios en la producción de los tipos, formando así las bases del evolucionismo monogenista.

*Prichard*¹ no da tampoco clasificación sistemática, pues siguiendo á Buffón y reflejando, sin duda, la incertidumbre del valor de los caracteres en la época que la obra se escribió, se limita á dar una seriación geográfica de los grupos humanos, teniendo en cuenta los caracteres lingüísticos que dominaban entonces á los demás. Divide á la humanidad en los veinticinco grupos que reproducimos, por la importancia de la obra.

1. Raza siro-árabe ó semita.
2. Raza egipcia.
3. Raza aria (los asiático-occidentales).
4. Colonias de la raza aria en Europa.
5. Las cinco grandes razas nómadas del Asia.
6. Ictiófagos del Asia septentrional, ó habitantes de las orillas del mar Glacial.
7. Chinos é indo-chinos.
8. Aborígenes de la India.
9. Caucásicos, aborígenes del Mediterráneo y Bereberes.
10. Razas africanas que rodean el Egipto.

¹ *Researches into the Physical History of Mankind*, Londen, 1834-41, traducida al francés la primera edición con el título de *Histoire Naturelle de l'homme*; Paris, 1843.

11. Abisinios.
12. Gallas.
13. Negros del interior del África.
14. Naciones negras de Guinea.
15. Negros del África austral.
16. Negros africanos sub-ecuatoriales.
17. Razas pelágicas: *a)* malayo-polinesia, con tres grupos; *b)* negros pelágicos; y *c)* alfures.
18. Habitantes de América central.
19. Esquimales.
20. Atapascos.
21. Algonquinos é iroqueses.
22. Alegánicos.
23. Indígenas americanos del Oeste del Mississipi.
24. Americanos de la costa del Pacífico septentrional.

25. Razas de la América del Sur: *a)* Andico-peruanos. 1. Peruanos. 2 Antisanos. 3. Araucanos: *b)* Pampeanos. 1. Patagones. 2. Chiquitos. 3. Mocsos: *c)* Brasilero-guaranis.

4. LINNEO, BLUMENBACH Y CUVIER. — El verdadero creador de las clasificaciones en general, y de las étnicas en particular, fué Linneo, y á él se debe, en su *Sistema Naturæ*, la primera clasificación zoológica y étnica del hombre y sus variedades, la que puede considerarse como origen y guía de las hechas posteriormente, sea cual fuere su método y sus fundamentos.

GÉNERO HOMO.

I. *H. Sylvestris* ó *Troglodites*. Orangután.

II. *H. sapiens*.

Variet. *feros*.

» *monstruosus*.

» *americanus*.

» *europæus*.

» *asiaticus*.

» *asser* ó *africano*.

Tal es el cuadro de la clasificación de Linneo, cuyos detalles se han expuesto en el tomo I, pág. 55, al tratar de la historia de la Antropología.

Blumenbach, célebre Profesor de Gotinga, considerado con fundamento como el creador de la verdadera Antropología, dió forma y concreción en una clasificación ¹, que ha resultado clásica, á los anteriores ensayos y á las disquisiciones de los filósofos alemanes que incidentalmente se ocupaban de esta materia. Su clasificación, basada en caracteres físicos, como correspondía al autor de los métodos de investigación actual, resúmese en la siguiente tabla, que copiamos, para mostrar la concisa caracterización que puede presentarse como modelo:

Raza caucásica. — Color *albo*, blanca; cara oval recta; facciones moderadamente marcadas; frente redondeada, nariz estrecha, ligeramente encorvada, siempre saliente; pómulos no prominentes; boca pequeña; labios, particularmente el inferior, bien marcados; barbilla saliente y redonda.

Raza mogólica. — Color *gilvo*, aceitunado; cara

1 *De generis humani varietate nativa*; tercera edición.

ancha, aplastada y deprimida; facciones poco marcadas; intervalo entre los ojos aplastado y ancho; nariz achatada; pómulos redondeados, dirigidos hacia afuera; abertura palpebral estrecha, lineal, y ojos bridados; barbilla muy saliente.

Raza americana. — Color de cobre, cuprinocobrizo; cara ancha, pero no aplastada ni deprimida; pómulos prominentes; facciones más marcadas vistas de perfil; frente baja, ojos hundidos, nariz remangada y prominente.

Raza etiópica. — Color *fusco*, negro; cara estrecha, prominente en su parte inferior; frente baja, arrugada; ojos salientes á flor de cara; nariz aplastada, ancha, á veces continuada con los pómulos; labios, especialmente el superior, gruesos y abultados; mandíbulas separadas, barbilla escapada hacia atrás.

Raza malaya. — Color *badío*; cara regularmente estrecha, muy prominente en su parte inferior; vista de perfil, las facciones son más salientes y marcadas; nariz grande, gruesa y ancha (en forma de botella); boca grande.

Aparece, pues, con Blumenbach la generalizada división en cinco grupos de la especie humana, debido al aumento de la raza malaya ú oceánica sobre los cuatro grupos de Linneo; aumento y división que, si bien con carácter distinto, sigue imponiéndose hoy día, á pesar de la gran autoridad de Cuvier y lo mucho que ha influido en todas las clasificaciones la del gran naturalista francés. Otra novedad en la clasificación de Blumenbach es la

introducción de la voz caucásica en sustitución á la europea, que aplica á la primera de las razas, ó sea la blanca.

Pero con *Cuvier* vuelve, como hemos dicho, la clasificación en armonía con la exégesis bíblica, de cada pareja salvada en el diluvio una raza, y á tres, por tanto, redujo el gran anatómico las divisiones del hombre, volviendo al tipo amarillo los malayos, y no considerando como bastantes los caracteres de los americanos para formar raza y división aparte. Las tres razas fundamentales son para él, y han sido durante mucho tiempo, la blanca ó caucásica, la amarilla ó mogólica, y la negra ó etiópica; y á pesar de no ser exacta la división fundada sólo en el color, la influencia ortodoxa de Cuvier sigue dominando en muchas clasificaciones. Divide la caucásica en tres ramas: la indo-pelásgica, la aramea ó semita y la escito-tártara; de la segunda raza describe los kalmucos, manchùs, chinos, japoneses y micronesios; respecto á la subdivisión de la raza negra, nada expone en su *Reino animal*, que es donde publicó la clasificación, así como no resuelve el lugar que deben ocupar los malayos, lapones, americanos, etc.

5. RETZIUS D'HALBOY Y SAINT HILAIRE. — A *Retzius*, uno de los fundadores de la craneometría y el que primero aplicó la consideración de los índices á la distinción de las razas, se debe la siguiente clasificación ¹:

1 *Brit. Ass.*, 1846, pág. 116.

- EUROPA. 1. *Gentes dolichocephalæ orthognathæ*. — Escandinavos, germanos, galos.
2. *Gentes brachycephalæ orthognathæ*. — Laponos, fineses, eslavos y turcos.
- ASIA. 1. *Gentes dolichocephalæ orthognathæ*. — Hindos, georgianos y árabes.
2. *Gentes brachycephalæ orthognathæ*. — Samoyedos y yacutos.
3. *Gentes dolichocephalæ prognathæ*. — Chinos y japoneses.
4. *Gentes brachycephalæ prognathæ*. — Calmucos, tártaros y malayos.
- ÁFRICA. 1. *Gentes dolichocephalæ orthognathæ*. — Guanches, bereberes, nubios y abisinios.
2. *Gentes dolichocephalæ prognathæ*. — Coptos, cafres, hotentotes y toda la raza negra en general.
- AMÉRICA. 1. *Gentes dolichocephalæ prognathæ*. — Esquimales, cheroqueses, iroqueses, hurones, patagones y botocudos.
2. *Gentes brachycephalæ orthognathæ*. — Aztecas, peruvianos del tiempo de los Incas.
3. *Gentes brachycephalæ prognathæ*. — Natchez, Iovas, araucanos y peruanos.
- POLINESIA 1. *Gentes brachycephalæ orthognathæ*. — Tagalos de Manila.
2. *Gentes dolichocephalæ prognathæ*. — Australios y habitantes de la Nueva Zelanda.
3. *Gentes brachycephalæ prognathæ*. — Tahitianos y malayos.

Igual criterio, pero sin tener en cuenta la distribución geográfica, siguió el Profesor Carlos Vogt en sus lecciones sobre el hombre, agrupando todas las razas en braquicéfalas, mesocéfalas y dolicocefalas.

D'Omalius d'Halloy, célebre geólogo y antropólogo belga, fundó su clasificación, publicada en su obra *Histoire Naturelle des Races Humaines*, en la de Blumenbach, si bien mejora y completa las divisiones y subdivisiones fundándose en los grandes

progresos de la Etnografía; aplica las divisiones en ramos, ramas y familias de modo tan justo y metódico, que su clasificación tiene hoy día un verdadero valor, á pesar de los muchos años transcurridos. Á continuación transcribimos sus principales divisiones, por ser muy minuciosas las exposiciones de las últimas á que llega:

	RAMAS	FAMILIAS
<i>Blanca ó Caucásica:</i> Belleza del óvalo de la cara, y ésta proporcionada; frente saliente, nariz grande y recta; boca medianamente hendida; labios pequeños; dientes verticales; ojos grandes y cejas arqueadas; cabellos lisos, largos y abundantes; tez blanca en general. Cristianismo ó Islamismo.....	Europea	Teutona. Latina. Griega. Eslava. Erzo-cimbria
	Aramea	Vasca. Libica. Semítica. Pérsica. Georgiana.
	Escita	Circasiana. Magyar. Usálica. Turca.
<i>Amarilla ó Mogola:</i> Pómulos salientes; cara romboidal; nariz pequeña y poco prominente; ojos pequeños y oblicuos; cabellos largos, gruesos; barba rala; tez aceitunada. Budhismo ó Idolatría.....	Hiperbórea..	Lapona. Samoyeda. Inuca. Kamchadala. Inkagira. Coreaca. Esquimal.
	Mogola	Yacuta. Mogola. Tungusa.
	Sínica	Tibetina. China. Corea. Japonesa.

Parda ó Malaya: Tinte menos obscuro que la negra, pero más que la blanca y amarilla, acaso mezcla de estas dos últimas con la primera. Unos se aproximan por las formas á los blancos, y otros á los aceitunados, Islamismo, Budhismo y Brahma-nismo.....

- Etiópica { Abisinica.
Fellana.
- Inda { India.
Dravira.
- Indo-China { Birmana.
Peguana.
Siamesa.
Annamítica.
Cambódgica.
- Malaya { Malaya.
Polinésica.
Micronésica.

Roja ó americana: Frente deprimida; órbitas anchas; ojos grandes y abiertos; nariz saliente; cráneo voluminoso; cabellos gruesos, ásperos y negros; barba rala; tez variable del amarillo al rojo de cobre (Indios de América).....

- Meridional. {
 - Ándica { Quichúa.
Antisana.
Araucana.
 - Pámpica { Pámpica.
Chiquita.
Mocseana.
 - Guarani { Guarani.
Botocuda.
- Septentrional. {
 - Meridional { Lenca.
Maya.
Otomi.
Azteca.
 - Nordeste { Floridiana.
Iroquesa.
Lenapa.
Sius.
Pannisa.
 - Noroeste { Colinga.
Notcana.
Chinuca.
Tulasena.

Negra ó Etiópica: Cráneo comprimido; nariz aplastada; hocico saliente, labios gruesos; piernas arqueadas; cabellos cortos y lanosos; tez negra. Fetisismo.....

- Occidental { Cafre.
Negra.
Hotentote.
- Oriental { Papúa.
Andamana.
Malaca.

Geoffroy Saint-Hilaire fué el primero que intentó aplicar el método natural á la clasificación de las razas, y como ensayos del mismo método que él preconizó en la Historia Natural toda, pueden presentarse sus dos clasificaciones, en las que, por unas tablas de caracteres, obtiene lo que él llama razas principales y derivadas, según se fundan en una categoría de caracteres. Como resumen, sin descender á los detalles, puede verse su modo de clasificación en el siguiente cuadro:

1. Raza CAUCÁSICA. — Cabello liso, piel blanca, leptorrinos y ortognatos.

Sub-razas. — *Alegánica, hiperbórea y malaya.*

2. Raza AMERICANA. — Cabello liso, piel cobriza, mesorrinos y ortognatos.

3. Raza MOGÓLICA. — Cabello liso, piel olivácea, platirrininos y ortognatos.

Sub-razas. — *Paraboreal y australiana.*

4. Raza ETIÓPICA. — Cabello lanoso, piel negra, platirrininos y prognatos.

Sub-razas. — *Cafre y melánica.*

5. Raza HOTENTOTE. — Cabello lanoso y en grupos, negros oliváceos, platirrininos y prognatos.

6. CLASIFICACIONES POLIGENISTAS. — Todas las anteriores clasificaciones giraban sobre la concepción ortodoxa ó monogenista, considerando los grupos humanos como variedades de una sola especie; pero con Virey, á principios de siglo, se manifestó el poligenismo, considerando las categorías y divisiones del grupo humano como especies, y al hombre, en general, como un género; la clasificación

en que desarrollóse esta teoría por vez primera es debida á Virey y comprende dos especies, que se dividen en seis razas, y éstas en once familias.

GÉNERO HUMANO.	1. ^o especie: ángulo facial de más de 85°..	Blanca.....	{	Indo-árabe.
				Celto-caucásica.
		Amarilla.....	{	China.
				Calmuco-mogola.
				Laponés-ostiaca.
				Americana.
	2. ^o especie: ángulo facial de menos de 85°.	Parda obscura.	{	Malaya.
				Negra.....
		Negruzca.....	{	Cafres.
				Negros.
				Hotentotes.
				Papúas.

Algunos años más tarde, *Bory de Saint-Vincent*, fundándose en las afirmaciones de La Peyrère, de que las diferencias de las razas humanas hacen de ellas verdaderas especies, da una nueva clasificación, en la que admite hasta quince especies y un gran número de razas primitivas y secundarias, fundándose especialmente en la naturaleza de los cabellos y creando el término de LEIÓTRICOS, en el que admite once especies: la *jafélica* (con las razas caucásica, pelágica, celta y germana); la *arábica* (atlántica y adámica); la *índa*; la *escita* (turcos); la *sínica* (chinos); *hiperbórea*; *neptuniana* (malayos, polinesios y papúas); la *australiana*; la *colombina*; la *americana* y la *patagónica*. El grupo ULÓTRICOS comprende cuatro especies: la *etíope*, *cafre*, *melánica* y *hotentote*.

Desmoulins amplía y completa la anterior clasifi-

cación fundándose en varios caracteres que se complementan; eleva á 16 las especies y las caracteriza de modo exacto y preciso, marcando las razas en que se subdivide cada una de ellas. En igual criterio, y sintetizando cada una el modo de ver especial de su autor y los progresos efectuados de principios de siglo á la época en que fueron dadas á luz, están fundadas las clasificaciones de *Morton*, el gran defensor del poligenismo americano, y de Agassiz, el sabio zoólogo autor de los centros de aparición. El primero admite cinco especies, que son las de Blumenbach, y 22 razas ó familias, de las que son especialmente estudiadas las americanas; Agassiz admite lo que él llama los nueve centros de creación ú origen de las especies, que son el polinesio, el austral con los negritos y papúas, el malayo ó indio, el hotentote, el africano, el europeo, el mogol, el americano y el ártico, caracterizándose, no sólo por los caracteres de las razas humanas, sino por el conjunto de la fauna y flora, y aun de las condiciones de medio á que se deben los resultados. Hecha la crítica y consideraciones que sugiere el ensayo de Agassiz en la pág. 70 del segundo tomo de las *Lecciones*, terminase con su recuerdo el primer período de las clasificaciones, ó sea el que pudiéramos llamar primitivo ó antiguo.

II

Clasificaciones modernas.

1. MÜLLER, HÆCKEL, HUXLEY Y TOPINARD. — En realidad, con Geoffroy Saint-Hilaire aparecen las verdaderas clasificaciones fundadas ya en los nuevos métodos de investigación antropométrica; pero incluimos la clasificación del Profesor del Museo de París entre las antiguas, porque la consideramos como ensayo del método natural del que hoy es ejemplo el debido á Mr. Quatrefages.

Con las de *Müller y Hæckel* principia, pues, el nuevo período, en el que se marca últimamente un desdén hacia los verdaderos cuadros sistemáticos y se hace la descripción de las razas en un orden serial ascendente, agrupándolas en familias lo más naturales y homogéneas posible, pero realmente aisladas unas de otras, influidos tal vez los autores por la doctrina poligenista, aunque con evidente falta de lógica en la mayoría de dichas series, fundadas más bien en consideraciones puramente etnográficas que en caracteres físicos y sociológicos. La actual clasificación de Müller y Hæckel es la síntesis de las dos

primeras de dichos autores, publicada la primera en *El viaje de la Novara*, por el Profesor austriaco, y en la que hace del hombre dos especies por el carácter del cabello, y forma las divisiones inferiores en consideraciones geográfico-lingüísticas; posteriormente el célebre Profesor de Iena publicó otra clasificación muy influida por el ultraevolucionismo de que es jefe, pero que no es más que una modificación de la de Müller, y en la que hace del hombre dos especies, la una de cabellos lisos, y la otra lanosos, pero derivándose ambas de un antecesor común antropoide, que es el *Homo primigenius*. La resultante de ambas, tal como la presenta Müller en su *Allgemeine Ethnographie*, es la siguiente:

HOMO PRIMIGENIUS.	Leiotri- cos...	{	Euplocomos.	{ Asiáticos del	{ Mediterráneos.				
			Sudoeste....	{	{ Nubos.				
	Euticomos...	{	{ Asiáticos	{ orientales....	{ Mogoles.	{ Malayos.			
							{ Oceá- nicos.	{ Norte.	{ Americanos.
	Ulotri- cos..	{	{ Negros primi- tivos.....	{ Cafres.	{ Africanos.				
Lofocomos.....						{	{ Papúas.	{ Hotentotes.	

Seguramente lo artificial de esta clasificación, que recuerda los centros de origen de Agasiz, se demuestra viendo en igual grupo los celtas y draviras de un lado, y los australianos y mogoles de otro, tipos diferentes por tantos y tan varios conceptos.

Á *Huxley*, Profesor inglés en la Escuela Real de Minas, es debida una clasificación análoga en la forma á la anterior, pero basada en un criterio monogenista, en armonia con su abolengo transformista; fúndase igualmente en los caracteres del sistema piloso y se ayuda por los del color y forma de la cabeza, tratando así de constituir un método natural, si bien por no ser exacta la forma del cráneo en alguno de los grupos, resulta forzada la unión de los más dolicocefalos del globo, que son los Esquimales, con los Polinesios, que son mesaticéfalos, y los Mogoles, extremadamente braquicéfalos.

Ulotricos: Amarillo obscuro al negro; cabellos y ojos negros; dolicocefalos. Negros de Africa: Papúas.

<i>Leiotricos.</i>	}	Australoide: Piel, cabellos y ojos negros. Prognatos.....	} Australianos: negros Deccan.
		Mogoloide. {	} Mogoles, chinos, polinesios. Americanos.
		Xantocroide. {	} Eslavos, teutones, escandinavos; celtas rubios.
		Melanocroide: Color moreno: cabellos y ojos negros.....	} Iberos, celtas morenos. Bereberes.

Merece conocerse el ensayo de clasificación del *Profesor Topinard*, no sólo por la gran autoridad del autor, sino porque en él se tienen en cuenta

todos ó la mayoría de los caracteres hoy aceptados para la determinación de las razas; así acepta el índice nasal para los tres grandes grupos, separa éstos luego por los caracteres del pelo, y continúa las subdivisiones, haciendo intervenir el índice cefálico, el color y talla, de modo análogo á los métodos dicotómicos.

Leptorrinos; razas blancas {	Pelo ondulado; oval,.....	Dolicocefalos... {	Rubios.....	Altos.....	Anglo-escandinavos.
			Rojos.....	Altos.....	Fineses.
			Morenos.....	Medianos...	Mediterráneos.
Mesorrinos; razas amarillosas.....	Pelo largo, grueso, liso y circular.....	Dolicocefalos... {	Amarillos...	Bajos.....	Esquimales.
			Rojos.....	Altos.....	Tehuelches.
			»	»	Polinesios.
Platirinos; razas negras. {	Pelo recto; oval.	Dolicocefalos... {	Amarillos...	Bajos.....	Piel roja.
			Amarillentos	Medianos...	Amarillos de Asia.
			»	»	Guaranis.
Mesaticéfalos... {	Pelo lanoso, elíptico.....	Dolicocefalos... {	»	»	Peruanos.
			»	»	Australianos.
			»	»	Bosquimanos.
Braquicéfalos... {	Pelo recto; oval.	Dolicocefalos... {	Negros.....	Altos.....	Melanesios.
			Amarillentos	Pequeños...	Negros de Africa.
			»	»	»
Braquicéfalos... {	Pelo recto; oval.	Mesaticéfalos... {	»	»	Tasmanios.
			»	»	»
			»	»	Negritos.

2. MÉTODO NATURAL DE QUATREFAGES. — Ex-
puestos ya los fundamentos, conveniencia y resul-
tados de la aplicación del método natural á la clasi-
ficación de las razas, sólo nos falta presentar el apli-
cado por Mr. Quatrefages en su cuadro de clasifica-
ción, resumen de su última obra *Introduction a
l'etude des races humaines*, de la Bibliotheque Eth-
nologique.

Admite Quatrefages las tres razas ó tipos que él
llama fundamentales, que son las de Cuvier: blanco,
amarillo y negro, y dos que considera como mixtas,
y son los americanos y oceánicos; cosa indudable-
mente justa y que viene á ser lógica deducción de
no considerar los pueblos como tipo único ó puro,
sino como resultado del cruzamiento ó fusión de las
razas primitivas; la admisión de lo que él llama ti-
pos aberrantes completa este modo de ver, y así los
malayos y japoneses son tipos aberrantes, y los ame-
ricanos, mixtos, cosa hoy probada, pudiéndose afir-
mar que no hay razas puras, á causa de que el mo-
vimiento de las poblaciones trae consigo una mez-
cla constante y sin término preciso por el momento.

Razas negras ó que pueden considerarse como tales.

	RAMA	RAMO	FAMILIA	GRUPO
Tronco negro ó oliópico.	Indo-Me- lanesia.	Negrito..	Negrita.....	{ Aeta. Mincopio.
			Dravira.....	{ Central. Himalayo. Ceilandés. Trans-gangético Pérsico.
			Negrito papúa.	Caron.

RAMA	RAMO	FAMILIA	GRUPO				
TRONCO NEGRO Ó ETIÓPICO (sigue)	Indo-Melanesia. (sigue).	Tasmanio.....	Tasmanio.				
		Papúe ...	Papúa.....	Neo-guineano. Neo-hébrido.			
	Malgache.....		Sacalavos.				
	Australiana (tipo aberrante)	Propios.....		Costero. Central.			
			Neandertaloides	Adelaidos.			
	Africana	Negrillo		Gabón. Akas.			
			Nubio..... Nubia	Canori. Nuba.			
		Nigritico.	Gabonesa.....	Pongue.			
			Congeana	Congo.			
			Guineana		Malinco. Timaney. Foy. Yebú. Balanti. Yolof. Achanti.		
				Sudanesa.....		Chadiano. Nilótico. Tibú.	
					Mozambiquesa		Tarnetan. Banyai. Nyamban. Macua.
						Cafre.....	Bantú.....
				Bechuana	Makololo. Bacalahari.		
			Austroafricana (tipo aberrante.)	Saab	Quaqua	Hotentote. Namacua.	
Huzuana					Bosquimán.		

Razas amarillas ó consideradas como tales.

RAMA	RAMO	FAMILIA	GRUPO	
TRONCO AMARILLO Ó MOGÓLICO	Siberiana..	Mogola.....	Kalkas.	
			Kalmuco.	
		Tungusa....	Buriato.	
			Tunguso.	
		Mogol...	Corea.....	Manchú.
				Giliaco.
		Samoyeda...	Coreo.	Meridional.
				Boreal.
		Kanchadala.	Coreo.	Itulmán.
				Aleuta.
		Fósil....	Pampeana.	
		Tureo...	Yacuta.....	Yacuta.
				Turcomano.
		Kirguisa....	Ozbegeo.	
				Karaco.
Tibetina...	Botiaco..	Botia... ..		
		Tibetino.		
Nepalia.....	Magar.			
		Limbos.		
Birmán..	Birmana....	Birmán.		
		Karen.		
Indo-china.	Tai.....	Siamesa....		
		Siamés.		
Annamita..	Cochinchino.	Laotio.		
Chino...	China.....	Septentrionales.		
		Meridionales.		
Americana	Fósil....	Brasilera....		
		Lagoa Santa.		
		Tuski.....		
Inuit....	Esquimal...	Asiático.		
		Americano.		
		Groenlandés.		

Razas blancas ó consideradas tales.

RAMA	RAMO	FAMILIA	GRUPO	
TRONCO BLANCO Ó CAUCÁSICO	Alófila...	Fósil.....	Canstadiana.. Canstadt.	
		Canario.....	Magnoniana..	Cro-Magnon.
				Guanches.
		Asiático-america- no.....	Checa.....	Chudi.
			Golucha.....	Coriaco.
			Aina.....	Koluche.
				Japonés.
		Sínico.....		Americano.
				Malayo.
				Hindo.
				Miao-Tsés.
		Indonesio.....		Filipino.
				Sondanes.
		Caucásico	Georgiana....	Polinesio.
			Cherquesa....	Mingreliano.
Eúscaro..	Vasca	Adiges.		
		Guipuzcoano.		
		Labortano.		
Fínica...	Fósil.....	Franco-belga..	Furfooz.	
		Trucheriana..	Grenelle.	
	Finés....		Truchère.	
		Sabmiana....	Boreal.	
			Meridional.	
	Estonia.....	Estonios.		
	Finesa.....	Filandés.		
		Ostiacos.		
Semita...	Semitico.	Caldea.....	Hebreos.	
		Arábica.....	Himyarita.	
	Líbico...		Arabe.	
		Amara.....	Abisinios.	
		Egipcia.....	Egipcios.	
	Eritreana....	Bicharis.		
	Amaziga.....	Bereber.		
		Tuareg.		

TRONCO BLANCO Ó CAUCÁSICO

RAMA	RAMO	FAMILIA	GRUPO
Aria.....	Pamiro europeo.	Tadjik.	
		Céltica.....	Renano. Galo.
		Eslava.....	Eslavo. Ruso.
	Indo-europeo..	Inda.....	Mamogi. Brahmán.
		Irania.....	Persa. Afgán.
		Helena.....	Griego.
		Germana.....	Escandinavo. Alemán.

Razas mixtas oceánicas.

	RAMO	FAMILIAS	GRUPOS	
Elementos etnogénicos.	Yuxtapuestos.....		Japonés. Luchú.	
		Malayo...	Malaya occidental.....	Ilowa. Betanimen.
	Malaya oriental.....		Malayo. Protomalayo. Indomalayo. Bugui. Igorrote. Dayer. Nicobárico.	
	Fundidos	Polinesio.	Indonesia.....	Dayak. Batta.
			Polinesia.....	Occidental. Oriental.

Razas mixtas americanas.

	FAMILIAS	GRUPOS
América Septentrional...	Atabasca	{ Central. Meridional.
	Oregona	{ Chinucos.
	Californiana	{ Makelehel. Achomawí.
	Pueblana	{ Paduco. Moqui.
	Misisipiana	{ Choctaw. Crek.
	Misuriana	{ Pawni. Siux. Osago.
	Pensilvana	{ Algonquín. Lenape.
	Canadense	{ Iroqués. Cheroqués.
	Mejicana	{ Misteca. Otomi. Chichimeca.
	América Central	Guatemalteca ..
	Muizca	Choco.
	Peruana	{ Aimara. Quichúa. Yunca.
	Pampeana	{ Auca. Puelche. Charrua.
América Meridional	Chiquita	
	Botocuda	{ Botocudo. Puri.
		{ Tupi. Guaicuru. Caribe.
	Guarani	
	Patagona	{ Tehuelche. Fuegense.
	Antisana	{ Antisano. Boliviano.

Intentar hacer la crítica ó simplemente la aclaración del cuadro taxonómico de Quatrefages, equivaldría á exponer los problemas todos de la clasificación actual de las razas; y aparte de ser difícilísima tarea tan vasta, tendremos ocasión de ir la exponiendo en el estudio particular de cada grupo, puesto que siendo la clasificación adoptada por el Sr. Antón la misma de Quatrefages, algo modificada, y estando ajustado este libro á ella, ya veremos la razón y motivos de los diversos grupos al estudiar su lugar en la clasificación, así como las diferencias entre una y otra, de las que la más importante es el no incluir las razas prehistóricas entre las actuales, por no existir bastantes fundamentos para asignarles una exacta colocación.

3. LOS TIPOS ÉTNICOS FUNDAMENTALES: SU CARACTERIZACIÓN Y ÁREA DE DISPERSIÓN.—En general, puede decirse que es bastante unánime el acuerdo de los antropólogos en considerar como los tres tipos fundamentales el blanco, negro y amarillo, si bien no dando á estos nombres, ni á los sinónimos geográficos, más que un valor convencional; por tal acuerdo resulta de gran interés el estudio de los centros de caracterización, la repartición geográfica y la sucesión en el tiempo de las poblaciones primitivas correspondientes á cada tipo originario: esto lleva consigo el estudio de las razas fósiles en primer término, para poder conocer el origen de las actuales, derivadas de ellas seguramente.

El *tipo blanco* presenta un área que puede considerarse como continua en todo el Occidente y Cen-

tro europeo, en donde se han mezclado sus tres ramas Alófila, Finesa y Aria. Hay otras dos áreas más pequeñas y menos características, que son al Sud y Este los Cro-Magnon, que llegaron al Africa y las Canarias con lenguas aglutinantes, que se relacionan y llegan á transformarse en lenguas de flexión en el Este mediterráneo con los verdaderos semitas, que fueron probablemente los primeros habitantes de la región y jugaron al Sud igual papel que los fineses al Norte, pero que se han conservado más que ellos. El área del tercer grupo no es continua como las dos anteriores, pues extendiéndose desde el centro de Europa hasta el estrecho de Behring, está cortada en dos ó tres partes por infiltraciones de razas amarillas que la dividen en tres regiones. En suma, podemos considerar que el primer ramo blanco que se constituyó fué el finés, y tal vez á igual tiempo el proto-semita, siendo el ario el últimamente caracterizado. De los 1.436 millones de hombres que, según Wagner y Behm pueblan el globo, más de una tercera parte son blancos, pues pueden asignarse á este tipo unos 507 millones, ó sea el 42 por 100, que se distribuyen en una superficie relativamente pequeña, ocupan sólo el 22 por 100 del área total de las tierras, lo que da una densidad de población de 60, que es la más alta de todas.

Las *razas amarillas* ocupan una larga zona que atraviesa el Asia central de E. á O., y entran en Europa, donde se distribuyen como infiltrándose entre las blancas, dando origen á las poblaciones

mezcladas y de difícil caracterización de la Rusia central: hacia el S. y E. también está limitada la raza amarilla, ya por negros, aunque en cantidades mínimas, ya por los blancos de la India, con los que han creado pueblos mestizos. El área de expansión de los mogoles es única también, y sus primeros pueblos, que puede suponerse fueron los que hoy hablan lenguas monosilábicas, se dirigieron al Oriente y Sud, poblando el Oeste y Norte los que posteriormente se originaron y hablaron lenguas aglutinantes. Son las razas amarillas aún más numerosas que las blancas, pues llegan á 519 millones de hombres, ó sea el 44 por 100 de la totalidad, y se extienden por un área de 28 con una densidad de 50 por Asia y América.

El *tipo negro* se nos muestra hoy día como si hubiera tenido dos centros de aparición y dos áreas de dispersión, la africana y la oceánica, representadas ambas por grupos de poblaciones paralelas en sus caracteres, como lo ha demostrado Quatrefages caracterizando los negros melanesios ó insulares de las islas del Pacífico y los africanos continentales. Ahora bien; esta aparente dualidad desaparece y queda reducida á una sola área y su correspondiente centro de aparición, cuando auxiliados por los caracteres físicos y los lingüísticos y guiados por los movimientos de las poblaciones negras, reconstituimos sus emigraciones del Asia á su actual continente, y vemos que los negrillos y draviras de Asia son los antecesores de los negritos y akas africanos, que los mismos papúas y cafres cuentan una leyenda

de viajes y emigraciones que, traducida al lenguaje científico, nos da la clave de su posición actual y de sus anteriores estaciones; pero bastando ahora indicar esta especialidad de la distribución de los negros, dejamos para el estudio particular de los mismos el de sus orígenes y emigraciones. Las razas negras tienen, según los cálculos más aproximados, unos 136 millones de representantes, ó sea el 11 por 100 de la población total de la tierra, repartidos en un área y con una densidad de 18 por 100 aproximadamente.

4. CLASIFICACIÓN DEL SR. ANTÓN.—Nada mejor creemos, para dar idea de la misma, que transcribir el razonamiento que de ella hace su autor en el *Programa razonado de Antropología*, tanto en su parte general como en la propia á cada tipo ó grupo, cuyas divisiones figuran aquí bajo la forma de cuadros.

«La palabra *raza* ya no tiene un sentido genérico tan extenso como en los tiempos de Blumenbach y Cuvier. Las leyes de la Zootecnia, aplicadas á la especie humana, han reducido su significación á un valor taxonómico análogo al que tiene el género en Zoología, comprendiendo los pueb'os como sus unidades; y Quatrefages, cuya vastísima ciencia se pierde sin encontrar los límites de las razas, agrupa los pueblos en familias, éstas en ramos que se reúnen en ramas, las cuales arrancan de tres troncos ó tipos fundamentales de la humanidad, que responden á las tres grandes razas de Cuvier.

»Es indudable que la clasificación del eminente

maestro, sin ser el primer ensayo del método natural en Antropología, como pretenden los franceses, porque éste palpita ya en la clasificación de Blumenbach, es el último y más acabado entre todos los modernos, y por eso adoptamos sus líneas fundamentales como norma de nuestro programa; sin que esto signifique que le copiamos servil y ciegamente, antes al contrario, le modificamos de tal modo, sobre todo allí donde se refiere á las razas que fueron objeto directo de nuestra propia observación, que nuestra clasificación pudiéramos llamarla propia sin violación de ningún derecho reconocido.

»Claro está que es un cuadro de la ciencia de todos tal cual nosotros la hemos aprendido, ordenado y trazado según nuestro modo de ver y nuestra propia y escasa investigación. Por de pronto, aceptando los tres grupos ó tipos étnicos primordiales de Quatrefages, que son las mismas tres razas fundamentales de Cuvier, los dividimos desde luego en ramas, alterando alguna vez las del gran antropólogo; y desestimando por completo sus ramos y familias étnicas, descendemos desde la rama á la raza considerada como unidad, punto de partida de nuestro método, que pura ó cruzada nos esforzamos en determinar con exactitud y perfección.»

Separa, como se ve las razas prehistóricas de las actuales, y establece las siguientes subdivisiones:

Tronco negro.

RAMAS	RAZAS	SUBRAZAS	PUEBLOS
Micromelania.....	Negrita.....		Aetas.
			Mincopios.
Macromelania.....	Negrilla.....		Draviras.
			Sacayos.
Macromelania.....	Negrito-papúa.....		Akas.
			Akoas.
			Batúas.
			Tasmanios.
			Alfurus.
			Fatis.
Macromelania.....	Nigrítica.....		Sacalavos.
			Carones.
			Guinense.
			Sudanesa.
Austro-afri- cana.....	Cafre.....		Nuba.
			Mozambique.
			Congolesa.
Austral ¹	Austral.		Matabeles.
			Basutos.
Austro-afri- cana.....	Bosquimán.		Bechuanas.
			Hotentote.
Austral ¹	Mestizos del Africa austral.		
			Neandertaloídea.

En el tronco ó *tipo negro*, que por su distribución geográfica parece derivado de algún continente en otro tiempo alzado sobre el Océano Índico, fuera ó no la Lemuria de Cradley, desechamos la división seguida por todos los antropólogos y por nosotros durante mucho tiempo, más por razones geográficas que de orden histórico natural, y comprendemos en la misma rama *micromelánica* los dos tipos, oceánico y africano, negrito y negrillo, cuyas

¹ Austral según el Sr. Antón, á pesar de ser de Australia su derivación.

afinidades son tan evidentes, que nos cuesta trabajo describirlos según dos razas diferentes. Del mismo modo nuestra rama *macromelánica* comprende junto á la raza negritica ó africana propiamente dicha, ó cafre, la raza papúa y la tasmania. En la rama austro-africana incluimos los bosquimanos y hotentotes, y por un resto de respeto histórico colocamos aquí en una rama aislada las razas australes, que acaso forman un verdadero tronco ó tipo distinto, como ya Huxley ha propuesto.

Cuanto á los Pulos ó Fulbas son, según nuestro modo de ver, una forma de transición que nos puede explicar el enlace entre el tronco negro y blanco, porque sus caracteres intermedios no tienen una explicación fácil suponiéndolos como raza mestiza de los sudaneses y semitas.

Tronco amarillo ó mogólico.

RAMA	RAZA	SUBRAZA	PUEBLOS
Sibérica.....	Samoyeda.....	Mogólica...	Boreales.
			Kalkas.
	Tártara.....	Korai.....	Kalmukos.
			Buriatos
		Kamtchadal.	Coreanos.
			Itulmanos.
		Tungusa....	Alkanes.
			Aleutinos.
			Daurios.
			Mandchuas.
			Giliakos.
	Turca.....		Yakutos.
			Kirguisos.
			Usbegos.
			Kazakos.
			Osmanlis.
			Turcomanos.

RAMA	RAZA	SUBRAZA	PUEBLOS	
Sino-índica.	China.....		Chinos.	
			Formosos.	
	Tibetina.....		Botios.	
			Nepalios.	
			Birmanes.	
Indochina.....		Karenos.		
		Siameses.		
		Laotinos.		
		Annamitas.		
		Cochinchinos.		
Grupos aberrantes.....		Tonkineses.		
		Minongos.		
		Chamas.		
Malayo.....	Malaya.....	Indo-Malaya.	Tiangos.	
			Sumatreños.	
		Malgacha....		Madureños.
				Javaneses.
				Baliueses.
		Protomalaya.		Nicobares.
				Hovas.
				Betanimenes.
		Japonesa....		Tagalos.
				Bícoles.
Oceánias mixtas.....		Bisallas.		
		Jolcanos.		
		Nifonios.		
		Lutchús.		
		Polinesia.		
		Micronesia.		

En el tronco amarillo ó mogólico consideramos las razas boreales como formas étnicas antiguas y características por su organización inferior, y excluimos desde luego la rama americana de este tronco, porque, aunque los esquimales forman una raza diferente de las otras americanas, sus vecinas geográficamente, guarda analogía con otras dolicocefalas del nuevo mundo, junto á las cuales debe formar. En cambio le incluimos resueltamente la raza malaya, aunque como una forma de transición

entre el tipo, por su rama micromelánica y el amarillo.

Este nuevo modo de considerar la raza malaya recuerda, aunque con otro criterio mucho más experto, el de aquellos antropólogos antiguos que miraron los malayos como raza formada por la mezcla de negros y amarillos, y es más natural que el de formar con aquéllos una rama aberrante, por cuanto todos sus caracteres fundamentales aparecen como modelados dentro del tipo amarillo, aunque con reminiscencias de las formas negroideas.

No se puede negar, en efecto, la relación de los malayos con los indochinos, como tampoco, aunque más remota, la semejanza de la mayor parte de las formas americanas con las tartáricas y malayas.

Razas americanas.

RAMA	RAZA	SUBRAZA	PUEBLOS
Protoamericana.....	Esquimal.		
	Botocuda.		
	Fueguense.		
Norteamericana.....	Oregónica.....		Chinukos.
	Califórnica.....		Makelcheles.
			Achomawies.
			Yumas.
	Piel-roja....	Canadense..	Chipewayos.
			Apaches.
		Misisípica...	Sius.
			Dacotas.
			Seminolas.
			Chactas.
	Pueblense...	Moquis.	
		Comanches.	
		Paducas.	

(*Segue.*)

RAMA	RAZA	SUBRAZA	PUEBLOS
Sigue Norte- americana.)	Mejicana.....		Mistecas.
			Otomis.
Atlántico- americana.)	Pensilvánica.....		Chichimecas.
			Aztecas.
			Yucatecas.
			Iroqueses.
			Huronos.
Sudameri- cana.....	Andense....	Muisca.....	Chocos.
			Aymaras.
	Peruana.....	Quichuas.	
		Yuncas.	
		Yuracarès.	
	Caribe.....		Guarayos.
			Guaranis.
			Tupis.
			Tamoyos.
	Chiquita.....		Guaycurus.
Longoas.			
Pampense.....		Chiquitos.	
		Araucanos.	
		Puelchos.	
Patagónica..	Patagona.....		Charruas.
			Tehuelches.

Después de indicar al tratar de las razas amarillas su relación con las americanas, dice: «Cierto que en las americanas pueden suponerse vestigios de sangre negra en California, y á nuestro modo de ver de sangre blanca en pueblos tales como los iroqueses y algonquinos de la América oriental del Norte; mas puede hacerse el estudio de las razas americanas sin el previo conocimiento de las europeas, y por eso las estudiamos como apéndice y com-

plemento del tronco amarillo, al cual pertenecen la mayor parte de sus razas.

Más estudiados los indígenas del Nuevo Mundo en sus costumbres que en su caracteres físicos, todas las clasificaciones conocidas, fundadas en su mayor parte en los idiomas, como en otro tiempo sucedió respecto de las razas europeas, no pueden ser más que provisionales. En nuestro trabajo intitulado *Antropología de los pueblos de América*, separamos á los botocudos, á los fueguenses y á los esquimales en un grupo aparte de los otros americanos, que se remonta á formas prehistóricas, afirmando que en el período cuaternario antiguo, si no en el terciario, se pobló aquel continente, y en aquellos tiempos geológicos, y no en los históricos, debe buscarse el tan debatido origen de los americanos.

Respecto de las *razas oceánicas*, admitimos con Quatrefages el parentesco de los indonesios con los blancos, y desde luego afirmamos que los igorotes de Filipinas no son malayos, como muchos creen, sino indonesios, según queda puesto en claro y demostrado en nuestros trabajos de antropología publicados en el libro *Exposición filipina*, Madrid, 1887.

Tronco blanco.

RAMA	RAZA	PUEBLOS
Alófila.....	Asiático-américa.....	Koluchos. Chutchis. Koriakos. Chetkas. Miao-tzés. Chinos.
	China.....	Ekogmutos. Kubus. Todas.
	Fulba.....	Pulos.
	Indonesia.....	Igorrotes. Manobos. Dayakos.
Dolicocéfala ó marítima.....	Libio-ibérica.....	Iberos. Kábilas Canarios. Georgianos. Tcherkeses. Caldeos.
	Siro-árabe.....	Hebreos Siro-árabes. Amaras.
	Grupo indeterminado.	Iramos. Arios.
	Teuto-escandinava...	Germanos Cimbrios. Escandinavos.
Braquicéfala ó continental....	Lapona.....	Lapoñes.
	Finesa.....	Filandeses. Ostiacos. Tadjiks.
	Celto-eslava.....	Eslavos. Bávaros. Saboyanos. Armoricanos. Irlandeses.

En el tronco *blanco* ó *caucásico* puede aceptarse con Quatrefages la rama alófila, ya creada, aunque

con otros alcances, por Prichard para los indonesios y pueblos más ó menos parecidos; pero no sabemos hasta qué punto pueden incluirse en ella los bascos, que son, á nuestro entender, resto de una gran raza que puebla todavía el Atlas, donde la hemos estudiado en algunas kábilas de Marruecos, y se extendió por los alrededores del Mediterráneo, formando mezclada con la semítica, el pueblo egipcio de la antigua civilización, con la celto-eslava, el pueblo romano, que constituyó además el antiguo pueblo íbero, como puede verse en la colección de cráneos del Museo de Ciencias Naturales procedentes de cavernas y antiguos enterramientos de la Península, y que se observa aun hoy pura en numerosos ejemplares de la población dominante en toda la cordillera cantábrica, desde el Pirineo hasta las costas de Galicia.

Dejando á un lado los indonesios y á los chinos, koluchos, chutchis y miaotzés para ulteriores investigaciones, los pueblos blancos restantes deben agruparse en dos grandes ramas distintas; la rama braquicéfala loponoídea con las tres razas lapona finesa y celto-eslava, y la doliocéfala mediterránea y báltica, dividida en tres razas, siro-árabe ó semítica, libio-ibérica ó camítica y cimbra ó celto-escandinava.

PARTE QUINTA

Prehistoria.

I

Definiciones y clasificaciones.

Expuesto ya en la *Técnica Antropológica*¹ lo que á la importancia y carácter de la Antropología prehistórica se refiere, bástanos sólo ocuparnos aquí de las razas prehistóricas como introducción al estudio de las actuales, y para estudiarlas tenemos que exponer el criterio en que se informa su estudio y las clasificaciones que en las edades primeras del hombre se han intentado y seguido.

1. PREHISTORIA Y PROTOHISTORIA. — Ampliados considerablemente los límites de la historia primitiva de los orígenes de la humanidad, aparecen como partes anteriores y base, al menos en el tiempo de la *Historia*, la *Protohistoria* y la *Prehistoria*,

¹ Página 40, *Ciencias derivadas*, y 65, íd. Debe verse también como introducción á esta parte el cap. v, *Antigüedad del hombre*, del tomo II, *Etnología*, en cuyo párrafo segundo, página 58, y tercero, pág. 61, se completan la historia de la Paleontología y Arqueología prehistórica.

ó sea lo que antes y hoy algunos llaman Arqueología prehistórica, sin tener en cuenta que no sólo de objetos, no únicamente de productos de la industria humana trata, sino que debe buscar el artífice y agente de esos restos, reconstituyendo la vida de las sociedades primitivas como el historiador lo hace con las que entran en su dominio, tratando de conocer el sujeto de la historia primitiva en todos sus aspectos y condiciones sociales, físicas y psicológicas.

Pero como hoy las ciencias no se fundan tanto en el objeto de su estudio como en los métodos y procedimientos de investigación, resulta necesario sustituir al criterio propio y exclusivo del historiador el del antropólogo y el naturalista, siendo á éste con toda certidumbre al que corresponde trazar los primeros pasos de la historia humana, así como traza la vida toda de los animales; y es que resulta estrecho el criterio del historiador en su concepto actual para estudiar las sociedades primitivas, que necesitan los amplios puntos de vista de la sociología comparada y que reducen á un elemento auxiliar el estudio de los productos del arte humano ante la gran importancia que el conocimiento de su sucesión y desarrollo tiene: por eso el criterio geológico y paleontológico, que nos da la colocación y superposición de los yacimientos en que se hallan los restos del hombre y de su industria, y nos muestra cuál era la vida que se desarrollaba en cada período, son hoy los dos elementos que sirven de base á la Prehistoria y que justifican que el na-

turalista, y no el historiador, trace las primeras páginas de la historia de la humanidad.

La *Prehistoria* es, pues, por su etimología, la ciencia que se refiere á las edades anteriores á la historia, ó mejor á los documentos históricos, y trata del origen y desarrollo de la humanidad antes de todo documento escrito, figurado, y aun de las tradiciones y leyendas. Posterior á ella, y antes que la verdadera historia, hay un periodo indeciso y variable que constituye la llamada *Protohistoria*, ó sea la primera historia, ya fundada en alguno de los medios que sirven de base á la historia. Quieren algunos llamar indistintamente de un modo ó de otro á los dos periodos, y aquí en España, por la gran autoridad del que implantó dichos estudios, nuestro maestro, el sabio Vilanova, síguese ese criterio, que conviene abandonar. Pretenden otros, siguiendo la opinión del Congreso de Antropología prehistórica celebrado en Spezia, llamar á todo Paletnología, voz abreviada de Paleoetnología, ó sea Paleontología humana, pero parécenos que esta palabra es realmente más concreta y trata sólo del estudio de los restos fósiles del hombre.

Es por hoy la Prehistoria el término de transición entre la Historia natural y la Historia social que, como Sociología, amplía, si no sustituye á veces á la Historia clásicamente considerada, y la corresponde ¹ «la averiguación y determinación de las razas constituyentes — de los pueblos civiliza-

1 M. Antón: *Programa razonado de Antropología*, pág. 16.

dos—y la influencia de éstas en el carácter y forma de su civilización, y, por tanto, la de aquel periodo de la primitiva existencia de la humanidad sin historia escrita ni trazada en monumentos artísticos, que comprende lo que con bastante propiedad se llama por todos su prehistoria, y con más todavía debiera llamarse Paleoetnología, según propuso Mortillet, el más conocido y celebrado de los prehistoriadores franceses. Y como no siempre en la evolución gradual, lenta y sucesiva de la humanidad pueden trazarse con líneas fijas y visibles los límites donde termina la prehistoria y comienza la historia, se admite en ocasiones un otro período de enlace y transición conocido universalmente con el nombre de protohistoria. De nuestro eximio historiador Sr. Menéndez Pelayo hemos oído como norma la más clara para distinguir la prehistoria de la historia propiamente dicha, que empieza esta última en un pueblo cualquiera donde aparece la cronología deducida de monumentos escritos.»

«Sometida la Prehistoria á la Geología, se desarrolla naturalmente examinando la dudosa existencia de la especie humana en el período terciario y su real y positivo hallazgo en el cuaternario antiguo, ya en sus propios residuos ó en los restos de su industria depositados en los estratos ó en las cavernas, ajustando su antigüedad á la vaga cronología fundada en la sucesión de las especies de los grandes mamíferos extinguidos, emigrados ó vivos, y, finalmente, en el cuaternario moderno ó periodo geológico actual, dentro de cuyos límites

fijamos la antigüedad relativa por el desarrollo progresivo de la industria en cada región, según la piedra y el cobre, el bronce y el hierro encontrados en los distintos yacimientos del antiguo y del nuevo Continente; paraderos y palafitos, cavernas, monumentos megalíticos, mounds ó terromontes, chulpas, simples sepulturas y estaciones en campo abierto, procedan estas últimas de la destrucción de lugares habitados ó de cualquier otra formación de proceso terrestre ó del arte humano.»

2. EL HOMBRE FÓSIL. — La voz fósil indica y expresa claramente los restos de seres orgánicos enterrados naturalmente en los estratos terrestres y conservados por la mineralización que han sufrido. A Bernardo de Palisy cabe la gloria de haber explicado el verdadero carácter de los fósiles considerados como juegos de la naturaleza, formas debidas á la plasticidad de la tierra y á la influencia de los astros; teorías todas que trataron de explicar la existencia de los fósiles hallados ya en la antigüedad y Edad Media. Conocida ya su naturaleza, faltaba conocer el modo de formarse, y atribuyéronse todos á los animales extinguidos por el Diluvio, y hallándose restos de grandes mamíferos que no podían determinarse, asignáronse á gigantes antediluvianos por varios naturalistas y filósofos, entre los que figuran los españoles Feijóo y Torrubias y más particularmente por Scheuchzer, que llamó *Homo diluvi testis* á los restos de una gigantesca salamandra. Pasando por vicisitudes inherentes á la gravedad del asunto, llega la cuestión del hombre fósil á

Cuvier, que niega en absoluto la existencia de sus restos, no dando crédito ni prestando atención á varios descubrimientos de huesos humanos que en Francia y la Gran Bretaña se habian hecho á principios de siglo. Ni los hallazgos de Tournal y Christol en cavernas del Mediodía de Francia fijaron tampoco la atención del gran anatómico, pues por el hecho de ser en cavernas nególes autenticidad de yacimiento, asegurando que éste era irregular y removido; igual desdén merecieron los trabajos del geólogo Ami-Boué, que extrajo huesos y envió á Cuvier para que éste afirmara que debían proceder de un cementerio. Verdad es que el no haberse hallado restos fósiles de monos explicaba la incredulidad de Cuvier para con los del hombre, pues tal *hiatus* rompía la sucesión y orden de aparición de los animales á través de las capas terrestres.

Pasando por alto las tentativas de Schmerling, Aymard, Lund y otros, llégase á los trabajos de Boucher de Perthes, ya expuestos, y que fijan definitivamente la existencia del hombre fósil, después de la controversia de los sabios ingleses y franceses sobre la autenticidad de algunos descubrimientos.

Aparece en realidad el hombre como término y remate de la evolución de la vida en el globo, constituyendo el paso de la Historia natural á la humana y dando la transición de la Geología á la Historia por esta rama intermedia de la Prehistoria. La historia de la tierra, prescindiendo del período cosmogónico ó planetario, y considerándola después de constituida y cuando empiezan las formaciones se-

dimentarias, comprende varios períodos, de los cuales conviene tener idea, si bien sólo los últimos son de inmediata importancia en nuestro estudio.

Aparece la vida en los terrenos primarios, si bien con formas sencillas y homogéneas, que se van diferenciando, y de las que hoy guardan sus representantes en los estratos silúricos y carboníferos, dando muestra de aquellas organizaciones que vivían en océanos inmensos, en tierras bajas y atmósfera cargada de gases y mantenida á elevada temperatura. En la era secundaria, y distribuyéndose en sus tres períodos triásico, jurásico y cretáceo, se van complicando las formas animales y vegetales, dominando los reptiles y apareciendo los mamíferos.

El *período terciario*, ya con el completo desarrollo de la vida, es el que más interesa conocer para darse idea exacta del origen, aparición y sucesión de los restos fósiles del hombre. Divídese este período en tres grupos: *Eoceno* ó aurora de la vida, *Mioceno* y *Plioceno* ó plenitud de la vida, pues en este último ya se dan todas las especies que existen hoy día, ó faltan muy pocas. En este período la emersión de las tierras se acentúa, la Europa toma la forma que posee, y aparecen sus grandes cordilleras, como los Pirineos en el eoceno y los Alpes en el mioceno, dando muestra de la gran actividad interna que origina la mayoría de los volcanes extinguidos de Europa. La mayor superficie de la tierra y sus diversas condiciones crean la gran riqueza de fauna y flora, por los distintos medios en que se desarrollan.

La fauna mammalógica aparece bastante pobre aun en el eoceno, pero llega al punto culminante de su desarrollo en el mioceno superior, durante el que se presentan formas gigantes de rumiantes, solípedos y proboscídeos de gran tamaño, que vuelven á disminuir en talla y en número en el fin del plioceno, para quedar sólo las formas que se han de continuar en el cuaternario y actual. Aparecen los carnívoros con el *Artocyon* ó precursor de los osos, que se halló en las areniscas del eoceno inferior; el *Hyracotherium* en la arcilla de Londres; el *Hyænodon*, también carnívoro, y el *Paleotherium*, aparecen en el eoceno, siendo éste el precursor de los caballos actuales á través del *Anchitherium* mioceno y del *Hipparion* plioceno, serie más completa en América desde el *Eohippus*, que corresponde al primero, hasta el *Protohippus*, que es el homólogo del último. El *Lophiodon*, especie de Tapir eoceno, sirve de tronco á éste y á los *Acerotherium* y *Rhinoceros*, que viene desarrollándose por el plioceno y diluvial hasta la época actual. El *Xiphodon*, y posteriormente el *Cainotherium*, habían de originar las muchas formas de los rumiantes. Los actuales ungulados vienen de un protoungulado que se ramificó pronto en cuatro direcciones, de las que, por el *Dinotherium* y *Mastodon* pliocenos, viene el elefante; por el *Diplocodon*, los impariungulados; por el *Oreodon* y otros, los pariungulados, quedando extinguidas formas tan curiosas y notables como el *Dinoceras* del eoceno. De los prosimios figura á la cabeza, en la fosforita de Quercy, el *Necrolemur*, que, como

todos los primates fósiles, nos son solamente conocidos por pequeños fragmentos, lo que imposibilita fijar la ya de por sí difícil filiación de estos seres.

Los antropoides aparecen ya constituidos en el mioceno, de los que Lartet describió el *Pliopithecus antiquus* del departamento de Gers y el *Dryopithecus Fontani*, del Alto Garona, que, según Gaudry, es de elevada talla y con ciertos caracteres humanos. Posteriormente, en la India, se ha encontrado un *Palæopithecus* muy análogo al orangután. Lo que puede afirmarse es que la división y caracterización de las familias de monos data del mioceno, en que se hallaban ya separados los platirrinos americanos de 36 dientes y los catarrinos con 32 del viejo Continente; dificultad insuperable para una filiación uniserial del antropeide al hombre, y más si se tienen en cuenta las razones expuestas en el segundo tomo al hablar de la Antropogenia en el capítulo II, y de la antigüedad de la especie humana en el IV.

3. DIVISIONES Y CRITERIOS DE CLASIFICACIONES EN PREHISTORIA. — Acepta la Prehistoria para sus divisiones los mismos términos que la Historia, y así establece la primer gran división en *tiempos*, fundada, ya en un criterio geológico y separando los que esta ciencia distingue como actuales y cuaternarios, ya en un concepto histórico, distinguiendo los prehistóricos, los protohistóricos y los históricos en sentido estricto. Por una verdadera convención aparece la *edad* como un término correspondiente á los tiempos, siendo sin embargo una subdivisión

de éstos y fundada para todos, lo mismo geólogos que arqueólogos, en el uso de una determinada materia para los instrumentos primeros y esenciales que utilizó el hombre; distingúense la edad *de la* piedra, del bronce ó del hierro, según el material que aparece y domina en cada una de ellas, ya que una vez utilizado no se extingue y desaparece por completo el uno al usarse el que cronológicamente le sigue.

El *periodo* tiene un marcado carácter industrial, y á veces paleontológico, pues fúndase en la manera de utilizar y trabajar los materiales para la construcción de los instrumentos, y se auxilia en los restos de los animales que vivían en cada uno de ellos, y así se dice periodo neolítico ó paleolítico, ó periodo del elefante, del mamut ó del reno. La *época*, por fin, no alcanza ni tiene hoy precisión ni carácter en Prehistoria, dependiendo del criterio de la escuela ó el autor que la establece, y puede decirse que, salvo Mortillet y algún otro antropólogo francés, nadie utiliza con verdadero método esta última división que fluctúa entre la característica del periodo y la denominación particular debida al yacimiento más importante ó mejor estudiado á que corresponde; así se dice época Chellense por hallarse sus restos en la localidad francesa de Chelles, ó Robenhausiense por encontrarse en Robenhausen, en Suiza; y se dice época de las Cavernas, de los Túmulos ó Lacustre, por ser la caverna, el túmulo ó el lago los lugares en que los exploradores han hallado los objetos y restos en que se ha fundado.

Á M. Boule se debe en la actualidad la revisión y establecimiento de las bases que pueden servir para una buena clasificación prehistórica, en la que se tengan en cuenta los diversos criterios taxonómicos: «Para establecer la cronología relativa de los terrenos que estudian, combinan los geólogos el empleo de los métodos estratigráfico y paleontológico. El primero está basado en el principio de superposición; de dos terrenos superpuestos, el más reciente cubre al otro, y, aparte los casos excepcionales en que el orden normal ha sido trastornado, este método es de un rigor perfecto. El segundo principio es el de considerar como terrenos formados en igual época los que encierran iguales fósiles; pero este principio está lejos de ser tan absoluto: si puede ser considerado exacto en el estudio de los terrenos antiguos, formados en épocas en que el medio era más homogéneo, pierde su valor á medida que se avanza hacia los terrenos actuales. Las dificultades del clima se acentúan, los mares se individualizan, las emigraciones juegan un papel considerable, y el problema, sencillo al principio, acaba por presentar las mayores dificultades. Estas consideraciones se aplican aun más á los animales terrestres que á los marinos, y ya durante los tiempos cuaternarios la distribución geográfica de los mamíferos era seguramente tan complicada como en nuestros días. Por consiguiente, faunas diferentes pueden haber sido sincrónicas, y faunas idénticas pueden haber vivido en épocas diversas y lugares distintos.»

Por las anteriores razones, que más que en ningún animal influyen en el hombre, ya que puede modificar y adaptarse por su cosmopolitismo reconocido á todos los climas y variaciones, resistiéndolas con los mil recursos que por su inteligencia sólo él posee, aparece más complicado el problema de la cronología y sucesión de los restos fósiles del hombre, aun acudiendo á un tercer elemento, que es el de su industria: elemento que se ha estudiado en sus sucesivas evoluciones y aspectos, tratando de establecer paralelismo entre sus fases y los datos geológicos y paleontológicos; pero aparte de que las mezclas son frecuentes y la transición imposible de fijar, la poca extensión que en el gran lapso de tiempo que abarca el hombre prehistórico tiene el desarrollo de su industria, le quita valor y seguridad como elemento de clasificación.

4. YACIMIENTOS PREHISTÓRICOS. — Toma la Prehistoria en absoluto el concepto de yacimiento de la Geología, y, por ello, al ampliar las bases de la historia clásica, sustituye el limitado y estrecho criterio de los monumentos por el amplio y múltiple de los yacimientos, ó sean los sitios y lugares naturales ó artificiales donde se encuentran los objetos, restos y materiales que denotan ó prueban la existencia del hombre.

Los yacimientos, en Prehistoria, podríamos desde luego considerarlos divididos en dos grupos: naturales ó geológicos, y artificiales ó arqueológicos, pues no sólo por su origen, sino por su modo de presentarse, admiten esta división. Los primeros

son, en general, las capas ó estratos que constituyen la corteza terrestre, y, aun en cierto modo, las cavernas y grutas naturales, rellenas por sedimentos y aluviones desde la época cuaternaria: los segundos son todos los restos de construcciones debidas al hombre, ya sean viviendas ó sepulturas, ó simples amontonamientos y piedras colocadas por el mismo con un determinado fin.

Cronológicamente, los yacimientos naturales ó geológicos son anteriores á todos los demás; pero pueden seguir presentándose en todas las épocas y períodos, por modernas que sean, ya que las acciones dinámicas persisten y continúan originando formaciones geológicas, merced al trabajo de todos los agentes geogénicos, pero especialmente del agua y del aire. Los depósitos que encierran los testimonios de la existencia del hombre cuaternario, son los aluviones de los ríos, y, aun excepcionalmente, las formaciones diluviales del cuaternario antiguo ó diluvial, el barro ó tierra de ladrillos, el loam de las cavernas, las tobas calizas, el sedimento arenáceo y cenagoso del fondo de los lagos, de las marismas y aun de algunos ríos, las masas descompuestas de las turberas y tremedales, y las arenas de las dunas y otras formaciones superficiales y recientes.

En España, y tratando ahora de un modo general y bajo su aspecto geológico esta cuestión, hállese aluviones antiguos y modernos en las cuencas del Guadalquivir, Tajo, Duero, Ebro y otros importantes ríos, en las fértiles vegas de Valencia, Cataluña y Andalucía.

Proceden los restos del hombre ó de su industria que se encuentran en los yacimientos geológicos de las primeras épocas de su aparición, en las que aún no conocía las construcciones artificiales ni utilizaba las grutas naturales, viviendo al aire libre ó en sencillas construcciones de madera ó pieles, como corresponden al hombre nómada y al cazador errante.

Hay una marcada transición entre los dos grupos, establecida por las *turberas* y los *paraderos* ó *kjækkenmodinger* de los escandinavos, ya que las primeras son debidas á un fenómeno natural, pero que no se presenta hasta los últimos tiempos del cuaternario, y los segundos no tienen de artificiales más que el resultado, ya que ni objeto ni fin presidió á la formación de los mismos.

Éntrase de lleno en los yacimientos artificiales con la utilización de las *grutas* como *viviendas*, y más aún como *sepulturas* que se transformaron por la escasez de las mismas en *monumentos megalíticos* dólmenes, túmulos y otros, utilizados siempre así que apareció el cuidado y tal vez el culto á los muertos. Á la gruta sustituyó en los países pantanosos y ribereños la *construcción lacustre*, ya como palafito, terramaña ó cranoges, y posteriormente á unas y otras los refugios, torres, campos atrincherados y monumentos ciclópeos, que varían según la raza, el clima ó la región.

Más que probada, es supuesta por lógicas inducciones la sucesión y cronología de los yacimientos prehistóricos, y en principio sólo puede ésta aceptarse y aun buscarse dentro de una región del glo-

bo, porque en varias se presentaría siempre la coexistencia de dos ó más tipos de estos yacimientos.

Como principios generales para fijar la *edad relativa* de yacimientos y objetos, sienta Kaltbrunner ¹ los siguientes:

1.º La presencia en una capa más ó menos profunda y, por tanto, más ó menos antigua.

2.º La naturaleza de la capa en que yacen los objetos, comparada con las formaciones geológicas que la rodean y con las causas que la originaron, determinan á veces la situación.

3.º Las especies animales que se encuentran habitualmente mezcladas á los restos, ó son: las que aún viven en el país, las más modernas; las que han emigrado á otros climas ó las extinguidas y fósiles, las más antiguas.

4.º El carácter y forma más ó menos arcaica de los objetos de la industria que allí se encuentran.

La presencia en una misma capa de restos de naturaleza ó especies diferentes no permite siempre afirmar su contemporaneidad; pues si el periodo de formación fué muy dilatado, se acumularon en la misma los restos de varias generaciones. La coexistencia y contemporaneidad sólo es evidente cuando la mezcla de restos y objetos se presenta en dos ó varias capas diferentes y superpuestas.

La ausencia de unos restos en las capas inferiores y la presencia en las superiores ó más modernas, permite afirmar la sucesión de las mismas, sobre

1 D. Kaltbrunner: *Manuel du Voyageur*, Zurich, 1879.

todo si el hecho se confirma en varios yacimientos.

En las cavernas funerarias se reconoce la coexistencia si los esqueletos y objetos se encuentran en la misma capa ó formación, á la que se superponen en las cavidades exteriores otras capas más recientes que no han podido formarse en las criptas cerradas.

5. CLASIFICACIONES PREHISTÓRICAS. — Expuestas ya las bases y criterios de las clasificaciones prehistóricas, daremos á conocer las más importantes que señalan el estado actual de la cuestión, solamente esbozada, y acerca de la cual es muy diverso el criterio que tienen las diferentes escuelas verdaderamente nacionales de la Prehistoria.

Nació la primera clasificación prehistórica en Dinamarca, fundada en los descubrimientos de los sabios daneses, pero informada nada menos que en el criterio de los historiadores clásicos que ya hablaron de las edades de la piedra y de los metales, pues Hesiodo y Lucrecio mencionan las tres edades prehistóricas, si bien á Vedel Simonsen cabe la primacía de la introducción en la ciencia al escribir en 1813 la historia antigua de Dinamarca, y posteriormente á Worsae, al considerar las tres edades y los siete periodos en que las subdivide.

La división en tres edades ¹ fué bien pronto aceptada por geólogos y arqueólogos, si bien combatida en alguna de sus aplicaciones, como en Alemania,

1 Hoernes: *Historia y crítica del sistema de las tres edades prehistóricas* (en alemán); 1893. "Soc. Antrop. de Viena."

donde desde 1854 la criticaron Lindenschmit y Hellwald, llegando Hostmann á la exágeración de negar que existiera la edad de la piedra. No es, sin embargo, absoluta la generalización de estas edades, pues fuera de Europa sólo es aplicable al Norte de África, porque en el resto del globo se pasa de la piedra al hierro, que en cambio puede decirse que falta en América; aparte de hallarse aún ciertas regiones de Oceanía en plena edad de la piedra.

Lartet, uno de los fundadores de la Antropología prehistórica, dividió ésta atendiendo á sus caracteres paleontológicos, denominando las épocas por el animal que predominaba en cada de ellas y llamándolas:

1.^a Edad del oso de las cavernas, *Ursus spelæus*.

2.^a Edad del mamut ó *Elephas primigenius*.

3.^a Idem del reno ó *Cervus tarandus* y *Rhinoceros tichorhinus*.

4.^a Edad del bisonte ó *Bison europæus*.

Pero esta clasificación es muy relativa, variando hasta con los yacimientos coetáneos; pues, mientras el mamut, habitante de las llanuras, sólo se encuentra en los aluviones, el oso de las cavernas llámase así por vivir y encontrarse en éstas de preferencia.

Broca y Hamy reunieron los criterios todos y establecieron varios ensayos de clasificación, que, en unión de las modificaciones tomadas de las divisiones establecidas por Mortillet, informan los dos cuadros de clasificación, difundidos en España por

la gran autoridad de nuestro maestro Sr. Vilanova, y completado el segundo por la colaboración del Sr. Rada y Delgado¹, siendo de advertir que en ellos está invertido el orden de superposición y cronología de las divisiones.

1 Vilanova y Rada y Delgado: *Geología y Protohistoria Ibérica*, tomo 1 de la *Historia de España*, publicada por la Real Academia de la Historia, Madrid, 1889.

Clasificación del Dr. Vilanova.

ÉPOCAS	ESTACIONES	Geología y Meteorología	FAUNA
<p><i>Chelense.</i> Grandes hachas amigdaloides.....</p>	<p>San Isidro (Madrid), Zamora, Peniche y FURNINHA: mesetas, aluviones y al aire libre.</p>	<p>Preglacial, templado.</p>	<p>Hipopótamo, Elephas antiquus: raza de Neanderthal.</p>
<p><i>Musteriense.</i> Puntas de pedernal, talladas por un lado, y raspadores.....</p>	<p>Tarragona y MUGEM: cavernas y tierras bajas.....</p>	<p>Glacial, frío húmedo..</p>	<p>Oso de las cavernas: rionoceronte; razas de Engis y del Olmo.</p>
<p><i>Solutrense.</i> Puntas de pedernal en hoja de laurel, talladas por ambos lados.</p>	<p>Cavernas, refugios ó guardias y yacimientos al aire libre.....</p>	<p>Frio seco..</p>	<p>Razas de Cro-Magnon, Langerie-Basse y Solutré.</p>
<p><i>Magdalenense.</i> Puntas de flecha dentadas, de hueso, y cuchillos de pedernal. Cerámica tosca.....</p>	<p>Cavernas y guardias; Madeleine, Massat, Furfooz, Santillana, Serinyá, etc.....</p>	<p>Postglacial</p>	<p>Reno, uro, mamut, hiena: cráneos de Carnarias, Segovia, Serinyá.</p>
<p><i>Robenkaustense.</i> Hachas de piedra pulimentada y puntas de flecha dentadas, de pedernal.....</p>	<p>Palafitos, dólmenes, opidum. Argencilla, Alhama, Cabeço d'Arruda, etc.....</p>	<p>Clima actual.....</p>	<p>Animales domésticos: razas mezcladas; cráneos de Lombri-ve, de Monóvar y Celsareda.</p>
<p>Exclusivamente de piedra tallada.</p>			
<p>Paleolítica.</p>			
<p>Mesolítica</p>			
<p>De la piedra.</p>			
<p>Neolítica.....</p>			

Clasificación de los Sres. Vilanova y Barada.

Periodos.	GEOLOGIA	PALEONTOLOGIA	ANTHROPOLOGIA	ARQUEOLOGIA	LOCALIDADES
De los metales.					
Del hierro.	Palafitos, enterramientos, túmulos, ceranojos, turberas.	Mamíferos, en su mayor parte domésticos. Haya...	Hombre moderno, cuyos restos se encuentran inhumados...	Instrumentos de hierro, y algunos de bronce y cobre.....	Vecla, Itálica, Medinilla, Plazenzuela y Alcaicer de Sal.
Del bronce.	Palafitos, terramaras, dólmenes, túmulos.....	Mamíferos domésticos y salvajes. Enclina.....	Idem Id.....	Objetos de bronce, algunos de cobre y piedra pulimentada..	Cuevas de Vera, Cangas de Tedeo, A vilés, Castilla la Vieja, Cithania de Briteiros.
Del cobre.	Dólmenes, grutas funerarias, turberas, palafitos.....	Animales domésticos y salvajes. Roble en Dinamarca.	Razas vascas y helvéticas: braquicéfalos.....	Objetos de cobre, algunos de bronce y también muchas pulimentadas.....	Cuevas de Vera, Alcoy, Olleria, Mieres, Cerromuriano y Palmeña.

La más autorizada y seguida de las clasificaciones es la del verdadero fundador de la Prehistoria, nuestro maestro en la *École d'Anthropologie* de París, G. de Mortillet¹, pues, salvo en Alemania, donde apenas sigue nadie clasificación en estos períodos, es la adoptada por la generalidad de los antropólogos de todos los países. Tiene, siguiendo el espíritu de su autor, una amplitud tal vez hipotética en sus primeras divisiones, algunas de ellas ajenas por completo á la Prehistoria y de un valor y una duración muy diferentes, pues mientras la época Burgonda, por ejemplo, sólo abarca un reducido número de años de la historia merovingia, y en la cual no hay ni siquiera un cambio de cultura, la Tortonense comprende un período de la historia del planeta cuya duración es inmensamente mayor que la de su análoga época histórica. Además, la generalización de los tipos y denominaciones puramente francesas, exagerada más que por el autor por sus discípulos, ha creado serios inconvenientes en su aplicación á otros países en los que ni cronológica ni artísticamente pueden hacerse las divisiones propuestas para Francia y extendidas al resto de Europa: tiene por fin, como con gran acierto dice Cartailhac, esta clasificación los mismos inconvenientes que la arqueología prehistórica misma, pues á caballo sobre la Geología y la Historia, se ve obligada á pasar de la una á la otra, á tomar el

1. G. de Mortillet: *La Préhistorique Antiquité de l'homme*, París 1863, y siguientes ediciones.

hombre en las edades prehistóricas inconmensurables y á seguirle en los siglos históricos, en los que hasta los hechos diarios se registran.

Tomando por base esta importante clasificación, se han publicado varios ensayos y modificaciones, de las cuales sólo daremos á conocer los cuadros de Boule y Cartailhac¹ y el de Salmón, fundado el primero además en el ensayo de Broca, pero más exacto y acabado que aquél, si bien no conviene olvidar que los autores no pretenden aplicarle más que á la Francia, para la que está hecho.

1 E. Cartailhac: *La France préhistorique*, Paris, 1896, segunda edición.

CLASIFICACIÓN DE G. MORTILLET

TIEMPOS	EDADES	PERÍODOS	ÉPOCAS
Actuales.	Históricos.	Merovingio.	Wabénica. Franca. Burgonda.
		Romano.	Campodolente. Decadencia Romana.
			Lugdónica. Florecimiento Romano
		Etrusco.	Marnica. Gala. Lacustre tercera.
			Hallstánica-Túmulos. Hierro primitivo.
		Del hierro	Bohémico. Lacustre 2. ^a
	Mórgica. De fundición.		
	Del bronce.		Neolítico. Piedra pulida.
			Robenhausiense. Lacustre primera. De los Dólmenes.
	Geológicos.	Cuaternarios.	Paleolítico. Piedra tallada.
Solutrense. Reno y Mamut.			
Prehistóricos.		De la piedra.	Musteriense. Oso de las cavernas.
			Chellense. Achellense. Mamut y Elefante.
Terciarios.		Eolítico. Piedra lascada	Otaniense. Tortoniense.
			Tenaisense. Aquitaniense.

CLASIFICACION DE BOUTLE Y CARTAILHAC

DIVISIONES GEOLÓGICAS	FENÓMENOS FÍSICOS	FAUNA	DIVISIONES ARQUEOLÓGICAS
Tiempos actuales..... Cretacéneo. { Superior. { Inferior... Plioceno... { Superior. { Inferior...	Clima actual: Turberas... Frio y seco: Depósitos de cavernas..... Clima dulce y húmedo. Cauces grandes y aluviones de los ríos..... Clima cálido y lluvioso... Periodo de erosión. Depósitos glaciares y continentales. Clima cálido é igual.....	Especies actuales. Razas domésticas..... Elephas primigenius. Rhinoceros tichorinus. Cervus tarandus..... Glaciares. Elephas antiquus. Rhinoceros Merkil..... Glaciares. Elephas meridionalis. Rhinoceros leptorhinus. Glaciares. Mastodón arvernensis. Rhinoceros etruscus.	Períodos. Épocas. Hierro... { Romana. { Gala. Bronce... { Celta. Piedra pu- { Neolítica. lida... { Piedra ta- { Magdalense. llada ó { Solutrense. paleo- { Musteriense. lítico... { Chellense.
			Sin trazas ciertas del hombre.

El ensayo de nuestro Profesor Philippe Salmón¹ comprende sólo la edad de la piedra, en la cual distingue por la industria, y especialmente la lítica, por las habitaciones y sepulturas y por las condiciones climatobiológicas, seis épocas y tres períodos de transición, aceptando el período ó tiempos *mesolíticos*, ya propuesto por Vilanova².

PERIODO NEOLÍTICO.

- 6.^a *Epoca carnacense*. — Instrumentos pulidos, hachas perforadas. Megalitos y túmulos. Grabado y origen de la escultura. Cabañas, terramaras. Incineración y trepanación.
- 5.^a *Chaseo-robenhausiense*. — Sierras, hachas con mango. Aparece el arte de la construcción y las construcciones lacustres y megalitos. Enterramiento y objetos funerarios.
- 4.^a *Campiñense*. — Empieza el pulimento, buriles y picos. Se inicia la domesticación y aparece la cerámica. Grutas artificiales.

TIEMPOS MESOLÍTICOS.

Transición magdaleno-campiñense. — Cuchillos de piedra y objetos de hueso. Kicekkenmoddinger. Arpones. Restos de cocina y tal vez cuidado de los muertos.

PERIODO PALEOLÍTICO CUATERNARIO.

- 3.^a *Magdalense*. — Predominio de la piedra tallada en

1 P. Salmón: *Age de la pierre. Division palethnologique en six époques*. Grenoble, 1894.

2 Vilanova y Piera: *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre*. Madrid, 1872.

láminas estrechas y largas, buriles, sierras, instrumentos dobles. Abundancia del hueso. Empleo del arco. Costura. Grabado. Cavernas habitadas. Cuaternario superior.

Transición Mustero-magdalense.—Puntas de lanza en hoja de laurel; desaparece el hacha de mano. Empieza el hueso y restos de cocina. Cavernas y habitaciones al aire libre.

2.^a *Musteriense.*—Láminas anchas y retocadas en una cara, raspadores; aparecen los buriles. Aparece el fuego. Cuaternario medio.

Transición chelleo-musteriense.—Instrumentos tallados por las dos caras, hachas y puntas. Habitación al aire libre.

1.^a *Chellense.*—Hachas amigdaloides para la mano. Predominio del *Elephas antiquus*, rinoceronte é hipopótamo.

Por último, como ejemplo de una clasificación basada solamente en el carácter artístico é industrial, puede presentarse la de Piette ¹, si bien comprende sólo desde el Solutrense con la aparición del grabado hasta la desaparición del reno: llama á esta larga época *gliptica* ó del grabado en hueso, cuerno y piedra, y la divide en

Equidiense ó más antigua, en la que predominan los restos del caballo y que se subdivide en *elefantina* ó eburneana, por el empleo del marfil, y la *hi-*

1 Ed. Piette: *Notes pour servir à l'histoire de l'art primitif.* "L'Anth.", 1894, y *L'Époque éburnéenne.* Saint-Quintin, 1894.

piniana, que tiene dos fases: la de la escultura en relieve y la del grabado simple.

Cervidiense ó moderna, en la que cambia el clima, la alimentación y la industria, y que abarca la *ren-giferina*, que es por excelencia la del grabado, y la *elafiana* en la que se inicia la extinción del reno.

Es, como se ve, actualmente casi imposible decidirse por ninguna clasificación ni sistematización prehistórica; por lo cual el Sr. *Antón* no acepta en realidad ninguna, señalando sólo las grandes divisiones geológicas de *cuaternario antiguo y moderno* y edades del *metal*, separando la prehistoria americana por el peculiar carácter que presenta. Tal vez en la denominación del cuaternario antiguo no entren todas las razas que allí presenta, en especial la de Cro-Magnon y sus afines y derivadas, y seguramente se salen del cuaternario moderno para entrar de lleno en la época geológica actual algunos de los yacimientos que en él estudia; pero esta confusión es debida á la misma incertidumbre de las divisiones geológicas de estos periodos, como lo prueba el que los tres maestros actuales de la Geología en Europa, Geikie en Inglaterra, Credner en Alemania y Lapparent en Francia, difieren, no sólo en la nomenclatura, sino en la división; y mientras uno considera limitado el cuaternario al diluvial ó antiguo y al aluvial ó moderno, otro incluye en este último, no sólo la llamada época neolítica, sino las primeras edades del metal; si bien la más autorizada opinión separa el actual período por la extinción de los fósiles y la no aparición de ninguna especie nueva

al terminar, no sólo la influencia glacial del cuaternario, sino la pluvial que la siguió y determinó sus últimos fenómenos geológicos.

Claro es que, bajo un criterio eminentemente antropológico, la Prehistoria es más bien Paletnología, y así la estudia el Sr. *Antón* para conocer de preferencia el hombre y sus razas fósiles como preliminar y base de la Etnografía ó Antropología descriptiva actual.

II

La era cuaternaria y sus razas.

1. LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS: *Hombre terciario*. — En puridad deben considerarse como tales todos los anteriores á los históricos propiamente dichos, y en los cuales se ha probado la existencia del hombre ó se sospecha con probabilidad científica su aparición. Atendiendo, pues, á este criterio, admiten muy diversos autores, y entre ellos algunos tan autorizados y de tan opuestos criterios como Mortillet y Quatrefages, que el primer capítulo de la Prehistoria debe corresponder á la era terciaria, siquiera en los fines de la misma, allá por las arenas y margas pliocénicas, ya que no por las molasas y faluns del miocénico, y menos aún por las calizas del oligógeno, donde Bourgeois halló sus pedernales, ó por los lignitos eocenos ó la creta de la India, donde Melleville y Marchesetti colocaron sus utópicos descubrimientos.

Dejamos nosotros por hoy en suspenso toda afirmación acerca de este punto, y nos limitaremos á ampliar lo dicho en la parte filosófica de estas lecciones, pág. 63 del tomo II, con lo relativo á las últimas opiniones acerca de este capital problema y los datos que sobre una derivación suya ha planteado y sostiene aún sobre el tapete el descubrimiento del *Pitecanthropos* de Java.

Indicado ya lo relativo á este sensacional descubrimiento, es fácil darse idea de su verdadero carácter, cono-

ciendo las opiniones de los principales antropólogos de Europa que han tenido ocasión de estudiarle. Afirmaba su descubridor el Dr. Dubois que «es la forma evolutiva intermedia entre el hombre y los antropoides, que implicaba la doctrina de la evolución; es el precursor del hombre». No es, pues, extraño que ante tan peregrina afirmación háyase tratado de aquilatar el valor de las pruebas. Encontráronse la parte superior de un cráneo, y á un metro de distancia el tercer molar derecho, en el transcurso de unos días, y bastante después, á 15 metros de ellos, un fémur.

De su examen y comparación con los antropoides dedujo Dubois que difiere por el cráneo del orangután, por ser dolicocefalo; del gorila, por carecer de la cresta ósea, pareciéndose bastante morfológicamente al *Hylobates*; pero por su volumen supera á los monos y es análogo al hombre, aunque más aplastado aún que los cráneos de Neanderthal y Spy. El diente y el fémur son humanos, afirmando Verneau que el primero es como en los cráneos de Laos.

Turner, y con él los craniólogos ingleses, le considera hombre por las dimensiones, comparándolo, no con el europeo, como erróneamente hizo Dubois, pues los 185^{mm} del diámetro A-P exceden á los 183 de los australianos, y el transversal excede en tres milímetros á las mujeres de igual procedencia; por la capacidad próxima á 1.000 centímetros ignala á los femeninos de varias razas. El fémur es también humano; no así el diente, que en todo caso no corresponde al cráneo de un viejo, pues es de un individuo joven. A muy análogas conclusiones llega Topinard, que afirma que es un neanderthaloide de 50 años, cuaternario en Java como en Europa y la Argentina.

Los alemanes, y con ellos Manouvrier y Verneau, no le consideran humano, dudando algunos de su grado de fosilización; sólo Schwalbe y Morgand ¹ le consideran como un genuino *Pitecanthropo*.

1 Morgand: *L'homme tertiarié*; Paris, 1898.

I.—Cuaternario.—Geología.

2. CARÁCTER Y DIVISIONES.—Desde el comienzo del cuaternario, la geografía europea apenas ha sufrido modificaciones y el mundo orgánico no se ha enriquecido con ninguna especie nueva, habiendo desaparecido algunas que, coetáneas de los primeros hombres y los grandes mamíferos herbívoros, ya declinando desde el fin del plioceno, han visto desaparecer sus principales representantes ¹.

Puede decirse que la época cuaternaria no debía separarse del actual período, si esta fase de la historia del globo no estuviera caracterizada por el notable cambio de clima que imprimió en toda la zona templada una actividad extraordinaria á las precipitaciones atmosféricas, permitiendo manifestarse en una gran escala á los fenómenos de erosión y de aluvionamiento. A consecuencia de este cambio, grandes capas de nieves y hielos cubrieron los macizos montañosos, así como las regiones septentrionales, produciendo, al menos en toda Europa, un frío que coincidió con la edad de los grandes ríos. Posteriormente, y al dulcificarse la temperatura, se estableció el régimen actual de las aguas, coincidiendo con las turberas y las habitaciones lacustres. Por lo dicho se ve que, en tanto que en nuestros días la acción de los glaciares, los ríos y las lluvias

1 A. de Lapparent: *Traité de Géologie*; Paris, 1885, 2.^a edición, pág. 1232 y siguientes.

es insignificante, era en aquellos tiempos verdaderamente extraordinaria, lo que permite establecer una división entre la época cuaternaria y la actual.

Dicha época caracterizóse, pues, por los fenómenos que, mejor que glaciares, podemos llamar pluviales, debidos en gran parte á la aparición de las grandes cordilleras al fin del terciario, que actuaron como grandes condensadores por enfriamiento de la atmósfera, produciendo nieve en los altos valles, lluvias en las llanuras y tierras bajas; debiéndose, pues, los fenómenos, más que al frío, á la humedad y á la altitud.

Divide *Lapparent*¹ la era ó época cuaternaria en antigua y moderna, de igual modo que *Credner*², que llama á la primera parte diluvial ó glacial, y á la segunda reciente ó aluvial, considerando que antropológicamente corresponde á la una la edad de la piedra antigua y á la otra la de la piedra moderna ó neolítica.

El célebre geólogo inglés *Geikie*³ hace las dos divisiones generales, á las que llama:

I. Pleistocénico, postpliocénico ó diluvial, época de los mamíferos extinguidos, en la que á su vez distingue: *a*) época preglaciar; *b*) varias épocas glaciares; alternando con *c*) otras épocas interglaciares.

II. Reciente, aluvial humano ó prehistórico y

1 *Loco citato.*

2 *Credner: Traité de Géologie; Paris, 1878, traducción francesa de Monnier.*

3 *A. Geikie: Geología. Traducida por D. Salvador Calderón; Barcelona, 1895.*

postglaciar, que comprende un período *d)* prehistórico con las tres edades: paleolítica, neolítica y del metal, y un período *e)* histórico.

Acerca de la duración de estos tiempos, y ampliando lo dicho al tratar de los cronómetros prehistóricos (tomo II, pág. 63), creemos exactísimas las frases del Marqués de Nadaillac, al decir que es preciso reconocer que los errores son comunes (á las dos escuelas) y que la intemperancia de ciertos sabios no ha sido más que la respuesta á la estrechez de miras de ciertos teólogos. Sería curioso—añade—una recopilación de este asunto en sus relaciones con la Teología, no con la Iglesia, porque ésta no se ha decidido nunca en una cuestión tan delicada, y esta abstención es verdaderamente sabia.

Exagerados son los 700.000 años de Burmeister, los 200.000 de Lubbock, los 250.000 de Mortillet y los otros muchísimos que se pueden citar, pues Vignoles en 1738 afirma conocer trescientos cálculos diferentes en una veintena de siglos. Nadaillac calcula en unos 10 ó 12.000 años la época de retirada de los glaciares, cuando apareció el hombre en Europa.

3. CLIMA Y FAUNA.—Los dos problemas más ligados á la aparición del hombre cuaternario son los del clima y la fauna de la época, que en último análisis y por su mutua dependencia casi se reducen á uno mismo. Por esto ha sido la época glacial objeto de tantos estudios por parte de geólogos y antropólogos, pues entre sus oscuros períodos se realizó la no más clara aparición del hombre en Europa.

Al sencillo esquema de una época glacial trazado por los antiguos geólogos, sustituye hoy la consideración de varias de ellas merced á los especiales trabajos de Geikie ¹, el cual señala hasta cinco en Escocia é Inglaterra, y probablemente alguna anterior en los Alpes y en Francia, separadas entre sí por épocas de descanso ó interglaciares, de las cuales la más larga fué la primera, realizándose al propio tiempo una elevación del suelo. La segunda interglacial gozó de clima más benigno que en la actualidad, como lo prueban el *Elephas antiquus*, el hipopótamo y la flora de Europa central, á la que se hallaba unida Inglaterra, así como África; corresponde esta época al cuaternario inferior geológicamente, y al chellense de Mortillet arqueológicamente considerada.

El tercer período glacial es el que produjo las morrenas ó canchales intermedios, y su descanso corresponde á la turba y al *Cervus megaloceros*; el cuarto, á pesar de los hundimientos de tierras que en él se realizaron, conservó sin separar á Inglaterra, y el quinto sin comunicación con el mar el lago Báltico; en él aparecen las morrenas locales de las montañas, y al llegar su descenso aparecen los extensos bosques del Norte de Europa; coincide con la sexta, la elevación de las playas la disminución de los bosques y el aumento de las turberas, originando su terminación los actuales límites de las costas y estableci-

1 I. Geikie: *The great Ice Age its relation to the antiquity of Man.*; Londres, 1894, tercera edición.

miento del clima que hoy rige. En general, á partir de la segunda época, fué decreciendo el fenómeno, pero sin variar más que su intensidad, coincidiendo una elevación del suelo con cada período de descanso.

Habitaba Europa una *fauna* especial y rica en especies, que hoy han desaparecido unas y emigrado otras, á países fríos las unas y cálidos las otras, lo que parece indicar una especialización de las condiciones de vida de aquellos animales, como se ve en la siguiente lista que comprende las principales especies de la fauna de la Europa central, distribuídas las hoy vivas en otros países.

Extinguidos.....	{	Ursus spelæus. Felis antiqua. Elephas primigenius. Cervus megaceros.
Emigradas al...	{	Oeste..... { Ursus ferox. Cervus canadensis.
	{	Sur..... { Leo spelea. Hyæna crocuta.
	{	Norte..... { Gulo fuscus. Cervus tarandus. Lagomys.
	{	Montañas... { Arctomys marmota. Antilope rupicapra. Capra ibex.
Extinguiéndose actualmente..	{	Oso. Lobo. Castor. Bisonte. Alce, etc.

4. YACIMIENTOS.—Las formaciones cuaternarias,

donde se encuentran los primeros vestigios del hombre, preséntanse de ordinario más bien yuxtapuestas que superpuestas, dificultando de este modo la determinación de la edad relativa, base la más importante de nuestra cronología; repítense y se mezclan también los mismos materiales, de modo que nada permite reconocer si han sufrido alteraciones posteriores á su depósito; y añádese ¹, por último, la escasez de restos orgánicos que permitan establecer la sucesión de las formas vivas en cada período.

Los yacimientos cuaternarios presentan una variabilidad local que aumenta las dificultades ya citadas, y por eso distinguen los geólogos: los que corresponden á las llanuras, á las montañas y á las regiones septentrionales (Lapparent), ó los de islas diluviales, fondo de las aguas y montes y llanuras (Credner). Producidos en la superficie, bajo la influencia de condiciones atmosféricas, han constituido unos tipos especiales de formaciones que se describen, en general, con el nombre de *diluvium* las antiguas y aluviones las modernas.

El *diluvium*, cuyo tipo tenemos en las arenas del cerro de San Isidro, junto al Manzanares, hállase constituido por capas irregulares y sin verdadera estratificación, hallándose compuesto de muy diversos elementos petrográficos, mezclados, sin variación de tamaño ni peso los cantos, guijos y arenas, no guardando tampoco la posición de los materiales sedimentarios al depositarse; los cantos son irregula-

1 Geikie: Obra citada.

res y conservan sus aristas, presentándose habitualmente estriados en la superficie.

Los *aluviones* forman plataformas más altas que el actual nivel de sus ríos, y consisten en fragmentos del acarreo fluvial y lodo (loam), que quedó antes de la excavación del cauce actual; se han encontrado en ellos restos de mamíferos extinguidos ó emigrados y objetos de la primitiva industria humana. La naturaleza y estructura de las gravas de los altos niveles prueban que se formaron en una época en que los ríos se obstruían y helaban por la acumulación del hielo.

Otra formación que encierra vestigios del hombre, asociados con huesos de mamíferos extinguidos, es el barro de ladrillos, gredón y arcillas, que se formó *in situ* por la descomposición de las rocas y el acarreo aéreo y fluvial, alcanzando á veces remota antigüedad, por haber quedado enterrados entre depósitos fluviales en época en que los ríos subían á niveles superiores.

Las *cavernas*, simas y galerías fraguadas por el agua en las rocas calizas ú originadas por movimientos de los estratos, sirvieron de abrigo ó sepultura á los animales y al hombre cuaternario, como veremos posteriormente.

Las *tobas*, concreciones y depósitos de manantiales calizos presentan restos contemporáneos de los primeros hombres, bastando citar ahora los de Cansadt en Alemania y La Celle en Francia.

El *loes*, que es una arcilla homogénea sin estratificar, se mezcla con grava y encierra restos cuater-

narios coetáneos á su formación en muchas de las extensas regiones que cubre. Por último, las *turberras*, si bien corresponden más bien á la época reciente del cuaternario, también son un yacimiento que aparece en la que ahora describimos.

5. EL HOMBRE CUATERNARIO ANTIGUO.—Todas las dudas é hipótesis acerca del hombre terciario se transforman en seguridades y datos comprobados, así que llegamos á los comienzos mismos del período cuaternario; multitud de hallazgos y buen número de investigaciones permiten afirmar su existencia en los más antiguos aluviones y grutas de las épocas interglaciares, y entre ellos destácanse, como indiscutidos jalones hacia los albores de la época que puede llamarse antrópica los descubrimientos de Neanderthal, Havel y Taubach en Alemania; Saint-Acheul, Denisse y Chelles en Francia; Hoxne, Lake y Gray's-Turrock en Inglaterra; Brusk en Austria, Peniche en Portugal y San Isidro en España.

Conformes en absoluto están, no ya los antropólogos, sino los geólogos, en este punto. Aparece el hombre en Europa—dice Geikie¹—en la segunda época interglaciar, siendo por hoy prematuro el hombre preglaciar, pues los primeros vestigios son los de Saint-Acheul y Chelles y retiróse, del NO. al fin de la tercera, emigrando hacia el Sud de Francia, pasando por Suiza al valle del Danubio.

Esta limitación la establecen los geólogos alemanes, y con ellos Lapparent², al afirmar que apare-

1 *Loco citato*, pág. 86.

2 *Idem*, id. 83.

cen los utensilios paleolíticos entre los dos canchales glaciares en el loes que descansa sobre los cantos erráticos en Weimar y Gera, conteniendo restos del *Hyæna* y *Felis spelæa* y del *Elephas primigenius*, encontrándose después del canchal terminal los instrumentos neolíticos. Opinión que confirma Nadaillac¹ al decir que luchó el hombre contra el glaciar, ocupando las tierras que éstos abandonaban y viendo formarse y fundirse las nieves que les avivaron.

Cartailhac², si coincide en la época con Geikie, varía en el origen de los hombres en el O. de Europa, pues supone que llegaron por el Danubio y detenidos por los glaciares alpinos bordearon el macizo y penetraron en Francia por el N., llegando á Inglaterra y bajando probablemente á España.

El hombre físico de los primeros periodos cuaternarios, los de la industria de la piedra tallada más rudimentaria, cuyos tipos son la chellense y la musteriense, puede decirse que hoy es desconocido³, pues los cráneos de Canstadt y Neanderthal, en caso de aceptarlos como bien determinados, corresponden á épocas posteriores, y las mandíbulas de Moulin-Quignon y Arcy-sur-Curé, así como los res-

1 Marqués de Nadaillac: *Les premiers hommes et les temps préhistoriques*.

2 E. Cartailhac: *La France préhistorique d'après les sépultures et les monuments*; París, 1896, 2.^a edición.

3 Así lo creemos con M. Verneau, nuestro querido maestro, á quien seguimos en el estudio de esta época.

tos de Stængænes, Eguishein, Bruk, Brisham y otros, unos por dudar de su autenticidad y otros por su determinación inexacta, no valen para servir de base á la descripción de la raza compañera del rinoceronte de Merk y el elefante antiguo.

Más bien por su *industria* que por sus restos hablamos de este periodo, aparece la talla definida é intencional de la piedra con las hachas de Saint-Acheul y Chelles, representadas aquí por las tan conocidas del yacimiento de San Isidro en la ribera del Manzanares. Habitaba las llanuras, las mesetas y las riberas de los ríos, allí se han encontrado sus obras, groseras y sencillísimas al principio, más trabajadas y distintas después, por aplicarlas á las varias necesidades que se iban creando; el hacha de forma amigdaloides de unos 15 á 25 centímetros de larga, terminada en punta y esquirlada en los bordes, era al principio su único instrumento, que igual le servía para la caza de los animales que le valían de alimento, que para la defensa y el ataque, que debían ser sus únicas ocupaciones, dado el genio guerrero y feroz que parece le caracterizaba; un canto rodado le sirve de martillo, y una lasca de pedernal de cincel ó percutor para tallar las hachas; las pequeñas láminas de sílex y cuarcita usábanlas como rascador, y los discos algo redondeados, tal vez como maza, colocándolos en un palo ó bastón; pero lo clásico de la época es el hacha chellense ó amigdaloides hallada en Hoxne (Inglaterra) á fines del pasado siglo, en Francia en multitud de yacimientos, después de ser estudiados por Boucher de

Perthes, en el resto de Europa, en Argelia y hasta en Méjico y las Islas Canarias.

La alimentación y vida del hombre primitivo diferiría poco de las razas que vamos á estudiar como mejor conocidas y á las que puede servir de tipo la de Neanderthal y Cro-Magnon de un lado, y las de Mugem, Furfooz y la Truchère de otro.

II.— Razas cuaternarias.

6. DIVISIÓN.—Se dijo ya que uno de los argumentos en favor del hombre terciario había sido la multiplicidad de tipos y conformaciones morfológico-anatómicas que presentan los restos, y en particular los cráneos del hombre cuaternario antiguo. Verdad es que se ha llegado con verdadera imprudencia á la creación de razas y tipos craneanos con falta de documentos y relaciones, fundando á veces una raza en un trozo no siempre bien conservado y muchas incompletamente datado; por lo cual, más que acabados descubrimientos, pueden y deben considerarse las razas cuaternarias como exploraciones un tanto atrevidas, de más valor por los futuros resultados que por los rendimientos actuales.

Es verdaderamente lamentable la falta de restos humanos que nos permitan reconstituir al hombre, que al fin es causa, y por tanto más importante que los objetos por él contruídos ó utilizados; falta que es más de sentir, por ser irremediable, ya que se han explorado miles de yacimientos en los que los arqueólogos á la antigua usanza, han destruído

más restos que las acciones geológicas y las inclemencias del tiempo ¹.

Puede afirmarse, sin embargo, con las anteriores reservas, que muy al principio del cuaternario antiguo se muestran y definen dos tipos extremos de conformación cefálica, dolicocefalo y aplastado el uno, braquicefalo y de alta bóveda el otro; que tienden á tres tipos de referencia ú origen, por desdoblarse en dos el primero de ellos á causa de los restantes caracteres que al índice cefálico completan para la descripción de un cráneo.

Procediendo cronológicamente, citaremos primero la raza de Canstadt ó Neanderthal, á la que se asimilan los restos de Spy, Arcy-sur-Curé, la Naulette, Malarnaud y otros: la de Cro-Magnon, en la que forman los de Sordes, Menton, la Solana y multitud de cráneos neolíticos; por fin, la de la Truchère, en Bélgica, lleva tras de sí á Furfooz, Nagy-Sap, Mugem, Cumieres y tantos otros. A ellas añadiremos con el Sr. Antón la raza de Alhama, descubierta por el señor Mac-Pherson en la Cueva de la Mujer, cerca de

1 No será nunca bastante fuerte la recomendación para respetar y recoger los restos humanos que en las sepulturas, dólmenes, cavernas y demás yacimientos se encuentren al realizar investigaciones arqueológicas. Restos que debèn someterse *siempre* al estudio de un craneólogo, pues nunca pueden tener valor alguno las descripciones mal hechas por personas que, de reconocida é indiscutible competencia en otras materias, antes dañan que favorecen á la ciencia, severamente exigente en cuestiones verdaderamente concretas y fundamentales.

a. Véase *Técnica antropológica*, tomo 1 de estas *Lecciones*.

Alhama de Granada, y que formaría por su dolicocefalia una serie paralela á la de Cro-Magnon francesa.

A.—Razas dolicocefalas.

a). RAZA DE NEANDERTHAL Ó CANSTADT

7. CARACTERES FÍSICOS. — Los restos que han servido de tipo para esta raza son los descubiertos en las dos localidades que les dan nombre, pero más especialmente en la primera, por su mayor autenticidad. Hállase situada en la Prusia del Rhin, entre Düsseldorf y Elberfeld, en la ribera del Düssel, constituyendo una pequeña gruta á 18 metros sobre el río, pero que en la época cuaternaria debió ser invadida varias veces por las aguas, dando los aterramientos y formándose las capas sedimentarias del limo ó *læss* en que se hallaba incrustado el famoso esqueleto descubierto por el Dr. Fülbrott, que fué el que salvó algunos restos del mismo, puestos á descubierto por unos canteros que allí trabajaban en 1856; restos constituidos por la bóveda craneal, una extremidad superior casi entera, un fémur y algunas costillas; la contemporaneidad de los restos con el *Rhinoceros hemitæchus*, hiena de las cavernas, y otros animales de la fauna del elefante antiguo, la prueban restos de los mismos hallados en 1865 muy cerca y en capa y formación idéntica á la del esqueleto.

Los caracteres del cráneo dieron motivo á grandes discusiones, hoy no terminadas, por sostener unos que no pertenecía á un hombre, y otros que,

aceptándole como humano, era de un idiota ó cretino, por lo cual, los alemanes sobre todo, no le admiten como prototipo de raza. En efecto, el cráneo es de paredes espesísimas, de frente estrecha y baja, que arranca de unas arcadas superciliares enormes. Los restantes huesos tienen también un desarrollo extraordinario, con crestas é inserciones musculares muy desarrolladas; las costillas gruesas, redondas y arqueadas, asemejan las de los carniceros, testimoniando un gran desarrollo de los músculos torácicos y una tendencia á la marcha poco vertical. Su talla no pasaría, según el antropólogo alemán Schaa-fhausen, á la de un europeo medio, tal vez por lo corto de sus miembros inferiores, que no eran rectos, pues el fémur y la tibia formaban un ángulo en la rótula, análogamente á lo que ocurre en los antropoides. La cabeza era larga, muy dolicocefala por su gran prolongación occipital; la cara baja, con órbitas grandes y cuadradas, nariz ancha y corta, pómulos muy salientes y mandíbulas igualmente desarrolladas y prognatas, dando una barbilla escapada y dirigida hacia atrás, que completaba el aspecto bestial y salvaje que hoy vemos en los cretinos y microcefalos; pero que, según Quatrefages y Hamy, son allí caracteres de raza, por presentarse en todos los cráneos de igual tipo, aunque algo atenuados, tal vez por mezclas con otros tipos diferentes.

Las diferencias de sexos son tan notables, que algunos autores han constituido con los cráneos femeninos una raza especial llamada de Engis y el Olmo; pero es probable que la opinión de conside-

rarlos como los femeninos del tipo de Neanderthal sea la más exacta.

El otro cráneo, ó mejor calvaria, que ha servido para el establecimiento de la raza, es el *de Cans-tadt*, hallado en el pasado siglo y conservado en las colecciones del Duque de Wurtemberg: su frente es también baja, y las arcadas superciliares salientes, aunque no tanto como en el de Neanderthal; la dolicocefalia, en cambio, se extrema más, por la gran estrechez del cráneo, y el grueso de las paredes también le hace aparecer como paquicéfalo. Mortillet no considera este cráneo como cuaternario, según los datos por él obtenidos de Stuttgart.

Entre los restantes esqueletos y cráneos que se han asignado á esta primitiva raza están: el de Egui-shein, que acentúa los caracteres; el esqueleto de Stængenæs, en Suecia, considerado como de mujer, y el cráneo de Brux, en Bohemia, igualmente dolicocefalos, pues su índice es de unos 72 en todos ellos, con una pequeña capacidad que oscila entre 1.200 y 1.300 cm.³ y una escasa altura, por lo que Quatrefages los llama *dolicoplasticéfalos*.

En Francia pertenecen á este tipo el cráneo de Clichy, acerca del cual presenta Mortillet bastantes dudas, hallado en una brecha volcánica y con restos del *Hippopotamus major* y *Hyæna spelæa*, y las clásicas mandíbulas de la Naulette y Arcy: la primera, hallada en una caverna del valle de Lesse, bajo cinco capas de estalagmitas y depósitos arcillosos, de 4,50 metros, es notable por su carencia de barbilla, que da lugar á un prognatismo excesivo y muy

simio, aumentado por la pequeñez de los incisivos y el gran desarrollo de los caninos, así como por el tamaño mayor de los molares posteriores; además, la curva alveolar tiene forma elíptica, que contrasta con la parabólica de nuestras razas. Pero el carácter que más interés tiene por las inducciones algo exageradas, sin duda, que de él se han sacado, es el de la apófisis geni ó interna media, en la que se insertan los músculos de la lengua, y, por tanto, se desarrolla por el uso de ésta en el lenguaje articulado; de donde se infiere que éste debía faltar ó ser muy rudimentario en las razas primitivas.

El completo conocimiento de esta raza tiénese por los esqueletos descubiertos en Spy ¹ en una gruta de la caliza carbonífera y á 8 metros de profundidad en los aluviones cuaternarios, que allí formaron una brecha muy dura, encontrándose con ellos instrumentos musterienses y restos del mamut. Estudiados por Fraipont los esqueletos, asignó el uno á un hombre adulto y el otro á una mujer anciana, dando respectivamente índices de 75 y 70, y siendo de una curvatura casi igual al de Neanderthal el del hombre, presentando como aquél la frente baja y enormes superciliares. Los fémures están encorvados y con grandes líneas de inserciones musculares, lo que llevó á sus descubridores á una asimilación antro-poidea indudablemente poco exacta.

A la misma raza se asimila una notable mandí-

1 De Puydt y Lohest: *L'homme contemporain du mammoth à Spy*; Namur, 1887.

bula descubierta en Malarnaud (Ariege) por Regnault en una cueva, con huesos de oso de las cavernas, león y hiena.

8. CIVILIZACIÓN, INDUSTRIA Y RELACIONES. — El carácter etnográfico con que estudiamos las razas prehistóricas nos obliga á hacer hipótesis sobre la civilización, costumbres é industria de la raza de Neanderthal; á ella pertenece la llamada industria de Moustier, en que las hachas de piedra se perfeccionan, apareciendo el tallado ó retoque por las dos caras, mientras en la época anterior era sólo por una; el tamaño, ó mejor el grueso, se hace menor, resultando un instrumento más ligero y agudo, mejor dispuesto para introducirse en el cuerpo de los animales; además se aprovechan más las láminas delgadas y largas de pedernal, ya como cuchillos, puntas de lanza ó rascadores, de los que hace más uso que sus desconocidos antepasados; pero lo característico, y que puede decirse aparece en esta época, es la punta alargada, fina y cortante de silex, y que haría el efecto de perforador según el Sr. Vilanova, de forma romboidal alargada, y más retocada en el extremo que en el resto: probablemente usó también la sierra ó lámina de pedernal, mellada en el borde, y con la cual obtenía los mangos y astiles de sus armas ofensivas; pues si el hombre chellense usaba el hacha como un rompecabezas, simplemente empuñado en la mano, el de Moustier debió sujetarla á un palo, como lo indica la forma y disposición de sus instrumentos en piedra. Según algunos, también usó el hueso; pero no siendo carac-

terístico de esta época, sino de la siguiente, en ella deben estudiarse los instrumentos de esta nueva materia utilizada por el hombre.

Su vida era errante y en pequeños grupos; tal vez una sola familia, dedicada á la caza, aunque su alimentación debía estar formada en gran parte de vegetales, por el desgaste que sus dientes presentan, y la dificultad de matar grandes animales con medios relativamente escasos de ataque. Lo que sí puede afirmarse, es que no eran muy guerreros y que desconocían en absoluto la antropofagia, hija de ideas sociales y religiosas posteriormente nacidas. El rigor del clima les obligó á buscar ó inventar el vestido, no conformándose con el adorno que á éste precedió, pues el uso mayor de los raspadores parece ser debido á su empleo en la preparación de las pieles de los animales con que se cubría el cuerpo. Pero no sólo el vestido necesitaba contra el clima, sino que necesitando guardarse de sus reveses é inclemencias, utiliza los abrigos naturales, ya simplemente los escarpes cubiertos por el saliente de una peña, ó ya las grutas naturales, que tiene que conquistar á las fieras que hasta entonces las habitaban, pasando á ser troglodita ó cavernícola durante un espacio inmenso de tiempo que necesitaron sus sucesores para saber construir la vivienda artificial, que dió origen á las modernas construcciones: las grutas y cavernas en que vivían eran, pues, naturales siempre, no haciendo más que utilizarlas, sin intentar su construcción.

Las relaciones históricas y la supervivencia de la

raza de Neanderthal son problemas que hoy empiezan á resolverse, pero algunos datos pueden presentarse ya de ellos. En primer término, el tipo neanderthaloide se presenta muy acentuado en una tribu de Australianos de los alrededores de Adelaide, la de Port-Western: no sólo su constitución cefálica, que reproduce los rasgos de la raza de Canstadt, sino su estado social y su grado de cultura, están íntimamente unidos á los de nuestros primeros representantes en la Europa occidental; el uso de la piedra, la constitución de la familia y su vida troglodita atestiguan, si no su descendencia directa, sí una similitud que no es de olvidar. También en la India, en los Vedas y hasta en los Daneses, se manifiesta la persistencia del tipo, como lo prueba el famoso cráneo de Kai-Likké, que corre reproducido de todas maneras como modelo del tipo neanderthaloide. Modernamente Bertholon ¹ ha probado, fundándose en sus trabajos y en los de Medina, Topinard y Collignon, la existencia en el NE. de Berberia y hacia el Sahara, debiendo pasar allí por Gibraltar y Sicilia, y correspondiendo históricamente á los Mélando Getulos.

9. LA PRIMERA ÉPOCA CUATERNARIA EN ESPAÑA ².

¹ Bertholon: *La race de Neanderthal dans l'Afrique du Nord*. — "Revue Tunisienne", 1895.

² Como fuente de información para lo que á prehistoria nacional se refiere, debe consultarse siempre el erudito *Ensayo bibliográfico de Antropología prehistórica ibérica* del señor Puig Larraz, tomo xvii de las Memorias de la Real Academia de Ciencias exactas físicas y naturales de Madrid, pues

—Prescindiendo de un hueso largo¹ citado por el Sr. Vilanova, como procedente de San Isidro y de otros aún menos dignos de tener en cuenta, puede asegurarse que sólo se conoce en España la raza de Neanderthal por el cráneo incompleto de Forbes'Quarry, en Gibraltar, atribuido por Bruk y Falconer, que estudiaron su yacimiento y su arquitectura, al periodo cuaternario, bien que no se encontraron fósiles característicos. Llamán la atención en este cráneo su exagerada dolicocefalia occipital, á la vez que frontal; el relieve pronunciado de sus arcos superciliares, que dejan atrás una frente baja y retirada; las órbitas, muy redondeadas y enormes; el achatamiento y anchura de la nariz y la forma de la mandíbula, que se alarga y cierra por atrás á modo de herradura. Con tener completa la cara, por lo menos en la mandíbula superior, ha podido servir con las calvarias de Neanderthal, Canstadt y algunas otras, á constituir el tipo de la raza cuaternaria, que, según los datos actuales, parece más antigua.

contiene la mayoría de los trabajos publicados por autores españoles ó portugueses.

En lo relativo á bibliografía *extranjera* de igual materia, pueden verse nuestras *Notas para un avance de la Bibliografía Antropológica de España*. "An. de la Soc. Esp. de Hist. Natural", 1892, y para las últimas publicaciones, tanto nacionales como extranjeras, los *Anuarios de Bibliografía antropológica de España y Portugal*, publicados en los "Anales" de la citada Sociedad desde el de 1896 y 97.

1 Vilanova: *Lo prehistórico español* (Estudio sobre), 1892.— "Museo Esp. de Antigüedades".

Poco más se conoce de la industria que de los restos, pues es de extrañar que sólo se hayan encontrado dos ó tres yacimientos característicos de la época, á la cabeza de los cuales merece describirse el de San Isidro, descubierto en 1863 por Prado ¹, acompañado de los geólogos franceses Lartet y Verneuil y estudiado someramente después por la generalidad de los antropólogos extranjeros y una buena parte de los españoles, en especial por los profesores Vilanova y Quiroga.

La formación diluvial de San Isidro descansa sobre las margas ó cayuela del terciario mioceno, presentando un espesor de 21 metros, que en el corte dado por Prado está formado en la base por guijo con cantos rodados, arena y grava, al que se superpone la arcilla azulada, llamada gredón por los alfareros, en capas de dos á tres metros de espesor y cubierta por las arenas y gravas silíceas y feldespáticas que forman las partes superiores. Según Vilanova y Prado, en la capa inferior yacen las hachas chellenses, y en las arcillas restos de elefantes; las hachas en general son de pedernal y de tamaño muy variable, como lo demuestran los cientos de ejemplares que figuran en el Museo prehistórico del señor Rotondo y Nicolau, y los recogidos por el señor Cazorro y nosotros en unión del profesor Quiroga ², así como por Chapmann en 1892.

¹ Prado: *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*; Madrid, 1864.

² Cazorro: *Hacha paleolítica y fósiles descubiertos en el gredón de los altos de San Isidro*.—“An. de la Soc. Esp. de Historia Natural”, 1890.

Desde 1778 se conocían restos de elefantes, hallados también en 1847 por Graells, y en 1850 por este naturalista y Prado, habiendo creado una especie nueva que denomina ¹ *Elephas platyrhynchus*, que asigna á las capas 7 y 8 de grava y arenas finas del minucioso corte trazado por el Sr. Cortazar, consignando como única capa de instrumentos la 11 ó inferior.

En Portugal citan hachas en sílex de esta época los geólogos Delgado y Ribeiro ² en el nivel inferior de la cueva de Furninha en Peniche, así como en las cuevas de Casa de Moura y Serra de Montejunto y los Molianos, en unión de huesos de *Ursus spæleus* y *Hyena crocuta*, en los aluviones de Alberca y Alhandra y otros puntos.

En el resto de España se citan, pero sin estar bien estudiadas hasta hoy, las cuevas de Pedraza, en Segovia, y de Colle, en León, por Prado: la caverna llamada *a furada dos cas*, en Galicia, por Villaamil, y varios objetos en Posadas (Córdoba), Cerro de Almodóvar (Vallecas), caverna de Aitzquirri y los Alcores del Guadalquivir.

1 Paz y Graells: *Fauna mastodológica ibérica*. — Mem. de la R. A. de Ciencias Exac. Físic. y Nat., 1897. — Puede verse Hoyos Sáinz: *L'Anthropologie et la préhistoire en Espagne et en Portugal en 1897*; Paris, 1898.

2 Ribeiro: *Descripção do solo quaternario das Bacias hydrographicas do Tajo é Sado*, 1866. — *Noticia acerca das grutas de Cesareda*, 1867, y otras Memorias de la Carta geológica de Portugal, y Mem. de la Acad. en 1871.

b. RAZA DE CRO-MAGNON

10. YACIMIENTO Y CARACTERES. — Es de todas las razas prehistóricas la de Cro-Magnon la mejor estudiada, en especial por los trabajos de M. Verneau, que ha seguido su evolución en el espacio y en el tiempo, determinando el gran papel que en la etnogenia de la Europa occidental y el Africa mediterránea ha desempeñado esta interesante raza cuaternaria, la última en realidad de la época de la piedra tallada, y que algunos, como Mortillet, consideran ya como correspondiente á la edad neolítica en el periodo Robenbausiense.

Es considerada esta raza como la del período magdalenense, así llamado porque se halló en la estación típica de la Magdalena en la Dordoña francesa, al abrir las trincheras del ferrocarril de Limoges á Agen en 1868 y en una especie de gruta cerca del río. La *época* en que vivió el hombre de Cro-Magnon disfrutaba de un clima frío y seco, como se desprende de la fauna que la caracterizaba, entre la que figuraba á la cabeza el reno por su número y utilidad.

Los *caracteres físicos* del hombre de Cro-Magnon pueden darse casi con igual amplitud que los de una raza actual, y así sabemos que su estatura era elevada, de 1,78 por término medio, si bien el llamado viejo llegaba á 1,82, descendiendo en cambio las mujeres á 1,66. Correspondiendo á esta gran talla, presentaban un tipo vigoroso y fuerte, que se ma-

nifiesta por sus huesos grandes de fuertes crestas é impresiones musculares, que llegan en el fémur, por ejemplo, á dar lo que se llama fémur en columna, por el gran desarrollo de la línea posterior áspera; por igual causa la tibia se desarrolla aplastándose transversalmente, dando lugar á la platinecemia ó en forma de hoja de sable, característica de un fuerte desarrollo de los músculos posteriores.

La calavera es característica por su disarmonía, pues con un cráneo largo y estrecho presenta una cara corta y ancha; la bóveda, mirada verticalmente, es pentagonal, por el gran desarrollo de sus bolsas parietales; la norma lateral muestra una frente perfectamente modelada, alta y de curvatura elegante, continuada por una línea que se aplana en la coronilla, dando lugar á una bolsa ó saliente occipital; la base del cráneo es aplastada, y su volumen total muy elevado, pues llega á 1.590 centímetros³. El índice cefálico es de 73,76, superior al de Neanderthal, del que vemos se diferencia por los otros caracteres: esta dolicocefalia no es debida á la estrechez del cráneo en general, como en los Australianos y Negros, ni á la del occipucio, como en los Europeos actuales, sino á la de la frente; siendo, pues, raza de dolicocefalia posterior ú occipital.

La cara, muy baja, tiene sólo de índice 66, y sus órbitas presentan el más bajo de los índices por su poca altura, pues se queda en 61, siendo su forma rectangular muy típica. Contrasta con estos datos su gran leptorrinia, de 45,09, que acusa una nariz muy larga y afilada. La barbilla se desarrolla y

sale hacia adelante, cosa no vista en ninguna de las anteriores razas. Topinard y otros antropólogos creen fundadamente que la raza de Cro-Magnon era rubia.

En conjunto puede decirse con M. Hamy, al describir el esqueleto de Grenelle, que es de igual tipo: «Presenta en su sistema vertebral, como en su cráneo y su esqueleto, una curiosa mezcla de nobleza y bestialidad. Este precursor de la civilización, este iniciador de la industria y del arte, debe necesariamente unir al espíritu, que crea, la fuerza, que ejecuta. Esta fuerza brutal, que puesta al servicio de una inteligencia desenvuelta, afirma el progreso, inseparable de la seguridad.»

II. DISTRIBUCIÓN Y EMIGRACIONES. — Es tal vez la raza de Cro-Magnon la que más ha influido en la etnogenia de la Europa occidental. Aparece por hoy en el Perigod durante la época magdalenense, y muy pronto irradia hacia Bélgica y Holanda por el Norte, y hasta el río Mosa, al Oeste y al Centro de Italia. No siendo, sin embargo, estas vías las que más importancia tuvieron, pues cuando el reno se retira hacia el Norte y otras razas vienen á ocupar el país originario de los Cromañones, éstos se dirigen al Sud, atraviesan los Pirineos, y caminando por España, donde ya veremos han dejado huellas, llegan hasta las islas Canarias, tal vez por la costa africana: sus éxodos son lentos, no retirándose de un país sino impulsada tal vez por otras razas, dejando huellas profundas, como aquí ocurrió, y se conservó en Argelia hasta la época ro-

mana, y en las Canarias casi pura hasta el siglo xv, como lo demuestran los tipos hoy vivos en dichos países, y que por su talla, vigor, conformación craniana y rasgos fisionómicos, recuerdan perfectamente los antiguos Trogloditas del Centro de Francia.

Debían formar grandes tribus, relativamente fijas y sedentarias, como lo demuestran los restos de su industria y de su alimentación, sobre todo del reno, del que se hallan individuos de todas edades: verdad es que la caza y pesca les obligaba á emprender viajes, pero sin separarse mucho de su estación ordinaria, no siendo, como se ha pretendido, viajeros errantes tras el reno, como los Pielas Rojas tras el bisonte. Algunos viajes marítimos debieron hacer, como lo prueba el haber hallado conchas en una estación de Laugerie-Basse, que eran de la fauna inglesa, y no haber comunicación en aquella época entre el Continente y la Gran Bretaña.

A esta raza corresponden los esqueletos hallados en Menton en unas grutas situadas junto al mar, en la frontera de Francia é Italia; casi rellenas por restos de cocina, con piedras talladas y huesos fueron exploradas por Rivière¹, que reconoció en ellas la fauna de los primeros tiempos cuaternarios, sin el reno, que no bajó á tales latitudes, abundando extraordinariamente las conchas, con que hacían ador-

1 E. Rivière: *De l'antiquité de l'homme dans les Alpes Maritimes*; París 1878 á 88, y diversos trabajos del Dr. Verneau en discusión sostenida con Rivière.

nos y vestidos; en la cuarta gruta hallóse el esqueleto en la posición de un hombre dormido, en idéntica postura que el de Spy y los de Sordes y Raymondén; la cabeza estaba cubierta por una toca de conchas y dientes de ciervo, y cerca hierro oligisto y ocre rojo, siendo de notar que entre las conchas había algunas del litoral atlántico. Otros esqueletos se hallaron en la sexta cueva, al parecer enterrados entre la pared y una gran losa de la bóveda, con puntas de pedernal y ocre rojo el uno, y en diversas actitudes otros, permitiendo á Cartailhac suponer que habían sido descarnados antes de su enterramiento. En Laugerie-Basse (Dordoña) hallaron Larlet, Christy, Vibraye y Massenat un yacimiento con análogos esqueletos y restos; y en 1888, en Raymondén, cerca de Chancelade, hallaron Feaux y Hardy otra gruta y esqueleto análogos en un todo á los descritos.

12. INDUSTRIA Y VIDA. — Su principal industria era aún la de la piedra, pues los instrumentos en sílex están perfectamente apropiados para el múltiple uso á que se destinaban, además de indicar el poco retoque que presentan una habilidad y seguridad de construcción que no se conocía antes; así, una lámina obtenida de un solo golpe era su cuchillo, que, dentándole en sus bordes, originaba la sierra; las puntas de flechas son triangulares y agudas, aunque no presentan las elegantes formas del tipo de Solutre.

El hueso era la industria típica y característica de los Cromañones, sirviéndoles sólo la piedra para

trabajar sus instrumentos de hueso, ya de cuernos de ciervos y renos, ya de los huesos largos de dichos animales y otros grandes mamíferos que, siendo de un trabajo fácil y adaptables á todos los destinos, dieron origen á los muchos objetos en hueso que tan sólo podemos enumerar. Las puntas de flechas son largas, dentadas, con escotaduras recurrentes y acanaladas, como si fueran envenenadas, en forma de arpón unas veces, redondeadas y ganchudas, con dientes laterales. Debían producir heridas de importancia al ser introducidas en los animales y el hombre, pues quedando en la herida, impedían su cicatrización, y al arrancarlas agrandaban considerablemente la misma; las muy pequeñas se usaban como anzuelos en la pesca, ocupación muy general entonces. Hállanse también punzones, puñales aguzados, falanges perforadas que debían servir de silbatos, unas especies de cucharas y unas agujas, tan bien fabricadas, que causan sorpresa en el ánimo del observador; pero lo que más llamó la atención y ha dado origen á discusiones é hipótesis, son los hoy llamados bastones de mando, por su analogía con los usados hoy por indios americanos, y fabricados, como aquéllos, de un cuerno de reno, con agujeros y adornos, señal tal vez de la jerarquía del que le usaba.

El *género de vida* ha sido reconstituido por Monsieur Quatrefages con una rigurosa interpretación de los restos de su industria, y así puede afirmarse con él que continuaban cazando hasta los grandes mamíferos, pues el mamut y el caballo sirviéronles

muchas veces de alimento, á pesar de ser el reno el principal animal de que se valian: también los pájaros formaban parte de su cocina, pues sólo en la gruta de Gourdan se han determinado veinte especies distintas. Los medios de transporte debían ser rudimentarios, pues sólo la cabeza y extremidades de los animales de gran talla se hallan en sus habitaciones, lo que indica que despedazaban el animal y abandonaban el tronco en el lugar de la muerte. Como todos los salvajes, eran golosos de la médula ó tuétano de los huesos, pues éstos aparecen partidos cuidadosamente, para su extracción, con una espátula ó cuchara especial para este uso. Conocían el fuego, pero como no tenían vasijas ni cerámica, no sabemos cómo le utilizarían para preparar los alimentos.

Se ha supuesto por algunos que la antropofagia ó canibalismo existía en los Cromañones, pero reducida, según Piette, al consumo de los cerebros del enemigo, preparando algún brebaje que devoraban en guerrero festín, cosa que pareció probable, por haber hallado sólo restos de cráneos entre los de cocina é industria de aquellas gentes; pero, aun así limitada, no parece probable, siendo únicamente estos restos humanos vestigios de la preparación de trofeos guerreros del vencedor, como hoy hacen algunos salvajes de América y Oceanía.

En la lucha, cada vez más empeñada, contra el medio exterior, que se iba modificando desagradablemente, haciéndose frío é incapaz de resistirle sin abrigo, aparecen ya con toda evidencia utilizados

por el hombre la *habitación* y el *vestido*; la primera sigue siendo la gruta ó caverna natural, donde se sucedían las generaciones, que han dejado numerosos restos, y que también servía para enterrar los muertos, conservados así en el hogar común de la familia; pero la población aumentó seguramente, y es probable se construyeran tiendas ó cabañas, como lo indican los restos de cocina hallados en algunos sitios al aire libre y con independencia absoluta de toda cueva natural. El vestido está lógicamente atestiguado por la presencia de las agujas, que no se construyen seguramente por el que nada tiene que coser; sus primeras materias proporcionálas la caza con las pieles de los animales, preparadas con los raspadores de sílex ya conocidos; además, hacia la región lumbar del hombre de Menton halláronse pelos de reno, y en diversos puntos del cuerpo de Langerie-Basse pequeños caracoles que eran *adornos* del traje, no collares ni brazaletes, por más que éstos abundaban, contruídos de pequeños moluscos, de dientes de animales y hasta de piedras propias para ser talladas; en el de Menton hallóse una especie de corona ó diadema rodeada á la frente, y óxidos de hierro, con los que indudablemente se teñía el cuerpo, según un ideal de belleza guerrera muy conforme con sus costumbres.

La domesticación de los animales no está probada, pues la afirmación de Piette por haberse descubierto un dibujo de reno con un collar, lo más que puede significar es que al apoderarse de las crías

de estos animales las aprisionaba, pero sin llegar á su domesticación.

Su *estado social* era ya un tanto complicado, pues la jerarquía y las clases aparecen demostradas, no sólo por los bastones ó insignias de mando ó jefatura, sino por los mayores adornos que presentan algunos esqueletos y las armas en marfil muy adornadas que junto á otros se presentaban. Poseían una religión, como lo prueban algunos amuletos en huesos hallados en las grutas, el verdadero culto que á los muertos profesaban enterrándolos cuidadosamente con sus objetos de adorno y útiles que usaron en vida, tal vez por creer en su continuación como vemos, que hacen hoy los salvajes. Algunos esqueletos están teñidos por hierro oligisto; y si no podemos afirmar cuál era su culto, que Piette supone era el del sol, si hay grandes probabilidades de que tenían alguno.

Su industria artística nos ha dado muchas y muy notables pruebas de sus instintos artísticos, ya en las elegantes formas que daban á sus útiles domésticos ó guerreros, ya en los numerosos ejemplares de pintura, escultura y grabado que de esa época se conservan en los museos. De los últimos hechos, alguna vez en piedra, pero más generalmente en hueso, presentan una serie de los simples dibujos geométricos á las curiosas reproducciones de formas animales y hasta humanas que se han hallado en las cuevas de la Magdalena, Saboya y Gard, representando renos en mil variadas actitudes, grupos de estos animales, oso de las cavernas, como en la

pizarra de Marsat y el mamut de la Magdalena, que constituyen las obras maestras del arte prehistórico. En escultura hay mangos de puñal representando el reno, como en la gruta de Montastruc, y el mamut de la de Bruniquel; y en pintura, por fin, parecen hallarse los esbozos en pizarras con rayas halladas en el cuaternario de los Pirineos.

13. LA SEGUNDA ÉPOCA CUATERNARIA Y LA RAZA DE CRO-MAGNON EN ESPAÑA. — Hablaremos sucesivamente de su industria y de su raza.

De notar ¹ es la escasez de restos del hombre en algunas cavernas de este segundo grupo, numerosas por cierto en España, tales como en la Lóbrega, en Torrecilla de Cameros, de la Solana (Segovia), de Torroella de Montgrí (Gerona), de la Mujer, en Albama de Granada, del Tesoro, de Málaga, de Roca en Orihuela, de Alicante, etc. En todas estas y en otras muchas de la misma época en España, y en la llamada casa de Moura, en Portugal, abundan los huesos humanos.

Continúa el aborigen ibérico en esta nueva etapa fabricando los mismos instrumentos de piedra, ó sirviéndose, por lo menos, de los labrados anteriormente, tales como cuchillos, puntas de lanza, raederas, punzones, etc., perfeccionándolos, á los cuales agrega la flecha, como tránsito al periodo neolítico, del cual consérvanse testimonios evidentes en la cueva del Tesoro, en la de Roca, de la Mujer y

¹ Vilanova y Piera, y Rada y Delgado: *Geología y Protohistoria ibéricas*.

en otras varias, en las que se han encontrado alguna que otra hacha pulimentada.

Pero lo que real y verdaderamente acusa un notable adelanto, es la presencia de la cerámica, bastante perfecta en algunas cuevas, como, por ejemplo, en la Lóbrega, donde ostenta una cierta ornamentación y pulimento, en la de la Mujer de Albama, y sobre todo en la del Tesoro, á juzgar por el bonito dibujo que ilustra la Memoria del señor Navarro. Todos estos cacharros, casi siempre rotos, se distinguen por lo impuro y tosco del barro, y por la variedad de color que afectan, negro por dentro y de diferentes matices del rojo por fuera, lo cual ciertamente indica que los endurecían al aire libre, colocando carbones en el interior. Las formas, no del todo regulares, acusan sin duda la acción directa de la mano, sin el auxilio de la rueda ó torno, que hubo de inventarse más tarde.

La presencia de los restos humanos puede considerarse como señal de que aquellas cuevas servían de lugar de enterramiento, práctica que se prolongó hasta el comienzo del periodo de los metales. En este concepto merece especial indicación la llamada de la Solana, en territorio de Navares (Segovia), por cuanto los muchos esqueletos descubiertos estaban colocados en agujeros abiertos en la peña, análogamente á lo que se observa en los enterramientos de los guanches de Canarias, circunstancia que bien pudiera relacionarse con la unidad de raza de unos y otros pueblos.

Adviértese también en la espelunca segoviana la

repetición de lo ya indicado en otros lugares análogos, á saber: la mezcla de utensilios paleolíticos silíceos, con hachas neolíticas de rocas anfibólicas, circunstancia que bien á las claras indica que es aquella una de tantas estaciones de tránsito entre ambos periodos, y que confirma la continuidad y el carácter indígena de los objetos característicos de aquellos tiempos prehistóricos españoles.

En este concepto supera, sin embargo, y con mucho, á las indicadas, la localidad de Argecilla (Guadalajara), descubierta por el Sr. Peña, y explorada por Vilanova, el Marqués de la Rivera y el Ingeniero Sr. Garay de Anduaga.

A corta distancia del pueblo, en dirección NE., existía el que en rigor debe considerarse como verdadero taller de objetos prehistóricos, donde los operarios hubieron de permanecer durante mucho tiempo, á juzgar por la abundancia y variedad de aquéllos, entre los cuales figuraban una interesante serie de cuchillos, sierras, punzones, lanzas, flechas bellísimas, todo de pedernal, substancia que también tuvo el artífice que buscar á larga distancia, pues en aquellos alrededores no existe.

Tan curioso como interesante centro protohistórico, en el que se encontraron además varias piedras amoladeras, destinadas á pulir las hachas neolíticas, y no pocos dientes y huesos de caballo, toro, ciervo, etc., junto con conchas terrestres, no ocupaba el interior de ninguna cueva, á pesar de existir una bastante capaz en las inmediaciones; el operario ó los artífices trabajaban sin duda al aire

libre, lo cual supone mejores condiciones climatológicas en aquella época, en que lenta y paulatinamente pasaba del período paleolítico del cuchillo y del empleo del hueso, al neolítico ó de la piedra pulimentada, desarrollándose á la par la incipiente industria de la cerámica, que algún día, andando el tiempo, habia de producir las maravillas de Sèvres, Sajonia y la China.

A tal punto consideró Mortillet trascendental el hecho de Argecilla, por la mezcla, en aquel punto de la Alcarria, de objetos pertenecientes á dos períodos prehistóricos sucesivos, que contrarió en gran manera al que explicaba la introducción en Europa de la piedra pulimentada por la venida de una raza exótica que hubo de enseñar al aborigen el nuevo ramo de industria.

Cae, pues, por su base, á lo menos por lo que á la prehistoria ibérica se refiere, la existencia del hiatus ó laguna que suponen algunos existir entre el período paleo y el neolítico, pudiendo asegurar que no tiene tampoco razón alguna de ser dicha interrupción entre la piedra pulimentada y el cobre.

Uno de los más notables yacimientos de esta época es la cueva de Santillana de la Mar, situada cerca de esta villa, en la provincia de Santander, descubierta en 1875 por el Sr. Santuola y estudiada después por Vilanova, Harlés, Quiroga, Torres Campos, Lemus, Antón Reyes.¹ y nosotros mismos.

1 M. de Santuola: *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander*; folleto. Madrid, 1880, y Museo Antropológico, 1881, Madrid.

Forman la cueva seis extensas galerías que alcanzan hasta 600 metros de desarrollo, y de las cuales la más interesante es la exterior, cuyo suelo está formado por una tierra negra humífera conteniendo restos de huesos de multitud de animales, cuernos, dientes y molares, conchas de *Patella* y caracoles marinos y diversos instrumentos de pedernal y cuarzo hialino; los huesos pertenecen principalmente al caballo, perro, ciervo y un pequeño roedor, siendo de notar el esqueleto casi completo de un *Ursus spelæus* hallado en el fondo de la última galería. Los instrumentos son hachas y cuchillos de pedernal cuarcita y arenista, percutores y núcleos de estas últimas materias, puntas de flecha talladas en cristal de roca y multitud de objetos de hueso y asta, como punzones y agujas, así como huesos hendidos longitudinalmente, y otros con rayas hechas de un modo intencional.

Pero la notoriedad alcanzada por esta cueva magdalense la debe á las pinturas halladas en una exploración realizada en 1879, que aparecen decorando la bóveda de la primera galería, y consisten en bisontes, ciervos y algunos otros grandes mamíferos cuaternarios, cuyos dibujos están trazados con ocre negro y rojo y alcanzan tamaños extraordinarios hasta más de dos metros de longitud; otras figuras aparecieron en la segunda, tercera y cuarta galería, y gran número de rayas finamente trazadas en la quinta. Defendieron la autenticidad de estas figuras los Sres. Santuola y Vilanova, consideráronlas actuales y debidas á una verdadera su-

perchería otros exploradores de la cueva, á cuyo lado se colocan los Sres. Harlé y Cartailhac, sin datos suficientes para ello. Sospecharon, aunque no de todas, los Sres. Quiroga y Torres Campos en las degradadas para buscar el relieve y pintadas á dos tintas, y ésta es nuestra opinión y la del malogrado dibujante del Museo de Ciencias Naturales, Sr. Janer, cuyas exactas copias poseemos, tomadas en la exploración que realizamos en 1890; pero es preciso esperar á una exploración más ordenada y completa de las hasta hoy realizadas para resolver definitivamente.

Citaremos, por último, como correspondientes á esta época, algunos yacimientos últimamente explorados, que son: en Jumilla unos enterramientos descubiertos por el Sr. Vilanova en 1890, realizados en las mismas grietas del terreno y en los que se hallaron algunos instrumentos de pedernal y restos de cerámica tosca fabricada á mano; la gruta de Serinyá en Gerona, explorada por los Sres. Alsius, Chía, Harlé, Vidal y Cazurro, donde se han encontrado instrumentos de pedernal y hueso característicamente magdalenses, así como la cerámica y los restos de animales que servían de alimento al hombre; en Lérida ha descrito el ingeniero Sr. Vidal ¹ las cuevas del Tabach, del Aigua y Negra de Tragó en Haguera, entre otras, que le han proporcionado huesos de *Cervus elaphus* y animales actuales con

¹ Vidal, L. M.: *Coves prehistòriques de la província de Lleyda*; Barcelona, 1894.

instrumentos de pedernal, hueso y multitud de conchas, así como fragmentos de cerámica.

Los cráneos de la cueva de la Solana, en Navarres de Ayuso, provincia de Segovia, estudiados en el Museo de Ciencias Naturales, donde hoy existen, y en su mismo yacimiento por el Sr. Antón¹, pertenecen indudablemente á épocas muy distintas.

Los más antiguos son de raza pura de Cro-Magnon, su forma es una exacta reproducción, no sólo en cuanto á las proporciones, sino también en cuanto á las dimensiones, del célebre cráneo típico llamado el viejo de Cro-Magnon, del Museo de Historia Natural de París.

En yacimientos posteriores existían otros cráneos mestizos de Cro-Magnon, por los caracteres del rostro, y Atlantes, probablemente por la calvaria, sin contar con otros más modernos en que la forma de los primeros ha desaparecido ó se encuentra muy desvanecida.

El hallazgo de esta raza de Cro-Magnon en el centro de Castilla, troglodita aquí como en el Perigord, es de una importancia histórica indudable, sobre todo después que los trabajos de Mr. Verneau han puesto fuera de duda que los habitantes antiguos de Tenerife pertenecen á esta misma raza, cosa que puede comprobarse también en las calaveras guanches que existen en las colecciones de Antro-

¹ M. Antón: *La raza de Cro-Magnon en España*, "Anales de la Soc. Esp. de Hist. Natural", tomo xiii.

pología del Museo de Ciencias Naturales ¹. Allí están también las de Góngora, que no son de Cro-Magnon, por más que otra cosa diga por referencia Mr. Quatrefages, como no lo es tampoco el cráneo de Asturias, manchado de cobre, que existe en el Museo Arqueológico, aunque también se afirme así por un sabio extranjero. Bien es verdad que los sabios extranjeros han trabajado mucho por descubrir esta raza en España, llevados del laudable deseo de encontrar el camino de esta raza de Francia hacia el Africa.

Mas cierto es que puede ser mestizo de esta raza el cráneo de la Cueva de la Vella, regalado al Museo de Ciencias Naturales por el malogrado y muy entendido Ingeniero de Minas D. José Vilanova.

En estos últimos años se ha señalado por diversos autores la existencia del tipo cromañon en España, mereciendo citarse en primer término el yacimiento de Carmona, explorado por los Sres. Fernández Casanova, Cabrera y Díaz y Candau ², que consideran como pertenecientes á la raza que estudiamos los restos hallados con objetos evidentemente neolíticos, y según nosotros mucho más modernos, en las diversas sepulturas de la localidad.

En un libro del Sr. Cañal ³ establece hasta la

¹ M. Antón: *Identidad étnica de los Guanches y la raza de Cro-Magnon*, ídem, tomo xv.

² Diversos artículos publicados por estos autores en los "Bol. de la R. A. de la Historia y An. de la Soc. Es. de Historia Natural" en los años de 1893 y 94.

³ C. Cañal: *Sevilla prehistórica*. — "Clasificación y descripción Antropología.

época de llegada á la cuenca baja del Guadalquivir de los emigrantes cromañones, describiendo algunos yacimientos del período arqueolítico, donde se hallan objetos y restos de los mismos, habiendo sido estudiados los últimos por los Sres. Medina y Barras, y de cuyos datos no podemos suponer que sean tales cromañones, ya que en cuatro cráneos los índices son: de 84,2 en uno deformado, de 76,3 en otro de pequeño tamaño, de 74,1 en un viejo hipsicéfalo y de 79,5 en otro ortocéfalo, lo cual permite suponer una gran mezcla en aquella primitiva población, ó diversidad de yacimientos no explicada por los autores.

ESTACIÓN DE SOLUTRE. — Situada en el departamento del Saône-et-Loire, pertenece á la época intermedia entre las razas de Neanderthal y Cro-Magnon, y parece un período de transición, por su aspecto artístico, entre los tipos de Moustier, sin objetos de hueso, y los de la Magdalena, con el gran predominio de esta última substancia. Por su fauna presenta una mezcla de formas no bien definidas de león, hiena y oso de las cavernas, reno, ciervo del Canadá y caballo, pues todas se hallan en la parte inferior; mientras en la zona media, llamada magma del caballo, sólo se hallan innumerables restos de este animal, y en la superior, con restos calcinados de reno, un gran número de instrumentos de piedra y huesos humanos, según algunos, de los obreros que tallaban las hachas en aquel taller cuaternario. Las hachas y puntas de hoja de laurel son las características del período solutrense, en el que la hipofagia es general y durante el que aparecen los primeros

ción de los objetos y monumentos encontrados. — Inducciones acerca de la industria, arte, razas, costumbres y usos de los primitivos habitantes de esta región."; Sevilla, 1894.

albores del arte que tan pronto había de desarrollarse en la época siguiente, ya estudiada.

14. RAZA DE ALHAMA.—A las dos razas cuaternarias de Neanderthal y Cro-Magnon, añade el catedrático Sr. Antón esta raza de Alhama, diciendo que ¹ «la novedad de nuestra raza española de Alhama, cuyo tipo son los cráneos encontrados por el Sr. Don Guillermo Mac-Pherson en la cueva de la Mujer, y guardados en el Museo de Ciencias naturales, está justificada por argumentos expuestos en nuestro curso de Antropología de España de la Escuela de Estudios superiores del Ateneo de Madrid», añadiendo después que «hay datos que tienden á demostrar la sucesión de las razas de Cro-Magnon y libio-ibérica, así como la de Alhama y la siro-árabe ó semítica».

Proviene los cráneos en que ha fundado la raza de Alhama el Sr. Antón, de la cueva de la Mujer, abierta en los bancos calizos jurásicos de Alhama de Granada, y que consta de dos partes; la inferior, verdaderamente saqueada por manos imperitas, y la superior, en la que el explorador D. Guillermo Mac-Pherson encontró cerámica análoga á la de la cueva de Albuñol y la de Genista, en Gibraltar, y ocre arcilloso, en unión de multitud de objetos y

1 *Programa razonado de Antropología*, pág. 26.—De sentir es que no se haya publicado aún la *Antropología de España*, donde tendrá explicación esta raza y los nuevos puntos de vista que acerca de otros problemas de antropología y prehistoria ibéricas planteó en las lecciones del Ateneo de Madrid en los cursos de 1896-97 y 1897-98.

lascas de pedernal, como si fueran restos de un verdadero taller de instrumentos de piedra, además de amuletos, adornos, dientes perforados y un cráneo, un frontal, un fémur y una tibia, á la que falta la epifisis superior, notable el primero por su gran dolicocefalia.

En la galería superior halláronse un frontal y un parietal, que presentan analogía con los procedentes de Gibraltar, extrayendo del mismo sitio abundantes huesos que debieron ser utilizados para la alimentación de los habitantes de la cueva, conchas marinas de varios géneros y un *Pectunalus* convertido en ajorca ó brazalete de adorno, y grandes piedras toscamente talladas que tuvieron diversos usos, entre ellos el de formar el hogar de aquellas primitivas habitaciones. El hallazgo de la cerámica y de objetos de metal nos hace considerar la cueva como muy posterior á la época cuaternaria, en que el Sr. Antón coloca la raza que la habitó.

Sirve de transición este yacimiento entre los genuinamente cuaternarios antiguos ó de la época de la raza de Neanderthal y los del cuaternario moderno, en que se hallan los restos de la de Cro-Magnon, y análogamente los caracteres del cráneo son intermedios entre ambos tipos, presentándose dolicocefalo de frente estrecha, con una altura vertical del cráneo notable, lo que con una leptorrinia característica y un elevado índice orbitario son los trazos característicos de este cráneo y tipo de raza prehistórica española. Quatrefages y Hamy incluyeron estos restos entre los que representaban en España

la raza de Neanderthal, pero el Sr. Antón supone que corresponden á la raza de los primitivos iberos, descrita en los cráneos dolicocefalos de los paraderos de Mugen por el antropólogo Oliveira Martin y dada á conocer en Italia por Belucci y Nicolucci que osteológicamente se distingue por presentar el fémur sumamente arqueado y la tibia aplastada, raza pequeña pero vigorosa y ágil.

B. — Razas braquicefalas.

15. SUS PRINCIPALES TIPOS. — Todos los cráneos que hasta ahora hemos descrito eran dolicocefalos verdaderamente extremados, pero en los estratos y cavernas cuaternarias correspondientes á la edad de la piedra tallada hanse hallado cráneos de cabeza corta, verdaderamente braquicefalos, y que, á pesar de la exacta caracterización de sus yacimientos, no fueron admitidos como tales por la complicación que á la etnogenia europea daba la existencia en edades tan antiguas de dos tipos ya diferentes, al principio de la aparición de las razas humanas; pero hoy día estúdiense como razas fundamentales cuaternarias las representadas por los cráneos y esqueletos de la Truchère, Furfooz, Grenelle y otros menos conocidos. Los dos primeros, sobre todo, han dado nombre á la raza; el cráneo único de la Truchère, cerca de Lyon, hallóse en las margas grises del mamut en una formación del Seille, y le caracteriza un elevado índice de 84,32, un volumen muy grande en relación con los tipos dolicocefalos,

una cara pequeña y estrecha, una nariz larga y estrecha y unas órbitas pequeñas, que, dados los caracteres del cráneo, dan lo que se llama un tipo disarmónico, pero en sentido inverso de lo descrito en los cro-mañones.

Este cráneo braquicéfalo era, entre los prehistóricos, único en Europa y Asia hasta estos últimos años, aunque la antigüedad del mismo no esté plenamente comprobada como cuaternaria antigua: hace poco tiempo ha encontrado este mismo tipo el Dr. Collignon en los pozos funerarios de Cumières, y otros autores los han señalado en los aluviones de la cuenca del Sena, aunque en yacimientos de edad bastante discutida.

El tipo de Furfooz, ó mejor, los tipos de dicha localidad, corresponden á unos cráneos hallados en la caverna del Trou-de-Frontal, en Bélgica, y estudiados por Quatrefages y Hamy en su *Crania étnica*. Uno de ellos es sub-braquicéfalo, con 81,39, de frente algo deprimida y occipital aplastado, con prognatismo de la mandíbula superior y un gran desarrollo en la inferior. El otro es mesaticéfalo, pues no sube su índice de 79,31, de líneas finas y arcos superciliares poco desarrollados, pero con frente muy rebajada y continuada por una curva sin inflexión, que tiene el vértice muy posterior y baja á un occipital bien desarrollado; la cara es ancha, pero su mandíbula no es prognata como el anterior: hanse recogido en la misma gruta, que parece fué una sepultura, posterior, por tanto, á las épocas de los cráneos de Neanderthal, varios restos

y huesos que, como los anteriores cráneos, no son considerados por algunos como cuaternarios, por haberse hallado con ellos cerámica, que sabemos no aparece hasta la época neolítica, y el mismo descubridor M. Dupont afirma que el depósito magdalenense de la entrada de la gruta estaba removido, tal vez para verificar los enterramientos. Continúase esta raza en plena época neolítica, como se ve en los cráneos del dolmen de Montigny-l'Engrain (Aisne) y en las cámaras sepulcrales de Vaureal y Mendon, apareciendo mezclada en las grutas del Marne con los dolicocefalos del Homme-Mort, pero predominando en aquellas épocas en todo el NE. de Francia, en tanto que la de Cro-Magnon en el S. y O.

Merece más el carácter de cuaternario el yacimiento de Grenelle, cerca de París, donde se han encontrado varios cráneos anteriores á la desaparición del reno en aquella región, aunque sin restos de elefantes, hipopótamos ni rinocerontes, por lo cual Mortillet duda de su antigüedad, llegando á suponerlos sólo anteriores á la época romana y enterrados por una inundación. Son braquicéfalos, pues los hombres, que tienen el índice más bajo, dan 83,53, de frente algo oblicua y arcos superciliares dirigidos hacia fuera; la cara, armónica con el cráneo, tiene pómulos fuertes y rugosos, y una fosa canina alta, pero no profunda; la nariz es saliente y el prognatismo se marca bastante, así como el desarrollo de la mandíbula inferior.

Completan el catálogo de las piezas referentes á

este tipo la mandíbula de Moulin-Quignon y los cráneos de Nagy-Sap, en Hungría, y á este tipo se refieren los constructores de los *round barrows* en Inglaterra y todos los que forman el tipo laponoide, que así se ha llamado por su parecido con esta raza, cuya talla de 1,53 m. tenían los hombres de Furfooz: respecto á sus costumbres poco hay que decir, no siendo el que debían pintarse con ocre de hierro y manganeso, que se hallan con sus restos, que debían ser pacíficos y muy comerciantes, motivo tal vez de su inferioridad artística.

En España no se ha determinado hasta el neolítico raza alguna de este tipo, aunque sospechamos nosotros que existe en las grutas de la provincia de Santander, pues las afirmaciones del Sr. Vilanova de existir entre los vascos y cueva de la Solana no son aceptables. En cambio en Portugal se han encontrado numerosísimos restos en los paraderos allí llamados cabeços del valle del Mugen, que estudiados por Oliveira y Quatrefages, llevaron á éste á establecer la raza Mugen ó del perro, caracterizada por su braquicefalia, aunque no constantemente, pues Oliveira ¹ halló también cráneos dolicocefalos, lo que permitía suponer la sucesión de las dos razas en aquella localidad, siendo la última la braquicéfala, más superior é inteligente, cazadora y por eso compañera del perro según Pereira d'Acosta: el

1 F. P. é Oliveira: *Nouvelles fouilles faites dans les Kiokkenmoeddings de la vallée du Tage*. Comm. dos Trabalhos geol. de Portugal, 1888-92.

geólogo Ribeiro ¹ no cree completas las anteriores afirmaciones hasta poseer más datos de los yacimientos y de los cráneos. Esta raza es considerada por algunos antropólogos como mestiza y formada por el cruzamiento de los cro-mañones y de los braquicéfalos laponoides, conservando de los primeros los caracteres forma y proporciones del cráneo, y de los últimos el aspecto general de la región facial y las proporciones del esqueleto. Creemos nosotros aventurada esta hipótesis, pues los cro-mañones no son tan antiguos en la Península como esta raza, á no ser que su corriente y expansión se realizara de nuestras regiones á las de Francia, donde aparece casi con el neolítico; en caso contrario al elemento dolicocefalo habría que buscarle en los neanderthaloides.

Dejando para la exposición de los Kiokkenmodingos ó paraderos la descripción de estos yacimientos, transcribiremos aquí los resultados del Sr. Ribeiro ¹, ya que, como se ve, no son genuinamente neolíticos esta clase de yacimientos prehistóricos:

1.º No encontrándose en el terreno terciario de la base, piedras mayores que una aceituna, los cantos y los instrumentos con ellos tallados proceden de otras localidades.

2.º Las lascas de cuarcita son como las diluviales y pliocénicas del valle de Mugen.

¹ Ribeiro C.: *Los Kiokkenmoeddings de la vallée du Tage*. Act. del Congreso Inter. de Anth. y Archeol. prehis., 9.ª sesión; Lisboa, 1884.

3.º Los cuchillos de pedernal y las piedras de igual substancia proceden del valle del Tajo.

4.º Los cuchillos, por la imperfección y tamaño, nada tienen de común con los neolíticos del país.

5.º No se han encontrado hachas pulimentadas, cerámica ni objetos de adorno.

6.º No hay datos que permitan sospechar la antropofagia en los habitantes de los cabeços.

7.º El único animal doméstico encontrado ha sido el perro.

III

Tiempos actuales.

A.—Edad Neolítica.

1. CARÁCTER Y LÍMITES—Difícil es conservar geológicamente la denominación de cuaternario moderno á la época que, incluída ya en los tiempos actuales, sirvió para desarrollarse lo que arqueológica é industrialmente llámase edad neolítica. Si la morfología terrestre no varía, y la climatología no sufre cambio alguno; si la flora y la fauna son en un todo semejantes á las actuales, ¿cómo distinguir geológicamente esta época prehistórica de la actual? La distinción se establece bien y pronto con los tiempos anteriores, con los del cuaternario, no sólo por la geología, sino por la arqueología, por la industria, al aparecer el pulido de la piedra, el desarrollo de la agricultura, la cerámica bien determinada, el cuidado, y tal vez culto á los muertos, y la domesticidad de los animales. Podemos decir que, considerando las fases sociales de la humanidad, termina la del hombre salvaje y empieza la del bárbaro,

desaparece, si no por completo, la fase del nómada, y la sustituye la del hombre sedentario.

Gradual é insensiblemente se llega al período neolítico, ó de la piedra pulimentada, que Mortillet, tomando como tipo los objetos encontrados en Robenhausen (Suiza), llama robenhausense, considerándolo como término del terreno cuaternario y principio de los tiempos actuales, ó sea los que ofrecen las mismas condiciones casi que las de nuestros días respecto al medio ambiente, á la fauna y á la flora.

La separación del cuaternario anterior, más que por la raza, se hace por la forma y el cambio de medio, pues los glaciares se retiran, achicándose el cauce de los ríos hasta su nivel ordinario, dando con esto lugar, por los estancamientos de las aguas, á la formación de la turba, especialmente al fin del período; los animales, no pudiéndose adaptar al medio, se extinguen ó emigran, como el reno, que habitaba en Europa Central, el mamut, que se retira á Siberia, el antílope, oso polar y buey amizado, que también marchan al Norte, el rebeco, que sube á las altas montañas.

Durante esta época, la caverna, definitivamente conquistada al animal, sólo es refugio del hombre; y por más que construye habitaciones artificiales de varias clases, continúa habitando las grutas, en las que se superpone á las razas é industrias anteriores, de las que están separados sus restos por capas estalactíticas ó sedimentarias.

El yacimiento de todo lo de este período ya no es en puridad geológico, pues si se exceptúa como acci-

dental alguna cueva ó abrigo, los objetos encuéntranse en antiguas poblaciones lacustres ó palafitos, y terrestres, citanias, castros ó campos atrincheros, etc., y sobre todo en mónumentos funerarios, dólmenes y túmulos; no pocos los descubre la reja del arado en el suelo vegetal, fuera ya de su centro. De todos estos yacimientos puede asegurarse que sólo ofrecen verdadero interés, entre nosotros, las sepulturas y las construcciones en tierra, ya que las noticias referentes á las viviendas levantadas en Galicia, provincia de Huelva y de Gerona, sobre estacas en el agua, son sobrado vagas, así como tampoco se sabe nada respecto á talleres próximos á canteras. Debe advertirse, además, que la mayor parte de los enterramientos, donde de preferencia se encuentran en abundancia las hachas pulimentadas, son mixtos, por contener objetos de épocas anteriores, como sucede en las cuevas de Roca, del Tesoro, de la Solana, y en tantas otras que no se citan por brevedad, ó porque pertenecen al comienzo de los metales, según lo acredita la presencia de instrumentos toscos, generalmente de cobre, junto con los propios neolíticos, y en especial las hachas pulimentadas, cuyas formas y dimensiones se reproducen en el metal.

2. INDUSTRIA Y CULTURA. — El más característico instrumento neolítico es el hacha pulimentada, conocida también por celta, por haberse atribuido á dichos pueblos, y tenida como amuleto, piedra del rayo y otras mil leyendas y supersticiones en muchas partes; en este período deja de ser un instru-

mento simplemente industrial, y se hace guerrero; aparece á veces á medio pulir, que también prueba la transición con el período anterior; y respecto al material de que se fabrica, ya varía más, pues no sólo el pedernal, sino una porción de rocas, como la fibrolita en la mayoría de las procedentes del centro de España, la jadeita en Levante y algunas de nefrita ¹, habiéndolas también de diorita, de anfibolita y de obsidiana, rocas todas que sirven para su tallado, que varía de ser cónica y amigdalóidea á tallada en bisel, en forma de verdadera hacha y de azuela; el escoplo, la gubia, el cuchillo y el raspador se perfeccionan igualmente, adquiriendo formas delgadas y elegantes, que demuestran el progreso artístico de los hombres neolíticos.

La domesticidad del reno, sostenida ya en épocas anteriores por algunos autores, no tiene interés aquí, pues este animal desaparece, emigrando hacia el Norte, como sabemos, y dando tal vez lugar á la utilización de otros animales domésticos, á la cabeza de los cuales figura el perro, como guardián de los rebaños de cabras, toros, caballos y demás razas utilizadas. Esta conquista de la domesticación, y la aplicación del cultivo á la obtención de productos agrícolas, cambia totalmente la cultura pri-

1 F. Quiroga: *El jade de las hachas neolíticas*. "Bol. de la Institución Libre de Enseñanza" y "Ans. de la Soc. Española de Hist. Natural".

Ben-Saude: *Act. del Congrès. Int. d'Anth. y d'Arch.*; Lisboa, 1884.

mitiva, así como el abandono de las cavernas y la construcción de cuevas, campos atrincherados en las mesetas, y tal vez habitaciones lacustres ó ribereñas. La misma desaparición del reno fué causa de la modificación del mobiliario industrial, pues hubo que sustituir sus huesos y cuernos por otras materias, volviendo en parte el predominio de la piedra en hachas, arpones, preciosas flechas y lanzas muy características, apareciendo la azuela, tal vez para el labrado de la madera, muy utilizada entonces.

La *cerámica* aparece tosca y moldeada á mano, pero dando un nuevo medio de vida por la cocción de los alimentos, producto ya de la agricultura y la ganadería: el barro utilizase primero para hacer discos ó fusayolas, ensartadas por una fibra; los vasos son groseros y asimétricos, de fondo estrecho, muy desigual y abombado, siendo los ejemplares de los Pirineos y Portugal superiores á los del centro de Francia, no sólo por la forma, sino por el decorado, que en algunos llega á ser muy simétrico y elegante; sostienen algunos erróneamente que no se cocían al horno, secándolos al sol y tratando de darles alguna consistencia con trozos de pizarra empastados en ellos; y respecto á España, defiéndese la no importación de la cerámica, nacida por el revestimiento con barro de las cubiertas de frutos, como la calabaza; cosa muy dudosa, por no ser indígena la que se emplea hoy como recipiente y á la que hubiera podido aplicarse este procedimiento. Los ejemplares de cerámica abundan en

Cueva Lóbrega (Logroño) ¹, y casi iguales son los descritos por los Sres. Siret en Argar (Almería) y el Rdo. P. Capelle ² en Segóbriga (Cuenca).

Los usos y costumbres demuestran una relativa cultura, pues su alimentación tiene ya como base productos elaborados del trigo, avena, frutos del manzano y peral, de variedades hoy perdidas; conocían la fabricación de la harina por medio de morteros, en los que trituraban los cereales algo tostados previamente. Sus rebaños asegurábanles carne, leche y lana, y los productos de la caza eran muy abundantes; á pesar de tales recursos, acúsaseles de practicar la antropofagia; pero tal hecho está muy lejos de ser probado, sosteniéndolo respecto á la Península diversos exploradores, principalmente portugueses, como Delgado ³, fundado en el número y repartición de los huesos humanos hendidos de muy diversos modos, que se hallaron en la cueva de Furinha en Peniche y en otras localidades portuguesas.

Los vestidos y adornos debieron mejorar notablemente, no sólo por las pieles y lanas de sus animales domésticos, sino porque conocieron el tejido, como se ha visto en varios trozos de esparto hallados en las grutas y sepulturas, siendo notables los teji-

1 Lartet. L.: *Instruments et poteries primitives de Cueva Lóbrega*. — 1866.

2 Eduardo Capelle, S. J.: *La cueva prehistórica de Segóbriga*. — 1893.

3 Delgado. J. F. H.: *La grotte de Furinha á Peniche*. "Congrés Inter. d'Anth. y Arch." — 1884. — Lisboa.

dos hallados por Góngora ¹, hechos de paja y palma en unos sitios, y de esparto en otros, en diversas localidades de Andalucía: unas veces trenzaban y otras tejían las fibras, obteniendo groseros trozos de tela; parece que también conocieron el calzado, aunque no se tienen pruebas suficientes: eran amigos de adornarse, pues en todas partes aparecen multitud de objetos destinados á este uso, utilizando ya materiales pétreos, como calizas, turquesas, etc.; con ellos hacían brazaletes, como en Portugal, y collares y colgajos, que tal vez cambiarían en un principio de comercio, que parece probado, por las grandes distancias á que se hallan algunos productos del yacimiento ó punto de origen.

La *religiosidad* ya está perfectamente probada en esta época, y los estudios del Barón de Baye en las grutas artificiales del Valle del Marne han permitido conocer todas sus prácticas y los principios de su culto; las hachas sagradas esculpidas en unas, las divinidades femeninas grotescamente figuradas en otras, las piedras con huecos, que se ha supuesto eran destinadas á sacrificios y ceremonias, lo prueban con evidencia, sin acudir á un signo indudable, como el de las trepanaciones religiosas, pues obtenían un agujero en el cráneo y guardaban el disco como amuleto, y en el vivo servía para dar paso á los malos espíritus que por él salían, según opinión

1 Góngora y Martínez. M. — *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*. Madrid, 1868.

que hoy día conservan pueblos relativamente civilizados.

3. TRANSICIÓN Y ORIGEN DE ESTA INDUSTRIA. — Sin llegar á la afirmación de Mortillet, asegurando que lo excepcional son los instrumentos neolíticos, y lo general en todos los yacimientos los paleolíticos, ó los de metal, sí puede decirse que el principio de los actuales tiempos fué un periodo de transición, más ó menos rápido, de la verdadera edad de la piedra á las del metal. Y si en algún punto puede sostenerse esta afirmación es en España, porque lo general y corriente son los yacimientos mixtos de lo arqueolítico y neolítico á veces, de lo neolítico y los metales la generalidad.

Á tal punto es cierta la anterior afirmación, que aumentadas con la del cobre las edades del metal en España, casi puede afirmarse que los primeros tiempos actuales están constituidos por la piedra pulimentada y el cobre en mezcla casi constante. Podríamos citar multitud de asertos y exploraciones, limitándonos á las más importantes; Garay¹ establece ya esta transición con sus hallazgos de Almonaster y Valverde del Camino en Huelva, donde en plena edad neolítica empezóse á explotar el cobre de aquellas minas; Góngora, en su obra citada y en artículos posteriores, describe varias cuevas, en las que se han encontrado objetos de cobre y piedra con cerámica y los primeros vestigios del tejido. El

1 Garay y Anduaga, R.: *El hombre prehistórico*, "Rev. de España", 1870.

R. P. Capelle considera la cueva de Segóbriga como una estación de transición neolítica al primer periodo del metal, que también opina es en nuestro país el del cobre.

Bajo este concepto es interesante la cueva de la Mujer, explorada por Mac-Pherson, pues en ella encontró testimonios evidentes del tránsito insensible del cuchillo á la flecha, á los objetos en hueso y adornos de concha, brazaletes y la cerámica, á la piedra pulimentada y al cobre, representado por un hacha, copia exacta de otra de dioritina, descubierta en aquellas cercanías. Otro tanto se observa en la cueva de las Maravillas de Enguera, en la que, junto con todo lo característico del arqueológico y neolítico, encontráse otra hacha plana y maleada de cobre, imitando en forma y dimensiones una de las de fibrolita.

Pero la demostración más clara del tránsito lento de unas á otras materias, piedra y metal, puede verse en la obra de los Sres. Siret, en la cual figuran un hacha pulimentada de Tebar, como modelo que los artistas copiaron fielmente en las planas de cobre primero; en la procedente de la estación de Campos luego; en otra de la cueva de Montajú, en la que el artífice ensanchó un poco el corte; en la de Ifre, que ostenta este carácter, algo más pronunciado en la de Argar, con ligeros rebordes laterales; y, por último, completa la serie la de bronce encontrada en la cueva del Agua, cuya extremidad cortante es algo más ancha.

Estos mismos afortunados arqueólogos han des-

cubierto tantos y tan preciados tesoros de los períodos de la piedra, del cobre y del bronce, más abundante aquél en la mayor parte de las estaciones con esmero exploradas, que, cediendo á la evidencia de los hechos, ellos mismos declaran en varios pasajes de la obra la continuidad y el sello indígena de todas aquellas industrias. Así, por ejemplo, hablando de los objetos de piedra, dicen en la página 10: « *Faut-il donc admettre que nous assistions à l'évolution d'une industrie? Ce serait tout naturel, bien plus que de croire à deux civilisations contemporaines et si voisines* », etc. Y preguntando en otro párrafo de la misma página si el desarrollo observado se debe á los naturales del país ó á la intervención de gentes más civilizadas procedentes de otros puntos, manifiestan conocer un criadero de calcedonia idéntica á la empleada para fabricar las flechas que se encontraron á dos leguas de distancia en la Gerundia, y más adelante declaran que no ven la necesidad de recurrir para ello á la importación, á lo menos por lo que á la piedra se refiere; á lo cual añade Vilanova que también por lo que se relaciona con el artífice que la labró; y en prueba de ello y del natural desenvolvimiento que dichos señores admiten, he aquí cómo se expresan: « *Quoique qu'il en soit, nous voyons ici le contact entre les temps néolithiques et ceux qui les ont précédés* »; contacto que se advierte del propio modo con los testimonios de tiempos posteriores, según se desprende de los materiales interesantísimos descubiertos en la Península.

No es esto negar en absoluto la llegada á nuestro territorio, y á otros puntos del Continente, de gentes importadoras de nuevas industrias, cuya influencia se observa sobre todo en los grandes bronces de los Museos de Buda-Pesth, de Copenhague, Estocolmo y Bolonia; pero si puede dudarse de que la pretendida invasión se realizara al finalizar el período neolítico, cuando el hombre carecía de los medios adecuados para llevarla á cabo, especialmente si se atribuye, como quieren algunos, al pueblo fenicio, viniendo hasta nuestras costas por mar, acontecimiento que sin duda alguna hubo de ser muy posterior.

El *origen*, pues, de la civilización neolítica supone dos teorías: la de los Arios, que importaron su industria rápidamente, extendiéndola por toda Europa al fin del cuaternario; y la que suponemos, en vista de lo dicho y de conformidad con el señor Antón, como más probable, ó sea la formación por transición desde la piedra tallada; cosa muy natural en la conquista del progreso, además de lo hipotético que es hoy afirmar su origen asiático, no estando conocida la prehistoria del Asia y siendo una industria la neolítica extendida hasta por América y Oceanía, donde hay pueblos que viven en ella todavía.

4. RAZAS NEOLÍTICAS. — Poco concreto y nuevo es lo que puede decirse respecto al hombre neolítico; pues aunque hay indudablemente tipos y elementos nuevos, más bien parecen ser resultado de cruzamientos y mezclas de las razas cuaternarias, que

persisten, como es natural, en toda Europa y originan las razas posteriores; así la de Cro-Magnon se repite en los dolmenes de la Lozère, en Francia, y en Inglaterra hay ya dos tipos: uno braquicéfalo, el de los *Round-Barrows*, y otro dolicocefalo, el de los *Long-Barrows*, correspondiendo á los franceses de *Baumes-Chaudes* y *L'Homme Mort* y los dolmenes de la *Lozère*. Los nuevos tipos son de supuestas emigraciones del Oriente, que trajeron aquí su adelantada civilización y que tenían un cráneo estrecho y alargado como su cara los unos, y un cráneo ancho y corto y cara baja con un gran desarrollo transversal los otros; el origen asiático parece apoyarse en que los animales domésticos y las plantas cultivadas que trajeron, son de dicho Continente; de estas tribus parece la más antigua la de los Kiokkenmódingos ó paraderos, que en Portugal está representada por la raza de Mugen ó del perro, y que Quatrefages cree hallar en algunos vascos.

Por guerras bien probadas, — por las vértebras y huesos que se hallan atravesados por flechas de sílex—y por los cruzamientos posteriores, se originaron razas mezcladas que complicaron la sencilla distribución étnica de la Europa cuartenaria. Salmon ¹ ha reunido los datos de 688 cráneos neolíticos de Francia, hallando que el 57,7 por 100 son dolicocefalos, 21,1 por 100 mesocéfalos y 21,2 braquicéfalos, pro-

1 Salmon: *Etnologie préhistorique* *Denombrement et types neolitiques de la Gaule*. "Rev. Mensuel de la Ecole d'Anth. de Paris", 1896.

cediendo de 140 yacimientos, que son los que han dado restos de unos 4.000 explorados. Colige que los braquicéfalos son los primeros y se extendieron por toda Francia, aunque tal vez nunca dominaran numéricamente, siendo posteriores los doliocéfalos, que llegaron al país por sus fronteras del NE.

En España debe hallarse la clave de los problemas referentes á las razas cuaternarias, pues aparecen aquí tipos nuevos y no hallados en Europa que, sean Atlantes ó Bereberes, como cree el Sr. Antón, suponiéndolos venidos por el Estrecho de Gibraltar desde la Libia y el Egipto, ó pertenezcan á otra raza, tienen representación en los cráneos de los dólmenes explorados por Góngora en Andalucía, los de las Llometas de Alicante y uno procedente del valle de Mena, todos ellos conservados en el Museo de Ciencias Naturales.

Algo podemos añadir á lo anterior, dicho en la primera edición de este libro, acerca de las razas neolíticas en España, las cuales se presentan ya muy mezcladas, como lo prueban los diversos yacimientos en que se han encontrado.

Los restos más estudiados son los de un yacimiento de Ciempozuelos, acerca del cual han escrito los señores Rada y Guerra, y en el que se encontraron cráneos que, por encargo de la Real Academia de la Historia, estudió el Sr. Antón ¹, reconociendo que pertenecían á dos épocas y tal vez á dos yacimien-

1. Antón M.: *Cráneos antiguos de Ciempozuelos*. "Bol. de la Real Academia de la Historia", tomo xxx.

tos, procediendo del más antiguo tres cráneos incompletos y dos fragmentos de mandíbula. Un cráneo de mujer presenta la frente baja y ancha, con sutura lineal en el vertex, y un índice aproximado de 83,3; la cara tiene 130 mm. de longitud, con fuertes pómulos y órbitas altas y redondeadas, con índice nasal de 47,9. El cráneo de hombre tiene igual índice y proporciones y es algo más alto, no pudiendo afirmarse casi nada del tercero por su estado incompleto. Comparados con los tipos braquicéfalos cuaternarios, no presentan verdaderas analogías con ninguno, existiendo sólo semejanzas con los de Mugem en Portugal; pero siendo notables sus aproximaciones á los cráneos auvernios del tipo celta-eslavo, que representaban en España en la época neolítica el ramo laponoide de los paraderos portugueses.

La otra serie de restos, propiedad del Marqués de Cerralbo, ofrecen una curva total y contornos análogos al Cro-Magnon, número 2, del *Museum*, tipo que reproducen en la Península los cráneos de Cueva Vella, Alcoy, la Solana, Gibraltar y Cesareda, y que existió pura hasta la Edad del bronce, constituyendo el fondo de la actual población, representando la rama camítica ó ibérica que hoy domina en la Kabilia y en algunas de nuestras provincias. La unión al anterior elemento celta ó laponoide al ibero ó mediterráneo es, según estos datos, muy antigua en la Península.

El mismo Sr. Antón, estudiando los cráneos de la cueva de Enguera, indudablemente neolítica, ha

encontrado los dos tipos, el cro-mañón, ya dicho en los dolicocéfalos, y el mixto de Mugem en los que tienen su índice á 84.

En Cataluña pertenecen á esta Edad los cráneos del dolmen de la Masia Nova, cerca de Villanueva y Geltrú, recogidos por el Escolapio P. Llanas¹, en 1885, en unión de hachas pulidas, punzones y cerámica tosca, los cuales son francamente dolicocéfalos con índices de 72, 73,8 y 73,9.

En la citada cueva de Segóbriga ha determinado su explorador dos razas distintas: la más primitiva, con un exagerado prognatismo del maxilar superior y dientes muy proclives en la mandíbula inferior, de caninos aguzados y aspecto general de alimentación carnívora, siendo muy de notar que los discos vertebrales faltan en todos los ejemplares. De la otra raza, los cráneos son braquicéfalos, grandes y pesados, de proporciones exageradas, aún más en el esqueleto, que en algunos individuos denota una talla verdaderamente extraordinaria. Los restos de la raza más antigua yacían en un dolmen, del que habían sido removidos por las aguas que inundaron la cueva y causaron la muerte de los individuos de la raza posterior.

En Carmona se han descrito y medido algunos cráneos que podemos considerar como neolíticos; pero sus índices varían de 74,1 en un viejo de frente

¹ Llanas, R. P. E.: *Estación prehistórica de Villanueva y Geltrú*, 1885. — "Bol. de la Biblioteca-Museo de Balaguer", núm. 5.

estrecha á 84,2 en otro tal vez deformado, lo que indica una gran mezcla si proceden del mismo yacimiento.

A esta época pertenece un cráneo hallado por nosotros en una curiosísima necrópolis de Espinilla (Santander) dentro de un cisto ó cofre formado por losas de arenisca de 1,40 de longitud, y en unión de una pequeña hacha neolítica que se conserva en el museo del Marqués de Comillas; es el cráneo de grandes proporciones, é indudablemente dolicocefalo.

B.— Yacimientos.

5. CAVERNAS Y GRUTAS. — Preséntanse como las primeras habitaciones ó refugios naturales del hombre la caverna y la gruta, las cuales tan sólo se distinguen en que la primera es de mayores dimensiones y no puede ser iluminada por la luz natural más que en su primer término, en tanto que la gruta aparece como una pequeña excavación realizada en un escarpe ó talud, de más fácil y amplia entrada y reducida generalmente á una sola cavidad, iluminada desde el exterior.

Fué la caverna lugar de refugio y habitación humana antes que sepultura de los restos del hombre, y así se deduce de la multitud de exploraciones hasta hoy realizadas, en las que aparece el hogar antes que la tumba, pues la conquista de la caverna realizóse por el hombre prehistórico, con el doble objeto de librarse del peligro de las fieras, á las que

en la generalidad de los casos tuvo que expulsar de esta primitiva vivienda, y para protegerse de las inclemencias del tiempo, que si en los primeros momentos de la aparición del hombre cuaternario era húmedo y brumoso, pero no frío, no bajando seguramente de 8° en el centro de Europa, como lo indica la existencia de la higuera y el laurel, enfrió bien pronto por la influencia del glaciario en la época Musteriense, obligando al hombre á buscar el refugio de la caverna, abandonando su campamento al aire libre ó su vivienda en el bosque. La utilización de la caverna como sepultura es posterior á su aplicación como vivienda, pues en realidad no puede afirmarse la existencia de esta segunda práctica hasta la época Robenhausense, en los albores de la piedra pulida, pasado ya el cuaternario y dentro, por tanto, de la actual época geológica.

No ofrecen todas las cavernas igual interés bajo el punto de vista prehistórico, bastando para esto tener en cuenta que de los muchos cientos enumeradas en España por el Sr. Puig y Larraz¹, tan sólo unas 70 han dado á los exploradores vestigios del hombre ó de sus restos. Las unas no han podido ser utilizadas jamás, y su valor es meramente geológico, como ocurre en las que sirven de paso ó de salida á las aguas termales ó minerales, aquellas en que se desprenden gases, y las muchas que son verdaderos

1 Puig y Larraz, G.: *Cavernas y simas de España*. "Bol. de la Comisión del mapa geológico de España", y extracto en los "Anales de la Soc. Esp. de Hist. Natural", 1895.—Obra eruditísima y necesaria por la infinidad de datos en ella reunidos.

cursos subterráneos de aguas corrientes. Pierden también mucho de su valor para nuestro objeto las que han sufrido remoción en sus capas ó paredes, y no han alcanzado nunca gran interés antropológico las formadas por estrechas y profundas galerías.

Las cavernas que sirvieron de habitación ¹ á los trogloditas prehistóricos son generalmente de fácil acceso, anchas y elevadas en su entrada, poco húmedas y bastante claras, habiendo servido de preferencia las situadas cerca de fuentes ó ríos, y aquellas expuestas á una orientación apropiada para recibir la mejor temperatura posible. Las cavernas destinadas á sepulturas son de ordinario de abertura estrecha y baja, generalmente precedidas de rocas voladizas ó salientes, y en su interior presentando una primer cámara más espaciosa, utilizada para festines funerarios, y otras más pequeñas, cuya entrada se presenta oculta por una gran piedra, donde se realizaban los enterramientos.

La edad de una caverna no depende en prehistoria de la edad geológica de la roca en que está formada, ni del momento en que se realizó su formación; depende únicamente del período en que pudo ser habitable. En las costas únicamente merecen estudiarse aquellas á las que no llega la marea en las más grandes bajamares de la región; igual sucede á las situadas á la orilla de los ríos ó en las in-

1 Damos á esta parte todo el carácter práctico y técnico compatible con la exposición de carácter didáctico, para que pueda en algún caso servir de guía á los que se hallen en disposición de realizar investigaciones prehistóricas.

mediaciones de los lagos, y aun puede una caverna reunir condiciones de habitabilidad desde muy antiguo y no haber sido habitada hasta una época relativamente moderna, al menos por lo que al hombre se refiere. Presentan, sin embargo, interés las cavernas que han servido de guarida a los antiguos animales contemporáneos ó precursores del hombre en una región dada, pudiendo reconocerse inmediatamente si fué guarida de feroces bestias ó habitación del hombre. En el primer caso los huesos que se encuentran en la superficie, ó enterrados en las capas del suelo de la caverna, han perdido sus epífisis ó cabezas, permaneciendo casi intactas las diáfisis de los mismos; además, los restos del consumo humano suelen ser casi siempre huesos de las extremidades ó de la cabeza, y rara vez del tronco, en tanto que los grandes animales carniceros transportan enteras las piezas por ellos cazadas, pudiendo además encontrarse entero, ó en su posición natural, el esqueleto de la fiera que habitaba en la caverna.

Puede haber sido la caverna habitada sucesivamente por diversas especies, y aun en último término por el hombre, determinándose entonces la sucesión por el diverso nivel á que se encuentran los restos de cada especie, llegando á poderse establecer en determinadas circunstancias la cohabitación de diferentes animales.

Los indicios de la presencia del hombre en las cavernas son: restos del fuego, huesos carbonizados, restos de cocina y humo en las paredes, con-

servándose ésta también, que el P. Capelle asegura haberse tizado del mismo al explorar la cueva de Segóbriga, en la provincia de Cuenca. Encuéntanse también restos de la industria humana, como piedras talladas ó pulidas, huesos perforados ó aguzados, y otros objetos en los que se reconoce la intervención del hombre; débense considerar como intencionales las roturas y modificaciones de los huesos de animales, de los cuales el predominio de algunos indica un verdadero escogido por parte del hombre que de ellos se alimentaba.

El hogar encuéntrase generalmente á la entrada de la caverna, y próximo á él se hallan piedras colocadas como asientos ó como tajos para despedazar los animales, encontrándose asimismo los instrumentos en piedra con que se realizaban estas operaciones. El hallazgo de huesos carbonizados sólo demuestra la presencia del hombre; pero no indica si la caverna sirvió de habitación ó de sepultura, pudiendo afirmarse este último si se encuentran esqueletos humanos más ó menos intactos y diversos objetos que allí se hallan indudablemente como ofrendas funerarias.

Debe comenzarse la exploración de una caverna por medir sus diversas partes y levantar un plano ó croquis horizontal y un corte ó perfil vertical de la misma; debe procederse después á perforar un pozo ó corte hasta llegar á la roca viva ó subsuelo de la caverna, prefiriendo la entrada de la misma para cerciorarse de que las capas se hallan intactas ó han sido removidas. Si las capas son distintas

unas de otras; si se hallan separadas por lechos de arcilla ó arena ó por formaciones estalagmíticas ó por rocas desprendidas de la bóveda ó techo, puede determinarse exactamente la sucesión y cronología de las mismas, debiendo esperarse entonces verdaderos resultados de la exploración.

Hay que determinar después el modo de formación y depósito de las capas que constituyan el suelo de la caverna, compuestas generalmente por tierra y cantos arrastrados por las aguas, por materias silíceas ó calizas depositadas por filtración ó por verdaderos aluviones correspondientes á diversos niveles, comparando todos estos elementos con las rocas de los terrenos en que está situada la caverna, para determinar su relación con los mismos.

La primera condición para explorar científicamente una caverna es la de determinar exactamente la posición absoluta y relativa de los objetos que en ella se encuentran, debiendo realizarse las excavaciones á través de todos los sedimentos que forman el suelo y de las capas concrecionadas que á veces simulan las rocas en que está horadada la caverna. Es preciso extremar la delicadeza al remover las tierras, con el fin de conservar íntegros los objetos que en ella se encuentran; siendo necesario cribar los materiales extraídos para no perder algunos que por su extraordinaria pequeñez pudieran pasar desapercibidos; no olvidándose nunca de ir sacando croquis parciales de los sucesivos cortes que van apareciendo en la exploración, y á ser posible obtener vistas fotográficas que aseguren la autenticidad de

los resultados obtenidos, lo cual debe afirmarse siempre que sea posible por el testimonio de personas extrañas á esta clase de investigaciones.

No es posible dar un verdadero cuestionario y guía para las conclusiones que puedan deducirse de la investigación de un yacimiento prehistórico en general y de una caverna en particular, pues sólo la preparación y cultura especial del observador fijarán los resultados que obtenga en su trabajo; limitándonos, por tanto, á indicar los puntos más importantes sobre que debe realizarse la observación.

Prescindimos de las consideraciones relativas á los esqueletos y cráneos ya expuestos en la TÉCNICA, indicando, que los huesos humanos mezclados con restos de cocina pueden hacer sospechar el canibalismo, y especialmente si están hendidos ó si abundan algunos más que otros. Los huesos de animales indican la forma y el género de alimentación del habitante de la caverna, que si usaba el fuego para preparar la carne, dejó huesos carbonizados; y si fué pescador, restos de peces. Los huesos grandes de animales extinguidos pueden ser debidos al fetisismo, y la diferencia de antigüedad de los mismos se colige por su estado y conservación.

Los trozos de piritita y otros minerales igníferos dan idea del modo de obtener el fuego, así como las maderas desgastadas y carbonizadas de un modo especial. La ausencia de instrumentos y armas proporcionadas á la talla y fuerza de los animales de que se alimentaban, indica el empleo de trampas,

lazos y otros procedimientos de astucia para cazarlos.

La naturaleza y perfección de los instrumentos en piedra ó hueso da idea del progreso industrial y las necesidades de los hombres primitivos; así los raspadores indican la preparación de las pieles; las puntas aguzadas, el cosido ó unión de las mismas. El hallazgo de conchas, dientes y pequeños objetos agujereados demuestra el empleo del adorno, así como las substancias colorantes el de la pintura ó el taraceado; y la cultura artística se reconoce en los adornos y forma de los cacharros y en los dibujos, grabados y tallado de las pizarras, el hueso y las paredes mismas de la cueva.

La materia empleada en los instrumentos y armas da valiosos indicios para conocer el estado económico de sus constructores y las relaciones comerciales de la época; la piedra puede hallarse en la región ó proceder de sitios alejados, ser transportada en bruto para tallar los objetos ó no, encontrándose en el primer caso restos, lascas, objetos á medio fabricar ó imperfectos, etc., denotando el ahorro ó desperdicio de la primera materia el valor y aprecio de la misma, causa ésta del pequeño tamaño.

En las grutas sepulcrales merece especial atención la posición de los esqueletos y los objetos que acompañan á los mismos, los cuales, así como todos los anteriormente señalados, deben etiquetarse y numerarse exactamente, sometiéndolos siempre al estudio de especialistas, pues no basta una cultura

general y una buena voluntad para vencer las dificultades que problemas tan variados y complejos abarcan.

Las grutas artificiales aparecen indudablemente como las primeras construcciones algo estables debidas al hombre, y corresponden á una época troglodítica, que en algunas localidades persiste aún, no sólo en pueblos salvajes, sino entre elementos completamente civilizados, siendo las últimas manifestaciones de ellas las diversas habitaciones subterráneas y los *silos* de La Mancha y algunas otras regiones españolas. Preséntanse estas grutas allí donde la constitución geológica del país proporciona una roca blanda y de fácil excavación y talla, y así en Francia dominan en el Marne¹ análogo en su constitución á las margas calizas y cretáceas de los antiguos lagos terciarios españoles.

Las más notables de estas grutas son las citadas en Champagne, cuidadosamente estudiadas por el Barón de Baye, que distingue en ellas tres grupos ó clases, unas sencillas y apenas terminadas conteniendo muchos restos humanos, otras también sencillas, pero más grandes y acabadas, y las terceras formadas por un pasillo ó canal que baja á una antecámara de pequeñas dimensiones y de la que se pasa á una cámara ó cripta sepulcral grande y bien cerrada, en la que había reducido número de esqueletos con abundantes objetos de uso y funerarios.

¹ Baye (Barón de): *Archéologie préhistorique*; un tomo: París, 1879, y siguientes ediciones.

Supone este explorador que estas cuevas sirvieron primero de vivienda y luego de sepultura, pero Cartailhac y otros las consideran sólo sepulturas con culto y visitadas por los descendientes de los allí enterrados, como hoy ocurre en Madagascar y otros puntos.

En España hasta hoy no se han citado, cosa verdaderamente extraña, grutas artificiales, salvo una indicación hecha por el Sr. Vilanova en el Cerro del Castillo, en Jumilla; y en Portugal, Ribeiro señaló la Cueva del Monje, en la sierra de Cintra, y en la cual se encontraron varios objetos de pedernal y alguna cerámica, y otra en la sierra que separa los valles del Castañeiro y Carenque.

6. PARADEROS ó *Kjokkenmoddinger*, llamados por adaptación del nombre escandinavo *Kiokkenmodingos*, son yacimientos que no corresponden sólo á la época neolítica, sino que empiezan en el cuaternario antiguo y se presentan como los más sencillos y primitivos yacimientos artificiales. Paraderos los llamamos nosotros porque fueron descritos y estudiados antes que por los sabios del Norte por nuestros historiadores de Indias del siglo xvi, en las relaciones acerca de los pueblos del litoral atlántico de América del Sur. Sambaquis llámanlos los brasileros, y ostreiros los portugueses, que los han estudiado también en la metrópoli y en su antigua colonia.

Consisten los paraderos en unas acumulaciones de restos de cocina y alimentación, que eso significa su nombre escandinavo, que llegan á constituir mon-

tones y aun montículos generalmente de poco más de un metro de alto, aunque puede subir á 3 ó 4, y de 30 á 300 metros de largo por 6 á 60 de ancho. Constituyen estas acumulaciones muy diversos materiales; pero en primer término, conchas de moluscos comestibles, consumidos por tribus de alimentación ictiófaga por excelencia, aunque se mezclen restos y huesos de muy diversos animales, como reno, castor y aun el perro, que aparece en estos yacimientos, y mezclados con ellos objetos de piedra tallada ó pulida, según la época á que correspondan, hueso, y á veces metal, como en Dinamarca.

Distribúyense los paraderos en las costas, y se han encontrado no sólo en Suecia y Dinamarca, sino en Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Brasil, Japón y otros diversos puntos, pues en todos ellos se ha dado la existencia de tribus ribereñas que formaban verdaderos montones con los restos de sus comidas.

En España, descontada la indicación sin prueba alguna del Palomar de Argecilla en Guadalajara, hecha por Vilanova, no hay resto alguno de estos yacimientos; pero son en cambio verdaderamente clásicos y notables los de Portugal, estudiados, entre otros, por Ribeiro ¹ y Oliveira ². Llámense en el país *cabeços*, y empezó su conocimiento por el de Arruda en 1863; pero las exploraciones bien hechas datan de 1883 á 86. Dadas ya á conocer, al tratar

1 Ribeiro. C.: *Les Kiokkenmoddings de la vallée du Tage*. 1884.

2 Oliveira. F de P.: *Nouvelles fouilles faites dans les Kiokkenmoddings de la vallée du Tage*. Comm. dos Trabalhos geológicos de Portugal, 1888-92.

de la raza de Mugen, descubierta precisamente en estos paraderos, las principales conclusiones acerca de la sociología y estado de la raza que les originó, nada es preciso añadir aquí.

7. TURBERAS.—Las turberas se forman en depresiones del terreno en las que el estancamiento de las aguas, un movimiento de elevación muy lento, una flora especial de rápido crecimiento y frondosa vegetación, y unas condiciones apropiadas de temperatura, pueden originar la descomposición lenta de los vegetales y el principio de un proceso de carbonización que en geología síguese hasta el grafito, pasando por los carbones minerales lignito, hulla y antracita. La vegetación del llamado horizonte del roble la componen: helechos, *Spagnum*, confervas y otras plantas acuáticas, encima de las cuales crecen diversas clases de roble, y el haya, que aun vive hoy en las turberas de Dinamarca que sirven de tipo á estos yacimientos y que fueron estudiados por Streenstrup: las variaciones y sucesión del pino silvestre, encina de hojas sentadas y roble, parecen ser debidas, no á cambios del clima, sino del suelo, pobre unas veces y mantilloso otras. El cálculo del tiempo necesario para formar turberas hasta de 20 pies de espesor, da elevadas cifras, y así, en efecto, lo prueban los sílex tallados que se encuentran en las capas inferiores, sustituidos luego por instrumentos de metal.

Examinando un corte de las turberas se notará, en conformación de lo dicho, principalmente tres pisos de vegetación, unos superpuestos á otros. El

piso de encima es de *hayas*, que es el árbol actual de las florestas del país: Entre los lechos de restos de hayas se encuentran utensilios de hierro. Si quitamos las capas de hayas, veremos otras de encinas (*Quercus robur*), no la propia del país, sino la *sexifolia* de hojas sentadas, la actual del país es de hojas pecioladas. Allí también hay restos de la industria humana, no encontrándose el hierro y sí el bronce.

En la última capa formada por el *Pinus silvestris* ya no se halla el bronce, sino la piedra pulimentada. De esto dedujeron Steentrup, Worsae y Forchammer, designados por la Sociedad de Anticuarios de Copenhague, que en la prehistoria existieron tres épocas ó edades, llamadas respectivamente *de la piedra, del bronce y del hierro*.

La contemporaneidad de las turberas con el *Bos primigenius*, el ciervo y otros animales, está probada por los restos de los mismos, hallados algunos con puntas de flecha que el cazador dinamarqués de aquella época disparaba contra dichos animales. En Irlanda las turberas han dado restos del *Megacerus hibernicus*, puntas y hachas de piedra pulida y otros objetos.

También en Suiza se han encontrado turberas estudiadas por Heer, y en las que hay especies animales y vegetales extinguidas, y otras vivas en las capas superiores y más modernas; y en los valles de la Soma y del Sena, en Francia, hanse recogido restos humanos ó de su industria en estos yacimientos.

En España no se han hallado estos yacimientos;

pero no sería extraño que, explorando científicamente los tremedales, turbales y lugares cenagosos, dieran resultado en este sentido.

8. MONUMENTOS MEGALITICOS: DÓLMENES. — Los monumentos megalíticos comparten con otros procedimientos el modo de enterrar los cadáveres, cuando en aquellos tiempos se practicaba esta operación, en vez de quemarlos; á cuyo propósito conviene consignar el hecho, que parece desprenderse de las observaciones hechas por los Sres. Siret en la provincia de Almería, de que en la época de que se trata era frecuente la cremación del hombre y el enterramiento de la mujer, de donde el haberse conservado mayor número de restos femeninos que masculinos.

Llegóse á creer un día que los monumentos, llamados megalíticos por estar formados de una ó de varias grandes piedras, eran obra del pueblo celta, el cual, invadiendo nuestro Continente, iba dejando á su paso tan señaladas muestras de su gran cultura y poderío. Existen, sin embargo, sobrados motivos para creer que los tales monumentos, y en especial los Dólmenes y los Cromlechs, sean anteriores á la llegada de aquellas gentes, cuyos sacerdotes, los Druidas, los encontraron ya, no tan sólo contruidos, sino hasta puesto al descubierto el interior de algunos. Por otra parte, sobre que es bien conocido el carácter local y casi casi indígena que ofrecen dichos monumentos funerarios, pues varían en las diversas comarcas la forma, la estructura ó disposición y hasta el contenido de restos

humanos y de la industria, se da la singular coincidencia de abundar en muchos países y comarcas que cual Dinamarca, Sur de España y Portugal y Norte de África, no fueron visitados por los celtas, y de escasear bastante precisamente en la región septentrional, donde por la mezcla con ellos surgió el pueblo celtibero, según es creencia bastante general, aunque no sé si bastante fundada ¹.

Confirma el sabor local de los megalitos como obra de un pueblo sedentario y agrícola, que á la diversidad de razas cuyos despojos se encuentran en lo que se llama Cámara sepulcral, y de objetos de industria, ora exclusivamente neolíticos, y también mezclados con el cobre puro y con el bronce, la diferente nomenclatura que se aplica para designarlos en los distintos países y aun en diferentes regiones de la Península, llamándolos mamoas y mamorras en Galicia, mamunhas y antas en Portugal, arcas y garitas en Badajoz y Cáceres, piedras de los sacrificios, sepulturas y altares en Andalucía, montón de tierra, *cabesó* y *castellet* por su aspecto y situación en algunas localidades de Valencia, *pedra dreta*, *palau dels alarbs* en Cataluña, peñonas en Santander, etc.

Dentro de los megalitos en general entran los siguientes, según Reinach ²:

1 Véase *Un avance á la Antropología de España*, 1892, y la "Crónica científica" de *La España Moderna* de Mayo de 1894, en el análisis de los trabajos del Dr. Olóriz.

2 Reinach: *Terminologie des Monuments mégalithiques*; "Revue Archéologique", 1893, xxi.

Dolmen ó *Allées couvertes*. Monumentos en piedra, cubiertos ó no de tierra, para contener varias sepulturas, y formados de varios pilares que sostienen la tabla ó techo. Si consta de varias caras, es galería cubierta (tabla de piedra). Dös ó Dys, Suecia. Mamoá, Portugal. Stazonna ó Tavola, Córcega.

Hemidolmen. Demidolmen, tablas de piedra apoyadas de un lado en tierra. Como correlativas hay las hemigalerías cubiertas, formando tejado \wedge .

Cists ó cofres de piedra cerrados por todas partes: Stone-cists, kistvaens en inglés.

Menhir ó peulvan. Obeliscos brutos de piedra larga que algunos creen sitio de reunión ó asamblea de la tribu, y otros lugar de ceremonias religiosas.

Lochavens, tabla de piedra que, sostenida por las dos restantes del trilito, forma dintel.

Cromlech, enceintes ó barreras (crom, curva, y lec'h, piedra). Stone circles, en inglés. Campos de piedras, formados tal vez de varios menhires: en Canarias son hoy día lugar de reunión del Concejo.

Hileras, alignements, avenues, ó filas de piedras que no entran en las categorías anteriores.

Galgals ó cairns (inglés), conos de piedras sueltas, clapiers ó castellets; suelen tener un túmulo.

Roulers son las piedras caballeras ó aisladas, puestas á veces artificialmente en equilibrio y llamadas oscilantes, tembladoras, giratorias, etc. Pertenecen á la geología por su origen, á la arqueología por su uso, y podemos citar la de la Boariza, cerca de Reinosa, y la de la Estrella (Toledo).

Cúpulas pierres a écuelles, con huecos y dibujadas, son restos de monumentos megalíticos.

Túmulos ó barrow, colinas artificiales de piedra y tierra, de 3 á 30 pies de altas, buttes mottes, pajallets y combelles en Francia. Long y round barrows, en Inglaterra. Hünengräber y Riesengraber en Alemania. Högar, Suecia. Mounds, Estados Unidos; y Terromontes, según la verdadera palabra española.

Estos monumentos extiéndense en Europa desde el Báltico por Francia é Inglaterra, á continuarse por nuestra Patria y el Norte de África, de donde vienen, según algunos autores; su construcción asombra, teniendo en cuenta el volumen y peso de las piedras en ellos usadas, pero es probable que el método de arrastre sobre rodillos y movidos por multitud de esclavos, como se hizo para las famosas pirámides de Egipto, fuera el empleado para éstos.

El monumento megalítico fundamental, el *dolmen* lo forman dos ó más grandes losas levantadas en el suelo perpendicularmente, formando paredes paralelas, cubiertas por otras planas que forman el techo, y por último, otras dos losas que tapan la entrada y salida del dolmen. A veces el número de piedras aumenta, estando colocadas en dos líneas paralelas, pertenecientes una á la entrada y otra á la salida.

Estudiando detenidamente el contenido de los dólmenes, se ha visto que no son más que sarcófagos, y aun son una derivación de la caverna funeraria.

Antiguamente el dolmen estaba cubierto por tierra, sobre la cual hoy se levantan y crecen plantas y árboles. A veces una acción atmosférica los desmorona, y esta es la causa de que en algunos dólmenes no se haya encontrado el túmulo de tierra.

Hay más; los prehistóricos se enterraban en los dólmenes con sus alhajas, armas ó instrumentos de piedra, cobre ó bronce, y cuando esto se fué encontrando se creyó que habría verdaderas fortunas, lo cual explica que la mayor parte de los dólmenes se hayan profanado, si bien quedan bastantes por explorar. Por estas exploraciones se ha venido en conocimiento del contenido de dichos monumentos, en los que se encuentran huesos humanos y armas. Todas estas armas son de la época de la piedra pulimentada ó de cobre y bronce. Los dólmenes con armas de hierro son raros.

En todos se encuentra el hacha de piedra pulimentada, y en ninguno la piedra tallada.

¿Quién ha construido los dólmenes? Hemos dicho que no fueron los celtas, y actualmente existe una teoría por la que se ha llegado á una solución definitiva.

Así el General Faidherbe, geólogo ilustre que ha estudiado muy á fondo todo lo que se refiere á las construcciones megalíticas del Norte de África, creía que la construcción de los dólmenes se debe al pueblo del Norte del Báltico. Por tanto, llegaron con los rubios al África.

Vorsae, por el contrario, sostiene que los dólmenes son debidos á los Iberos, y que éstos son los que

han llegado hasta Dinamarca con los dólmenes. Otros autores creen que son originarios de un pueblo de India y que atravesando el Asia menor invadieron la Europa.

En opinión de Quatrefages, los dólmenes son fruto de una civilización. La raza blanca ha levantado monumentos parecidos á estos, sin que, para que resulte esta identidad, haya consultado los monumentos ya existentes. Lo cual indica que ha habido una etapa de la evolución humana por la cual han pasado todos los pueblos.

Thurnam hace notar que, examinando los dólmenes de Inglaterra, ha encontrado cráneos braquicéfalos y dolicocefalos, y los primeros sólo en aquellos dólmenes donde existe el bronce, lo que prueba que la raza braquicéfala importó ese metal en la Gran Bretaña, y que dicho metal es posterior á la piedra pulimentada propia de los dolicocefalos.

En los dólmenes de Suecia está demostrado que existen dos tipos de cráneos: unos parecidos á los de los Lapones, y otros iguales á los de la raza rubia. En los primeros sólo existen instrumentos de piedra, y en los segundos las armas de bronce. Esto parece confirmar la teoría de Mortillet, que creía que son producto de una civilización que han tenido todos los pueblos de la raza blanca.

Describir ni enumerar siquiera los dólmenes dados á conocer, ó simplemente señalados en España, sería impropio de este lugar, bastando recordar que ya en 1550, en una obra del Lic. Molina acerca de Galicia, se habla de sus mamoas y motas; en 1833

se describió como sepulcro céltico de Eguilaz (Alava) un dolmen con restos humanos, puntas de flecha y clavos, y posteriormente los señalaron Puiggarrí, Saralegui, Assas y otros, siempre como monumentos celtas, hasta las descripciones ya más exactas y científicas de Góngora, de los célebres de Dilar, Toyo de las Viñas, Cañada del Hoyo, las Ascensias y otros muchos de Granada y demás puntos de Andalucía. Casi á igual tiempo publicaba la descripción de las Antas de Portugal el Sr. Pereira da Costa ¹, dando á conocer multitud de estos monumentos, que debieron ser sin duda más abundantes en el país, por el gran número de pueblos llamados Antas y por la enumeración que á principios del pasado siglo dió á conocer el P. Guerreiro. Estas antas y antellas han sido descritas por Ribeiro en varias localidades, siendo notable el dolmen de Monte Abrahão, por la abundancia de objetos en sílex, hueso y cerámica, por el Sr. Caldas en la cuenca del Miño y por M. Sarmiento en la comarca de Barcellos.

Pueden señalarse tres regiones de dólmenes en España, que son: Andalucía, Galicia y Cataluña, aunque se hallan citados algunos fuera de ellas, y principalmente en Alava. Los de Andalucía, explorados por Góngora, y á cuya lista hay que añadir alguno estos últimos años, forman una completa

1 Pereira da Costa: *Noções sobre o estado prehistorico da terra e do homem seguidas da descripção de alguns dolmins ou antas de Portugal*. Lisboa, 1868.

serie de monumentos megalíticos, que Tubino ¹ clasificó con los de Extremadura y Portugal, en recintos cubiertos, como las Cuevas de Menga, de la Pastora — que es el túmulo de Castilleja de Guzmán — y los Corralejos; círculos de piedra como en Dilar; menhires como el de las Vírgenes en Jaén, y dólmenes, á que en Extremadura llaman garitas.

En Galicia han sido más estudiados aún, merced á los trabajos de Villaamil y Saralegui en particular, siendo numerosos los dolmen-altar, pena do altar, arcas y antas dadas á conocer como monumentos célticos, así como las mamoas, que son las más típicas y que mejor representan el dolmen.

En la región pirenaica de Cataluña abundan extraordinariamente los dólmenes, llamados cabana, barraca y palau de diversos habitantes, explorados casi todos por las Sociedades de Excursiones, y descritos muchos por el Sr. Vidal ² en Lérida y Gerona.

Se citó ya la región alavesa, donde son clásicos los de Eguilaz, Capelamendi, Escalmendi y Cuartango ³, que tenía unos 130 esqueletos y perteneció á la época del cobre; debemos, por último, señalar uno en Cangas de Onís, explorado por el Sr. Rada, y otro en Labra la Vieja, cerca de Reinosa, que

1 Tubino, F. M.: *Los monumentos megalíticos de Andalucía, Extremadura y Portugal y los aborígenes ibéricos*. "Museo español de Antigüedades", 1876.

2 Vidal, L. M.: *Más monumentos megalíticos en Cataluña*; Barcelona, 1894.

3 Apraiz. Y.: *Los dólmenes alaveses*; Euskal-Erria, 1892 y 1893.

serían dos jalones de unión entre los alaveses y los gallegos.

9. TÚMULOS Y OTROS MEGALITOS. — Supónese por muchos aqueólogos que el dolmen estaba en su origen cubierto por un túmulo, ó sea un amontonamiento artificial de tierras y piedras, porque en los túmulos que hoy se descubren aparece como núcleo un dolmen ó sepultura de piedra; pero creemos difícil que pueda generalizarse esta conclusión.

Los túmulos constituyen los llamados kourganes en Rusia, mounds en América, cairns ó galgals en Inglaterra, si en el amontonamiento dominan las piedras, pero conteniendo siempre una sepultura. Los hay que son funerarios, como los *chirous* de Saintonge y los *kerkour* de los árabes, que indican la direccción de la marcha del pueblo constructor; los *ridjin* de Siria, que son monumentos conmemorativos, y los *acervus* ó *mercurii* de la antigüedad que servían de límite.

La urna funeraria esta constituida por un cisto ó cofre, que si aumenta pasa al dolmen, y aun á la cámara funeraria, á la que se llega por una galería, pasando á formar un *lounq-barrows* si no está situada en el centro y tiene forma alargada. La entrada, situada generalmente en el plano horizontal, puede, sin embargo, estar sustituida por una verdadera chimenea, y en la parte superior suele haber una estatua, más ó menos tosca, un dolmen ó un círculo de piedras.

Como una variación de los túmulos pueden considerarse los *medraven* ó *bazinas* del Norte de África,

que se componen de varias graderias circulares de piedras y en cuyo centro hay otras tres grandes piedras formando los lados de un rectángulo empedrado cuidadosamente: los primeros son túmulos aplanados sostenidos por muretes de piedras análogas á las bazinas.

Los naos ó *navetas* de las Islas Baleares no son más que cairns alargados en forma de nave, á lo que deben su nombre, y en último término las grandes pirámides de Egipto no son más que una ampliación mejorada de estas construcciones.

En España describióse el túmulo de Dilar en 1853 por Murguía, y en Andalucía se han señalado varios posteriormente, sobre todo en Sevilla, donde los han llamado *motillas*, abundando en Carmona ¹ los del Acebuchal y otros varios con objetos neolíticos y de cobre, encontrándose en ellos ocres para pintar, y los de Canillas del Serrano ² en Guillena. En Extremadura existen algunos llamados en el país *turrueños*, de donde pasan á Portugal, en el que se han descrito, entre otros, las *mamunhas* de Mamal-maltal y Carrazedo, que son análogos á ciertas *mamoas* ó *modorras* de Galicia, descritas por Villaamil.

Á un grupo aparte de los monumentos funerarios pertenecen los *menhir* y *peulvan*, que son monolitos verticales de uso aún no bien conocido, supuestos

1 Cabrera y Díaz, A.: *Una excursión á los yacimientos prehistóricos de Carmona*, 1893, y Cañal: *Sevilla prehistórica*, loco citato.

2 Candau, 1890: "An. de la Soc. Esp. de Hist. Natural"; y Cascales, 1895: "Bol. de la Soc. Esp. de Excursionistas".

religiosos por unos, conmemorativos por otros y terminales por algunos. Los más curiosos son los de Bretaña, donde existen por millares, habiendo algunos hasta de 23 metros de altura, á pesar de haber sido destruidos muchísimos, ya por el vulgo, bien por orden de los Concilios y la autoridad de la Iglesia combatiendo el culto que recibían estos megalitos en pasadas épocas. Los bilitos y trilitos no son más que modificación de éstos, debiendo distinguirse en estos últimos los que constituyen una puerta y en los que el arquitrabe ó piedra horizontal cubre, pero no sale de los dinteles, los trilitos columnas en que el arquitrabe sólo apoya sin cubrir los dinteles y los monumentos en los que sobresale bastante. En esta categoría pueden entrar á veces las piedras oscilantes, movedizas y en equilibrio, las piedras con cavidades, huecos, llamadas piedras altares, de sacrificios, aras druidas, etc., siempre que no sean un simple fenómeno geológico debido á la descomposición de las rocas, como las piedras caballeras, aborregadas y estriadas, tan abundantes en las regiones graníticas.

10. HABITACIONES LACUSTRES. — El medio y los recursos naturales llevan al hombre en todos tiempos á utilizarlos del modo más completo para sus necesidades; por eso el hombre ribereño de mares, lagos ó rios junto á ellos se establece; y si la seguridad es amenazada por animales ó por otros hombres, eleva sus viviendas sobre las aguas mismas; para aislarlas por completo en caso de peligro ó ataque. Los tres tipos de habitación primitivos ca-

vernas, paraderos y palafitos, no pertenecen, pues, á una sola raza ni época, responden á las necesidades naturales del hombre primitivo y dependen, más que de ideas tradicionales en la raza, de su género de vida y de los recursos del país que habita.

Las habitaciones lacustres corresponden en Europa ¹ á las épocas neolítica y de los primeros metales, pero subsisten hoy en Polinesia, Africa y América en muy diversas tribus y civilizaciones, sin olvidar las descritas en Rumelia por Herodoto é Hipócrates.

Los *palafitos* fueron hallados en el invierno del año 1853 en el lago de Zurich é inmediaciones de Meilen, pues por una gran baja de las aguas quedó al descubierto una capa de cieno y arcilla negra, con gran cantidad de sílex y utensilios de metal, así como cuentas de ámbar, restos de cacharros y un cráneo humano; todo lo cual, recogido por el Dr. Keller, motivó el estudio de tan curioso yacimiento, en el que se hallaron los palafitos ó habitaciones lacustres, construídas sobre pilotes ó grandes estacas de madera, clavadas en tierra y sosteniendo una plataforma en la que se hallaba la habitación ó cabaña. La comparación posteriormente hecha con análogas construcciones de salvajes contemporáneos, ha dado la clave para la reconstitución y estudio de aquellas viviendas primitivas.

Las condiciones generales de construcción varían

1 Desor E.: *Le Bel Age du Bronze lacustre en Suisse*; París, 1874.

en los diversos países que posteriormente se han observado y que comprenden toda la Europa Central, y así se llaman *palafitos* los de Suiza, y sus análogos los de Alemania *Pfalbauten*, en Irlanda *Cranoges*, y *Terramaras* en Italia. Los primeros son los construidos sobre estacas implantadas en el fondo de los lagos, ya ennegrecidos por un principio de carbonización, y que halladas por Razau-mowsky en el lago de Neufchatel á principios de siglo, se creyeron estribos de antiguos puentes; á pesar de hallarse sobre el agua fueron casi todos pasto de las llamas, porque sirviendo de vivienda y haciendo en ellos el fuego, los materiales de que estaban construidos se prestaban á sufrir tales catástrofes. Cuando la estaca ó pilote estaba fija en un montón de piedras y barro construido de intento, por no poder introducirla en la superficie rocosa del terreno, se llaman *Teneviers* ó *Steinberg*, que quiere decir altozano ó montecillo inundado, y que á veces formaba una isla artificial, como se ve en Baviera, donde siguen habitadas.

Los numerosos palafitos de Suiza corresponden á las tres edades de la piedra, del bronce y del hierro; así en el lago Neufchatel hay 18 de la primera y más de 30 de la segunda. Su extensión es á veces enorme, pues el de Morges, en el lago de Ginebra, pasa de 60.000 metros superficiales, y en el de Wangen, del lago Constanza, se calcula hay más de 40.000 pilotes, lo que da idea del trabajo verdaderamente prodigioso de sus constructores.

Los *Cranoges* de Irlanda son unas islas artificiales

de piedras amontonadas y con empalizadas de madera y una plataforma de grandes tablones ensamblados, que ha dado origen á su nombre inglés de *stokaded island*, y se hallan en lagos de los condados de Leitun, Caran, Dewon y otros.

La sucesión de las edades en los palafitos suizos es completa, apareciendo en la primera hachas pequeñas é imperfectas de rocas del país y algunos objetos en hueso y cerámica de formas arcaicas y sin adorno. En la segunda época las hachas son más grandes, apareciendo los martillos con agujero central y fabricados algunos instrumentos en rocas exóticas; la cerámica es más fina y adornada, teniendo asas. En el último período abundan las hachas-martillos y se mejoran los útiles en hueso y cuerno, y especialmente la cerámica, apareciendo las hachas en cobre.

En España la región clásica para estos yacimientos es Galicia, donde Villaamil los cita en las lagunas de Santa Cristina y Antela, y Murguía¹ en la de Corregal y las cercanías de Betanzos, ciudad lacustre según los escritos de Estrabón, y otras diez ó doce localidades. Según Molina, de las Lamas de Gua, en Mondoñedo, se sacaban objetos de piedra y hierro. También han sido citadas en las cercanías de Olot por el Sr. Saderra, y dubitativamente por Vilanova en la provincia de Soria.

Terramaras ó marieras llaman los italianos á

1 Murguía. M.: *Galicia* (España: sus monumentos, historia y arte); Barcelona, 1888.

unos depósitos análogos á los paraderos y formados de cenizas, carbón, restos de animales y de la industria humana, que se hallan en la proximidad de las habitaciones primitivas; preséntanse como un montículo ó altozano de hasta cuatro metros de altura y cuatro hectáreas de extensión. Muchos de ellos se construyeron en marismas ó almajares de poca profundidad, que muy luego se terraplenaron por la gran cantidad de detritus; construíanlos zampeando con pilotes el fondo del lagunazo y colocando sobre ellos tablones, hechos inalterables por la acción del fuego, sobre los que ponían un lecho de argamasa, que bien prensada servía de piso á la vivienda, de forma circular ó cuadrada generalmente y de uno á dos metros.

Estas construcciones se hallaban cerca de los ríos, y aun en los campos de cultivo, y hasta en colinas, como en Champigny, en Francia. Existen en Moravia y el Meklemburgo, y abundan extraordinariamente entre el Poó y los Apeninos, siendo notables las de Emilia, alguna de las cuales exploró el señor Vilanova, que dio igualmente á conocer en nuestra patria ¹ la terramara de Bolbaite, explorada por el Sr. Polop, y que tenía una extensión de una fanega, elevándose 1,50 sobre una tierra negra, pantanosa, procediendo de ella hachas y martillos de diorítina, objetos de hueso, colmillos de jabalí y algunos restos de tosca cerámica.

¹ Vilanova: *Anales de la Sociedad española de Historia Natural*, 1879.

IV

Edades del metal.

1. CARÁCTER Y YACIMIENTOS. — Puede decirse que con la conquista del metal se afirma el progreso y cultura de la humanidad y entra ésta de lleno en los caminos de la historia; pues si bien aún se consideran prehistóricas las épocas del cobre y bronce, pueden y deben llamarse protohistóricas las del comienzo del hierro. A la utilización del fuego á la fundición y obtención de los metales, y á la mezcla ó aleación de éstos, débense los progresos de las razas primitivas en estas edades en las que la industria, el estado social y la vida toda del salvaje primitivo se modifica profundamente. Discútense hoy los *orígenes* del metal en Europa, que unos suponen nacido y desarrollado en ella, y otros como importado por emigrantes orientales, probablemente de raza análoga á la de los gitanos de la actualidad; fúndanse los primeros en la insensible transición y mezcla del arte é industria de la piedra pulimentada al bronce, pues que juntos se encuentran en la mayoría de los yacimientos, como los palafitos y

turberas, en la abundancia del cobre y aun el estaño en Europa occidental, y especialmente en España, cosas ambas de mucho peso en esta opinión. Afirman otros el origen indio del bronce, considerándole como el primer metal usado, introducido en Europa por una raza de pequeñas manos que trabajaba los metales, y de la que los gitanos pueden ser los representantes degenerados y supervivientes, como M. Bataillard ha tratado de probar, aunque según creemos sin éxito, en sus notables trabajos sobre esta raza.

Las teorías en este sentido abundan, entre ellas las de Nilson, Hoernes, Virchow, Tomaschek, Müller y Mortillet, estudiadas por el Dr. Niederle, que supone que fué importado de Asia por diversas vías: una la mediterránea, que le implantó en Grecia, Italia y Francia, y otra por el Danubio y el mar del Norte, que lo llevó á la Europa central y septentrional, donde se modificó por influencias locales. En España va unida esta cuestión á la existencia de una época del cobre, de que trataremos.

Continúanse en esta época la mayoría de los yacimientos estudiados, y son más particularmente de ella las turberas y habitaciones lacustres con algunos dólmenes, apareciendo algunos que no existían en las anteriores edades, pero con un carácter muy variado, merced al progreso en la construcción, que ya aparece como un verdadero arte y se dedica especialmente á la construcción de sepulturas, que son muy variadas, sin olvidar las viviendas.

2. SEPULTURAS. — Independientemente de las ca-

racterísticas formas descritas, preséntanse los ya citados Kistvæn ó cistos, que son como cajas de piedra, reducción del dolmen; la simple fosa, recubierta ó no, de las que unas son horizontales y largas, hallándose el esqueleto extendido; otras cúbicas, en las que se halla como sentado y en cuclillas, y otras verticales, el pozo ó cisterna funeraria, al que se descolgaban los cadáveres, y que se transforma en el silo y en la cueva al aumentar de tamaño y contener varios cadáveres.

Otras veces el sepulcro consistía en la conveniente colocación de lajas de pizarras, dejando un hueco, donde se colocaba á lo largo el difunto, como se observa en la Fuente del Álamo, no lejos de Cuevas de Vera, donde descubrieron los Sres. Siret otro modo de conservar los restos no incinerados humanos, junto con notorias riquezas neolíticas y de metal, colocándolo todo en grandes tinajas, costumbre que se observa en otros países, pero que los mismos afortunados exploradores dicen no atreverse á creer que haya sido importada por un pueblo extranjero, inclinándose, por el contrario, á considerarla como indígena, sobre todo en la zona de Argar, cuyo habitante se hallaba en las mejores condiciones para ello.

Constituye aquél un enterramiento distinto de todos los que se conocen; pues aunque parecido á la conservación de las cenizas, según se advierte por lo común en los Túmulos, ofrece la diferencia capital de que las vasijas donde se guardaban en éstos, los restos de la incineración son pequeñas,

como las de Ruguilla (Guadalajara), de Albox (Almería) y de otros varios puntos de la Península; mientras las otras son grandes y proporcionadas al objeto á que se destinaban, supuesto que con frecuencia contenía cada tinaja más de un cadáver, y además vasijas, armas, útiles, adornos, etc.

Citaremos, por último, la *choucha* de Argelia, que es una torrecilla de dos á tres metros de altura, formada de varias capas de piedras superpuestas, y ordinariamente cubierta de una gran piedra. Los hipogeos subterráneos ó construcciones funerarias y las catacumbas, galerías ó excavaciones utilizadas como necrópolis, establecen ya el paso á los monumentos históricos.

Como enterramientos que no es fácil colocar definitivamente en la prehistoria ó en la historia, se hallan por todas partes, consistiendo generalmente en sarcófagos tallados en una roca, atribuidos en España generalmente á moros y romanos, y de los cuales se hallaron algunos de extraordinarias proporciones en la citada necrópolis de Espinilla (Santander) conteniendo una especie de hoz ó segur muy característica; en Cataluña se han descrito varias con el nombre de *sitjas*.

3. CONSTRUCCIONES VARIAS. — Se concibe que las habitaciones hasta ahora descritas no corresponden más que á pueblos exclusivamente dedicados á la caza y pesca; pero al aumentar y variar sus ocupaciones, al aparecer el pastor y el agricultor, no respondían á las nuevas necesidades que les obligaban á vivir cerca de los pastos ó de las tierras, en habi-

taciones que han desaparecido en general, conservándose sólo las más estables y que podemos considerar como monumentales.

La continuidad de la habitación troglodita persiste en los ya citados silos y cuevas de España, en las crouttes ó boves de Francia, en los penpits de Inglaterra ó en los uamha de Escocia, que poco á poco adquieren una fachada en piedra, conservando el resto en la cueva natural ó perforada en la roca blanda.

Los habitantes de las llanuras construían los reductos y refugios, ciclópeas construcciones muy particulares en grandes piedras y con diversidad de cavidades y galerías en su interior, de los cuales son buena prueba las *nurugas* de Cerdeña, las *Pict's houses* de Inglaterra, las torres de refugio de muchas localidades de la costa y los famosos *talayots* de las islas Baleares que se conservan y han sido descritos¹ en dos grupos, los de puerta alta y los de puerta baja, correspondiendo á los primeros los de San Noguera y San Agustín Vell, y á los segundos los de Curnia, Torelló y otros.

Los campos atrincherados tienen muy buena representación en los *castros* de Galicia y en las *croas* ó coronas como la de Zoñán, dados á conocer por los trabajos de Villaamil² que describió más de

1. Sampere y Miquel, S.: *Contribución al estudio de los monumentos megalíticos ibéricos*; Barcelona, 1881. "Rev. de Ciencias Históricas."

2. Villamil y Castro: *Los castros y las mamoaas de Galicia*. "Museo español de Antigüedades"; 1876, Madrid.

setenta en 1876, considerándolos como las primitivas poblaciones que se construían en lugares de fácil defensa, y en los que cita objetos de bronce, cobre y oro, así como cerámica muy abundante, y últimamente estudiados por el Sr. Maciñeira ¹, que los divide en naturales y artificiales, siendo estos últimos los más abundantes en toda la costa y montañas escarpadas. Alguno de ellos, como el de Villa d'os Cotos, está verdaderamente rodeado de otros monumentos megalíticos y pequeños túmulos y urnas parecidas á los *cots waen*; el de Celtigos ocupa una hectárea, y en su interior existe una gran roca rodeada de otras con huecos ó cavidades ovoideas, y posee como otros varios un antecampo bien marcado. Son verdaderas fortalezas asimilables á los *pur arios*, y de múltiples usos y destinos, como los mounds americanos. Deben ser análogas las antiguas fortalezas descritas por Azebedo y otros en Portugal.

4. EDAD DEL COBRE. — En España puede decirse que apareció la idea de considerar como anterior é independiente de la clásica edad del bronce la del cobre, pues, si no la teoría los hechos, afirmáronlo desde hace treinta años los Sres. Garay al relatar descubrimientos en Huelva, y Góngora en sus múltiples trabajos sobre Andalucía. La teoría sostúvola el Sr. Vilanova desde 1872, y de un modo completo desde 1880, en el Congreso de Antropología de Lisboa, aunque parece que algunos años antes llamó

¹ Maciñeira: *Castros prehistóricos de Galicia*; "Rev. Crit de Hist. y Lit.", 1897.

la atención hacia este hecho ¹ el Ingeniero y Académico Sr. Saavedra en los informes referentes á los descubrimientos efectuados por Góngora en Andalucía; y más adelante se hizo adalid de la idea el Sr. Vilanova, que en sus últimos años no dejó pasar ni un Congreso, ni una ocasión para dar noticias referentes á este período, negado por los que en el extranjero llevaban la dirección de la llamada ciencia prehistórica: y bueno será decir, pues que españoles han sido los que primeramente trataron la cuestión, que hoy día la edad del cobre cuenta con prosélitos en todo el mundo científico, y con propagadores tan ilustres y entendidos como el célebre paleoetnólogo Salomón Reinach, cuyos estudios acerca de la metalurgia prehistórica han abierto nuevos horizontes á la hasta ahora desconocida historia del uso de los metales en remotas edades.

Además de los citados, consideran que existía la edad del cobre Cartailhac ², al presentar el estado de los conocimientos de las edades del metal en nuestra Península, y el Dr. Much ³, que combatiendo á Evans, admite en toda Europa la edad del cobre, no como excepción y por falta del estaño para realizar la aleación, sino como usado por las *tribus neolíticas* que descubrieron su empleo; opinión que coincide

1 Puig Larraz: *Ensayo bibliográfico de Antropología prehistórica ibérica*; Madrid, 1897, pág. 8.

2 Cartailhac. E.: *Les ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*; 1886, Paris.

3 Much. M.: *Die Kupferzeit in Europa und ihr Verhältnis zur Cultur der Indogermanen*; Viena, 1886.

con la del Dr. Antón, al afirmar la coexistencia del hacha pulida y del cobre, que no fueron sucesivas sino coetáneas. Los ingenieros Siret, afirmando esta coexistencia, no creen probado el descubrimiento del cobre por los neolíticos, á pesar de las grandes condiciones en que, según sus descubrimientos, se hallaron los hombres de la piedra; y fundan su negativa en el hallazgo de algunos objetos en bronce, aunque ellos mismos afirman, al tratar de la edad de transición, que el bronce fué indudablemente importado, como lo fué la cornalina en el SE. de España, añadiendo que al ser importado el bronce no lo fué el estaño, y escaseando ó faltando éste, los indígenas levantinos fundieron sus objetos en cobre puro; y afirman que siendo la metalurgia la más útil de las industrias importadas, se transmitió y propagó la primera, y *il ne serait pas etonnant de rencontrer quelque part les restes de peuplades plus ou moins isolées, ayant ainsi appris à connaître et à travailler le cuivre, SANS AVOIR LA MOINDRE CONNAISSANCE DU BRONZE et tout en continuant à se servir de la pierre.* En su negativa de la edad del cobre, suponen que la falta de datos es la causa de haber encontrado varias estaciones de la piedra y el cobre sin objetos de bronce.

Sería larga la enumeración de objetos de cobre en los yacimientos de España y Portugal, limitándonos á añadir á los ya citados los más importantes de estos últimos tiempos. Los estudios del cobre en Huelva han sido ampliados en 1890 por varios descubrimientos del Sr. González y G. de Meneses, y en

Andalucía se multiplican estos hechos, ya en la Magdalena de Linares y las Aguzaderas de Coronil, exploradas por el Sr. Dal Re, bien en los túmulos de Carmona, ya citados, ó en las sepulturas de Cazalla ¹ y otras diversas de la provincia de Sevilla ².

En Cataluña halló Alsius en 1880 hachas de cobre en un yacimiento de Palau de Rosas; en Vitoria, en varios dólmenes últimamente explorados; en Ciempozuelos punzones y flechas con cerámica muy característica ³, y de cobre eran todos los instrumentos encontrados en las urnas funerarias de barro, análogas á las descritas con iguales objetos en Portugal por Ben Saude, y ambas iguales á las halladas por los Sres. Siret en la región de Levante, lo que permite establecer la gran difusión de los hombres que usaban el cobre y enterraban en tinajas.

La *cultura é industria* de esta edad se caracterizaba porque construían verdaderas casas, con muros de piedra ó de adobe; fabricaban objetos en cobre, imitando á los de piedra, que eran más numerosos, é incineraban algunos de sus muertos, que en las edades anteriores eran siempre inhumados.

Situaban sus viviendas en lugares un tanto elevados, y las daban cierto aire defensivo por la forma y terminación de sus muros, cubriéndolas con ramas

1 Cañal. C.: *Excursión á Cazalla de la Sierra, etc.*; "An. de la Soc. Esp. de Hist. Natural", 1894.

2 Candau y Pizarro. F.: *Prehistoria de la provincia de Sevilla*, 1894.

3 Riaño, J. F.; Rada, J. de D., y García, J. C.: *Hallazgo prehistórico en Ciempozuelos*; "Bol. de la R^e A. de la Historia", 1894.

y una especie de armadura de piedra y césped con sogas de esparto, que tejían bastante bien. Abundaban las puntas de flecha, hábilmente trabajadas, las láminas de sílex, retocadas en los bordes, y hachas en fibrolita y diorita. En hueso usaban punzones, agujas y leznas, y como adorno diversas conchas taladradas, sirviéndose probablemente de fusus para silbatos, aun hoy usados en la costa levantina. Entre la cerámica hay que citar unos cuernos que debían tener análogo objeto á los usados hoy por los cazadores como recipientes; los restantes objetos tienen formas bastante elegantes, y algunos aparecen adornados. Como restos de su alimentación se han encontrado habas, trigo y cebada, así como huesos de buey, cabra y cerdo, indicando un pueblo cazador, pastor y agricultor á la vez.

Lo más característico de estas estaciones prehistóricas son los minerales y escorias para la extracción del cobre, del que se hallan lingotes é instrumentos; son estos principalmente punzones, puntas de flecha y cuchillos.

Las sepulturas eran unos círculos de piedra donde se encontraban urnas ó tinajas cinerarias y restos sin incinerar, y por los objetos hallados dedúcese que la incineración se aplicaba á los hombres y la inhumación á las mujeres, cosa ya supuesta por análogos enterramientos en Suiza.

5. EDAD DEL BRONCE. — Como el bronce es la aleación ó mezcla de nueve partes de cobre y una de estaño, supone su empleo un conocimiento de la fusión y las propiedades de las aleaciones lo bas-

tante práctico para unir dos metales que en la naturaleza no se encuentran juntos, si bien es cierto que el cobre y el estaño debieron llamar antes la atención del hombre primitivo que el hierro, y que la metalurgia de ellos sólo exige la fusión ordinaria de ambos con un poco de carbón, en tanto que la del hierro requiere operaciones ya más complicadas.

Para ilustrar la discusión de los orígenes del bronce han estudiado los arqueólogos la diferencia que hay entre la fundición fija ó permanente de objetos de este metal y la fundición ambulante, pues la primera exigía moldes en piedra para vaciar las piezas y la segunda usábalos de arena, siendo probablemente una reminiscencia de la segunda los caldereros húngaros ambulantes que recorren toda Europa fundiendo y componiendo objetos de bronce y cobre.

El origen del bronce se ha confundido hasta hoy con el general de los metales; pero acerca del mismo, en concreto sostuvo Nilson desde 1862 que en Europa central y septentrional le introdujeron los fenicios, opinión desarrollada por Rougemont¹ con datos meramente históricos y lingüísticos, pero combatida bien pronto, en particular por Müllenhof y Worsaae, que considera que llegó á Europa, no por un pueblo invasor, sino por una gran corriente comercial que se dividió en dos ramas: una meridional, por Grecia y Roma, y otra la de las sepulturas

¹ Rougemont: *L'age de bronze du los Semites en Occident*; 1869.

de Hungría y del Norte que, posteriormente y al cabo de largo tiempo, fué reforzada por la del Sud.

Müller sustituye los dos períodos de Worsaae por dos provincias: la oriental y la occidental; y Montelius, del Museo de Stockolmo, trata de fijar su origen, y le divide en seis períodos. El célebre naturalista suizo Morlot calcula la fecha de introducción del bronce en Suiza, por datos geológicos, en más de 2.900 y menos de 4.200 años, y el profesor Guillion, por otra serie de consideraciones, calcula dicha fecha en 6.700 años.

La industria del bronce caracterízase por el predominio de objetos de este metal, aunque no desaparece por completo ni mucho menos la piedra pulida y hueso, cuyas formas copian los instrumentos toscos y mal trabajados de los primeros tiempos del metal. El hacha adopta la figura que hoy tiene, con su cubo y su filo, siendo unas veces sujeta por dos asas laterales, y otras encajada en el mango por una caja ó mortaja; el dardo, la flecha, cuchillos y demás siguen, apareciendo la espada; entre los instrumentos de adorno abundan los pendientes, fibulas y anillos, y como cosa notable deben citarse las trompas ó *Lours* de las turberas escandinavas. Es innumerable el número y variedad de pequeños objetos de adorno que en todas partes se hallan, y en ninguna tal vez en tan gran número y variedad como en el Sudeste de España, donde también aparecen objetos de oro y plata, sobre todo ésta, que abundaba en el país. La cerámica se perfecciona,

adquiriendo formas más esbeltas y elegantes, á las veces recargadas de adornos.

Como una secuela del descubrimiento del bronce, y al observar las escorias de su fundición, descubrióse el vidrio, que no es más que un silicato de sosa y potasa unido á otros de hierro ó cobre que le den color verde ó azul.

Como cuadro de su cultura puede decirse que modifican y mejoran el traje y el tejido; por consiguiente, cultivan muchas plantas y elaboran productos secundarios, como pan, aceites, etc.; forman sociedades relativamente numerosas y construyen viviendas de diverso género, recintos fortificados, como en Almería, donde se ven hasta restos de un acueducto para traída de aguas. Entierran sus muertos de muy diversos modos, ya en sepulturas, ya en tinajas ó cajas especiales; otras veces los queman, y todo ello muestra un culto, probado igualmente por amuletos, objetos votivos y utensilios con que entierran los muertos, como preparándolos para un largo viaje.

6. EDAD DEL HIERRO. — Es el completo ingreso en la civilización, es la conquista de los elementos de la cultura actual, y puede y debe considerarse como protohistórica, terminando con ella el estudio de la prehistoria y la cultura de las razas primitivas; el tránsito á la historia documental y legendaria es insensible, y puede decirse que hay países en que entra de lleno en ella, pues que podemos marcar la fecha casi exacta de su introducción.

El yacimiento, ó mejor dicho, los lugares en que se hallan los objetos de esta edad, son los túmulos y sepulturas, las turberas modernas, los mismos palafitos y los restos de construcciones primitivas con relación á la historia. Las famosas tumbas de Halls-tadt en Austria han sido los clásicos lugares para el conocimiento de esta edad: sin presentar todavía la moneda, ni principios de escritura, hállase en ellas marfil de Africa, ámbar del Báltico, vasos de bronce y adornos en número tal, que de 6.000 objetos, 3.700 pertenecían á ellos: se ha interpretado como perteneciendo tales riquezas á una industrial colonia que explotaba las minas de sal de la localidad. En Italia numerosas tumbas de Villanova, Goloseca, etc., han dado infinidad de objetos correspondientes á la primera época del hierro, y la segunda hallada en Marzabotto tiene ya monedas, objetos etruscos, vasos esmaltados é ídolos. En Francia los primeros monumentos de esta época son los dólmenes del Noroeste y los palafitos de los Pirineos, pues los demás pertenecen de lleno á épocas históricas de la Galia y á los romanos primitivos. En Rusia aparece en el año 800, y en Siberia 1000 de nuestra Era, y en Grecia y Etruria unos 1400 años antes de ella; en cambio en Egipto parece ser usado desde hace 5000 años en las primeras dinastías, pues el tallado del granito y la diorita no podía hacerse con el bronce, y el esculpido de las estatuas de Sophis II, constructor de la segunda pirámide y otras análogas, debió hacerse con útiles de hierro; además que los instrumentos puestos en manos de

algunas figuras de jeroglíficos, por su forma y su color parecen de hierro; si esto no bastara, la lingüística demuestra que la voz *ba*, que significa hierro, formaba parte del vocabulario egipcio en la primera dinastía. El origen africano del hierro prueba también su uso entre los salvajes del interior, puesto en evidencia por los modernos estudios etnográficos. Aceptada esta hipótesis, tienen en España interés excepcional los descubrimientos que relativos á esta época se hagan, pues establecerán las relaciones que, de ser de la Libia y el Egipto los primeros pobladores de nuestra patria, hemos de tener con dichos países.

Las dudas que pueden presentarse para la introducción repentina de este metal nacen de la insensible transición y mezcla de sus objetos con los de cobre, cosa observada en la mayoría de los monumentos primitivos de esta época, desde los de Halls-tadt hasta los de Lombardía y Suiza; si bien en los países del Norte sí parece brusca la aparición del hierro, como lo afirman respecto á Dinamarca, el Sr. Engelhardt; á Rusia, Owarof; y á Moldavia, Odobesko.

La *paleontología* de esta edad sólo presenta como hecho asignable el decrecimiento de los restos de especies salvajes en igual proporción que aumentaban las domesticadas, pues por lo demás, su flora y fauna es igual á la actual. Su carácter *arqueológico* principal es la aparición y empleo del torno en la alfarería, muy adelantada ya por el cocido y vidriado de los cacharros y su coloración y

dibujos; sus instrumentos propios son el hacha triangular de cubo ó mango hueco, las espadas de punta y dos filos, á veces onduladas como los malletes, y el uso de frenos, armaduras, hoces y hasta de tijeras.

Las razas del hierro puede decirse son las actuales, con poca variación; así en Suiza es dolicocefala, fuerte y guerrera, que dominó á los helvetas ocho siglos antes de nuestra Era. Practicaban sacrificios humanos, según parece deducirse de unas urnas con restos de mujer halladas cerca de Lausana; disminuye el uso de la cremación de los cadáveres, que vuelven á ser enterrados en variadas formas muy locales. La metalurgia y extracción del hierro ha sido curiosamente estudiada por M. Quiquerez en los documentos encontrados en el Jura bernés, consistentes en hornos fundidores, martillos, etc.

7. RAZAS DE LAS EDADES DEL METAL.—Hállanse ya en estos períodos tipos de diversa conformación craneana en un mismo yacimiento, lo que atestigua ya una mezcla ó confusión de razas muy avanzada.

Como aplicados á España, y con carácter meramente provisional y sin poder generalizar los datos y resultados, expondremos lo relativo á las razas de las primeras edades del metal en el Sud-Este¹, estudiadas por el antropólogo belga Jacques. Según él, aparece un primer tipo que representa el Cro-Mag-

1 Siret, Henri et Louis: *Les premiers ages du métal dans le Sud-Est de l'Espagne*; Anvers, 1887; con un atlas en folio.—Hay una traducción española de Thos. en 1890. Barcelona.

non, por el conjunto de los caracteres descriptivos y por las medidas cráneas, sin bien la talla debía ser menor que en la raza francesa, así como en cráneo se presenta menos larga la cara y el prognatismo menos marcado, caracteres que se reproducen en el tipo femenino, cuya región frontal es mayor en los cráneos de Argar, al propio tiempo que se ensancha la parietal.

El tipo de Furfooz, en su variedad de Grenelle, tiene representación en algunos cráneos, especialmente femeninos, si bien son menores los diámetros verticales y anteroposteriores en igual proporción que aumentan los transversos en la raza de Grenelle, cosa completamente opuesta á la que ocurre en los cráneos masculinos. Mezcladas las dos razas constituyeron el pueblo levantino, y así tomaron, de los cromañones, la forma del cráneo, y de la raza braquicéfala belga, la de la cara y la disminución de la estatura, formando una mezcla que en la Península considera Jacques dió lugar desde muy antiguo á la raza de Mugen, y persistiendo, según nosotros, hasta nuestros días, ya que la gente levantina es eminentemente dolicocefala y de cara baja y nariz chata.

Otro tercer grupo, aunque mucho menos importante, descubrió el análisis métrico en los cráneos de Argar, representado por cráneos de parietales abombados, vertex aplastado y ortognatos, de facies vasca, si bien no sean éstos á su vez dolicocefalos mezclados con los mestizos anteriores, como suponen, sin fundamento, algunos autores extranjeros.

8. LAS EDADES DEL METAL EN ESPAÑA. — Del carácter indígena que revisten las obras de aquel período de tránsito responde, en puridad, la abundancia en nuestro suelo de las materias primeras de que el hombre se servía, especialmente del cobre puro y en diferentes combinaciones, y de la plata nativa en las inagotables minas de Herrerías (Almería); el hallazgo de escorias abundantes y de las vasijas que servían para fundir dichos metales, y de martillos de diorita destinados á triturar la mena, como encontramos en Cerro Muriano (Córdoba), en varios puntos de la provincia de Huelva y en la mina Milagro (Asturias), donde aparecieron algunos utensilios en hueso y un cráneo teñido por el cobre, como indicios evidentes de la remota antigüedad de aquel centro minero, uno de los más primitivos de Europa. Actualmente se han hallado varios cráneos é instrumentos para la extracción de los minerales en las minas del Aramo en Asturias, y que se conservan en la Facultad de Medicina.

No escasean, por cierto, en España y Portugal los objetos en bronce y la cerámica, por entonces ya muy perfecta, siendo sus principales yacimientos por excepción la cueva, como la de Cesareda y alguna de las citadas por Góngora, y más comúnmente el dolmen y el túmulo, como lugares de enterramiento, como el de la Ollería en Valencia y las sepulturas descubiertas en el Tosalet (Alcalá de Chisvert), que pertenecen ya al período de transición al hierro, y cuyos objetos son análogos á los hallados en la isla de Menorca y en Coronil; en el

túmulo de Castilleja parece presentar el bronce influencias orientales, que permiten suponer es posterior á otros yacimientos de la edad, como los Castros, bien los explorados por los Sres. Siret en la provincia de Almería, donde tanta riqueza en cobre, bronce y plata han descubierto, ó los descritos por Villaamil en Galicia, la Citania de Sabroso y Britteiros, y los singulares criaderos de Castilla la Vieja.

En casi todos estos puntos el bronce va asociado á objetos de cobre, en especial en Almería, predominando éstos en los sitios inmediatos á minas de dicho metal, como acontece en el Alentejo, no lejos de los criaderos de Ruy Gomes, donde también aparecieron martillos de diorita, que servían para triturar el mineral, lo propio que en Cerro Muriano.

De esta coincidencia de yacimientos infieren algunos la contemporaneidad de ambas civilizaciones y la no existencia del período del cobre; lo cual es algo inexacto, porque no abandonando el hombre la industria anterior, en cualquier ramo que se considere, inmediatamente después de dar un paso adelante en las vías del progreso, sino conservando á veces durante largo espacio de tiempo lo anterior, ya sea por respeto, ó bien por la menor dificultad en procurárselo, resulta que, así como en la época neolítica continuaba el uso y quizá hasta la fabricación misma de instrumentos paleolíticos, del propio modo, cuando llegamos al bronce, vemos en el mismo túmulo, dolmen ó citania de Portugal, como de España, mezclados, no sólo objetos de cobre, sino hachas pulimentadas, útiles en hueso y

hasta algún cuchillo de pedernal. Tan extraña mezcla, que ha servido de fundamento para inventar teorías no bien recibidas por la generalidad de los arqueólogos de más nota, se observa muy especialmente en las dos últimas estaciones ibéricas, y en condiciones tan especiales, que merecen un detenido estudio.

Forman parte del segundo período del bronce, en la Península, algunas figuras toscas representando cabras, carneros, toros, caballos, etc., de las que son notables ¹ una hallada en Puente Genil con instrumentos de piedra y una moneda de Ullia, como objeto el más moderno, representa á Belisana, divinidad tutelar del fuego en la mitología ibera: de Ciudad Real proceden un Baco y Neto, que es el Marte de esta mitología, y de Campo de Criptana es uno más artístico é indudablemente muy posterior, que se supone ser idolillos, existentes en el Museo Arqueológico de Madrid, en el del Dr. Velasco, en la Biblioteca de Évora y Escuela Politécnica de Lisboa, etc., con la particularidad de haberse encontrado alguno de estos curiosos objetos en la famosa localidad de Yecla.

Al final del bronce aparecieron utensilios y adornos nuevos, tales como las fibulas de determinada hechura, de las que hay muchas en Citania de Britteiros, y sobre todo en Castilla la Vieja; el collar tórculo, las pulseras cerradas, y en especial la cruz

¹ Mélida, J. R.: *Idolos ibéricos*; "Rev. de Archiv., Bib. y Museos", 1897.

sencilla y conjugada, ó sea la *swastika*, y sobre todo las armas mixtas, como la tan curiosa descrita por Villa-amil, procedente de Galicia, cuya empuñadura de antenas es de bronce y la hoja de hierro, objeto único en Europa, según Cartailhac: todo lo cual acusa el tránsito lento y paulatino al último período, del que suponen algunos autores ser fiel trasunto la *Iliada*; añadiendo, en confirmación de que no abandonaba el hombre tan pronto el uso de lo que era ya conocido, que, en tiempo de Herodoto, el pueblo heleno se encontraba aún en la edad del bronce, y que también reinaba al N. del Caspio, en la comarca ocupada por los Masagetas. Cartailhac, fundándose en un texto epigráfico encontrado en el mármol de Paros, opina que el hierro fué introducido en Grecia hacia el siglo xv antes de Jesucristo, no habiendo llegado á Dinamarca sino muchísimo más tarde.

El hierro siguió la propia marcha que el cobre, apareciendo en medio de la civilización neolítica de Europa; es decir, que fué gradualmente reemplazando al bronce en pequeñas porciones, en un principio, por considerarse como metal precioso, advirtiéndose esta lenta metamorfosis en todos aquellos yacimientos en los que el bronce ostenta sus mayores bellezas.

En España subsiste aún la forja catalana como reminiscencia ó continuación del procedimiento que se supone más antiguo para obtener el hierro, de cuyo dato, junto con la lentitud que siguió la industria desde los más remotos tiempos y la existen-

cia de armas mixtas de uno y otro metal, fácilmente se infiere que el comienzo de éste, que fué el paso decisivo que el hombre dió en la senda del progreso, fué también indígena, á lo cual se presta admirablemente el territorio por su extremada riqueza en minerales de hierro. Coincidiendo con la invención de la forja catalana, es esta la zona de la Península más abundante en objetos de hierro, siquiera muy deteriorados por la oxidación, como se observa en todas partes, pues esto depende de su propia naturaleza. Los museos de Gerona y Tarragona atestiguan cuanto acaba de indicarse, pues en ellos se conservan ejemplares curiosos procedentes de Montagut, de Bañolas, de Ampurias, de Caldas de Malavella, de las islas Baleares y de las cercanías de Tarragona, en cuyo Museo hay magníficas vasijas de bronce con una y dos asas, pateras, junto con varias armas y utensilios de hierro.

En Alcalá de Chisvert (Castellón) descubriéronse años atrás en la partida de la Palava, al practicar los desmontes del ferrocarril, fibulas con espiras, brazaletes y una figurilla que representa un pajarito con asas, todo de bronce, una lanza de hierro y vasijas de barro llenas de huesos quemados y reducidos á pequeños fragmentos, todo ello colocado en el interior de una especie de dolmen, y mejor túmulo.

En la colección del diligente anticuario Caballero Infante, antes en Valencia y hoy en Sevilla, figuran también fibulas curiosas, brazaletes, dos ó tres estatuitas humanas, y otras representando cerdos,

toros y un pajarillo con asas, casi todo procedente de diversos puntos de Andalucía; una hoja de puñal de cobre de Palencia, y muchas armas de hierro, tales como lanzas, moharras con cubo y doble agujero, flechas de varias hechuras recogidas en Porcuna, Vélez-Málaga, Zafarraya, Cogullo, Aranda de Duero y Onteniente. Á esta época pertenecen objetos del Cerro de Castellón y de las cavernas de Gibraltar, lo que prueba la persistencia de las razas y cultura, puesto que en las mismas cavernas aparecen restos de los hombres cuaternarios. También en ella se incluyen algunos objetos en oro, pero muy particularmente los célebres torques procedentes de los castros de Galicia y de varias sepulturas de Extremadura.

Prehistoria americana.

1. CARÁCTER Y DIVISIÓN.—Sólo con citar los nombres y dar idea del carácter de los monumentos primitivos de la civilización americana, se justifica el que sea separado su estudio del referente al del viejo Continente y se forme con él un capítulo aparte. Es tan característica, tan propia y *sui generis* la prehistoria de América, que bien merece el estudio de sus Mound-Builders ó Terromontes, y Cliff-Dwellers, de los Estados Unidos, sus pueblos de Méjico, sus Chulpas del Perú y Bolivia, sus Sambaquis del Brasil y sus paraderos de las Pampas y la Patagonia, hacer un orden de investigaciones aparte, esto sin contar las novedades que la clasificación de sus razas prehistóricas lleva consigo, y sin tener en cuenta que debe separarse lo que es verdaderamente prehistórico de lo que es precolombino, que en autores serios, pero mal preparados para el estudio de lo americano, anda confundido y re-

vuelto ¹. Y es que las edades y las civilizaciones prehistóricas no se corresponden ni en sus manifestaciones ni en su desarrollo en ambos Continentes, afirmando Thomas que no valen las divisiones de Europa, pues no hay separación entre el paleolítico y neolítico, falta la edad del bronce, y el hierro sólo le hubo desde la llegada de los españoles.

Se ha intentado establecer un cierto paralelismo en las cronologías de ambos Continentes, especialmente por Brinton, á quien se debe el siguiente cuadro de los tiempos prehistóricos americanos:

1 No son de extrañar estas afirmaciones, sabiendo que en libro tan justamente respetado como el de Joli, *L'homme avant les métaux*, se pone en boca de los indios de América del Norte un *Quién sabe*, como contestación á la pregunta de que quiénes fueron los constructores de sus monumentos tan extraordinarios. Por eso seguiremos en este capítulo á nuestro maestro D. Juan Vilanova, en su conferencia sobre Protohistoria americana.

Clasificación de los tiempos prehistóricos americanos.

Edad.	Periodo.	Carácter geológico.	Restos humanos.
Cuaternaria ó pleistocena.	1.º Preglacial...	Gravas auríferas de California.....	Cráneo de Calaveras?
	2.º 1.ª glacial...	Alternaciones de drift. Formación de Colombia Descenso del litoral atlántico.....	Paleolítico de Claymout.
		Antiguo drift glacial del Mississipi.....	
		Arcilla de alfarero....	
	3.º Interglacial..	Drift de Minesota.....	Toscas instrumentos de sílex.
		Diluvium de la gran cuenca.....	
		Formación pampera... N.º drift glacial, till y fiordos.....	
	4.º 2.º glacial...	Canchales glaciales del Ohio.....	Útiles de piedra y hueso de los canchales glaciales.
		Loess central de los Estados Unidos.....	
		Levantamiento del Atlántico y América inglesa.....	
5.º Postglacial..	Aluviones de Trenton. Altas aguas del lago superior.....	Útiles paleolíticos en Trenton y cráneos braquicéfalos.	
	Sigue el levantamiento del N. atlántico.....		
	Clima frío. — Reno en el Ohio.....		
Moderna.	1.º Diluvial.....	Depósito lacustre.....	Instrumentos arcillita Cráneo de Pontinelo, río Negro.
		Tierras hundidas.....	
	2.º Aluvial.....	Clima suave.	Huesos de Lagoa Santa y Florida. Elefante, Mastodonte, Ohiotius, Megaterio, Bisonte, Caballo, todos extinguidos.
		Depósito de los ríos... Formación de marga.	Objetos cuarzo y jaspe. Cerámica. Mound del Ohio. Restos de tribus actuales y extinguidas.

En América, lo mismo que en el antiguo Continente, hubo un periodo de la piedra tosca tallada, al que siguió otro en el que se pulimentaban las hachas y se labraron flechas y demás armas arrojadizas, muchas de las cuales están aún allí en uso; luego se sirvió el hombre del cobre puro, en mayor escala, si se quiere, que entre nosotros, reproduciendo en el metal las formas que antes dieran á los útiles de piedra; del cobre puro pasó al hierro, que inicia ya los tiempos propiamente históricos, lo mismo en el nuevo que en el antiguo mundo.

No hizo el americano tanto uso del hueso, marfil y asta de ciervo como el europeo, ó por lo menos no se descubrieron allá tantos objetos labrados con dichas substancias como por acá; circunstancia es esta algo más difícil de explicar que la diferencia de piedras de que el hombre se sirvió, pues esto depende de la constitución geognóstica ó petrográfica, en virtud de la cual en Europa son más comunes los útiles de pedernal y de cuarcita, por lo que á piedra tallada se refiere, mientras que en América predominan, sobre todo, la obsidiana y otras rocas volcánicas.

Tocante á yacimiento en general, puede decirse que difiere poco el de uno y otro Continentes, pues lo mismo los restos humanos que los testimonios de su industria suelen encontrarse, los más antiguos, ó paleolíticos, en el Diluvium, dentro de grutas y cavernas, ó al exterior, ora sea dicha formación resultado de las aguas líquidas, de los glaciares ó de ambas á la vez.

También en la turba hanse encontrado objetos curiosos, lo mismo en América que en Europa; en los paraderos y sambaquis, en Europa, llamados kio-kenmodingos, y en enterramientos preparados por el hombre, siquiera algunos difieran bastante, pues aunque por la forma los que en el Continente nuevo se llaman cerritos, se parecen á los túmulos del antiguo, los conocidos bajo la denominación de Mound-Builders, y que nosotros llamaremos *terromontes*, que es su verdadero nombre castellano, difieren bastante por su aspecto y estructura de los megalitos, no figurando en ellos las grandes piedras que confirman la etimología de los últimos, ó no estando en ellos dispuestas como en los de por acá.

De lo que no hay conocimiento es del hallazgo en el fondo de los lagos americanos de objetos proto-históricos; si no se encontraron, será tal vez por no haber levantado los aborígenes las viviendas conocidas bajo el título de palafitos, ó también por haberse perdido en absoluto sus restos.

2. RAZAS FÓSILES. — Mayor importancia que el tan discutido cráneo de Calaveras, y del que se habló en la cuestión del hombre terciario, revisten los huesos humanos descubiertos recientemente en un punto, no lejos de México, llamado el Peñón de los Baños, y dados á conocer por los profesores de Geología Castillo y Bárcena, que afirman que la capa que contiene los restos humanos es diferente de las formaciones actuales por su aspecto, por los movimientos que ha experimentado y por no contener ningún objeto de industria moderna; porque en

aquella comarca se observan señales de fenómenos geológicos, especialmente volcánicos, no mencionados en la moderna historia ni en las tradiciones y jeroglíficos de las antiguas razas del Anahuac; porque se formó la toba de más de tres metros, sobre la superficie actual del lago Texcoco, acreditado por las señales que en varios puntos del valle dejó aquella roca, y porque, á juzgar por los caracteres que ostentan los huesos, el esqueleto pertenece á la raza indígena pura de Anahuac, ó sea muy anterior á las noticias que sobre dicha raza presentan la tradición y la historia, señalándole como antigüedad menor la de 800 años, y como horizonte geológico la división superior de la era cuaternaria.

En la cuenca del río Delaware, no lejos de Trenton, en una formación glacial encontró Abbot más de un cráneo humano que, si son contemporáneos de los instrumentos tallados descubiertos en la misma localidad, deben ser tan antiguos como éstos, que representan por su forma y por lo tosco de su labor el período europeo de Chelles y Taubach. Mas lo curioso del caso es que, al parecer, algunos de estos cráneos son braquicéfalos, contrastando con la frecuente dolicocefalia de Lagoa Santa y de otros yacimientos en el Brasil, y bastantes de los muchos cráneos descubiertos en los Mound-Builders, monumentos funerarios que, siquiera muy antiguos, son sin duda alguna posteriores á los depósitos diluviales y á los que fueron resultado de la acción de las nieves, pues no es de presumir que bajo la influencia de aquellos acontecimientos terrestres pensara

el hombre en semejantes construcciones. En los Mound, á pesar de todo, parece predominar la braquicefalia.

El cráneo encontrado cerca de Merom (Indiana), y otros en Chicago, ofrecen los caracteres tan notables de inferioridad del famoso de Neanderthal. El procedente del Stimpson's-Mound recuerda el de Borreby, también muy inferior, así como los que se descubrieron en Kennicott-Mound ofrecen una tal depresión frontal que los aproxima mucho al del chimpancé. También son de escasa capacidad cefálica los cráneos, en número bastante considerable, encontrados en los paraderos del litoral de California y del Oregón, donde con los restos humanos aparecieron morteros con sus manos, pequeñas vasijas de esteatita, pipas de la misma piedra, cuchillos, puñales, puntas de flecha de sílex, alguna escultura en piedra dura, y hasta objetos en hueso y conchas. Lo mismo pudo observarse en los cincuenta cráneos de operarios de una cantera de esteatita encontrados en la misma en la isla de Santa Catalina, junto con gran número de pucheros, platos y otros objetos labrados con aquella piedra, llamada precisamente, por la facilidad con que se labra, jabón de sastre y piedra ollar.

En la orilla del Arroyo de Frías, cerca de Mercedes, halló Ameghino muchos restos humanos fósiles, junto con huesos estriados y quemados, con gran cantidad de carbón, puntas de flecha, cuchillos y otros instrumentos de pedernal, y muchos huesos de animales extinguidos que llevaban inci-

siones hechas, sin duda alguna, por el hombre, y al propio tiempo otros huesos labrados, tales como puntas de lanza, cuchillos y pulimentadores.

Á más de esto encontró objetos debajo de un caparazón de *Glyptodon*, género de desdentado gigantesco, propio de la fauna cuaternaria del Sur-América. Alrededor de aquella especie de armadillo parece que había mucho carbón, huesos de animales quemados y hendidos con instrumentos de pedernal, y tierra rojiza del suelo primitivo, donde la excavación dió por resultado el hallazgo de un hacha de sílex, de huesos largos de llama y de ciervo, también partidos, y algunos con señales de labor humana, que también se veían en dientes de *Toxodon* y de *Mylodon*; aquel y otro caparazón del propio animal que encontró más tarde, estaban vueltos del revés y cubriendo una cavidad ó recinto, que sin duda alguna había abierto el aborigen para cobijarse en aquellas inmensas soledades de las Pampas.

El Dr. Moreno, de Buenos Aires, también descubrió en 1874 en las riberas del río Negro, á cuatro metros de profundidad, un cráneo humano en una capa de grava y arena amarillenta que forma parte del cieno pampero. En varios antiguos cementerios de Patagonia, él mismo recogió bastantes restos humanos, los cuales, siquiera sean de fecha remota, ésta no puede precisarse. Con los mencionados restos humanos aparecieron diminutos cuchillos de sílex, flechas de diferentes formas, cerámica con adornos de puntos y rayas formando líneas ondulo-

sas, bolas de arenisca, de diorita y pórfido, morteros de piedra, varios moluscos y huesos de guanaco y avestruz partidos á lo largo. Algunos huesos humanos estaban teñidos de rojo, lo cual hace sospechar si habrían pertenecido á guerreros vencidos, pues ciertas tribus tenían la costumbre de pintarse la cara antes de emprender una expedición.

Uno de los cráneos de la Patagonia, dolicocefalo, lo consideró Topinard como muy afine al de los esquimales, añadiendo que es el tipo que suele encontrarse especialmente en los paraderos y grutas.

Un español, el Sr. Carles, descubrió en la meseta y no lejos del río Samborombon un esqueleto humano, en cuyos huesos se advierten algunas particularidades muy notables. El depósito de tan preciosos objetos es el légamo de las Pampas, en el que, y á corta distancia, yacían los restos de un *Megaterio*, cuyos huesos ofrecen el propio color y aspecto de fosilización, acreditando su identidad. Las particularidades que se advierten en dicho esqueleto son: 1.^a, gran desgaste en el centro de la corona de las muelas; 2.^a, caries en dos de éstas; 3.^a, la mandíbula muy grande y la apófisis articular algo oblicua; 4.^a, un agujero natural en el esternón; 5.^a, trece vértebras dorsales; 6.^a, seis dedos en las manos, etc. Este esqueleto y otros varios de mamíferos de la cuenca del Plata, recogidos por Carles, se encuentran hoy en Valencia.

En el valle de Aragua, cerca del lago Valencia (Venezuela), existen lo menos 50 túmulos (cerri-
tos), desde 10 hasta 300^m de diámetro, en cuyos

sarcófagos cónicos, que Mortillet compara con las tinajas-sepulcros de Almería, aparecen muchos huesos humanos, de cuyas carnes los despojaban previamente, y con ellos restos de comida é instrumentos del periodo neolítico de fabricación local, supuesto que los había sin terminar, y restos como de desecho. Encuéntrase también objetos de adorno y figuritas esculpidas, en señal de sentimiento artístico.

De los cráneos, unos están sin duda deformados artificialmente, los otros son braquicéfalos, como indicando razas de tiempos no del todo primitivos, á juzgar por la industria que alcanzaron.

Los restos humanos encontrados cerca del lago Monroe (Florida) por el Conde de Pourtalis, sobre los cuales tantos cálculos llegaron á formarse, resultaron, por declaración del mismo, procedentes de una caliza lacustre que lleva moluscos vivos aún, y de consiguiente no se les puede atribuir la antigüedad que quería, entre otros, Agassiz. Otro tanto, aunque por razones distintas, puede decirse del hueso de la pelvis humana encontrado por Dickson en el Loess del Mississipi, en Natchez, junto con despojos de *Mylodon* y *Megalonix*.

Un celoso é infatigable explorador, llamado Kech, parece encontró á orillas del río Bourbense (Gasconade Country, Missouri) los restos de un mastodonte, muerto, en parte, por haberse metido en una ciénaga de la que no pudo salir, y también por las armas y piedras arrojadas por el hombre, de las que muchas se ven en las cercanías. Á este descubri-

miento siguió otro en la propia cuenca y condado de Benton, consistente en un fémur del mismo animal, herido sin duda con la flecha que llevaba aún clavada, la cual, y otras de las inmediaciones, prueban, como en el caso anterior, que ya por entonces vivía el hombre.

Discurriendo el Sr. Ten Kate acerca de los caracteres en conjunto de los restos humanos encontrados en América y procedentes de distintas épocas, así como del hombre hoy vivo, opina que, en general, corresponden á las razas mogolas ó amarillas. Sin duda alguna pudiera este dato ilustrar la procedencia de los habitantes del Nuevo Mundo, á lo cual contribuiría también la circunstancia de un reciente hallazgo hecho, según Wallace, en territorio del Oregón, consistente en unas esculturas en piedra que representan cabezas de monos antropomorfos, debidas, según él, al hombre primitivo, ya que es sabido que dichos seres son exclusivos de África y Asia.

Como *yacimientos naturales ó geológicos* bien averiguados, figuran, pues, en América, lo mismo que entre nosotros, las formaciones erráticas, las diluviales y de acarreo moderno al exterior y en el seno de las cavidades terrestres, y algo si se quiere la turba y el guano, en cuyo seno hanse encontrado metales preciosos, oro y plata, peces, ídolos, etc., y mucha cerámica. Desde que las Chinchas fueron por el hombre ocupadas, hundiéronse y se levantaron después, como lo acreditan los depósitos marinos que cubren el guano en bancos de dos metros de espesor.

3. PARADEROS, TERROMONTES Y PUEBLOS. — Los yacimientos artificiales, por ser obra del hombre, los depósitos de restos humanos y de su industria, son los paraderos y los enterramientos representados por los túmulos ó cerritos y los famosos Mounds.

Los *paraderos*, así llamados en la América española por referirse á aquellos sitios donde las tribus errantes hacen sus altos ó paradas, permaneciendo más ó menos tiempo, según la cantidad de despojos y restos de cocina que allí existen lo indica, pertenecen á dos épocas bien diferentes, pues los hay que aun se forman hoy mismo, mientras que otros son de fecha muy anterior, á juzgar por la calidad de los objetos que en ellos se encuentran, en gran números á veces. Pero aun estos son posteriores á los escandinavos, por ejemplo, pudiendo señalarles como comienzo el período neolítico, según lo justifica el hallazgo de hachas pulimentadas, de flechas, de útiles en hueso, pero de labor tosca, y, sobre todo, la cerámica, que por regla general es de hechura y ornamentación más artística que la muy poca que se encuentra en dichos criaderos de Europa.

Llámense Kiokenmodingos, Sambaquis ú Ostreiros, abundando éstos en el litoral del NE. del Brasil, estudiados por el Sr. Puigarrí, los paraderos antiguos, en los que tampoco escasean los restos humanos, se diferencian de los otros por su emplazamiento no lejos del mar ó de algún lago, y por su composición, en la que el principal elemento es el despojo de moluscos marinos y lacustres. Sólo en

muy contados casos se encuentran dichos depósitos lejos del agua, lo cual significa una gran perseverancia de parte del antiguo salvaje americano en acumular tan extraordinaria cantidad de despojos, y aun mejor, cambios en la topografía con relación al litoral; cosa que en manera alguna debe sorprendernos, pues, entre otros casos, puede citarse el del emplazamiento actual de Trenton á 120 millas del Atlántico, mientras que en la época á que se refiere el hallazgo de los restos humanos citados más arriba, el río Delaware desembocaba en el mar cerca de aquella ciudad.

De este modo construídos, y adquiriendo á veces extraordinarias dimensiones, se encuentran en número considerable lo mismo en el N. que en el S. y en el Centro-América; los hay en el litoral de Terranova, de Norte-Escocia, del Estado de Massachusetts, en la Luisiana, en México, en Nicaragua, en la Guyana, en el Brasil y en Patagonia, donde los mounds de conchas se distinguen de lejos por el matiz intenso de su vegetación, y también son diferentes de los paraderos modernos de aquella tierra inhospitalaria, donde se encuentran como en toda la cuenca del Plata, pues aquéllos existen casi siempre no lejos del litoral, al paso que éstos sólo se ven en el interior. No hay que señalar los rasgos distintivos referentes al contenido de semejantes depósitos, pues se comprende que los paraderos modernos ni siquiera deben figurar entre los yacimientos protohistóricos, pues son de hoy, siquiera remonte su origen á tiempos bastante lejanos.

Una circunstancia digna de notarse es la frecuencia y abundancia en los paraderos americanos de útiles en piedra, y el hallazgo en algunos de morteros toscos de piedra, cuyo uso no es conocido; ambas circunstancias bastarían á distinguirlos de los europeos, donde éstos faltan en absoluto; y en cuanto á objetos de hueso, son bastante raros, justificando su mayor antigüedad. Muchos antiguos paraderos aparecen cubiertos de vigorosa vegetación, representada por grandes árboles entrelazados por los bejucos y demás plantas trepadoras que hacen impenetrables aquellos bosques, en los que se advierten las generaciones que con el tiempo han ido sucediéndose, cuyo cómputo, más ó menos aproximado, han querido hacer algunos naturalistas y arqueólogos.

Completan los yacimientos prehistóricos americanos ciertas curiosas construcciones de estructura, forma y usos muy variados, no siempre fáciles de precisar, á las cuales se aplica el nombre de *Mound-Builders* ó *Terromontes*, que indistintamente se dan también á las gentes ó razas que los levantaron, y á los edificios, habitación humana más reciente, á la que los conquistadores aplicaron con mucha exactitud el nombre de pueblos.

Encuéntrense dichas singulares construcciones en ambas Américas, siquiera parezcan más modernas las de la parte S.; tal vez fueron rechazados los operarios por alguna raza superior procedente del N. Aunque sea bastante difícil clasificarlas, el Marqués de Nadaillac adopta la propuesta por Squier en los

seis grupos siguientes: 1.º, obras defensivas; 2.º, recintos sagrados; 3.º, templos; 4.º, lugares de sacrificios; 5.º, túmulos para enterramientos; y 6.º, montículos representando animales.

Excusado es manifestar que¹, con arreglo al diferente empleo que á los Mounds se daba, su construcción había de ser distinta. En algunos se advierten grandes piedras que, aunque no dispuestas como en los megalitos europeos, ni como en los modernos edificios, se apartan de la estructura general de los Mounds, en los que sólo figura la tierra y algún canto ó morrillo.

Aunque no con mucha frecuencia, estos monumentos contienen restos humanos, huesos de animales aún vivos, no pocos ya en estado de domesticidad, y utensilios, no tan sólo de piedra y hueso, con rica y variada cerámica, sino también alguno que otro objeto de cobre, con exclusión del bronce y del hierro, con lo cual no es ciertamente difícil precisar la edad á que dichos monumentos corresponden, por más que no todos deban considerarse como contemporáneos. Considerados en conjunto los Mounds, son posteriores, quizás no mucho, á los paraderos, ya que éstos no contienen vestigio alguno de metal; pudiendo suponer con fundamento que representan el período intermedio entre la fauna cuaternaria, compuesta de animales extinguidos y la actual, siquiera en ésta subsista aún alguna es-

1 Cyrus Thomas: *Introducción to the Age Study of N. American Archeology*; 1898, Cincinnati.

pecie, siempre en corto número, de las anteriores.

A juzgar por los restos humanos en estos monumentos encontrados, fueron muy diversos los sistemas de enterramiento que en la época á que su construcción se refiere empleaban aquellos naturales; practicábanse á la sazón cruentos sacrificios, y hasta la cremación. También estuvo en Europa por entonces en uso dicha práctica, lo cual por cierto dificulta sobremanera la determinación de las razas existentes. Otra curiosa coincidencia es digna de notarse entre las gentes que representan dicho período, en especial las constructoras de los pueblos, y es la tendencia á dar rienda suelta al sentimiento artístico, que se iniciaba allá lo propio que acá. El Sr. Nadaillac representa en un bonito grabado un canchal glacial del N. de Méjico, en el que todos los cantos erráticos que lo forman llevan dibujos de varios animales, hechos por el mismo procedimiento que los que dejaron en las cuevas los trogloditas europeos, algo anteriores tal vez á aquéllos.

Por la descripción que dan los autores de los Mounds, fortalezas ó recintos, no dejan de guardar cierta semejanza con las Citanias y con los campos atrincherados que señalan también en Europa el tránsito de la piedra pulimentada al uso del metal puro cobre, y de su aleación con el estaño ó plomo para obtener el bronce; y por cierto que la semejanza que quiere ver Mortillet entre los sepulcros cónicos de los túmulos, cerritos americanos y las tinajas que emplearon para lo propio, y en aquella misma época, los aborígenes de Almería, descubrier-

tos por los hermanos belgas Siret, aumenta el interés de este estudio comparativo.

¿Desaparecieron del país, por la causa que se quiera, los constructores de los Mounds como pretenden unos, ó son los indios actuales los descendientes de aquella raza vigorosa y superior en inteligencia, según quieren otros? Razones poderosas militan en pro y en contra de ambos pareceres; pues si los primeros conquistadores, y entre ellos Garcilaso de la Vega, refieren haber visto construir fortalezas semejantes á las de algunos Mounds, por otro lado el hecho supondría que una nación sedentaria y civilizada había vuelto á caer en el estado salvaje, lo cual, como dice Nadaillac, no tiene ejemplo en la Historia; de donde no es difícil inferir la ninguna relación que entre ambas razas ha podido existir. En lo que no puede caber la menor duda es en la respetable fecha de aquellos monumentos, á juzgar por los objetos que contienen y por las generaciones de árboles seculares que sobre los ya abandonados se desarrollaron, y en que fueron erigidos por una sola raza.

Cosa singular es que, contemporáneamente, ó tal vez con posterioridad á los Mound-Builders ó constructores de dichos monumentos, vivieran otras gentes ya más adelantadas, á juzgar por los edificios aislados sobre peñascos ó por verdaderas poblaciones superiores á las Citánias que nos ha legado el tiempo, y en las cuales hay reminiscencias no poco curiosas con los famosos Talayots de las Baleares y con los Nuragas de Cerdeña. Dan los ingleses,

lo mismo á los fabricantes que á tan singulares obras, el nombre de *Cliff-Dwellers* ó *Pueblos*, que significa habitantes de los riscos ó peñas, por la extraña é incomprensible posición de algunas casas en los enormes escarpes de los famosos cañones ó desfiladeros de los ríos Arizona, Colorado, Mamos, etcétera, hallándose del O. de Texas á California y del centro del Utah á Zacatecas, situados en las áridas y elevadas regiones llamadas mesas.

Los españoles llamaron con propiedad pueblos á las construcciones situadas en los valles, cuyas ruinas reproducen fielmente la disposición de las casas en no pocas poblaciones modernas, pudiendo reservarse, por tanto, el nombre de *Cliff-Dwellers* ó habitantes de los riscos á los que vivieron en las hendiduras y grietas del terreno transformadas y utilizadas en obras de defensa, lo que unido á la cerámica fina y labrada y á los tejidos de yuca y telas de corteza de árboles y á la existencia de granos, denota una gran cultura.

En el interior de los pueblos se observa una pieza medio subterránea, que es la estufa, acerca de cuyo destino se ha discutido mucho, creyéndola unos como sistema para conservar el agua allí donde escasean las lluvias, y destinada, según otros, á mantener vivo el fuego sagrado, fundándose en el relato del español D. Mariano Ruiz, que vivió mucho tiempo entre los indios llamados Pecos, que conservaban aún aquella práctica, indudablemente religiosa.

Se ha supuesto que vivían en un régimen comu-

nista, y los más notables descritos son los de Mesa Verde, Valle de Mancos, de las Animas, de Río de la Plata, de Moctezuma y cañones de Mac-Elmo y Hovenweep; Pueblos y Cliff-Dwellers formaron un tronco que indudablemente puede referirse al de los actuales indios Navajos.

La torre, de formas varias, hecha con piedras sillares toscamente labradas, y que se ve en muchos pueblos, es la que ofrece todo el aspecto del Tala-yot, cuyo destino, como atalaya, quizá fuera el mismo.

Dichas singulares viviendas, de cuyos habitantes las noticias que se tienen son tan vagas como las relativas á los Mound-Builders, ocupan un espacio de 200.000 millas cuadradas, y se extienden por los valles del río San Juan, del río Grande del Norte, del Colorado Chiquito y sus afluentes; aparte figuran las casas aisladas de los riscos y peñascos, á muchas de las cuales no se comprende cómo podían llegar, pues aun abriendo escalones en los abruptos escarpes, se corrían gravísimos peligros.

Cabeza de Vaca dice que algunos pueblos aún estaban habitados cuando él visitó las venerandas ruinas, y que las había mayores que México, encontrándose en el interior de las casas muchas flechas de pedernal, de ágata y de obsidiana, en testimonio de los frecuentes ataques de que eran objeto. Holmes, refiriéndose á las construcciones de Far West que estudió, las divide en verdaderos pueblos situados en los valles, que pertenecían á los agricultores, en cavernas ensanchadas por el hombre y

protegidas por muros y adobes, y en verdaderas fortalezas, punto de refugio cuando amenazaba algún peligro.

Las *Chulpas del Perú y Bolivia* son sepulturas anteriores á los Incas, que se asemejan á los dólmenes europeos, siendo, pues, criptas funerarias formadas de grandes piedras y rodeadas en las más recientes de un muro cuadrado ó circular que tiene hasta 30 metros de alto, y enlucidas por fuera y dentro algunas de ellas, que llegan hasta tener dibujos y figuras.

Los verdaderos monumentos ¹ megalíticos abundan en toda América, presentando el carácter de construcciones ciclópeas, como las pirámides de Teo Mihucan y Choluca, que ya en ruinas causaron la admiración de Torquemada, así como la de Xochicalco; siendo verdaderamente extraordinarios los restos de Palenque y Yucatán, donde mejora aún la construcción; siendo maravillosa la casa del Gobernador y el templo de Nonnes y la casa de las Palomas de Uxmal, todas ellas artísticamente adornadas, á pesar de no contar para ello más que con instrumentos de piedra.

1 Para lo precolombino puede verse el libro del Sr. Sen tenach: *Ensayo sobre la América Precolombina*; Toledo, 1898.

ETNOGRAFÍA

RAZAS AMERICANAS

RAZAS AMERICANAS¹

I

Generalidades.

1. ANTROPOLOGÍA DE AMÉRICA. — Si no es fácil tarea la clasificación y descripción de cualquiera de los grupos ó divisiones de la especie humana, acrecesce la dificultad al tratar de las razas americanas, pues, formando grupo aparte de los tres grandes tipos humanos, blanco amarillo y negro, tiene sobre su igual en esto que es el oceánico ó aceitunado el verdadero inconveniente histórico de su posterior conocimiento é ingreso en la clásica y tradicional historia del Viejo Continente.

Con razón se ha dicho que América es más que una parte de la tierra, es por sí sola una de las dos grandes islas que constituyen el mundo; y claro es que en nada como en Antropología ha de influir este

1 En la seriación científica de estas Lecciones esta parte corresponde á la Etnografía, debiendo estudiarse como si perteneciese al tomo iv entre las razas amarillas y las oceánicas mixtas, antes que las blancas. (Véase la división, tomo i, pág. 48.)

insularismo, distanciando las razas y acumulando las dificultades del nebuloso estudio de sus orígenes, aislados por hoy de los restantes pueblos conocidos.

No exagera Virchow al afirmar que la Antropología, que tiende al estudio del hombre físico y al del hombre espiritual, ha de buscar en América los más sólidos fundamentos de sus principios científicos; y de igual opinión es Ratzel, al decir que la etnografía del Nuevo Mundo nos ha de dar la clave para resolver los más graves problemas que el estudio de la Antropología y de la Etnografía nos ofrece; y la razón de esta importancia decisiva está en la situación insular, por no decir absolutamente aislada, de esta parte del globo terráqueo.

Á la absoluta división de histórico y prehistórico en las razas del Antiguo Mundo, se añadió en las del moderno un período de transición que se llama *precolombino*, que, si hasta hoy es necesario y ha sido el más importante en los estudios americanistas, puede y debe desaparecer, como andamio en obra concluída, desde que se van estableciendo las verdaderas etapas de la civilización americana, más complicada y multiforme aún que la asiático-europea, ya que subsistían juntas culturas tan elevadas como las aztecas y peruanas, con estados de salvajismo hoy manifiestos en los botocudos y foguinos. Como en buen análisis el estado salvaje viene á ser el prehistórico, resulta evidente que no hay medio de trazar una línea horizontal, por bajo de la cual queda la prehistoria y lo precolombino, ya que si-

guen desarrollándose paralelamente, antes y después de este período, muy diversos grados de cultura y términos sociales.

De estas consideraciones nace una de las grandes dificultades de la Etnografía, que por todos se viene haciendo saltando de lo actual á lo existente en los primeros siglos del descubrimiento, cuando no á lo precolombino exactamente hablando. Describense razas, pueblos y costumbres que más que á la Etnografía corresponden á la prehistoria, y resulta, al final de toda etnografía americana, un mosaico de datos actuales y vívidos, entre el cemento de cosas pasadas y recuerdos.

De la Etnografía actual de América sepáranse por todos los autores los más numerosos elementos de población que se conocen con los nombres de raza anglo-sajona y raza latina ó hispano-americana¹, pero que, dominando en número, no anulan lo típico y esencial de las verdaderas razas americanas.

Componen la actual población del Continente 122 millones de habitantes, y sólo el 6 por 100 del total corresponde á los americanos, representados por 7.500.000, de los cuales 4 millones viven en Méjico, único país donde siguen predominando; los negros abundan en la zona intertropical con 10 millones, y cinco en los Estados Unidos, Brasil, Méjico y Chile, y los mestizos extiéndense por toda la América española, donde el cruzamiento data de la época

1 Reclus, E.: *Nueva Geografía universal*.

de la conquista y se perpetúa en las trece generaciones sucedidas; no existiendo apenas en la América anglo-sajona, pues el exterminio de las tribus indígenas ha sido la única norma de los conquistadores, y hoy día, mientras que en la América española los blancos, los negros y los rojos se funden en una sola raza, en los Estados Unidos y América inglesa márchase á la exclusión de todo elemento que no sea europeo, anulando los restos de indios y manteniendo en una esclavitud social, si no legal, á los negros.

En el estado actual de la investigación científica ¹, aun teniendo en cuenta los excelentes trabajos de la Sociedad de Etnología de New-York, continuados ahora por los antropólogos de Washington, poco más sabemos de lo que nos enseñaron los antiguos sabios españoles; y si es fácil, porque esto lo dejaron hecho, distinguir los pueblos unos de otros, ofrece dificultades, en gran parte insuperables todavía, desentrañar en esta muchedumbre de gentes las unidades étnicas que entran en su composición.

2. LOS ESPAÑOLES EN LA ANTROPOLOGÍA AMERICANA. — Al objeto de aquilatar los grandes estudios aportados por *los historiadores españoles de Indias*, añade el Sr. Antón: «Y si esto puede decirse — del descubrimiento y descripción—de las plantas y de los animales, con motivo no menos fundado ha de en-

1 Antón, M.: *Antropología de los Pueblos de América anteriores al descubrimiento*. Conferencia pronunciada el 15 de Mayo de 1891. Madrid 1892.

tenderse de las gentes en cuanto constituyen las razas humanas. Bendaiche, Topinard, Quatrefages y cuantos han trazado la historia de la Antropología, con una injusticia de la que con razón nos doleríamos si no acusase un desconocimiento completo de cuanto á nuestro país se refiere, omiten los verdaderos trabajos de este ramo del saber hallados por doquier en los historiadores y naturalistas españoles que durante los siglos xvi y xvii se ocuparon de las cosas de América, y se empeñan en buscar los antecesores de Buffón y Blumenbach, fundadores de la Antropología moderna, en escritores, teólogos y médicos de sus respectivos países, cuyo objeto, al ocuparse del hombre, fué ciertamente muy distinto del que persigue el antropólogo, cuando están ahí nuestros historiadores de Indias, especialmente los naturalistas, como Acosta y Fernández de Oviedo, que nos describen las razas humanas en sus distintos pueblos, apreciando sus caracteres físicos, intelectuales y morales con una exactitud y precisión que debe tomarse como ejemplo digno de imitación por los naturalistas modernos y es motivo más que suficiente para señalarlos como los primeros científicos del Renacimiento que aportaron caudales valiosísimos para formar con ellos los primeros ejemplos de la Historia natural del hombre.

«Si lo que nuestros naturalistas historiadores de Indias escribieron del hombre americano lo hubiesen apartado en libro especial y concreto á las razas humanas, ¿podrían al presente ufanarse nuestros vecinos los franceses de su gran naturalista Buffón

como el primero que publicó en tratado especial la Historia natural del hombre? No, seguramente; ni en el fin científico que se propone el autor, ni en el método, ni en la manera de las descripciones y caracteres en que se fundan, ni mucho menos en la claridad y precisión del estilo, aventaja en lo tocante á descripciones antropológicas el renombrado naturalista francés del siglo xviii, al justamente famoso naturalista español del siglo xvi, Gonzalo Fernández de Oviedo, por ejemplo. Acuda el curioso á su *Historia general y Natural de las Indias*, y cuantas veces, entre la muchedumbre de animales y plantas, le llega su vez al hombre, se encontrarán claras muestras de lo que afirmo. En prueba de lo cual, aquí está, tomada del libro iii, capítulo v, su descripción de los caribes flecheros: «La color de esta gente es lora; son de menos estatura que la gente de España comúnmente; pero son bien hechos é proporcionados, salvo que tienen las frentes anchas é las ventanás de la nariz muy abiertas, é lo blanco de los ojos algo turbios. Esta manera de frentes se hace artificiosamente...» Ni tampoco se le escapó lo *recio y grueso de sus cráneos*, ni la descripción de sus armas, ni sus costumbres, ni nada de cuanto constituye el objeto del naturalista en el estudio de la humana especie.

«Nadie podrá negar, pues, sin atropellar la verdad más cierta, que en nuestros historiadores de Indias se contiene la Antropología de América, bajo todos sus aspectos, conforme á los métodos y recursos de la ciencia del siglo xvi; porque no sólo estudiaron

y describieron las razas atendiendo al conjunto de sus caracteres físicos, intelectuales y morales, sino que examinaron las formas de su organización social é intentaron averiguar su origen; bien es verdad que esto último conforme á los procedimientos meramente históricos ó teológicos propios de la época, como puede verse en Acosta, Herrera, y aun mejor en Fr. Bernardo García y en Diego Andrés Rocha, que sobre el origen de los indios escribieron tratados especiales.

»Aun en nuestro siglo, Humboldt, Bancroft, d'Orbigny y cuantos se ocupan de las razas americanas, se surten con largueza de los antiguos tesoros de nuestros escritores indianos, y con repasar la famosa obra del ilustre naturalista d'Orbigny intitulada *El Hombre americano*, puede apreciarse por la abundancia y la franqueza, aunque no siempre por la exactitud de sus citas, la parte principal, hasta los días de los autores citados, única, que pusieron los españoles en la Antropología de América, y por ende el lugar preeminente que de derecho les corresponde en la historia de esta ciencia, con evidente sinrazón desconocida por algunos»¹.

1 Además de los citados libros y otros muchos, no fáciles de consultar por no haber sido reimpresos, pueden señalarse como las obras principales que bajo el aspecto antropológico y etnográfico tienen interés, los siguientes:

COLECCIÓN DE LIBROS RAROS Ó CURIOSOS QUE TRATAN DE AMÉRICA

I. *Verdadera relación de la Conquista del Perú*, por Francisco de Xerez, uno de los primeros conquistadores, reimpressa según la primera edición hecha en Sevilla en 1534.

Obra traducida al italiano, francés é inglés en nueve edi-

3. RAZAS AMERICANAS: SU CLASIFICACIÓN.—El primer problema que se planteó al tratar de las poblaciones de América fué el de la unidad ó pluralidad de sus razas, iniciado al propio tiempo que el general del grupo humano por Paracelso en su *Philosophiæ sagacis*, al afirmar que los americanos no podían descender de Adán ni de sus hijos. Científicamente, á Blumenbach se debe la *unidad* de la raza americana, en la cual fundía todas las poblaciones del Continente, excepto los esquimales; doctrina sostenida más tarde por el gran Humboldt, *

ciones. Es la historia de la conquista y el viaje de Hernando Pizarro desde Caxamalca á Parcama y á Jauja.

II. *Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas*, por el P. Cristóbal de Acuña, de la Compañía de Jesús. Impreso en Madrid en 1641; seis ediciones en castellano, inglés y francés. Descripción geográfica é histórica natural de la cuenca del Amazonas, describiendo los indios y sus usos y costumbres, dando á conocer por vez primera las mutilaciones de orejas y narices de los Zuanas, y trata de los Tupinambás, Tapajosos, Tocantines, Aguas, Curuzizaris, Yamaguaris y otros.

III y IV. *Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, México, Santa Fe y Chile*, por el Dr. Diego Andrés Racha, oidor de la Real Audiencia de Lima. Impreso en Lima en 1631.

Es una recopilación de teorías acerca del origen de los americanos, atribuyéndolos á los primitivos españoles, á los *vasallos* del Rey Osiris, á las 10 tribus que vinieron por la parte de México; sostenidas con una erudición verdaderamente pasmosa.

V y VI. *Historia del Almirante Don Cristóbal Colón*, en la que se da particular y verdadera relación de su vida y de sus hechos y del descubrimiento de las Indias Occidentales, llamadas Nuevo Mundo, escrito por D. Fernando Colón, su hijo; dos tomos.

* Humboldt, A. de: *Voyage aux régions équinoxiales*.

afirmando «que los indios de Nueva España presentan un parecido general con los del Canadá, Florida, Perú y Brasil; vemos en ellos el mismo color cobrizo obscuro, el mismo cabello lacio y brillante, la misma escasa barba, el mismo cuerpo atlético, los mismos ojos rasgados con el ángulo ocular dirigido hacia las sienes, los mismos maxilares prominentes, los mismos labios abultados y la misma expresión bondadosa de la boca, que contrasta fuertemente con la severa y tenebrosa mirada. En un espacio de millón y medio de leguas cuadradas,

En lo que á nuestro objeto concierne sólo trata en el primer tomo, cap. xxiii, de los Lucayos, y de los demás habitantes de las islas vistas en su primer viaje, en otros varios capítulos; así como de los Caribes y pobladores de las islas descubiertas en el segundo viaje. Después del cap. lxi hay una «escritura de Fray Román (Pane), del Orden de San Gregorio, *De la antigüedad de los indios*, la cual, como sujeto que sabe su lengua, recogió con diligencia de orden del Almirante.” Dice que salieron de la cueva de Cacibaciagua, provincia de Cuanan, en la Española, trazando después la historia fabulosa de los indios Bahutibus, Cemis, Bugia y otras tribus.

En la relación del tercer viaje trata de la isla de Trinidad y de la tierra firme; en el cuarto, de las islas de los Guanacos y otras, así como de la tierra firme.

VII. *Conversión en Piritú* (Colombia) de indios Cumanagotos y Palenques, con la práctica que se observa en la enseñanza de los naturales en lengua cumanagota, por el P. Fray Matías Ruiz Blanco, de la Orden de San Francisco.

Después de curiosos datos histórico-naturales describe en el cap. iv «las naciones de los indios de aquel país”, que son Cumanagotes, Palenques ó Guarines, Cores, Tumuzas, Chaimas, Farantes, Cuacas, Araucas, Caribes y otros.

VIII y IX. *Milicia y descripción de las Indias*, escrita por el Capitán D. Bernardo de Vargas Machuca, Caballero castellano, natural de la villa de Simancas. Madrid, 1559.

desde el cabo Hornos hasta el río San Lorenzo y hasta el estrecho de Behring, nos sorprende desde el primer momento la semejanza general que ofrecen los rasgos de los habitantes, de modo que, á pesar de la gran variedad de sus idiomas, nos parece reconocer en todos el mismo origen. En la descripción que Volney nos ha hecho de los indios canadienses, descubrimos las mismas tribus que aparecen designadas por las sábanas del Apure y el Carogny. Los mismos rasgos reaparecen en las dos Américas.»

Á los monogenistas americanos pertenecen exploradores como Meyer y el Príncipe de Wied, que

X. *Virtudes del Indio*, por D. Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de Puebla de los Angeles.

Es un verdadero estudio psicológico y social.

XI. *Tres tratados de América*. Son estudios y relaciones histórico-geográficas.

XII y XIII. *Relación de las Misiones de los Indios Chiquitos en el Paraguay*, escrita por el P. Juan Patricio Fernández, S. J.

Describense los indios Chiquitos y Mamelucos, así como los Guaraníes, Manacicas, Sibacás, Puyzocas, Morotocos, Quies, Payaguás, Zamucos, Chiriguanás é Indios del Chaco.

Como excepcionalmente notable debe citarse la obra del Conde de la Viñaza: *Bibliografía española de las lenguas indígenas de América*, premiada y publicada por la Biblioteca Nacional, 1882.

En la Revista titulada *El Centenario*, publicada cuando la conmemoración del cuarto, merecen conocerse, entre otros, los siguientes trabajos:

Antigüedades de la América Central. José M. Asensio.

Arqueología costarricense. Anastasio Alfaro.

Paleontología americana comparada con la del antiguo Continente. Juan Vilanova.

El escandinavo Leif Erikson como descubridor de América. Juan Fastenrath.

afirmaba la unidad de los indios del San Lorenzo y el Brasil; antropólogos como Morton ¹, el jefe de la escuela americana, cuya clasificación influyó, sin embargo, en las poligenistas de Desmoulins, Bory, Zeune y otros, y cuyo espíritu sostiene hoy Brinton al decir en su *presidential adresse* al Congreso internacional de Chicago en 1893: «Yo mantendré, pues, que, hasta el día de hoy, no he encontrado un dialecto conocido, ni un arte, ni una institución, ni un mito ó rito religioso, ni una planta ó un animal, ni un instrumento, un arma ó un símbolo en uso, al descubrimiento de América, que hubiera sido antes importado del Asia ó de otro continente del Antiguo Mundo.» Afirmación en pugna con su negación del autoctonismo en su obra publicada dos años antes.

La unidad de los americanos sostiene en Europa el ya citado Ratzel y su compatriota el alemán Müller ².

Dice Ratzel que la teoría del *dualismo* americano no es en el fondo más que una aplicación de la hipótesis de Retzius sobre la dualidad de tipos de toda la raza humana, olvidando ó desconociendo que la multiplicidad de los americanos había sido sostenida con mucha anterioridad á la clasificación del sabio escandinavo.

En esta pluralidad, claro es, militan los polige-

1 Morton: *Crania americana or à comparative view of skulls of various aboriginal nations of North and South America*, 1839, Philadelphia.

2 Müller: *Allgemeine Ethnographie*, pág. 246.

nistas como Bory de Saint-Vincent, que admite las cuatro razas, columbiana, americana (*sensu stricto*) patagónica y neptuniana, y demás autores dados á conocer en las clasificaciones, y la defienden haciéndola triunfar: Virchow, afirmando que, desde el punto de vista de la clasificación antropológica, acumúlanse las pruebas para llegar á la deducción de que entre la población autóctona de América no hubo una unidad de raza; Topinard, al reconocer al menos un elemento esquimoide y otro braquicéfalo asiático; Quatrefages, demostrando la multitud de elementos etnogénicos del Nuevo Mundo; y Hamy, completando la obra de su maestro.

Tratando de éste capital problema escribe el señor Antón ¹: «No ha faltado quien estime que los americanos indígenas, desde el estrecho de Behring al cabo de Hornes, constituyen una sola raza con caracteres distintivos propios, y á este propósito nuestro Herrera se expresa así: «Es cosa notable que todas las gentes de las Indias, del Norte y del Mediodía, son de una misma inclinación y calidad, porque, según la mejor opinión, procedieron de una misma parte; y asimismo los de las islas, á las cuales pasaron de la tierra de Florida»; y el mismo Don Antonio Ulloa escribe: «Visto un indio de cualquier región, se puede decir que se han visto todos.» Tales afirmaciones no pueden sorprendernos, tratándose de un historiador insigne y de un matemático ilustre, pero que ni uno ni otro fueron naturalistas,

1 Antón: *Loco citato*, pág. 222.

cuando el mismo Morton, una de las glorias más preclaras de la Antropología, nos dice: «The native americans are possessed of certain phisical traits that serve to identify them in localities the most remote from each other; nor do they as a general rule assimilate less in their moral character and usages.» Por el contrario, puede leerse en Molina: «Las naciones americanas son tan diferentes unas de otras como lo son las diversas naciones de Europa: un chileno no se diferencia menos de un americano que un italiano de un tudesco»; y en D'Orbigny: «Un peruano es más diferente de un patagón, y un patagón de un guaraní, que un griego de un etíope ó de un mogol.»

«Están en lo cierto los últimos: en latitudes tan amplias, climas tan variados, tierras tan distintas por su suelo y por las floras y faunas que sustentan, medios todos tan diferentes, no podía existir en la especie humana una uniformidad que pugna con todas las leyes naturales; y averiguada está hoy con toda certidumbre, no sólo la variedad de razas, según regiones geográficas y pueblos distintos, sino su multiplicidad en las naciones, como el Perú y Méjico, que gozaban una relativa civilización en el seno de una vasta unidad política, y su dualidad, por lo menos, en otras de constitución social inferior, que, como los *Pieles-rojas*, columbraban los primeros albores de una civilización incipiente ó se revolvían entre los residuos de otra ya éxtinguida.»

Averiguado está plenamente que los americanos constituyen un grupo de razas mixtas, y el proble-

ma cuya solución persigue actualmente la Antropología consiste en investigar los elementos étnicos fundamentales cruzados y confundidos al formarse la trama de los variados colores de las razas americanas.

Expuestas quedan las dos *clasificaciones*, para nosotros de más interés, acerca de los americanos, que son la de M. Quatrefages¹ y la adoptada aquí y debida al Sr. Antón², bastando completar lo relativo á la clasificación de las razas americanas con la exposición de la debida á uno de los primeros antropólogos yanquis, como lo es Brinton³.

Aunque algo influido por la división de Morton en Toltecas y Bárbaros, que á su vez comprendían los Apalaches, Brasileños, Patagones y Foguinos, la clasificación de la *raza americana* de Brinton recuerda principalmente la lingüística de Latham y establece cinco grupos y hasta 32 divisiones secundarias.

- I. NORTE-ATLÁNTICOS. — *Esquimales, aleutas, beothusck, tinés, algonquinos, iroqueses, pawmis, dacotas.*
- II. NORTE-PACÍFICOS. — *Koluchos, yumas.*
- III. CENTRAL. — *Aztecas, chichimecas, otomies, zapotecas, mayas.*
- IV. SUD-PACÍFICO. — *Colombinos, peruanos.*
- V. SUD-ATLÁNTICOS. — *Amazonas, pampeanos.*

4. ORIGEN DE LOS AMERICANOS. — *A. Hipótesis antiguas.* — Apuntar siquiera las hipótesis sobre el

1 Véase pág. 38.

2 Véase pág. 47.

3 Brinton D. G.: *The american race*, New York, 1891.

origen del hombre americano, exigiria una labor no compensada por los resultados que de ello se obtendrian, é inútil en parte, porque habia que descartar una gran parte de las mismas, las que se fundan en el autoctonismo de los americanos y las que sin datos fijos ni sana critica se han dado á luz en problema tan difícil y, por tanto, tan dado á ser resuelto por infinidad de escritores ¹.

Varios han sido los criterios que han informado tales disquisiciones, históricas la mayoría, hasta la época actual, por desconocerse otro método de investigación, y dentro de ellos refiérense los unos á interpretaciones y glosas de historiadores y literatos, fúndanse otros en relaciones ó consejas populares, tan ciertas en el fondo como lo demuestran los modernos métodos fosklóricos; básanse, y van éstos cimentados en más segura base, en comparar, ya las lenguas, ya las civilizaciones, ora los usos y costumbres de aquellas razas con las del Viejo Mundo. Pero todas ellas, ciertas ó dudosas, fundadas ó aventuradas, tienden á demostrar el origen del Continente Antiguo en los pobladores del Nuevo; y tan admitido y corriente es esto, que hoy lo que se discute y persigue es conocer los medios y vías por donde pudieron llegar los asiático-europeos á la tierra americana.

De todos los recopiladores de hipótesis sobre la

1 Hoyos Sainz, L. de: *Origen y emigraciones de los americanos*. Memoria premiada por la Colombina Onubense en Agosto de 1892.

población americana, es Dabry de Thiersant,¹ el que más metódica exposición hace de ellas, aunque he de decir, con todas las salvedades posibles, que no ha hecho más que poner al nivel de los actuales tiempos un libro publicado por un ignorado misionero español, llamado Fray Jerónimo García, y titulado «*Origen de los Indios del Nuevo Mundo é Indias occidentales, averiguado con discursos de opiniones por el Padre Prefentado Fray Jerónimo García*»: libro es este desconocido en general y no citado por el autor francés, que hace una prolija exposición de hipótesis con la crítica y defensa de todas ellas, hechas con un gran conocimiento del asunto y un exceso de modestia de aquel ignorado americanista. Después de analizar en él hasta once opiniones, termina diciendo que no puede ser debida la población de América á un solo pueblo, pues «al hallar en estas Indias tanta variedad é diversidad de Lenguas, de Leies, de Ceremonias, de Ritos, Costumbres y Trajes, es preciso hacer intervenir varios»; y así expresa su opinión afirmando que unos proceden de los Cartagineses y poblaron la Española y Cuba; otros de las otras tribus que se perdieron y de las que hace mención Esdras; otros de la gente que mandó Ocphir á poblar Nueva España y Perú; otros de la isla Atlántida de Platón; otros de otras islas cerca de Barlovento, y que de allí pasaron á

1 Dabry de Thiersant: *De l'origine des Indiens du Nouveau Monde et leur civilisation.*

América; y otros, por fin, de griegos, chinos, fenicios, tártaros y aun de otras naciones.

Como se ve, no hay posteriormente, entre las muchas hipótesis buscadas, ninguna de importancia que añadir á las conocidas por el P. Garcia; sin embargo, citaremos algunas, por lo que aclaran y fundamentan las que luego hemos de admitir.

Claro es que no había de faltar quien sostuviera el origen español de los indios, y lo hizo el oidor Rocha¹, con erudición verdaderamente pasmosa, asegurando que «los indios eran en el origen españoles, y que después del diluvio universal habían venido y entrado en esta América en tiempo del rey Hespero y fundado las islas Hespérides, que son las de Barlovento, Cuba y Española». La Iglesia sostenía este parecer como cosa cierta, y en el año 1659 hubo una palestra ante el Papa Alejandro VII, «acerca del modo y forma de recitar los oficios y misas de los santos particulares de cada provincia», donde se alegó este pretendido origen español de los indios para conseguir en América ciertos privilegios alcanzados en la Península. ¿Pudo nacer esta opinión — pregunta el Sr. Antón — de lo escrito por Cortés en sus *Cartas al Emperador*, afirmando que los mejicanos miraban á los primeros

1 Rocha, Dr. Diego Andrés: *Tratado único y singular de origen de los indios del Perú, México, Santa Fe y Chile*; impreso en Lima en 1681. Su reimpresión forma los tomos III y IV de la «Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América».

españoles desembarcados en su país como los hijos de sus antepasados?

En otro libro del siglo pasado, escrito por un rabino de Sevilla, se dan claras y evidentes pruebas de que fué una de las tribus de Israel la que pobló el Nuevo Mundo; inútil creemos exponer los sutilísimos argumentos que trae el autor judío para demostrar que no otros que sus antecesores pudieron ir al país del oro y de las riquezas.

Una grande y costosa obra, de muchos volúmenes, escribió lord Kinsborong para probar principalmente la descendencia judía de los toltecas, y sin tantos volúmenes el P. Durán tiene por cierto que estos naturales proceden «de aquellas diez tribus de Israel que Salmanasar, rey de los asirios, cautivó y transmigró de Asiria en tiempo de Ozeas, rey de Israel, y en tiempo de Ozequías, rey de Jerusalem....., de los cuales dice Esdras que pasaron á vivir á una tierra remota y apartada que nunca habia sido habitada, á la cual había largo y prolijo camino de año y medio.....»; pero la Antropología se encarga de demostrar la falta de semejanza entre las razas americanas y las semíticas. Más viso de fundamento presenta Torquemada cuando escribe: «y según lo que tenemos dicho en otra parte acerca del color de estas gentes, no tendría por cosa descaminada creer que son descendientes de los hijos ó nietos de Cham, segundo hijo de Noé»; opinión que fué también de Pineda y completan Echevarría y Veitia, señalando al detalle la emigración de tales chamitas; porque, después de todo, todavía no sa-

bemos bien quiénes fueron ó son los descendientes de Cham en el Antiguo Mundo, si los negros ó los atlantes; y en esta duda nada se pierde con colgarles á los americanos las ejecutorias de aquel hijo segundo irrespetuoso y poco comedido del viejo Noé.»

D'Avezac habla de las tradiciones gaélicas que tratan de hallazgos de tierras hechas muy al Poniente por Madoe Ofo Oren, entre las espesas nieblas del Océano, nieblas estas que desde el tiempo de Pytheas hacían temibles los mares, en que se hallaban cosas tan estupendas como las fosas nasales y el pulmón de las aguas, que absorbían los barcos que á ellos se acercaban, y que hoy se cree se referían tales consejas á algunas de las varias corrientes oceánicas.

En Islandia corre como verídica la historia de colonias de dicho país que fueron á fundar en América la gran Irlanda antes que los normandos, y Beauvais dedica un libro á dicha hipótesis.

Aunque nunca fueron los árabes muy navegantes, también citan las ocho almadrabas que fueron en 1170 desde Lisboa á las Indias, adonde el mar es de fuego y se junta con el cielo.

Merece citarse el origen que M. Carette ha trazado en una obra dedicada á demostrar que cinco mil años antes de nuestra Era, el jefe de la Etiopía deportaba anualmente á los prisioneros de guerra á las Indias Orientales, primero las asiáticas y posteriormente á la parte Norte de América, haciendo la navegación sin perder de vista las costas del Asia y sus archipiélagos.

Las opiniones que fundadas en la acción de las corrientes, y especialmente de la contracorriente ecuatorial, para hacer llegar á las playas americanas á náufragos y navegantes de la Oceanía, son varias, y entre ellas está la de Crocet, Molina y Durand Long, que suponen poblada la América por los polinesios; pero luego veremos el valor relativo de los hechos en que se fundan tales opiniones.

Hovelacque y Hervé creen que una raza dolicocefala blanca probablemente fué de Europa en la época chellense por la Irlanda y las islas Feroes, entonces unidas á los dos continentes, cómo lo prueban la Paleontología, y en parte el estudio de las razas.

B. Hipótesis asiática.—De intento no hemos citado antes las hipótesis del origen asiático de los americanos, y es porque nosotros trataremos de demostrar que esta aserción entra en parte, para la población de América, en la categoría de los hechos probados. Humboldt ya señaló que la civilización de la América central revelaba un origen asiático. Preschel afirmaba que los asiáticos habian ido al Continente americano por el estrecho de Bhering; Morton, Buffón y Tchsudi asignaron al tipo americano caracteres altaicos; Pikendorf consideraba como asiática una de las dos razas que admitía en América. Pero el que ha demostrado en absoluto el origen asiático de la mayor parte de los americanos ha sido Quatrefages, fundándose, no sólo en los caracteres físicos y étnicos, sino en el estudio de los viajes y naufragios, en las emigraciones y éxodos de los mogoles y americanos.

Considérase la América como el brazo oriental del gran semicírculo que forman las tierras rodeando al gran Océano, y así resultan los montes de Alaska y los principios de los Andes septentrionales como la continuación del Kanchatka y montes de Mandchuria, interrumpida la continuidad por el estrecho de Bhering, que se abrió en el periodo plioceno y que tiene tan sólo unos 40 metros de profundidad, teniendo en medio de su anchura las islas Diómodas. Actualmente la solución desaparece, y los continentes se unen en el invierno por la congelación del mar que los separa. Así explica Reclus por qué los asiáticos no han necesitado descubrir América, pues que sus costas no llegan á perderse de vista, y así veremos la posibilidad del paso de un Continente á otro sin grandes navegaciones ni inconvenientes inverosímiles.

«El sinologista M. de Guignes ha leído en la historia de Li-yantchen cómo los chinos poblaron la comarca Fu-Sang, que por su distancia y designación le parece ser América ¹; mas esta expedición de los chinos se refiere al año 458 antes de Jesucristo, y está probada histórica y antropológicamente la población del Nuevo Mundo anterior á esta época. Por otra parte, si la sangre mogólica es

1 Ultimamente, según los estudios del gran filólogo Gustavo Schlegel, profesor de Leyde, parece ser que el Fu-Sang de los chinos no es América, pues de la interpretación de un mapa y sabiendo que los autores le colocan al Oeste del Kiro-siwo ó corriente negra, no puede ser más que una de las islas japonesas ó de los Kurilas.

innegable en esta región de la tierra, no está demostrada su calidad de raza china precisamente. Más razón tiene Virchow cuando supone á los peruanos descendientes de los malayos; y á la inversa, según Zúñiga, en su *Historia de Filipinas*, éstos son los descendientes de aquéllos. Por mi parte (Antón) declaro que la nariz prominente y aun aguileña de los peruanos no me permite asentir á la opinión del antropólogo ni á la del historiador, porque me acuerdo que en todos los malayos estudiados en la Exposición de Filipinas celebrada há pocos años en el Retiro, y en otras varias ocasiones, encontré como carácter constante y signo distintivo de esta raza la nariz pequeña y aplastada.»

«La doctrina más conforme—dice el Sr. Antón—con el sentido científico y más ajustada á las leyes reguladoras de la emigración, aparece en España asentada, y bien razonada también, con su *Historia natural y moral de las Indias*, por el sabio naturalista español P. Acosta, que se expresa así en el tomo 1, capítulo xx: «Y por decir mi opinión tengo »para mí días há, que la una tierra y la otra (el Antígüo y Viejo Mundo) en alguna parte se jui tan y »continúan, ó á lo menos se avecinan y allegan mucho. Hasta ahora, á lo menos, no hay certidumbre »de lo contrario. Porque al polo Ártico, que llaman »Norte, no está descubierta y sabida toda la longitud »de la tierra... Si esto es verdad, como en efecto me »lo parece, fácil respuesta tiene la duda tan difícil »que habíamos propuesto: cómo pasaron á las Indias »los primeros pobladores de ellas, porque se ha de

»decir que pasaron, no tanto navegando por mar
»como caminando por tierra; y ese camino lo hicieron muy sin pensar, mudando sitios y tierras muy
»poco á poco; y unos poblando las ya halladas, y
»otros buscando otras de nuevo, vinieron por discurso
»de tiempo á descubrir las tierras de Indias de tantas
»naciones, y gentes y lenguas.» De mano maestra está aquí pintada la dispersión general del género humano desde el centro de su aparición específica, cualquiera que ésta fuese, como ha debido necesariamente suceder; y es más notable el caso por cuanto el Padre jesuita ni tuvo conocimiento del estrecho de Behring, ni la más remota noticia de otras comunicaciones terrestres posibles señaladas por la ciencia moderna.

»Pues con ser esta verdad tan natural y sencilla, pocos la estimaron en su tiempo, ni la siguieron después, ni aun la conocen y aprecian en nuestros días. Mucho tiempo se ha pensado por los historiadores, y todavía se cree hoy, que los primeros pobladores de América, allá arribados por acaso ó de propio intento, fueron navegantes de la Europa ó de las Canarias ó del Asia y Oceanía. Los mismos indios, cuando no sé imaginaban nacidos de las cuevas, ó de las fuentes, ó creados por los dioses, como cuenta el P. Durán, contaban su éxodo al través de remotas y fantásticas comarcas; y no he de entrar en el examen de las opiniones de los anticuarios, empeñados noblemente en descifrar el *Popol-vuh*, y los códices, jeroglíficos y pictografías conservadas hasta hoy, porque estos intérpretes, hasta el pre-

sente, suelen andar sueltos, cada uno por su lado, sin entenderse bien entre sí y sin que los entiendan bien los demás.»

C. Hipótesis actuales. — Como la más fundamental de las modernas hipótesis acerca del origen de los americanos, debe citarse la de Brinton¹, que niega la existencia de la Atlántida entre África y América del Sud, por donde pudiera poblarse el Nuevo Mundo, de igual modo que el origen japonés, polinesio ó chino, y hasta llega á suponer posible la aparición del hombre en América al fin del período glaciario y antes que en el N. de Asia y Polinesia, á lo cual se opone, sin embargo, por la razón zoológica de no existir en América el grupo de los antropoides. Por todo lo cual, y teniendo en cuenta la unión zoológica de América del Norte y Europa, afirma la emigración del Antiguo al Nuevo Mundo en pasadas épocas geológicas y la caracterización ó americanización al E. de las Montañas Rocosas.

El Sr. Antón², sin negar la posibilidad de la población asiática del Nuevo Mundo, entiende que presenta muchos y muy fundados inconvenientes, porque en los tiempos históricos no hemos conocido jamás ninguna emigración de estas gentes siberianas al través del estrecho de Behring, y claro se ve, apreciando la escasísima densidad de la población actual y la que pudo ser antes, en medio y clima semejante en el extremo nordeste de Asia y noroeste de América,

1 Brinton, D. G.: *The American race*; New-York, 1891.

2 Antón, M.: *Loco cit.*, pág. 222.

que no se presenta allí condición alguna capaz de producir del uno al otro lado una corriente de emigración bastante poderosa para poblar, en el grado conocido en la época precolombina, el continente americano. No se me escapa, claro está, que puede bastar una pareja para poblar un mundo; pero tampoco habrá quien me rechace que las razas norteamericanas, por lo menos, viviendo en condiciones de medio análogas al de Siberia, deban presentar caracteres iguales á éstas, y esto no está probado todavía; y aun dada la conocida persistencia de los caracteres étnicos, si la población se efectuó dentro de los tiempos históricos, como quieran los historiadores, esta semejanza de caracteres deben ofrecerla igualmente las razas más meridionales. El cuadro étnico americano presentado en esta conferencia basta para demostrar lo contrario: otro tanto probaría el lingüístico, y aun es de más palpable convencimiento la ausencia completa en América de los animales domésticos y plantas cultivadas en Asia, donde lo fueron desde la época de la piedra pulimentada, y el desconocimiento en el Viejo Mundo de las plantas y animales domésticos de los americanos. ¿Cómo se concibe que los siberianos pasaran al otro Continente sin su caballo, su oveja y su reno? Y esos barcos indios, chinos y japoneses, derribados en las costas de California por el Kuro Suwo, tripulados por navegantes que llevaron el arte á Méjico ó al Perú, con ser tantos, ¿ninguno llevó consigo un puñado de arroz, más fácil de cultivar en los nuevos y vírgenes terrenos, segura-

mente, que pudo ser en la inteligencia salvaje de los americanos el cultivo y la educación suficiente para llevar el arte al progreso que suponen las ruinas de Palanque, de Tiaguanaco ó de Pachacamac?»

»Porque la arquitectura peruana se parezca á la etrusca, y la mejicana á la india ó á la china, y la estatuaria del Yucatán á la egipcia, no hay razón bastante, no ya para suponer etruscos á los peruanos, indos ó chinos á los nahuas, y egipcios á los yucatecos, sino tampoco para afirmar que allá pudieron llegar, arrojados por los vientos, los civilizadores de los pueblos americanos; porque si fueron los tripulantes de una embarcación aislada, se disolvieron como unas cuantas gotas de sangre roja en el Océano inmenso, sin dejar rastro siquiera de su color, aun en el caso de no ser aniquilados por los bárbaros naturales; y si fué una flota de gentes civilizadas y dominadoras, ¿cómo no han dejado su sangre ó su lengua entre los indígenas? ¿Se concibe, además, que estos navegantes, ya civilizados, maestros de los indígenas en la fábrica de tan colosales edificios y tan primorosas labores del arte, no les enseñasen también, siendo pueblos navegantes, á construir embarcaciones análogas á las suyas para favorecer el comercio entre las costas, ya que pueda parecer posible el desprecio y abandono de toda relación con la patria de que procedían? Y si dieron á conocer el arte de la construcción, ¿cómo no el de la escritura india ó china, de resultados más inmediatos y positivos?...

»Suponiendo que el hombre de las Pampas no sea terciario, como quiere Ameghino, siempre resulta de Norte á Sur, en toda su extensión, la América poblada desde los albores del cuaternario. Allí como aquí, en esa época remota, el cráneo dolicocefalo neanderthaloide; allí después, como aquí y como en Asia, dolicocefalos y braquicefalos antiguos y modernos arribados á nuestros días en plena edad de la piedra tosca ó tallada del primitivo salvajismo, como los fueguienses y los botocudos; allí como aquí, bárbaros educados ya por la lucha del hombre contra el hombre, perfeccionando sus armas y pulimentando la piedra y usando el cobre, donde lo hallan, como los guaraníes y los pielesrojas guerreros, constructores de recintos fortificados y *mounds* análogos á nuestros *dólmenes* cubiertos por montones de tierra; y allí como aquí, pueblos civilizados de la edad del bronce de la Antropología prehistórica, regidos por castas guerreras y monarquías sacerdotales, que presentan los mismos caracteres generales en su civilización artística y social modificados por las condiciones del medio donde se desenvuelve.

»Mas ¿por dónde alcanzaron el Nuevo Mundo esos salvajes cuaternarios y las sucesivas razas que á él llegaron hasta la edad del perro, único animal doméstico del antiguo conocido por los americanos, y cuya domesticación se remonta en Europa hasta los tiempos de los paraderos de Dinamarca? ¿Por el estrecho de Bhering? Si la Siberia y el Norte de América estaban obstruidas por los inmensos gla-

ciaras, de ningún modo; y si estuvieron antes ó después de éstas en condiciones parecidas á las actuales, hemos visto ya que es poco probable, aunque posible.

»Sin remontarnos á los primeros tiempos geológicos, donde se contemplan las inmensas revoluciones de la constitución de nuestro planeta, y limitándonos al período terciario, en el cual se tiene por cierto, por antropólogos tan eminentes como Quatrefages y otros muchos, que apareció el hombre en Europa, el profesor Unger, botánico de reputación universal, fundándose en el gran número de plantas americanas descubiertas en el *mioceno* de Suiza, cree en la existencia de un Continente primitivo en el actual Océano Atlántico; y Heer, el no menos eminente botánico de Zurich, en su *Flora Tertiaria Helvetiæ*, apoyándose en iguales datos, establece la situación de este Continente, según sus datos tan ancho por lo menos como Europa. Sir C. Wyville Thomson, naturalista, jefe de la reciente expedición del *Challenger*, buque destinado á exploraciones del fondo del mar, señala una continuada elevación del suelo submarino en el Atlántico, con mesetas y valles, una de cuyas dos ramas une la América con Africa, y ha debido sumergirse en tiempos geológicos recientes, porque el mismo ilustre explorador encontró también la fauna de las costas del Brasil, extraída por su máquina de dragar, semejante á la de la costa Oeste de la Europa meridional.

»En otro lado, el gran geólogo americano mister

Dana, encargado por su Gobierno de estudiar la geología de los archipiélagos del Pacífico, considera muchas de sus numerosas islas como las cumbres de continentes desaparecidos. Y Wallace, el primero de los naturalistas en la biología geográfica, encuentra en el *plioceno*, cuando ya pudo existir el hombre, una comunicación no interrumpida entre Asia y América, porque el estrecho de Bhering es de la época cuaternaria; y si se considera que, según Le Conte, en el curso geológico de la historia terrestre de nuestros días, los actuales continentes crecen en elevación y en extensión, y, por lo tanto, se hunde el fondo de los mares, reuniéndose las aguas antes aparecidas y aumentando la superficie de los océanos, se puede en buena compañía, apoyándose en autoridades de tanta cuenta, admitir la existencia de comunicaciones fáciles entre el Antiguo y el Nuevo Mundo, donde las emigraciones de uno á otro territorio se verificaron según actualmente ocurren entre los pueblos salvajes y que de modo tan exacto presiente y describe el P. Acosta en el párrafo antes citado.

»Á mi modo de ver, durante el periodo terciario, la mayor parte de la superficie del planeta ofrecía una distribución de sus tierras y aguas análogas á la del actual Archipiélagos Indico, que facilitó las comunicaciones aún más que las tierras firmes; no de otro modo se comprende la extraordinaria mezcla durante esta época geológica en las regiones de Europa de las floras americanas, asiáticas, australes y africanas. Los actuales continentes se determina-

ron con sus relieves actuales por los grandes levantamientos de los Alpes, el Himalaya y los Andes, ocurridos á expensas de no menos grandes hundimientos en la extensión del Atlántico y del Pacifico, que, sumergiendo los poblados archipiélagos que los interrumpían, dejaron estas inmensidades oceánicas á uno y otro lado de América, sólo salvadas por el genio de Colón y los alientos de aquel pueblo español, templado en la lucha de ocho siglos para aventurarse á las más arriesgadas empresas que, como hazañas y heroicidades, ha podido registrar la humanidad.

»Explicada queda así la variedad y aun la distribución de las razas americanas, acometido aquel Continente desde los primeros días del cuaternario, si no antes, de un lado por las razas dolicocefalas del occidente de Europa, llegadas quizás las primeras, y del otro por las razas braquicefalas del oriente de Asia que allí quedaron, penetrándose y confundiéndose unas y otras, encerradas al aislarse el Continente americano, hasta formar, auxiliadas por la acción de los medios, toda esa variedad de razas mixtas, donde el cráneo corto y la cara ancha contrastan á cada paso por su falta de armonía étnica con la nariz aguileña y las órbitas redondeadas, y el cráneo largo y la boca de labios finos con el pelo rígido y la nariz achatada, como se ve por doquier en aquel vasto Continente, predominando los occidentales en los patagones y los iroqueses, por ejemplo, razas dolicocefalas y de elevada estatura, y los orientales en los peruanos y pueblenses, razas braquicefalas de menos que mediana talla.»

5. ELEMENTOS ETNOGÉNICOS DE AMÉRICA. — Distingue Quatrefages en América dos tipos fundamentales: los alófilos blancos y los amarillos, entrando sólo como esporádicos, y con una importancia mucho menor, los negros.

Raza amarilla.—Las dos rutas que hemos señalado, la del estrecho de Bhering en el invierno y la de las islas Aléuticas y su continuación, dieron paso á la raza de que tratamos para poblar la América, pues los estudios de Bancroft, Brooks y Tarayre, completados por los de Quatrefages, sobre las navegaciones y naufragios de japoneses, y las mismas citas de nuestros historiadores, entre ellos Gomara, que asegura que en la época del descubrimiento llegaban varios chinos á California, nos prueban la existencia de otras vías además de las señaladas.

Hoy se admite por algunos que los budhistas mandaron misiones al país de Fu-Sang, y que éste no es otro que América; y así, en el libro sagrado de los Quichuas, el Popol Vuch, que fué interpretado por nuestro Obispo Jiménez, y posteriormente por Brasseur, se ven analogías grandísimas con los textos chinos. Por otra parte, la gran enciclopedia japonesa, el Wa-Kan-son-Toc-Dhon, describe este país del Fu-Sang ó América. Además, Paz-Soldan cita los Samballecos, pequeña tribu aislada del Perú, que habla un idioma muy análogo al chino. Quatrefages hace notar la importancia de las relaciones directas de la China con los Peruanos, por si fueran estos pueblos amarillos los que llevaran allí el uso del bronce.

Las razas amarillas oceánicas han sido llevadas á América por la gran corriente del Kiro-Siwo, ó corriente negra en primer término, y por las secundarias que suben hasta el mar de Bbering y se doblan por las costas de Alaska; y en segundo lugar, por la gran corriente que llega al Archipiélago de la Reina Carlota y se divide en dos: una que sube por todo el golfo de San Elias y el Alaska, y la rama mayor que sigue la costa hasta San Francisco de California, y allí se dobla en una hacia las islas de Therrain, y otra que baja hasta Acapulco, donde se ha señalado el naufragio japonés más meridional. Lenguas análogas á la del Japón existieron en toda la costa, por la cita que M. Tarayre hace de una embajada japonesa que se entendia con los indios de Santa Bárbara por el vocabulario japonés, formado por Brooks con palabras indias, y por varios datos más está hoy demostrado plenamente.

Hablemos ahora de la verdadera corriente de los amarillos en América, que no es otra que la del Noroeste, pues por allí han ido llegando sin detenerse en sus primeros tiempos, antes de la geología actual, como veremos al tratar de la prehistoria, y limitados entre los Andes y el mar, se han ido extendiendo hacia el Sur, separándose sólo de esta ruta general cuando han llegado á un valle que les brindaba á permanecer en su territorio, ó cuando, por un azar cualquiera, se han introducido en alguno de los cañones de las Montañas Rocosas, que los han conducido á las grandes cuencas de los Estados Unidos. Esta marcha presenta, como con ele-

gante lenguaje dice el Profesor de Antropología de Paris, crecidas y desbordamientos que han originado conflictos y choques, medios los más á propósito para originar esa multiplicidad de razas que complican la etnología americana.

Aun actualmente las razas amarillas ocupan en América casi todo el territorio del paralelo 60° arriba, pues en una de sus ramas, la Inuit, se encuentra en la América rusa reunidos á los siberianos, excepto en la costa de Bhering y de Alaska. Además, toda la costa de Groenlandia, Labrador, parte Norte de los Grandes Lagos, etc., está habitada por estos Inuit, en dos grupos, el Tuski, que tiene una familia asiática, la de los Clenklukes, y otra americana, la de los Matemates y el esquimal ó groenlandés. También tiene la América otra raza amarilla, que es la fósil de Lagoa Santa, de la que ya trataremos.

Del Asia, al NO. de América, las emigraciones son recíprocas, pues si los aleutas de Alaska son asiáticos, los Clenklukes son americanos emigrados al Asia, y ambos pueblos costeros tienen analogías en su carácter físico, su organización, su alimentación ictiófaga, su lengua, modo de navegar y tantos y tantos puntos de vista á que pudiéramos referirnos.

Los indios de la parte Norte partieron, según todas las probabilidades, de la Siberia en el siglo XI, y en su mitología se conserva la salida del país de las nieblas, frío y triste, y su peregrinación, hasta llegar al país de los castores, que fué su Meca,

y de aquí el semiculto que profesan á tal roedor. Los Chipevais hablan de su punto de origen como un país nevado y frío; los Algonquinos cuentan haber atrevesado hielos flotantes, y los Chichimecas del Sur afirman que sus aborígenes vivieron en cavernas obscuras y frías y que de allí partieron hasta que llegaron al país del sol, en donde Manko Capac fundó su reino.

En este género de investigaciones merece especial interés el itinerario hallado por Boturini é interpretado por Schoolcraft, según parece, con sujeción á las más exigentes reglas de la hermenéutica. Según dicho documento, los indios partieron de un país frío, donde se alimentaban de peces; atravesaron un canal helado é hicieron alto en los ventisqueros de Alaska, llegando, por fin, á países de luz y calor, á países de árboles, ó sea al valle del Misissippi; según algunos, esta emigración duró de 1.038 á 1.224, pero en materia de cronología del Nuevo Mundo, toda sospecha tiene cabida.

Aunque al tratar de los caracteres físicos hemos de demostrar las relaciones y analogías entre asiáticos y americanos, no resistimos sin copiar aquí las gráficas frases del explorador de Nueva Bretaña Mr. Petitot: «Hay seguramente algo de Chino en »el Esquimal. Ved ese tinte verduzco, esa cara ancha »y redonda con ojos oblicuos y bridados, ese enorme »vientre; notad esa cortesía afectada, meticulosa; ob- »servad sobre todo esa secreta insolencia, esa ausen- »cia de miedo, esa falta de pudor.»

Razas blancas. — De las cuatro ramas en que se

dividen, la Alófila en su grupo asiático-americano es la que se presenta en América, en la parte S. de la costa de Nueva-Norfolk y montes de San Elías, así como en los archipiélagos costeros de Vancouver, Príncipe de Gales, Reina Carlota, etc., y como en una pequeñísima extensión de la costa del mar de Bhering. Los cronistas españoles citan blancos, entre ellos Gomara, Vega, Valdés, Herrera y otros, en Perú, Méjico y otros puntos, uniendo algunos á este dato el uso por algunos pueblos de alfabetos ó signos de escritura, absolutamente desconocidos por los americanos, así como el relato de los indios, que atribuyen á blancos barbudos los restos de las civilizaciones anteriores á los Aztecas é Incas, aunque esto necesita gran aclaración. Estos blancos barbudos, así como los otros que citan varios autores, pueden, con gran probabilidad, asignarse á los ainos del Japón, llevados hasta las costas de Colombia por la corriente negra.

Doble es el origen de los blancos en América, y á decir más exactamente, triple, pues tres puntos de origen tienen las emigraciones voluntarias ó forzosas que han llevado al suelo americano la raza. Una corresponde al Océano Pacífico, y es la que ya hemos señalado como Ainos; añadiremos tan sólo á lo dicho, que Buffón unía á tales hombres algunos de la bahía de Hudson y Labrador; que Dall los ha señalado en la bahía de Morton; que los Nilmanis del pie de las Montañas Rocosas son asimilados á los mismos; que Schoolcraft atestigua la existencia de los que los indígenas de la costa del Pací-

fico llaman los españoles salvajes, aunque éstos sean después de la conquista, pues antes mal podían compararlos con nosotros si no nos conocían; y finalmente, Wiple garantiza la existencia en el paralelo 40° de las Montañas Rocosas de tribus blancas y barbudas.

El segundo elemento blanco es rubio y rosado, y pertenece, como el último, al Océano Atlántico, de cuya parte Norte procede. Sobre éste ya las noticias son más exactas y detalladas; conocemos, no tan sólo su partida de origen, sino los jefes que los guiaron y las fechas de su emigración. En el siglo VII conocían los marinos normandos las islas Orcadas, Feroes y otras afines del mismo. Un malhechor irlandés, llamado Erik el Rojo, guiado por los consejos de Gunjœn, que aseguraba ver las montañas cubiertas de nieve del Nuevo Mundo, marchó al frente de algunos escandinavos en busca de aquellas tierras, donde llegó, construyendo la primera mansión groenlandesa, que Nordenskiöld cree sea la descubierta en el fiordo de Igaliko. Posteriormente, y sin interrupción, fueron llegando europeos, y Briart afirma lo más extraño, cual es que de tan heladas regiones recibía Roma diezmos y primicias por estar sometidos al catolicismo; y en el año 1621 el Rey de Noruega se posesionó oficialmente de la Groenlandia. Ya antes de esta fecha se habían aventurado algunos á las costas del Labrador, y posteriormente á la de Nueva Escocia; según afirman diversos autores, llamaron á aquella tierra Vinland, ó país del vino, donde se ha hallado una

inscripción que se cree grabada por un irlandés; S. Stan, en su trabajo *Studier over Vinlandreisen*, por datos sobre la duración del día y la presencia de la viña, coloca este Vinland en el Nueva Brunswick. Motivado probablemente por los excesos de los europeos, los indígenas, á quienes éstos llamaban *skrellinger*, los atacaron y pusieron en fuga los pocos que no murieron. Raff ha reconstituido su dispersión, y con ayuda de otros datos puede casi afirmarse que á esta rama pertenecen los blancos de barba rubia que cita Charleboix, los hombres con barbas del golfo de Paina, de que habla Martyr; los que Pyke coloca en el alto Mzonni; las tribus que Briart ha encontrado en los Andes, los hombres rubios de que hacen mención los mejicanos y los jefes blancos que nuestros compatriotas hallan en algunas de sus expediciones.

El tercero y último de los elementos de raza blanca, aunque afirmada su existencia y bien conocidos sus resultados, no presenta una historia tan detallada como el anterior. Debido es esto á que en general no pueden, hoy por hoy, hacerse más absolutas afirmaciones, sino que fueron llevados á América involuntariamente, arrastrados por las corrientes del *Gulff Stream* los unos, y por la ecuatorial que se inicia en el golfo de Guinea los otros. De lo dicho se deduce á qué países habían de pertenecer estos emigrantes blancos, correspondiendo á los semitas de la costa occidental africana y sus islas, y así vemos que no están desprovistas en absoluto de fundamento las teorías que suponían po-

blada la América por los blancos, grandes navegantes de la antigüedad, entre los que se contaban los fenicios y los cartagineses. La posibilidad de su llegada se prueba teniendo en cuenta que un falucho canario, expedido con destino á España, arribó á la isla de la Trinidad en 1731, á consecuencia de alguna tempestad, y el navegante Alonso fué arrastrado por análoga causa á las costas del Brasil.

Respecto á las citas de los blancos, debidas á esta tercera manera de llegar, pueden hacerse las de las poblaciones que Colón halló en el Golfo de Méjico, que comparaba á los canarios; hecho muy probable, pues Mr. Verneau ha demostrado la identidad de las pintaderas ó sellos de las Canarias á los hallados en Méjico. Los Guarayos del Perú y Bolivia, población blanca de la rama antisana, pueden atribuirse con bastante certidumbre á estas emigraciones, y la corriente que se divide en el Cabo de San Roque, bien pudo dejarlos en las costas orientales, que ellos abandonaron para marchar á las occidentales. Combatiendo la opinión d'Orbigny, que atribuía al clima los caracteres especiales de coloración y trazos europeos de los Yucatecas y Guarayos, puede decirse que, si bien el color pudo modificarse por la vida en lugares sombríos, esta causa es más general que á otras tribus, y sin embargo ninguna otra la presenta; pero lo que el clima no hizo, indudablemente, es variar los trazos de la fisonomía india, armonizar las facciones, hacer salir la barba, y una serie de detalles que dan á tales tribus un recuerdo completo con poblaciones europeas.

Es esta cuestión, actualmente, punto de debate y nuevas enseñanzas, que será preciso aclarar para esclarecer el origen de varias de las tribus sud-americanas, y que en el terreno puramente hipotético lleva grandes visos de resolverse por alguna influencia de sangre blanca.

Razas negras. — Sabemos ya el escaso relativo valor que estas razas tienen en América, y debemos advertir que también es doble allí su origen, correspondiendo á los dos Océanos y á los dos grupos generales en que se dividen las razas negras, al verdadero negro ó africano y al negro oceánico ó melanesio; en la llegada de ambos actuaron las causas que hemos mentado tantas veces: las corrientes ecuatoriales del Atlántico para el negro africano, es decir, las mismas que llevaron al blanco semita, y la contra-ecuatorial del Pacífico, que llevó á los negros de las islas oceánicas á las costas occidentales de América.

Ocupan en el Nuevo Mundo las razas etiópicas puntos aislados muy restringidos, sin comunicación, al parecer, unos con otros, y así los hallamos en California debidos á los Papúas, adonde llegaron partiendo de Nueva Guinea, pasando por nuestras islas Carolinas y Palaos, subiendo á Sandwich y al trópico de Cancer y terminando su viaje por varias ramas dispersas de California. La Perouse y otros, nos han descrito los indios Chillales, Gallinones, Necropios y Raídos de California como negros bien caracterizados por sus caracteres físicos, datos confirmados por los estudios craneométricos

de Ten-Kate. Estos Papúas, llevados por las corrientes de Méjico, se han internado por varios puntos de la costa, y así los vemos en los mapas de Wiple entre los Pueblos, y el P. Garcés los halló en Zuñi á fines del siglo pasado. Por otra parte, Schoolcraft los ha visto en Sierra Nevada y mucho más al Sur; respecto á su antigüedad, debe ser mucha, si hemos de dar crédito á la relación de un indio que afirmaba que los hombres negros estaban allí cuando fueron los constructores de los pueblos.

La otra rama negra ó africana, venida por el Atlántico, se reconoce en la Florida, Guayana, Costa del Brasil y Panamá. Según Gomara, Balboa halló en Darien negros comparables á los de Guinea, y posteriormente se ha visto que su lengua es aglutinante y análoga á las africanas. Los caribes negros de la isla de San Vicente son hoy perfectamente conocidos. Los Jancanes de la Florida conservan el color y porte, el encrespamiento de los cabellos, y los actuales Delavares se distinguen aún de sus vecinos los Seminolas, y el retrato de uno de sus jefes demuestra bien claramente su sangre negra. Los Charruas del Brasil, y aun los que se dirigieron al Perú, sólo conservan el color como recuerdo de su origen. Debemos mencionar el caso único de formación de un Estado por los negros, ocurrido en el siglo xvii en el Brasil, donde un bien organizado Estado negro fué destruido por los portugueses.

Al terminar lo relativo á las emigraciones de blancos y negros, y especialmente por la via atlántica, debemos hacer notar, en general, que los pue-

blos del Viejo Mundo han ocupado en el Nuevo situaciones análogas á los suyos; así los ingleses, franceses y algo los alemanes, ocupan el Norte; los españoles el Centro y todo el litoral del Pacífico; los portugueses y después los italianos el Brasil y el Sur, y los negros, por fin, se repartieron por el Centro y Sur.

Razas oceánicas.—El interés de la influencia de estas razas disminuye desde el momento que se sabe que son mixtas, y formadas por decirlo así, de distintas mezclas de las otras; aparte de que, aunque demostrada la posibilidad de su llegada á América, como hemos hecho en el estudio de la influencia y naufragios japoneses y en el de los melanesios, allí llevada por las corrientes del Pacífico, el resto de sus razas no ha tenido en el Nuevo Mundo gran importancia.

Croizier y Molina consideran como de Nueva Zelanda los habitantes americanos del Pacífico. Dumore Lang considera Polinesios, llegados en remotísimas épocas, á los americanos; pero Lesson¹ combate brillantísimamente este error por la falta de relaciones y analogías físicas, ó de leyes, costumbres, idioma y civilizaciones entre ambos pueblos. Quatrefages, por el estudio de los cráneos peruanos del Museo de París, creía que podían tener alguna relación con los Indonesios, y aun lo aseguró después del estudio de dichos cráneos, y en vista de su *hypsiestenocefalia*, después del estudio de Or-

1 Lesson: *Les Polynesiens*.

nellas; pero por mis estudios sobre las mismas series, creo poder afirmar que los índices de altura que pasan de 100 pertenecen siempre á cráneos deformados. Sin embargo, no pueden negarse en absoluto las relaciones de los Indonesios, si son exactas las referencias que Mr. Carsac ha recogido en California; pero actualmente, la cuestión está tan sólo planteada y con muy pocos medios de comprobación.

Hamy¹, desarrollando una teoría ya expuesta por Topinard, traza un sencillo cuadro de la etnogenia americana, sostenida por dos tipos cefálicos opuestos. El tipo de calaveras francamente *braquicéfalo* extiéndese por toda la América del Norte, originando sus diversas civilizaciones; la de los *mounds* ó terrormontes, en el valle del Mississipi; la troglodítica de los *cliff-dwellers*, en los cañones del Colorado, y las ciudades fortificadas de régimen comunista de los *pueblos*, en los valles bajos y mesas.

Las tres razas son del mismo tronco, pequeños, robustos y braquicéfalos; de mandíbula saliente, nariz fina y fuertes pómulos, representados hoy por los Uchies y los Atapascos, y al Sud por los Zuñis y los Moquis, extendiéndose hasta bajar á Méjico, donde aumenta la braquicefalia en los descendientes de Iztac Miscohuatl, como los Otomís y los Mistecos, y encontrándose su tipo craneano en las sepulturas antiguas de América central.

1 Hamy. E.: *Les races malaiques et américaines*. "L'Anthropologie", 1896.

Sigue hacia el Sud la braquicefalia, pero varían los otros caracteres en los Yucatecos y Yuncas, que no pueden unirse á los Olmecos y Otomís, y allí se interrumpe por todo el macizo de los Andes hasta Rio Negro, en Patagonia, donde se presenta el tercer subtipo braquicéfalo como un pueblo moderno, en los Puelches de 83,9 de índice, bóveda menos aplastada, cara corta y prognata, caracteres que reproducen los araucanos y los nómadas de las Pampas y Patagonia, resultando un grupo parecido á los Yuncas.

La *dolicocefalia* parece irradiar de la antigua raza del Somidouro, teniendo por tipo los cráneos de Lagoa Santa, de 70,5, que son mesorrinos y prognatos; extendióse hasta la Guyana al Norte, San Francisco al Este, Ancon Chancay y el Pacífico al Oeste y las Pampas hacia el Sud, en los Tehuelches. De esta rama derivan los Botocudos, Guaranis y Paraguayos, y tal vez los dolicocéfalos del extremo Sud.

La población de América se hizo, pues, en una doble corriente de sentido inverso, bajando los braquicéfalos y subiendo los dolicocéfalos, superponiéndose por fin los primeros en el Sud, pero influyendo más tarde los dolicocéfalos en el Norte, si bien hay grandes dificultades de limitar las áreas de cada tipo cefálico por la costumbre de las deformaciones, que aparece repartida como por una corriente de emigración.

6. CARACTERES COMUNES Y GENERALES DE LOS AMERICANOS. — No hallamos nosotros de gran valor, como de lo expuesto se deduce, la determinación de

los caracteres que pudieran considerarse comunes á tan compleja multitud de razas; pero autores hay como Ratzel, y con él el Sr. Antón, que recogen en una síntesis, seductura por la simplicidad aparente, lo que de todos puede decirse y á ninguno en concreto aplicarse; la representación algo esquemática del tipo americano.

»Alguna unidad, sin embargo—dice el Sr. Antón,—se descubre en el conjunto de esta variedad cuando consideramos á los americanos como un grupo étnico para distinguirle de los blancos, negros ó amarillos del Antiguo Continente, que justifica la institución de la variedad americana de Linneo, ó la raza cobriza de otros autores. Un examen atento me ha permitido distinguir como *caracteres comunes* á la generalidad de las razas americanas, una frente chica y baja; hundidos, pequeños y oscuros los ojos; grande la boca; dilatada la nariz por las ventanas y honda en su raíz; largo, laso, grueso y negro el cabello, escasa la barba y depilada la piel; la color obscura con variedad de tonos, las más veces como la de membrillo cocido; la contextura física robusta y fuerte; el temperamento bilioso y sobrio; y en la constitución social, la costumbre es el régimen ordinario; atributos estos insuficientes para construir la unidad del hombre americano, negada, al parecer, por la naturaleza; pero que considerados en las variadas razas de América, nos permiten imaginar un tipo distinto del etiope, ó del caucásico y aun del mogol.

»Pero con ser muy generales estos caracteres,

no son siempre constantes. Molina asegura que los boruanos, en las provincias araucanas de Chile, «son blancos y tan bien formados como los europeos del Norte»; á la raza blanca pertenecen, según Quatrefages, los koluchos, habitantes en la parte Norte de la costa del Pacífico; Bartram describe algunas jóvenes de los cherokises «tan blancas y bellas como las muchachas de Europa»; y Humboldt atribuye el mismo color blanco á los guariboes, guararos, guayacas y maquiritarés, que por sí mismo tuvo ocasión de visitar en las orillas del alto Orinoco. Sabido es cuánto varía el color en una misma raza, y la dificultad de apreciarle es tal que, con haber reunido á todos los americanos en una sola llamada cobriza por su color, puede leerse, sin embargo, en M. Culloh: «Y can further testify that among the individual of many different tribes that are come under my observation y have never seen á copper colored man.»

»Para Humboldt los americanos son castaños, para otros de color rojo, y no se puede negar que son de tinte negro ciertas tribus de California, y de un amarillo más ó menos rojizo, como vió D'Orbigny, la extensa nación de los guaraníes; pero nadie está más en lo cierto que nuestros historiadores cuando toman el color canela y el de membrillo cocido por el más general y propio de la raza americana en la mayoría de sus pueblos.

»El carácter más permanente se refiere al *cabello*, constantemente laso, grueso, fuerte, muy suelto y de color negro ú obscuro, cabello mogol, en

una palabra, desde el estrecho de Bhering al cabo de Hornos, siempre persistente y tan abundante como es ralo y escaso el pelo del cuerpo y de la barba, apenas pujante en la barbilla y en los extremos del bigote. Y esta escasez es de naturaleza, aunque es verdad que tienen la costumbre de depilarse, porque se consideran hombres y mujeres más hermosos cuanto más lampiños. Los yuracarés, sin embargo, tribu de la pendiente oriental de los Andes de la Bolivia, tienen, según D'Orbigny, la barba tan cerrada como los europeos, y en esto se funda principalmente Quatrefages para incluirlos en su gran tronco de sangre blanca; La Perouse cita ejemplos de su abundancia, como también Molina, quien supone la de algunos chilenos tan espesa como la de los españoles, y con esto no queda bien parado De Paw cuando afirma que los americanos carecen enteramente de barba.

»Varia mucho la *nariz*, aguileña en los iroqueses, más aguileña todavía en las figuras de Palenque, según Humboldt pertenecientes á una raza ya extinguida, porque difieren mucho por lo saliente de este órgano de los indios de ahora, que lo presentan más pequeño y chato en ocasiones, y aun de los figurados en los barro de la pirámide Teotilmacán; pero Morton se inclina á creer que la protuberante nariz de los palanquinos es un convencionalismo del arte. Cuestión esta análoga á la del ángulo facial de las estatuas clásicas del arte griego, tan debatida en Antropología y aun en el Arte.

»No es muy variable la *estatura*, porque, dejando

aparte las exageraciones de Pigafeta respecto de los patagones, tan creídas del vulgo, siempre inclinado á lo maravilloso, no hay motivo para desechar, entre otros, los datos del Comodoro Byron, según el cual, de 500 patagones observados en conjunto, los más pequeños tenían cuatro pulgadas más que sus marineros, y las observaciones, ya científicas, del capitán Wallace, que midió muchos, la mayor parte de cinco pies (diez pulgadas inglesas) á seis pies, uno de seis pies y siete pulgadas y varios de seis y cinco. También alcanzan buena talla muchos Pieleros-Rojos, y bastará citar los muscogies, que, según Bartram, todos son atléticos, muchos de seis pies; tallas todas las citadas sólo referidas de los hombres, porque las mujeres siempre son más bajas, hasta el punto que las muscogies observadas por Bartram no pasan de los cinco pies. En cambio los peruanos, aunque fornidos, son bajos; un metro 547 milímetros les asigna D'Orbigny como talla media, y los esquimales se cuentan entre los hombres más pequeños conocidos.

» Las proporciones de la *cabeza* varían de un modo extraordinario también, aunque en América, como en todas partes, nos ofrecen caracteres muy seguros para distinguir las razas. Por lo conocido hasta hoy, si no puede asegurarse, con la escuela americana de Antropología, que los pobladores del Nuevo Continente son braquicéfalos, tampoco puede negarse, por los datos tomados hasta el presente, que esta forma de cráneo, corto y ancho, es la más dominante, no obstante que en calaveras antiguas y en

pueblos enteros de la época colombina se tropieza con la dolicocefalia aislada alguna vez, como en los bctocudos, dominante otra, como en los iroqueses, y más generalmente confundida con la braquicefalia, como en el Perú y en Méjico.

»La indole de esta exposición no nos permite considerar otros caracteres físicos menos importantes que los anteriores, aunque no ciertamente despreciables, y nos obliga además á condensar los *intelectuales*, morales y sociales en breves palabras.

»Mucho se ha discutido acerca de las aptitudes para la civilización atribuidas á las razas americanas. De la frente baja y aplastada, que según Humboldt es carácter constante, y de la poca capacidad cerebral, señalada por otros, no falta quien deduce las más desfavorables consideraciones. En cambio el docto historiador de Méjico y distinguido representante actual de aquella República española en Madrid, Sr. Riva Palacio, en su magna obra, suponiendo en los antiguos cráneos indios mejicanos un molar menos que en los demás del mundo, deduce, por la relación inversa del desarrollo existente entre el aparato cerebral y el mandibular, que es la raza indígena mejicana la primera del mundo por su capacidad intelectual.

»Pero si este dignísimo representante de Méjico, movido por sentimientos tan dignos de alabanza, recaba para la gran raza indígena de su país puesto intelectual tan preeminente entre todas las del mundo, otro americano de este siglo, el gran antropólogo Morton, no se muerde la lengua para decir

que «The individual faculties of this great family (americana) appear to be of a decidedly inferior cast whend compared wiht those of the caucasien or Mongolian race» y añadir después en defensa del autonomismo americano, cuya científica paternidad le corresponde «The structure of his mind appears to be differend from that of the withe man, nor can the two harmonise in their social relations escept on the most limited scale»; opinión en que le precedió nuestro eximio Ulloa, cuando no sólo cree á los indios americanos menos inteligentes, sino menos sensibles que otras razas; aunque esto de la escasa sensibilidad lo convierte Morton en un timbre de honor, asegurando que la mayor gloria de estos indios es saber soportar las privaciones con indiferencia.

»Por nuestra parte, ateniéndonos á los hechos, *suprema ratio* en cuestiones de Historia Natural, encontramos en la época del descubrimiento de los pueblos americanos todas las formas sociales conocidas en los del Antiguo Continente; el estado francamente salvaje en los botocudos y fueganos en plena edad de piedra tallada; el bárbaro, nómada ó sedentario con armas de piedra ya pulimentada, en los Pielas-Rojas del Norte y en los pampas y guaraníes de la del Sur; y finalmente, el civilizado, con agricultura, industria, artes y gobiernos regulares, en Méjico y el Perú, cuyo progreso, á la llegada de Cortés y Pizarro, presentaba los caracteres correspondientes en la Antropología prehistórica del Antiguo Mundo á la fase conocida con el nombre de época del cobre y del bronce, que en Grecia y Asia

Menor fué anterior y contemporánea á la destrucción de Troya, y en Egipto, donde los maravillosos descubrimientos modernos nos permiten seguir gradualmente las sucesivas bases de la evolución social, nos remontan, por lo menos, á tiempos anteriores á Monephtha en 1450 antes de nuestra Era.»

II

Rama protoamericana.

1. CARACTERES, ORIGEN Y EXTENSIÓN.—El concepto de la rama protoamericana va unido al de la dolicocefalia del Continente, y no puede separarse de la situación geográfica y del estado social en que están y viven los pueblos en ella incluidos. Así late en la afirmación de Topinard al descubrir tres formas de dolicocefalia en América del Sud: la de los paraderos de Patagonia, la del tipo neanderthaloide, del Dr. Moreno, y la que presentan los botocudos. También se trasluce este concepto en Girard de Riabie, al presentir que habian de descubrirse relaciones antropológicas entre los foguinos acorralados por los patagones al extremo Sud del Continente, y los cráneos de los paraderos, viendo en ambos los más antiguos pobladores de América.

Al profesor Antón débese la plena concepción de la rama protoamericana, al decir que entre todas las razas de América se distinguen las de los botocudos, foguenses y esquimales, por su salvajismo, análogo al de los australes ó al de los hotentotes, y tam-

bién por la forma de su cabeza, semejante en buena parte de sus facciones. Los tres pueblos son dolicocefalos ó de cabeza larga, y á la vez hypsistenocéfalos, es decir, elevado en su diámetro vertical, y los tres, aunque en grado distinto, son de rostro ancho, ojos un tanto oblicuos, boca grande y pelo grueso y liso como los mogoles. No hay, pues, armonía entre la cabeza y la cara, señal cierta por donde se adivinan las razas cruzadas; y como existen motivos muy fundados para asegurar la mayor antigüedad de estas tres razas americanas, sobre todo las vivientes en aquel Continente, síguese de aquí que la superposición y cruzamiento de las razas en América se remonta á tiempos antiquísimos, imposibles de apreciar en el estado presente de la ciencia, pero de algún modo determinadas recordando la semejanza de los cráneos fósiles de Lagoa Santa, descubiertos por Lund, con los de los actuales botocudos, y la positiva analogía de las calvarias foguenses con los descubiertos por el Sr. Moreno en los antiguos paraderos de la Patagonia, que Topinard refiere también á los esquimales.

Y no hay en esto maravilla alguna, si es cierto, como este último antropólogo afirma, que en las antiguas cavernas del Perú se encuentran dolicocefalos de un tipo diferente al de la época colombina; y aun cuando esto no fuera, se guarda en la Sociedad de Antropología de París el álbum de fotografías de la América Sud-Austral, presentado por el Sr. Moreno en la Exposición de 1878, en donde se ven varios dolicocefalos, algunos de tipo neandertha-

loide; y esta es la forma de cráneo reconocida también entre las más antiguas descubiertas en el Misuri por Mr. Conant. Colígese de aquí la remota antigüedad de la población americana, y la fuerza de expansión de la raza de Neanderthal, la más vieja entre todas las europeas hasta el presente descubiertas, cuyas formas encontramos en Europa contemporáneas del mamut y del oso de las cavernas, antiquísimas en los paraderos de la Patagonia y en los aluviones del Misuri, y actuales en Australia en la tribu de Adelaida.

Resultan los tres representantes de esta rama como los restos de su primitiva raza, que apareciera en el Somidouro, como quiere Hamy, ó debiera su extensión á otros orígenes y corrientes, extendióse muy al principio de la época antrópica americana por todo el Continente, de polo á polo puede decirse, ya que los Esquimales en la región polar habitan y los Foguinos son los más antárticos hombres que se concen, al habitar en el extremo Sud más avanzado de las tierras. Las áreas que hoy ocupan prueban, en toda superposición de razas, que no son más que las últimas trincheras á que fueron reducidos por otros hombres, invasores posteriores á ellos, pero más fuertes ó cultos para ocupar la mejor porción de las tierras americanas.

Dentro de la rama protoamericana, el medio y los cruzamientos determinaron variaciones que permiten distinguir con toda evidencia el Esquimal, ultradolicocéfalo y leptorrino, del Foguino, mesaticéfalo y mesorrino, y á los dos del Botocudo, más bajo y de

cráneo más pequeño; y en el análisis sociológico quién sabe si no representa el Botocudo el hombre primitivo y el Foguino el desterrado de la civilización y degenerado.

2. RAZA ESQUIMAL.—Dentro de los pueblos hiperbóreos representan los esquimalés el trazo étnico de unión de los asiáticos y los americanos, y como tal, antropólogos hay como Quatrefages que los incluye en la raza amarilla, y otros, como Ratzel, que los coloca fuera de una y de otra, formando en el grupo de los hiperbóreos. Considéranlos también algunos como la actual representación de los magdalenenses prehistóricos de la Dordoña, no sólo por su analogía de industrias y estado social, sino por sus caracteres cefálicos, siendo, por tanto, los restos de aquella raza que emigró á las regiones árticas. Á tales opiniones corresponden los tres grupos que en los esquimales se hacen por su situación geográfica: los groenlandeses y del Labrador, insulares hiperbóreos propiamente dichos; los occidentales ó grandes esquimales propiamente americanos, que hoy habitan desde la bahía de Hudson hasta el estrecho de Behring y en el siglo xi bajaban hasta Massachusetts, según los islandeses; y los *Tchutchés* ó esquimales asiáticos, que viven en Siberia y se diferencian ya del tipo puro, considerándolos Hooper, Rink y otros exploradores como emigrados del Alaska.

Los *caracteres físicos* más notables son la leptorinia (42,2), que es la mayor conocida, y su dolicocefalia de 71,4, y aquillado del cráneo, si bien los

de Smith suben á 72,5; el cráneo es de 1.535 cms.⁸ y las órbitas bajas de 88,2, como la cara aplastada y circular con una particular falta de expresión, á la que contribuyen los ojos bridados, la barba rala y el color amarillento. La talla media es poco elevada, variando de 1,58 á 1,62, aunque se citan algunos del estrecho de Morton hasta de 1,82; pero en todo caso achaparrados por lo gruesos y abultados de abdomen, lo amplio de sus espaldas y la especial forma del vestido de pieles y cueros.

Disminuyen rápidamente los esquimales ¹ á causa de la despoblación de sus mares por los talleneros americanos, como disminuyeron en las islas Aléuticas desde 40 000 á 4.000 bajo la influencia de los rusos; pero aún pueden ser estudiados en Groenlandia y el Alaska, y especialmente los primeros, que han alcanzado desde 1860 ² una verdadera cultura, en la que entra la imprenta y otras modernas industrias.

Como en estado más natural — describe Reclus, tomándolo de Rink ³, — los alasqueños de la punta Barron, que se hallan en plena edad de la piedra, de lo cual presentaban numerosos objetos las colecciones de los Estados Unidos y de la colección Nordenskiöld en la expedición Vega, en la Exposición ⁴ Histórico-Americana de 1892, obtienen el fuego

1 Reclus, E.: *Nouvelle Geographie Universelle*.

2 Dumon, R.: *Dictionnaire des Sciences Anthropologiques*.

3 Rink, H.: *The Eskimo Tribes*.

4 Hoyos Sáinz y Aranzadi: *L'Anthropologie et l'Ethnographie dans l'Exposition Historique-Americaine, 1892*.

mediante la frotación de dos maderos, usando la azagaya y azuela de piedra, á pesar de haber recibido de los balleneros el arpón de acero, que abandonaron atribuyéndole el fracaso en la pesca, volviendo á la talla del pedernal; no hay en el mundo hombres de carácter más suave y pacífico; no tienen jefes, ni electivos ni hereditarios, y viven en un pie de perfecta igualdad; no conocen la guerra ni aplican la justicia, existiendo apenas el derecho de propiedad, y sólo para los botes de pesca; jamás gritan ni riñen, y las mujeres gozan de una perfecta igualdad con los hombres, ostensible hasta en el vestido, como se ve en los maniquis de la citada Exposición.

Su religiosidad se manifiesta sólo en el temor á Tunya, el espíritu invisible, y á Kiolya el de la aurora boreal; usan un bastón de marfil para ahuyentar los genios malos, que sus adivinos saben conjurar. No celebran ceremonias matrimoniales ni mortuorias. En ciertas regiones matan á los niños en los períodos de hambre, y no es raro que se hagan matar los viejos y se abandonen sus cadáveres á los perros, presentando analogías con los asiáticos del Tibet.

Los únicos recursos son los de la pesca, en la que están más adelantados los groenlandeses que los alasqueños, cuyos botes y utensilios presentan analogías con los de los Pielas-Rojas, siendo de notar en estas analogías las de las fichas de marfil de uno de sus juegos con los fetisos de los indios Ho-pi de los Pueblos: las canoas están forradas y aun cubier-

tas por pie's de foca, presentando agujeros para los remos. Para el transporte por tierra usan trineos montados sobre huesos de ballena, que también les valen para armar sus chozas, agrupadas en aldeas, que en el Alaska rodean al *Kasga* ó casa del Concejo y lugar de representaciones teatrales, estando á veces en comunicación entre sí mediante galerías.

La lengua esquimal es otro de los caracteres americanos, ya que entra de lleno en las polisintéticas americanas y sus palabras confúndense con las frases, fenómeno casi exclusivamente americano; siendo tan homogénea en todas sus separadas tribus, que un groenlandés entiéndese perfectamente con un *tuski* de Asia.

3. RAZA BOTOCUDA. — Habita en la sierra brasileña de Aymorés, donde han podido ser estudiados, reconociendo por todos los autores que marchan á una segura extinción, refractarios como son á las artes más rudimentarias industriales y agrícolas, conservándose en un estado tan primitivo que, unido esto á sus particularidades cefálicas, han llevado á casi todos los autores á ver en ellos la persistencia de los primitivos americanos.

Marcados y distintivos son los *caracteres físicos* de los Botocudos, que se distinguen por una facies verdaderamente inferior, puesta de manifiesto al estudiar su primer cráneo Neuwied, y confirmado por los más importantes antropólogos, y más especialmente por Rey ¹, reconociendo en ellos un índice

¹ Rey, Philippe: *Étude anthropologique sur les Botocudos*. Paris, 1880.

cefálico variable de 71,67 á 74,86, pero siempre dominando la verdadera dolicocefalia unida á una extrema hipsistenocefalia, y cuando se presentan cráneos sudbraquicéfalos, como los medidos por Virchow, débense á sangre araucana y tal vez pampeana; su índice vertical es muy constante, de 75 en ambos sexos, y análogamente su leptorrinia, reconocida como de 42,4 por todos los craniólogos, si bien en las medidas de Rey son algo mesorrinos. Por su capacidad cefálica deben figurar al fin de la humanidad con los Australianos y Neocaledonios, pues la cubicación media es de 1.470 centímetros cúbicos en los hombres, y 100 menos en las mujeres.

El aspecto general no es tan inferior como los caracteres cefálicos, pues su talla es superior á la media; su musculatura está bien desarrollada, si bien las extremidades son delgadas y abultado el cuerpo; la color es amarillenta ó gris rojiza, y los cabellos son lisos y gruesos, afeitándose todo alrededor de la cabeza y creciendo especialmente en la coronilla.

Socialmente el Botocudo está en el periodo del hombre de la piedra, cazador y errante, y su más distintiva costumbre, que les ha dado el nombre portugués que llevan, es la mutilación de sus labios y orejas, abiertos en prolongada incisión, en la que introducen el *botoque* ó disco de una ligera madera, que alcanza hasta 6 centímetros de diámetro, dándoles un repugnante aspecto, especialmente el del labio inferior, que á veces rompe el colgajo y vuelven á unir sus dos partes por una sencilla atadura.

Mutilación es esta extendida en América en los antiguos Esquima'es, Coluches de Colombia y otras tribus del Brasil, presentándose en África sustituida por el *pelele* en forma de anilla, y otros adornos de los Manganjas y Mittus-Suba.

Los Botocudos no construyen habitaciones, cobijándose en un rudimento de cabaña formada por ramas y hojas, cuando llega la noche, pues cazador errante no tiene que guardar, ya que devora inmediatamente sus presas hasta con piel é intestinos, entregándose á una verdadera orgia de la gula si la caza es abundante, ó si encuentra una larva llamada bicho de taquara, de la que son muy golosos. Su canibalismo está limitado á los casos de guerra y venganza; pero no es tan excepcional que no puedan citarse casos auténticos en varias de las granjas brasileñas hace treinta años.

Viven en bandadas de 60 á 100, conducidos por el más fuerte ó astuto, pero sin idea alguna de autoridad ni jerarquía, cosa ciertamente que no exige de continuo su natural pacífico y hasta alegre, á juzgar por lo bailarines que son. Su arsenal guerrero es bien escaso, pues su arma favorita es el arco, de enormes dimensiones, con el que lanza certeramente flechas de 5 ó 6 pies con punta de piedra, de cuyo material es el hacha que usa á la mano ó fija en un palo por ataduras hechas con lianas. La moralidad no tiene en ellos ni semilla, pues su vestido redúcese, como dice Verneau, á la más simple expresión, van desnudos, y aunque muy impresionables por los fenómenos naturales, no parecen poseer

más ideas religiosas que el miedo á Nauchon, el espíritu del mal, y el asætar de flechazos el cielo para conjurarle; también se sabe que entierran ó queman sus muertos, y aun en algunos casos les ponen como ofrenda agua y alimentos.

4. RAZA FOGUINA. — Al extremo meridional de América, por bajo del estrecho de Magallanes, existe un archipiélago de islas inhospitalarias, batidas por las olas de un Océano siempre agitado, envueltas en heladas brumas, habitadas por indígenas que arrastran una vida miserable en las peladas costas, librando continuo combate á la Naturaleza por una existencia siempre indecisa y miserable. Esta *tierra*, descubierta por Magallanes y por los españoles, llamada *del fuego*, á causa de lo mucho que por necesidad prodigan este elemento los indígenas, y no por sus volcanes ni sus auroras polares, como suponen autores extranjeros, está habitada por los Foguinos ó Fueguenses, prefiriendo nosotros el primer nombre, que es el dado por los sudamericanos de las Pampas.

Llámanse los indígenas: Onas los del Norte, y Yaganes ó verdaderos Foguinos los del Sud, y fueron conocidos en el siglo xvi por García de Loyza, Alcazaba, Camargo y Sarmiento, que llegó á establecer allí colonias, muertas de hambre por causa de los ingleses.

La antropología física de los Foguinos es bien característica, especialmente por el aspecto externo de degenerados y cretinos que presentan estos indígenas, cuyo cuerpo es grueso y verdaderamente in-

forme, con las espaldas muy anchas y un vientre prominente, contrastando con las extremidades delgadas y raquíticas, sin duda por el género de vida que en ellos predomina.

La cabeza presenta un cráneo menos dolicocefalo que las dos razas que forman con ellos la rama protoamericana, pues su índice varía de 78 á 80, si bien en un cráneo por nosotros medido en el Museo de Ciencias Naturales es sólo de 74; la cara es ancha, con un índice facial de 70,1, y la nariz leptorrina, aunque no lo parece, porque el nasio se presenta bastante deprimido; los ojos son pequeños y negros, así como los cabellos, que son muy ásperos; la frente baja, los pómulos salientes y la boca grande, completan el aspecto de la fisonomía, que es verdaderamente apacible.

La talla, según D'Orbigny, es de 1,66; pero los autores modernos la reducen á 1,61; y el color es menos oliváceo y más rojo que en los americanos del Sur. Por último, es de señalar una elevada capacidad craneana, que en el cráneo por nosotros medido es de 1.680, y que contrasta con todas las demás razas cuyo estado social es análogo al de ésta.

Los caracteres *sociales é industriales* presentan al foguino como un pescador de la edad de la piedra y del hueso, pues que no conocen ni emplean otros materiales ni utilizan otros recursos para su alimentación y vestidos, únicas necesidades que sienten. Distingúense de las tribus continentales porque, en tanto que los Patagones y Araucanos desconocen

casi en absoluto el arte de la navegación ¹, los Foguinos viven casi tanto en el mar como en la tierra, fabrican barcas de cortezas de árboles cosidas con tendones de animales, y aun llegan á construir grandes embarcaciones, con las que atraviesan los estrechos de sus archipiélagos y costean las islas; viviendo tanto tiempo en estos barcos, que mantienen el fuego sobre una capa de arena y cantos, cuidándole, lo mismo que en tierra, con la extremada atención que exige la dificultad que tienen para obtenerle.

En tierra viven bajo abrigos transitorios de troncos y ramaje, ó se refugian en cavidades naturales que abundan en la costa, alimentándose principalmente de conchas y de pescados, á los que arponean muy diestramente y recogen zambullándose en el agua, si bien suelen cazar también al pato silvestre y á la nutria, que abunda en aquellas costas, atacando también alguna vez á los lobos marinos. Viven en pequeños grupos ó familias, que emigran sin cesar de una á otra localidad, siempre en busca del alimento, única causa de lucha entre ellos, para conquistar un buen cazadero ó un lugar de pesca abundante.

Pocos hombres representan mejor que los Foguinos los hombres de la edad de piedra, pues de este material son sus armas y á él únicamente añaden los huesos de foca; emplean la lanza ó arpón y las

¹ Girard de Rialle: *Les peuples de l'Afrique et de l'Amérique*. Paris, 1880.

flechas, y su vestido redúcese sencillamente á una piel de foca ó de guanaco, sujeta al cuello y flotando por la espalda, á lo cual añaden las mujeres un pequeño delantal, por lo cual no es de extrañar que en clima tan frío se les vea constantemente tiritando y formando un verdadero montón, en el que entran sus perros, para darse mutuamente calor.

El único animal doméstico que conocen es el perro, que les presta verdaderos servicios, por lo cual no es de extrañar que en los períodos de hambre maten y coman antes á las mujeres viejas que á estos animales. Conócense mal sus creencias, seguramente muy primitivas, pues tan sólo se sabe que tienen hechiceros, á los que obedecen y casi veneran, creyendo en los espíritus y en los aparecidos.

III

Rama norteamericana.

1. LÍMITES Y CARACTERIZACIÓN. — Por debajo de los esquimales ¹, el dilatado territorio que desde el Yukon y la bahía de Hudson se alarga hasta la punta de la Florida y el río Grande de Méjico, y desde el Atlántico se ensancha hasta el Pacífico, ó por lo menos hasta la cordillera Roqueña, discurren, nómadas las más, sedentarias algunas, aunque sin límites fijos, pero guardando todas ciertas posiciones regionales, las numerosas tribus que se designaran con el nombre de *pieles-rojas*, aceptado por la ciencia antropológica.

Tal conjunto de pueblos diferentes no puede ser, sin recelo al menos, aceptado como una sola y misma raza. El mismo Morton ², tan partidario de la unidad de la raza americana, que determina por el

1 Antón: *Loc. cit.*

2 Morton: *Crania Americana: or a comparative view of skulls of various aboriginal nations of North and South America.* Philadelphia, 1839.

cráneo redondo, alto, corto, aplastado en el occipucio, tantas veces repetido por sus líneas fundamentales en los excelentes grabados de su *Crania americana*, nos enseña en este monumento de la Antropología que «The native cast of the Allegany mountains (the great Lenape stock, the Iroquois, and the Cherokees) have the head more elongated than any other americans. To the west of Mississipi we again meet with the elongated head in the Mandans Ricaras, Assiniboins and some other tribes»; y en efecto, en las tribus llamadas pieles-rojas hay dos tipos bien distintos, uno dolicocefalo y otra braquicefalo. Si se comparan los pueblos desde la costa del Pacifico hasta el Atlántico en esta región, se observa un hecho de mucha importancia para averiguar los orígenes geográficos; la cabeza corta se encuentra constantemente en la costa del Pacifico, sin mezcla alguna hasta la California, y la larga predomina de tal modo en el Oriente á uno y otro lado de San Lorenzo hasta los Allaghani, que puede considerarse como el tipo de esta comarca. Uno y otro tipo cefálico se encuentran en las mismas tribus de las orillas del Mississipi, del Misuri y del Ohio, predominando casi siempre el primero, tanto más general en el Canadá y en el rio Colorado cuanto más al Occidente.

Son braquicefalos los más; y como esta es la forma más ordinaria en los pueblos del Asia Oriental, podría deducirse que de ésta proceden; mientras que los dolicocefalos, menos extendidos y más confinados al Oriente, pudieran considerarse origi-

narios de la Europa Occidental, donde este tipo es predominante, si no único.»

No es el mismo, sin embargo, como de lo anteriormente transcrito pudiera deducirse, el concepto de rama norteamericana y de piel-roja, pues la primera es más artificial y extensa, ya que verdaderamente no tiene en sí más unidad que la geográfica; pues absolutamente es preciso separar de la misma, de un lado los verdaderos pieles-rojas y los mejicanos, y de otro las razas oregónica y californica, que constituyen unidas lo que la mayoría de los antropólogos, siguiendo el concepto de Bastián, han llamado indios americanos del Noroeste, y á los que llaman los etnólogos americanos indios del Farth West, ó sean los indios del Pacífico, separando, por último, el Sr. Antón, no sólo en raza, sino en rama aparte los indios atlánticos, que generalmente se incluían entre los pieles-rojas.

2. INDIOS DEL PACÍFICO.—Las dos primeras razas de la rama norteamericana constituyen el núcleo de los indios del Pacífico ó del Oeste, que consideramos está formado por una serie de tribus en las que el carácter asiático está más marcado y que por sus caracteres, su historia y demás podemos separar de los indios de los Estados Unidos, propiamente dicho, ó de las cuencas de los grandes ríos. Usan la mayoría de ellos el cobre puro, y se dedican á la pesca los costeros, por iguales métodos que los esquimales y siberianos. En general comprende los cuatro grupos de *Koluches*, *Oregones*, *Californianos* y *Atabascos*, siendo estos últimos los más deseme-

jantes y que establecen el paso á los Pieles-Rojas del Este. Parece ser que fueron interrumpidos en sus dominios por la invasión posterior de los Koluches; sin embargo, en ellos encontramos una lengua y otros caracteres que los unen á los mejicanos, en especial á los Comanches y Pueblos, y aun á los Aztecas; y esto se explica por el sentido general de la inmigración asiática, y siendo la de los Aztecas posterior, con los altos que á su paso dejaron entre los Atabascos. En sus relaciones se habla de un viaje de la Siberia y de su paso por la costa del rio Cobre, de donde después se internaron para irradiar en todos sentidos hasta los grandes lagos.

Difícil es para nosotros, teniendo en cuenta, además de lo anteriormente expuesto, los modernos estudios de Thomas¹, no fundir en una raza todos los pueblos del Pacífico, á la que dicho autor da el nombre de Atabascos ó Dené, que es, de los cuatro grupos que en aquella región se distinguen, el más atrasado y primitivo, sin arte ni construcciones y usando instrumentos de piedra como el *patú patú* de los neocelandeses. Esta rama originaria envió colonias al Oregón y á California, como lo ha probado la lingüística con los Apaches del Arizona, los Nabajos de Nuevo Méjico y los Hupas de California.

1 Thomas, Cyrus: *Introduction to the Study of N. American Archaeology*. Cincinnati, 1888.

A).—**Raza oregónica.**

3. CHINUCOS.—Habita la raza oregónica el litoral del Pacífico desde Colombia á California, y era considerada por los antiguos autores como una rama de los indios columbios, distinguiéndose físicamente por su mediana talla y su color café con leche, general á sus diversas tribus, como lo es la deformación artificial de la cabeza, que les ha valido el nombre de cabezas aplastadas, pues llegan á obtener un verdadero plano desde el nasio á la coronilla.

Han invadido alguna vez estos indios el valle del Mississipi, y aun pretenden ser los aborígenes del valle; pero los datos de Maucach-Age nos muestran sus emigraciones constantes al Sud, aunque dándose el singular caso de haber subido 80 leguas al Norte en el siglo xvi.

Moralmente distinguen de los indios comarcanos por su bondad de carácter y sus aptitudes intelectuales, especialmente para las artes plásticas, como lo prueba la confección de unas singulares caretas adornadas con plumas, que usan en los bailes religiosos y festivos, á los que son muy aficionados. Dedicanse á la pesca, en la cual son extremadamente hábiles, encargándose las mujeres de las restantes ocupaciones.

Dentro de esta familia están también los Nayas, que habitan frente á la isla de Vancouver, exagerando el carácter bondadoso y hospitalario de los chinucos y distinguiéndose por el uso del botoque, análogo al delos botocudos.

B). — Raza californica.

4. CARACTERES Y PUEBLOS. — Según Bancroft, la actual California está habitada por californios y nuevo-mexicanos, distinguiéndose los primeros geográficamente en del Norte, Centro y Sud; los primeros con nueve tribus; los del Centro, que son los más salvajes, con 13; y los del Sud, que son más homogéneos, si bien contribuyen á la complicación que lingüísticamente señala Bancroft al catalogar 117 lenguas diversas, siendo hoy las tribus más típicas las de los *Mahelcheles*, *Achomawies* y *Yumas*.

«La California estaba en la época precolombina habitada por un conjunto de pueblos muy distintos por su raza y sus costumbres bárbaras. Ya La Pe-rouse observó el color negruzco de algunos costeños que Stephen Powers, en las *Contrib. to North Amer. Ethnol.*, editadas por el Gobierno norteamericano, confirma diciendo: «The faces an-broad and black..... and shinnig with an ethiopian unctuouses.» Mas estos negros tienen los ojos oblicuos y el pelo largo y rollizo de los mogólicos, de donde se colige su mesticidad de una raza de este tronco y otra negra, que pudiera ser primitiva ó derivada en aquellas costas por las corrientes del Pacífico desde la Micronesia, adonde, como parece fuera de duda, llegaron los papuas. Esto quiere Quatrefages, y puede admitirse sin dificultad. La tengo yo, en cambio, para convenir con él en el tipo blanco de los mahelcheles; más probables son los rastros de sangre

polinesia en California, reconocida por Mr. Cessac; porque si llegaron los papuas, mejor pudieron ser arrastrados los polinesios, por más navegantes. Todo bien pensado, no es posible encontrar hoy todavía el hilo de Ariadna que nos guíe en el dédalo y confusión étnica de esta comarca. Bancroft, en su obra colosal *Etnografía*, divide los californios en cuatro grupos: los del Norte, del Centro, del Sur y los shoshones, habitantes estos últimos entre la Sierra Nevada y la cordillera Roqueña, y son los mismos que Buchmann, fundándose en analogías lingüísticas, refiere á los nahuas de Méjico.»

Los californios del Norte son de color canela, altos, musculosos y bien formados, el rostro es oval y la nariz recta; los del Centro pequeños, negros, chatos y de labios gruesos; y los del Sur, más parecidos á sus vecinos del Colorado, cuentan tribus de cráneo corto y talla elevada, como la de los Yunkas, que merece al menos citarse por sus formas atléticas y el vigor salvaje de su robusta constitución, no menos que por sus extrañas costumbres, tan bién descritas por Ten-Katé.

Como los más típicos de esta raza pueden describirse los *Yumas*, que habitan el río Gila y otros afluentes del Colorado. Distingnense por su elevada talla, de 1,86 á veces, su vigorosa constitución y atléticas formas, su color rojo claro y su larga barba, cuando no se depilan; su cráneo es braquicéfalo y la cara ancha, de nariz recta y boca fina.

Llevan por todo vestido una tira de tela sujeta como banda, y sus adornos se reducen al pelo largo

y flotante y al taraceado, especialmente en los hombres. Tienen jefes de verdadera autoridad en la guerra y que son por privilegio polígamos, realizándose el matrimonio en los demás mediante un verdadero período de prueba de las aptitudes de la mujer, que en todo caso es la que realiza la generalidad de los trabajos.

Unas veces queman y otras entierran sus muertos, pero siempre hacen desaparecer los objetos del difunto. Tienen confusas ideas de un ser supremo y multitud de genios maléficos, esperando otra vida verdaderamente paradisiaca; abundan los adivinos y exorcistas, que son á la vez médicos, los cuales se entregan á un baile desenfrenado, acompañándose de una flauta.

C). — Raza piel-roja.

5. CARACTERES GENERALES Y DIVISIÓN. — Es la raza piel-roja la más extensa y complicada de todas, pues desde las heladas regiones del círculo polar se extiende á las tropicales de la Florida, y del Atlántico llega á las Montañas Rocosas. Pueden asignarse á estas tribus varios caracteres generales que, unidos á su historia y relaciones, justifican la unión en un grupo. Mondiot ¹ sigue el desarrollo de sus relaciones de modo bastante preciso, pero nosotros sólo citaremos aquí la confederación de las siete naciones, tan importante á la llegada de los

1 Mondiot: *Histoire des Indiens des Etats-Unis*.

europesos, y cuyo estudio aclara las sucesivas emigraciones de los Pieles-Rojas.

Formábase la confederación de las siete naciones en el siglo vi por los Apaches, que ocupaban la costa del golfo de Méjico, incluso la Florida y ribera del Mississipí hasta el Ohio, pues en Sawanah los reconoció Narváez en 1527; los Chicoreos estaban en las dos Carolinas, donde llegó Ponce de León en 1510 para transportarlos á viva fuerza para el trabajo de las minas de Sante Domingo, y si bien pereció allí, consiguió su objeto su sucesor Vázquez de Ayllón; los Achelaques ocupaban las partes bajas de los montes Aleganis, y en 1540 los visitó el caballero de Soto; los Iroqueses se hallaban al Norte de los anteriores hasta el río San Lorenzo, y eran los más activos y civilizados; los Algonquinos se extendían por el río y golfo de San Lorenzo, y las dos últimas tribus eran los Dacotas y los Osones, que se hallaban, los primeros al Este y los segundos en las Montañas Rocosas.

Los Chactas del Alabama emigraron durante un largo y reñido viaje, pero no atravesaron más que un río grande, que es el Mississipí, lo que indica su ruta entre éste y el Arkansas, viniendo de las Montañas Rocosas en igual dirección que los Comanches. Ejemplo de emigraciones más modernas presentan los Creks, que la verificaron á la llegada de los españoles, viniendo de un país en que el sol salía y se ponía por dos mares, y vencieron á los Cheroqueses y Samares hasta posesionarse de la Florida.

En los indios del Misouri hay datos de grandes

expediciones, como la de los Dacotas, que vivieron en el lago Michigan, y hoy se hallan separados de él por un espacio de 3.000 kilómetros.

Por los anteriores datos puede juzgarse de la dificultad de limitar exactamente á los Pielés-Rojas, sobre todo de los indios de la vertiente atlántica, con los que se forma la raza pensilvánica, y sólo por un análisis craneométrico y una rigurosa observación de sus caracteres descriptivos hállanse puntos de relación con las razas blancas que justifican su exclusión de los pieles-rojas propiamente dichos ¹.

Físicamente distínguese, según Girard de Rialle, el piel-roja porque es generalmente grande y huesudo, de musculatura cenceña, pero fuerte. La cara es alargada, á pesar del ensanchamiento de los pómulos y de las mandíbulas, que le dan un aspecto rectangular marcadisimo; la boca es grande, pero de labios finos, y los dientes largos y generalmente atacados de carie. Los ojos negros y hundidos presentan una abertura estrecha. La nariz, fuerte, aguilena y prominente, se inserta bruscamente en la base de la frente, que es ancha y baja. Las arcadas superciliares muy marcadas. La fisonomía en general es seria, impassible de ordinario, pero resulta feroz bajo el inflojo de la ira. El cráneo, la generalidad de las veces deformado desde la infancia, á causa de compresiones artificiales, es generalmente dolicocefalo, aunque en algunos casos se presenta la

¹ Quatrefages, A. de: *Introduction à l'Étude des Races Humaines*; "Bibliothèque Ethnologique". Paris.

braquicefalia. El color varía, según las tribus y los individuos, siempre dentro de un tono rojo fundamental. El cabello es negro y áspero.

El nombre de *pieles-rojas* se aplicó primeramente á las tribus de Levante, y, naturalmente, se extendió á cuantos discurren hasta las montañas Roqueñas. Más allá, entre la costa del Pacífico y esta cordillera, á partir de la península Alaska, poblando los archipiélagos de la costa, viven los Koluchos, pueblos de raza blanca, según Quatrefages, aunque salvajes y del grupo de los alófilos, como los indonesios.

Si se distinguen de algún modo por sus caracteres físicos los distintos pueblos entre los Pieles-Rojas, se parecen, en cambio, bastante por los intelectuales y sociales, tan perfectamente estudiados por Schoolcraf, Catlin, Ten-Katé, Drakés y Hale.

«Reducidos á la caza por todo sustento, en persecución del ciervo y del bisonte, corrían nómadas por las inmensas praderas, refugiándose en grandes tiendas de pieles (*wigwams*) distribuidas en compartimientos donde se alojan las distintas mujeres de estos indios por lo general, aunque no siempre polígamos.

«Las mujeres recogen y cargan con las tiendas y utensilios de todo género, en las largas marchas á que les forzaban los apremios de la guerra ó del hambre, y es para ellas todo el trabajo, así público como doméstico de la tribu. El hombre se cuida sólo de sus armas, de la guerra y de la caza. El arco con flecha armada de punta de piedra, la maza

de madera, el hacha de piedra ó de cobre y la lanza fueron sus armas, que las pocas tribus todavía restantes han trocado por los fusiles llevados por el comercio de los anglo-americanos á sus apartadas mansiones. Atacan al enemigo insidiosamente: la sorpresa y la traición son un honor y un timbre de gloria, sin que esto estorbe, cuando llega el caso, un valor llevado hasta la ferocidad y una cierta generosidad con sus huéspedes en tiempo de paz. El *escalpe* es la costumbre más singular del guerrero *piel-roja*, que apenas mata y derriba á su enemigo le arranca diestramente la cabellera con el casquete de piel donde brota, y esta larga melena de su enemigo, colgada á la puerta de su tienda, constituye el trofeo más estimado y más glorioso, suspendido también de su cintura en las grandes solemnidades de su borrascosa existencia.

«Se *tatúan* ó *tarecean* la piel en muy distintos sitios, según las tribus, y casi todos los varones ostentan fieros y orgullosos una marca, ya en la cara, ya en el pecho (*totem*), como el signo distintivo de su nacionalidad. De sus animales de caza vestían los cueros y las pieles, que pintaban con vivos colores, así como el propio rostro, los brazos y el busto, cuando le ostentaba desnudo en sus grandes hogueras al sol y á la luna, plácidas éstas, terribles y sangrientas aquéllas. Sus adornos más preciados consistían en collares y brazaletes de conchas ensartadas, ó simientes rojas, ó huesos y dientes de animales, y en el bonete de guerra empenechado de plumas, generalmente de águila, cuyo

número y posición graduaban la categoría del jefe que las ostentó.

«Creían en un *gran espíritu* creador y en genios, á manera de las divinidades de nuestras mitologías europeas, y era entre ellos frecuente también el culto al sol y á la luna. Los jóvenes de ambos sexos, al llegar á la edad de la pubertad, retirados al fondo de la selva, se preparaban con prolongados ayunos á las iniciaciones misteriosas de la guerra ó del amor. Su nación era la tribu; el jefe, elegido democráticamente, el más valiente, ó aquel que con más astucia llevó á sus compañeros á la victoria. Gozaba de poca autoridad durante la paz; se escuchaba el consejo de los ancianos, y en ocasiones, cuando las condiciones personales de aquél fueran muy relevantes y no menores sus servicios á la tribu, lograba transmitir su autoridad al mayor de sus descendientes. Entre los iroqueses¹ se formó una verdadera confederación; bien que algunas de sus tribus cultivaron el maíz y, logrando así fijar su residencia, adquirieron una coñstitución social más robusta, que les permitió dominar á sus vecinos y gobernarse mediante asambleas que intervenían en el poder público.

»Los cherokises, pueblo de cráneo dolicocefalo, fué realmente agrícola, y aun civilizado, si ciertamente conoció un alfabeto silábico. Schoolcraft, en su ex-

1 Es de advertir que este y otros pueblos son considerados por el mismo Sr. Antón como si fuese, no sólo de la raza piel-roja, sino de la rama norteamericana.

tensa obra, publicada por acuerdo del Congreso de Washington, ha recogido de este pueblo tradiciones referentes á su origen y á sus hazañas, y merecen citarse, por su brillante poesía mitológica, la del mancebo de color verde y de verde vestido que les enseñó el cultivo del maiz, y la del dios ó genio protector por cuya intervención llegaron los iroqueses á constituir su federación política.

a). — **Subraza canadense.**

7. CHIPEWAYOS Y APACHES.—No está clara por hoy la limitación de la subraza canadense, que en conjunto viene á corresponder á la familia Atabascana de Quatrefages y diversos autores; pero precisamente estos pueblos no habitan en el Canadá, y Quatrefages conserva aparte la familia canadense, próxima á la pensilvánica, de modo que establece la transición entre esta última y los verdaderos Pielles-Rojas, distinguiéndose por su dolicocefalia y su civilización, pues han aceptado en general casi toda la de los blancos, y en ellos se comprenden varios pueblos por el Sr. Antón llevados á la rama atlántica.

Corresponde, por tanto, esta subraza canadense del Sr. Antón á los atabascos de rama chipewaya, según los autores, y cuyo origen común está en los *tinech* ú hombres de las regiones boreales, que se consideran enemigos de los Pielles-Rojas, y así lo confirma al decir:

«Ningún otro pueblo entre los americanos del Norte ocupa un territorio tan extenso como el atabaska. Desde las montañas Roqueñas á la bahía de Hudson, y desde el lago de los Esclavos al Superior, discurrían sus guerreras tribus, los castores, las liebres, los osos, que estos ú otros nombres de animales adoptan para distinguirse; y aun se ha visto que más al Sur, entre el río Colorado y el Grande del Norte, los famosos apaches, cuya tribu nómada de los navajos comprendía, hasta hace poco, no menos de 16.000 individuos, pertenecen al mismo pueblo atabaska. Son estos indios de un color café un tanto amarillo, café con leche; más bien altos, enjutos y de extremidades inferiores muy robustas, y tienen el cráneo aplastado en el occipucio. En el Canadá, su nación más importante es la de los chipewayos, que defendió con no menos bravura que astucia su territorio, así de los franceses como de los ingleses.»

Los *Apaches*, que podemos escoger como más típicos, son hombres de alta talla, delgados y corredores, de color amarillento y cabello de un negro de ébano; la barba es rara, y más aún por la depilación, y el cráneo corto por aplastamiento occipital, en parte artificial; la cara ancha, especialmente en los pómulos, y los ojos pequeños.

Los dos sexos usan trajes de cuero y polaina alta, y en tiempo de guerra van medio desnudos, dedicándose á ella casi de continuo, pero principalmente á la de saqueo y robo á las vecinas tribus, para lo que utilizan sus excepcionales facultades de jinetes,

eligiendo jefe al mejor caudillo, aunque á veces sea el mando hereditario.

b). — **Subraza mississípica.**

8. EXTENSIÓN Y DIVISIÓN. — Constituyen por excelencia la raza piel-roja las dos familias mississípica y misouriiana, que comprende multitud de pueblos, habitantes del centro de América del Norte, y que en la clasificación aceptada reúnen constituyendo la subraza mississípica.

«Entre estas dos grandes ramas de los atabaskas, desde el Mississipi á las montañas Roqueñas, siguiendo la cuenca del Misouri, habitaron un gran número de tribus, como la de los dakotas, yowayos, osages, omahas, konzas, mandanos, ponkas, etc., conocidas con el nombre colectivo de sius, de alguna de las cuales existen todavía restos, de donde se sacan ejemplares, exhibidos después en los jardines zoológicos de Europa.

»Sin negar la evidente semejanza de sus costumbres, se puede advertir alguna variedad en sus caracteres físicos. Así los sius propiamente dichos son pequeños y feos, mientras los omahas son altos y de buen aspecto; el cráneo también ofrece diversidad de formas, aun en una misma tribu, donde la braquicefalia y la dolicocefalia se observan indistintamente, y por ende aparece la mesaticefalia, aunque la primera puede en la mayor parte de las tribus considerarse predominante. Generalmente sucede lo mismo con el color pardo, pero con un matiz, ahora

rojo, más ó menos pronunciado, ahora blanco, más ó menos tostado, y con la nariz recta en unos individuos y aguileña en otros; pero todos convienen en los pómulos salientes, la boca grande, la frente baja, las mandíbulas desarrolladas y en otros caracteres generales á los pieles-rojas. Parece como si en esta vasta comarca del Misouri se hubiesen encontrado y confundido las razas braquicéfalas del Norte y del Occidente con las doliocéfalas del Oriente antes mencionadas.»

9. PUEBLOS DE ESTA SUBRAZA. — De los cuatro pueblos principales cabe hacer una agrupación muy natural en dos grupos: el primero, formado por los Sius y Dacotas; y el segundo, de los dos restantes pertenecientes á los Creeks de los autores americanos.

El primer grupo es extremadamente variable en tribus, pero bien conocido *fisicamente* por los Sius y los Omahas estudiados en París¹, donde figuró una tribu en 1883. Todos, excepto los Sius, son grandes y musculosos, llevando algunos los nombres de *ventrudos*, por su desarrollo abdominal: la nariz aguileña se presenta principalmente en los Dacotas, y los ojos son estrechos, oscuros y ligeramente oblicuos en todos, así como las mandíbulas algo prominentes, y la inferior muy ancha y de ángulos bien marcados; el cabello no es tan negro como en los restantes grupos, y la piel varía del rojo puro al blanco. El cráneo es mesaticéfalo.

1 Verneau, R.: *Les races humaines*. 1 vol. de Merveilles de la Nature. Paris.

Entre sus *costumbres* se destacan las del cazador nómada, tras el bisonte que le alimenta y viste, dándole medios de cambiar sus pieles por diversos objetos. De un valor verdaderamente temerario en la guerra y en la caza, el más fútil pretexto enciende la lucha entre sus varias tribus, que practican el escalpe y demás usos ya relatados al tratar en general de esta rama, y que permiten considerar á estas tribus como los beduinos de América.

En el grupo de los Creeks están los *Seminolas* y los *Chactis*, de talla media y coloración muy variable, con el cráneo pequeño, redondeado y terminado en punta, el color muy variable y la nariz parecida á la de los semitas.

Hoy apenas tienen interés etnográfico estas tribus, á la que pertenecían los Natchez, exterminados por los franceses en 1730, pues habitando el Alabama y la Florida, casi todos han ingresado por completo en la civilización norteamericana, perdiendo, cuando no la vida, la originalidad étnica.

A estos pueblos corresponden, según todas las probabilidades, los antiguos constructores de los mounds ó terromontes, construídos en grupos ó aislados, y de las fortificaciones ó campos atrincherados de las colinas, siendo tal vez la última reminiscencia de los mound la sepultura del célebre jefe de los Omahas, Pájaro-negro, muerto en 1804 y enterrado á caballo con armas y objetos en una colina dominando el Missouri (Hamy).

c). — **Subraza pueblense.**

10. El grupo meridional de los indios de la América del Norte está formado por las dos familias Pueblanos y Mejicanos, que ocupan las cuencas del Colorado, el Arizona y el territorio de Méjico. Ya hemos visto que los pueblos deben ser considerados como los sucesores de los Clift Dwellers que encontramos en la América del Norte, y veremos luego la gran importancia etnográfica de estas razas en la parte Sur, pues sus cráneos, cúbicos y muy braquicéfalos, se repiten, no sólo en Olmecos y Mistecos, sino en los Muiscas, mucho más al Sud, en Perú y Bolivia, y aun en algunas razas de la Patagonia. La lingüística demuestra tales relaciones, pues la lengua de los Aztecas heredáronla de los Toltecas, y varias lenguas de San Salvador y Guatemala tienen grandes relaciones con ellos. Tiene por tipo esta subraza á los antiguos indios Pueblos, así llamados por nuestros capitanes de Indias del siglo xvi, estudiándolos principalmente Pedro de Castañeda, en 1540, que en su *Relación del viaje á Cibola* enumera en el Norte del rio Gila 71 tribus distintas, á que Schoolcraft trata en el iv tomo de *Ethnological Researches*, de asignar posición con los puntos hoy conocidos de la región. Posteriormente otros caudillos dieron claras noticias de ellos, afirmando el Virrey Mendoza, en sus cartas á Carlos V, que no usaban ni conocían clase alguna de metal.

Los Moquis conservan por tradición como su punto de partida el origen del río del Norte, y después de andar errantes se fijan, dirigidos por Moctezuma, y construyen los famosos pueblos, los Comanches, Navajos y otras razas análogas, dignas son de considerarlas hijas de igual origen.

Esta indecisión taxonómica para clasificar estas razas entre los pieles-rojas y los Mejicanos, refléjase en el Sr. Antón al escribir que «todavía se suele incluir entre los pieles-rojas á los llamados indios pueblos, descendientes, según parece (aunque los actuales suelen refugiarse bajo tiendas de campo), de los ingeniosos inventores de aquellas extrañas y regulares construcciones agrupadas á la manera de las celdas de una colmena, que los españoles designaron naturalmente, porque lo eran, con el nombre de pueblos, después aplicado á sus habitantes y descendientes también, según se cree, de los Clif-Dwellers ó habitantes de las rocas, cuyas moradas, elevadas en las alturas de los escarpes, estudian hoy con tanto interés los prehistoriadores en los cañones del Colorado y Arizona.»

Son estos indios de color pardo amarillento, de buena estatura, cara regular, nariz prominente, recta ó aguileña, y cráneo corto y ancho, casi cúbico. Quatrefages asegura que estos cráneos, de forma bien característica por cierto, son numerosos en las antiguas tumbas de Olmecos, Mistecos, Zapotecos, y Yucatecos: parecidos, aunque en más corto número se han visto entre los Muiscas y Peruanos, y más al Sur en los Aucas, Puelches y Charruas.

Prescindiendo de los antiguos pueblos del tiempo de la conquista española, diremos sólo algunas palabras de los que actualmente llevan su representación, que son los Comanches, Paducas y Moquis, y especialmente los primeros, perfectamente estudiados por Ten-Kate, según el cual, su talla es de 1,69 y su color café con leche, con el pelo negro; aumenta en estos cráneos la braquicefalia, pero se conserva la nariz saliente y aguileña en los hombres, porque las mujeres, tanto por este como por otros caracteres, difieren bastante.

El vestido de estas gentes es de piel de cabrito con franjas de cuero, así como los pantalones, análogos á los zahones de alguna región española; los hombres peinan trenzas adornadas con piel de nutria, y llevan una especie de coleta llamada scalplok, que es su distintivo. Viven en tiendas de piel de bisonte muy pintarrajeadas, y cerca de ellas construyen una especie de cercado con adobes para las parturientas, que consideran impuras. La mujer alcanza igual consideración que el hombre, llegando algunas á jefe de tribu, cargo que es electivo y no tiene jerarquía superior, por el aislamiento de cada una.

Habitantes de las llanuras del Arizona, son hábiles jinetes y certeros cazadores, sirviéndose del arco y la lanza. Presentan un verdadero conocimiento de los principios de las ciencias de observación y naturales, utilizándolos bastante bien, poseyendo una rudimentaria literatura tradicional y un lenguaje mímico muy completo. Adoran al sol y creen en

otra vida para hombres y animales, en la que gozan de un paraíso entregados al baile, que es su pasión favorita.

Debemos presentar como el más característico pueblo de esta raza á los indios Ho-pi ó Tusayanes sedentarios del Arizona, estudiados en 1890 á 92 por la expedición Hemenway, y cuyas colecciones pudimos estudiar en la Exposición del 1892¹. Son estos indios ejemplo de persistencia muy notable de un estado de cultura, pues que los objetos encontrados en lugares arruinados ya en la época del descubrimiento se parecen tanto á los modernos, que los usos y costumbres no han variado en cuatro siglos.

Actualmente viven los Ho-pi en siete pueblos de las mesas, á los que se llega por escarpados senderos tallados en la roca viva, y á ellos tienen que subir desde el llano todos sus alimentos, combustibles y hasta el agua. Son pequeños, pacíficos, industriosos, monógamos, respetuosos para la mujer: las ceremonias religiosas son muy complicadas, y se ejecutan en fechas determinadas y en cuartos secretos, terminando por un baile sagrado público, notándose en algunas de ellas la influencia del cristianismo.

De sus múltiples bailes sagrados hay uno destinado á pedir la fecundidad de los campos y de los animales y el hombre, en el que la primera sacerdotisa hace con arena en el cuarto ó *estufa*, que es

¹ Aranzadi y Hoyos Sáinz: *L'Anthropologie et l'Ethnographie dans l'Exposition Historique-Américaine*, 1892.

donde se celebran todas las ceremonias, el dibujo del Sol: es también notable el del sortilegio de la nube, celebrado en un altar hecho de arena fina, sobre la cual trazan con harina rayas representando los puntos cardinales y la perpendicular, colocando en el centro la vasija de la medicina y en los extremos mazorecas de maiz del color natural, que simbolizan los puntos cardinales; siendo estas fiestas hoy las más importantes, porque la región se ha vuelto muy seca, por lo cual también se celebra la fiesta pidiendo nieve, en la cual los sacerdotes desnudos dan la vuelta al pueblo y las mujeres desde los tejados les arrojan harina ó agua.

Es notable un instrumento llamado palo mataconejos, que arrojan horizontalmente y á tal distancia, que no los recuperan sus dueños; su forma hace sospechar cierta semejanza de función con el boomerang de los australianos, que es impulsado por un movimiento de rotación en su plano que persiste más que el de traslación y le permite, por tanto, volver al punto de partida si fué lanzado en dirección oblicua hacia arriba.

La cerámica ha decaído notablemente, siendo hoy oficio de mujeres, y prueba de ello es que usan para coger agua unas cestas untadas de pez por dentro y fuera.

Antes enterraban los muertos en montículos de arena, y á menudo quedaban al descubierto, añadiéndoles un plato con comida: los actuales entierran al pie de las mesetas, y sobre la sepultura ponen un palo con plumas y les dejan vasijas rotas.

D). — **Raza mejicana.**

II. ORIGEN Y PUEBLOS QUE COMPRENDE. — La actual etnografía mexicana cede en interés y estudios á la de los pasados tiempos, y en especial á la de la época de la conquista española; pero de todos modos, sólo provisional é hipotéticamente puede hablarse de raza mexicana, ya que en este país elevanse al máximum todas las dificultades de la etnogenia americana.

Al atravesar el Río Grande de Méjico — dice el Sr. Antón — para subir á las mesetas del Anahuac, pasamos del período de la piedra al de los metales. Una civilización análoga á la representada por las armas de cobre y de bronce en la Europa antigua, aunque ajustada á las condiciones de un medio distinto, aparece en la Sierra Madre de Nueva España, y se continúa hasta el desierto de Atacama, más allá de Bolivia, bajo dos fases diferentes, representadas por dos pueblos distintos: los mejicanos y los peruanos, ni el uno ni el otro formados por una raza uniforme, sino por un conjunto de elementos étnicos todavía no bien definidos.

«Ya los historiadores, fundándose en tradiciones ó en monumentos susceptibles de interpretación, nos cuentan las inmigraciones en Méjico y América Central de los mayas, quiches, olmecas, mistecas, zapotecas, toltecas y aztecas ó nahuatlacas, que debieron encontrar allí á los tarascos y otomies, según las opiniones de todos, procedentes del Norte, á ex-

cepción de nuestro erudito Cabrera, quien coloca al Sur y no al Norte las comarcas originarias de los pueblos invasores de Méjico. Problema es este todavía no resuelto por la Historia, pero que resolverá la Antropología cuando logre reunir los datos suficientes.

»Por de pronto, afirma Short que los mounds del Mississipi fueron construidos por los nahuas, fundándose, no sólo en la semejanza de estos terreros y de los teocalis, sino también en la de los cráneos encontrados en los mounds y los de los antiguos mejicanos, y en el parecido del tipo facial de las esculturas de unos y de otros; y aun cuando de esto puede deducirse una corriente de emigración de Norte á Sur, el hallazgo en los mounds, de armas de obsidiana, piedra de origen y yacimiento mejicano, viene á demostrar el excelente sentido de esta opinión. Nuestro sabio historiador Sahagún, á unos y á otros los cree procedentes de la Florida, y presente ya la afirmación de Short.

»Muchas opiniones andan escritas sobre la dirección de estas emigraciones y otras americanas, y Hellwald, el famoso antropólogo alemán, ha tratado el asunto esclareciéndole con todas las luces de nuestra moderna ciencia; mas por lo concerniente á Méjico, merece consignarse la de los Sres. Orozco y Berra, según los cuales los nahuas entraron por el 19 y 21° de latitud Norte en la costa del golfo. Emigraron hacia el Sur hasta los 17° y medio, casi en la región de Chiapa, y después, volviendo hacia el Norte, alcanzaron también la costa del Pacífico,

á lo largo de la cual extendieron su lengua hasta el 27° de latitud.

»Muy notable es que estos modernos sabios mejicanos y algunos otros, como el Sr. Larrainzar, se ocupen de estos problemas, que á ellos principalmente toca resolver, siguiendo las tradiciones de los antiguos historiadores españoles y aun de los primitivos mejicanos, por cuanto el P. Durán, en su *Historia antigua de la Nueva España*, nos dice que «los naturales se creen unos nacidos de las fuentes, otros de las cuevas, algunos creados por los dioses y los más de otros países venidos». Mas el problema capital para el antropólogo está en averiguar los caracteres físicos de cada uno de estos pueblos, aborígenes ó inmigrantes, que nos citan los historiadores; y forzoso es confesar la obscuridad de su solución, no obstante la opinión de Humboldt, que compara las afinidades étnicas de los emigrantes mejicanos á la de los grenzanos, noruegos, godos y daneses.

»Al presente sólo puede afirmarse que en Méjico, en la América central y en Colombia, en el antiguo dominio de los muizcas ó chibchas se encuentran cráneos de cuatro tipos distintos: unos, y son los menos, muy largos (dolicocefalos), que son á la vez muy altos y responden al tipo antiguo americano ya mencionado; otros cortos (braquicefalos), de forma cúbica, semejantes, si no idénticos, á los de los indios, pueblos antes descritos; otros braquicefalos, de forma redondeada, parecidos al famoso cráneo de Scioto, que Morton presenta como tipo de su raza

general americana, dolicocefalos, de forma ordinaria y nariz recta ó algo achatada.

»¿Cuál de estos tipos es el predominante? Para Quatrefages el pueblense, cuya raza es la madre y el núcleo, la parte principal en la población mejicana, muizca y aun peruana; mas en la *Crania americana* de Merton todos los cráneos mejicanos allí figurados son braquicefalos del tipo de Scioto, menos el de Acapaungo, que parece alargado; y Luciano Biart, en su monografía de los aztecas, nos describe á éstos como dolicocefalos de un cuarto grupo. He aquí sus palabras:

»El azteca es de mediana talla, grueso y de bien proporcionados miembros. De cráneo dolicocefalo y de estrecha frente; la nariz ancha, los ojos negros, grande la boca, carnosos los labios y de color violáceo; los dientes blancos, cortos, bien distribuidos y admirablemente encajados en las rosadas encías. Los cabellos son negros, gruesos y ásperos, y la barba nula. El color de su piel es cobrizo, menos obscuro el de la palma de las manos y en la planta de los pies. Los hombres de esta raza son, estéticamente considerados, más bien feos, y las mujeres, de contornos más delicados, son generalmente guapas en la época de su pubertad, pero bien pronto sus formas se hacen pesadas. Los dos sexos tienen un carácter común: la pequeñez de sus extremidades. Es de notar que, en oposición á los toltecas, este pueblo no se deforma el cráneo más que accidentalmente.»

Resulta, pues, que si la masa de los naturales de Méjico pudo ser braquicefala, el pueblo dominador

y representante de la última civilización precolombina, siquier fuese ésta de origen tolteca, era dolicocefalo y por lo tanto distinto, por su raza, del pueblense, y de estatura mediana, lo que le aleja algo de los Iroqueses dolicocefalos.

Los últimos estudios de Mr. Hamy, cuyo principal resultado ha sido afirmar por completo la debata existencia de los Toltecas y probar la exactitud de las relaciones de Alba Ixtlilxochitl, aclaran la etnología mejicana ¹, trazando del siguiente modo su origen y cambios con las propias palabras de Alba:

«Todos los naturales de esta tierra descenden de dos linajes: Chichimecos y Toltecos.

»Los Tezcucanos, antiguos moradores de esta tierra; los Tlaxcaltecas, Mezcas, Totonagues, Quztecoc, Otomies modernos, Mejicanos y demás naciones, son todos del linaje *Chichimeco*, aunque los Mejicanos fueron grandisimos idólatras, más que los Toltecas y los Acolhuas y Tepanecas; pero las demás naciones Chichimecas no tenían ídolos ni adoraban á los demonios que adoraron los Mejicanos, Tepanecas y Acolhuas, sino al sol, que llamaban padre, y á la tierra, madre, y le ofrecían todas las mañanas la primera caza que cogían, así pájaros como venados, liebres, conejos y demás animales y aves.

»El otro linaje es el de los *Toltecas*, y de él proceden los de Culhuacan, Choluca, Chalco, Quecho-

1 - Sentenach, N.: *Ensayo sobre la América Precolombina*. Toledo, 1898.

lan y las costas del mar del Sur y Norte; Colihua-
can, Xalisco, Tlaxicatzinca y Tlecihuitlapalan, de
donde ellos vinieron, son todos Toltecas; y se pre-
cian de este linaje, como tengo dicho, artifices y
grandes sabios idólatras de las demás costumbres
que tuvieron y tienen hoy día en su naturaleza.»

De la antigua civilización mejicana—dice en con-
junto Thomas¹—que era muy superior á la de los
Pueblos é Indios, y que los Mayas y Aztecas, así
como los Zapotecas del valle de Oaxas, tenían igual
numeración y año de trescientos sesenta y cinco
días, de doce meses lunares. La agricultura estaba
muy adelantada y la propiedad privada hasta en el
campo; sabían fundir y trabajar los metales y eran
muy diestros en la cerámica; usaban la escritura
simbólica, aproximada á la fonética, y abundaba la
pictográfica y jeroglíficos, alcanzando un gran
desarrollo la arquitectura ornamental, muy rica en
adornos.

12. MAYAS Y AZTECAS².—Son éstas las dos nacio-
nes ó pueblos civilizados de Méjico; y conocidos ya
los últimos, diremos que los Mayas se distinguían
físicamente por ser altos y fuertes, de frente depri-
mida, exagerando esto el carácter saliente y agui-
leño de la nariz.

Sociológicamente las dos razas presentan muchos
puntos de contacto; lo que no es de extrañar, sa-

1 Thomas, Cyrus: *Introduction to the Study of N. Ameri-
can Archeology*. Cincinnati, 1893.

2 Briart. L.: *Les Azteques*. "Bibliothèque ethnologique".
Paris.

biendo que dos ó tres siglos antes de Jesucristo, y después de una lucha sostenida por los Nahuas del Norte con los Mayas del Yucatán, se fundieron ambas naciones, resultando, por así decirlo, la verdadera nación Azteca, que, reforzada por otras tribus Nahuas, constituyeron el gran imperio tolteca de Choluca, floreciente hacia el siglo vi, si bien muchos americanistas no unifican los Nahuas y los Aztecas, ya que estos últimos no aparecen hasta después de la destrucción de los Nahuas y Mayas por los Chichimecos, ya en el vii siglo.

La jerarquía social estaba completamente desarrollada, estando vinculado el mando sobre una clase ó casta aristocrática y sacerdotal, probablemente resto de la dominadora en las primitivas tribus, constituyendo los nobles de nacimiento ó piltzin, á los que seguían los personales, tecuthli, y los señores de pueblo ó chinancalec; venían después los comerciantes y los artesanos, y, por último, los labradores y esclavos.

En ninguna parte aparece la propiedad inmobiliaria é individual, reinando un absoluto comunismo bajo la autoridad real. La monogamia era obligatoria, excepto para el rey, y la filiación paterna era la exclusiva, llegando en Méjico á no heredar más que los varones. La religión politeísta tenía por dioses al sol y otros fenómenos naturales.

Predominaba la alimentación vegetal y carecían de animales domésticos y de carga, realizando los transportes los esclavos, pues el comercio y la industria florecieron en grado sumo, destacándose la

arquitectura monumental, de que ya hablamos, y siendo muy notables las obras de Ingeniería en caminos y canales.

13. CHICHIMECOS Y TRIBUS ACTUALES. — Los Chichimecos, que se llamaban perros, constituían unas feroces hordas llegadas del Noroeste, y cuya lengua se desconoce, que invadieron á los civilizados Toltecas; pero acabaron por ser absorbidos por los vencidos, merced á su mayor cultura y civilización.

Los indígenas actuales del Anahuac — dice Bancroft ¹ — son de una talla generalmente superior á la media, bien desarrollados y musculosos. A la Vera-Cruz son un poco más bajos, pues tienen de cuatro pies y seis pulgadas á cinco pies cuando más, siendo verdaderamente mal conformados; las mujeres son todavía bastante más pequeñas, y llegan á la pubertad en edad muy temprana. En Yalisco los dos sexos son de alta talla, bien conformados, y entre las mujeres se encuentran muchas que tienen tal perfección de formas, que pudieran servir de modelo para la escultura.

En general, en las altas mesetas los hombres son musculosos y bien proporcionados. La piel es gruesa y oculta mucho el movimiento de los músculos, teniendo en general estrecha la frente, oval la cara, alargados, negros y muy separados entre sí los ojos, la boca grande con labios gruesos, y dientes blancos y regulares, la nariz pequeña y algo cha-

1 Bancroft: *Native races of the Pacific states.*

ta. La expresión general de la fisonomía es melancólica, y presenta una extraña combinación de mal humor y dulzura. Aunque alguna vez se encuentran mujeres bonitas, la mayoría de la raza en los dos sexos es fea, y en la vejez, que comienza muy pronto, los rasgos son duros y las arrugas numerosas.

Los sentidos son todos finos y desarrollados, especialmente el de la vista, que permanece sin disminuir hasta una edad muy avanzada. El cabello largo, recto, negro, espeso y brillante, es común en todos; la barba es rala, y sólo se desarrolla un poco más el bigote. Es verdaderamente raro encontrar un indígena con los cabellos grises, y menos aún blancos. Todos los indígenas son notables por su vigor y su resistencia á la fatiga, pudiéndose juzgar por las pesadas cargas que soportan á las espaldas. El color en los habitantes de las altas mesetas varía bastante, pues unos son oliváceos, los otros pardos y algunos de un rojo cobrizo muy pronunciado.

Todos los anteriores caracteres de las razas de las altas mesetas corresponden casi exactamente á los asignados por los primeros escritores españoles de Indias cuando la época de la conquista; pero no debe olvidarse que este país es uno de los que más razas mestizas han ocasionado por el cruzamiento de indios, blancos y negros, llegando á ser bastante complicada la terminología de los resultados del cruzamiento, y para ejemplo bastará citar los nombres de una notable serie iconográfica de cuadros

existentes en el Instituto de Toledo ¹ y procedentes de la antigua Universidad, á la que los cedió el Cardenal Lorenzana; serie muy análoga, y quizá complemento de otra existente en el Museo de Ciencias Naturales de Madrid.

Los cuadros, que son 16, representan otras tantas parejas con un niño, resultado de su unión, y dicen textualmente:

Calidades que de la *mezcla* de Españoles, Negros é Yndios proceden en América; y son como se sigue por los números:

1. De Español é Yndia nace *Mestiza*.
2. Español y Mestiza producen *Castiza*.
3. Español y Castiza torna á Español.
4. De Español y Negra sale *Mulato*.
5. De Español y Mulata sale *Morisca*.
6. De Morisco y Española, *Albino*.
7. De Albino y Española, lo que nace *Tornaatrás*.
8. Mulato é Yndia engendran *Calpamulato*.
9. De Calpamulato é Yndia sale *Jibaro*.
10. De Negro é Yndia sale *Lobo*.
11. De Lobo é Yndia sale *Cambuja*.
12. De Yndio y Cambuja nace *Sambahiga*.
13. De Mulato y Mestiza nace *Cuarterón*.
14. De Cuarterón y Mestiza, *Coyote*.
15. De Coyote y Mestizo nace *Albarazado*.

1 Actualmente se encuentran en las colecciones del Laboratorio de Antropología del Museo de Ciencias Naturales mediante permuta, y con los ya existentes le permite poseer la mejor y más fiel iconografía de los cruzamientos de las tres razas que existe en Europa.

16. De Albarazado y Saltaatrás sale *Tente en el Aire*.

Sin unir á la transcrita lista las que ha trazado Hamy y las que figuran en varias obras de nuestros escritores de América, se comprende la mezcla de razas que hoy forman la mayoría de la población en Perú y Méjico principalmente.

Rama atlántico-americana.

1. SU FUNDAMENTO Y EXTENSIÓN. — La separación de los Pielas-Rojas ribereños del Atlántico en rama independiente es novedad que el Sr. Antón establece, rompiendo el tradicional modo de ver en estos indios, un grupo, ó cuando más una familia, establecida por Quatrefages con la denominación de Pensilvánica, pero dentro siempre de los mismos indios Pielas-Rojas.

Más que en caracteres físicos, por hoy no bien conocidos y peor limitados, fúndase esta rama en consideraciones históricas que permiten afirmar con evidencia plena la gran difusión de sangre blanca, alófila probablemente, en toda la costa atlántica de América del Norte, llevada allí en tiempos precolumbinos por irlandeses y escandinavos, aparte de otros elementos de menor importancia; vienen después en apoyo de la separación los numerosos signos de superioridad social y artística de estas tribus atlánticas sobre las del Centro y el Oeste, y completan este modo de ser las marcadas tendencias á la

dolicocefalia de facies europea que se observa en los cráneos de aquellos indigenas.

Será éste, problema que ha de resolverse prontamente si en caracteres antropológicos ha de tener su base, porque las razas á que se refiere caminan más rápidamente que las anteriores á su desaparición, bien extinguidas por una constricción brutal ó bien absorbidas en la cultura anglo-sajona, que las hace perder toda individualidad y carácter.

En la clasificación de Brinton figura esta rama y raza en el grupo Norte-Atlántico, pero en unión de los Esquimales, Tinés, Dacotas y otra multitud de pueblos, con los que nada tienen de común, apareciendo un poco más limitados en la división geográfica que por la arqueología establece Thomas, citando los Algonquinos del Labrador á las Montañas Rocosas y de los grandes lagos al Tennessee; y los Iroqueses alrededor del Erie y del Ontario en las márgenes del San Lorenzo hasta Quebec, comprendiendo el actual estado de New-York y la Pensilvania.

Donde más patente está la distinción de estos pueblos es en la clásica obra de Prichard ¹, que estudia completamente aislados los Algonquinos Lenapes y los Iroqueses, siguiendo la opinión expuesta en el gran libro de Gallatín, y en ésta, como en las anteriores divisiones, los Cheroqueses están aparte, pues forman en la raza Alegánica, aunque de un

1 Prichard, J. C.: *Histoire Naturelle de l'Homme*. Traducción francesa de Roulín. Paris, 1843.

modo dubitativo, en lo que puede haberse fundado el Sr. Antón para incluirlos en ésta.

2. ORIGEN Y DIVISIONES DE LA RAZA PENNSILVÁNICA.—De los Algonquinos Lenapes se puede reconstituir bien la historia de sus emigraciones por los trabajos de Heckewelder: así se sabe que vinieron del Occidente, haciendo paradas de un año en los países fríos, y que, ya en el Norte de América, hallaron otra tribu que parecía haberles precedido, y unidos á ellos, que eran los Hunges, atacaron á unos indígenas que construían trincheras y fortalezas, llamados los Aligiris, y á quienes derrotaron, haciéndoles marchar al Sur y atravesar el Mississipi. Posible es ver en estos constructores de fortalezas á los Clifs-Dwellers y Pueblos arrojados del Norte; fueron pues los anteriores á sentar sus reales en el Nuevo Méjico; y admitido el hecho, y teniendo en cuenta cuándo llegaron los constructores de fortalezas al Anahuac, podemos calcular que ocurrieron estas invasiones de gente del Norte hacia el siglo x, pues que en el Anahuac los vemos ya en el xi, según la cronología azteca, resultando que son muy modernas las invasiones de los Pieles-Rojas; lo cual demuestra la existencia de otra raza anterior en el centro de los Estados Unidos.

Los Iroqueses y Cheroqueses del Canadá parecen proceder de la misma emigración de los Lenapes, pues que con éstos aparecen en el centro de los Estados Unidos, aunque luego se volvieron al Norte, y allí, como pueblo más inteligente que sus vecinos, se establecieron, llegando á un grado de cul-

tura superior á ellos. De allí enviaron colonias como los Tuscaroras á la Carolina del Norte, donde permanecieron hasta mediados del siglo pasado.

Reunidos á las otras tribus canadienses formaron la confederación de las cinco naciones, que después llegó á siete, como hemos visto. Los Hurones y Lenapes son los dolicocefalos de la rama común á los del Canadá y Pensilvania, que han permanecido más puros, pues los otros se han mezclado á elementos braquicefalos del Sud, que los han transfigurado.

Los Abenaquis del Maine y del Canadá, los Micuras de Acadia y de Terranova y los Delavares, tan célebres en la historia de las colonias inglesas de América del Norte, pertenecian á los Algonquines. El Rey Felipe, que combatió á los puritanos de Nueva Inglaterra, era algonquino, así como los caudillos que, á la cabeza de los últimos clans, dieron la última batalla en los bordes del Mississipi; perteneciendo también á esta raza los célebres mohicanos poetizados por el novelista Cooper, que unidos, según Adam y Girard de Rialle, á los Tines, poblaban todo el Norte de América Septentrional.

3. ALGONQUINOS É IROQUESES. — No existen—dice Prichard—diferencias muy marcadas respecto á los caracteres físicos entre las naciones pertenecientes á estas dos razas. La descripción dada por Mackenzie de los Kuistenos y la de los Potowatomis de los bordes del lago Michigán, debida al profesor Keating, pueden tomarse como una descripción general de los Algonquinos Lenapes. Son estos pueblos de talla media, bien proporcionados y activos; su color es

cobrizo y sus cabellos negros, cortándolos de diverso modo, según el gusto de cada tribu, cuando no los dejan largos y colgantes naturalmente. Generalmente se arrancan la barba, y la costumbre de la depilación es común á los dos sexos. Tienen los ojos negros y la mirada viva y penetrante, en consonancia con su fisonomía franca y agradable; son extremadamente amigos del adorno, y la principal manifestación de su vanidad se presenta en el atavio de su persona con el mayor número posible de objetos, y uno de sus principales ornamentos es el pintado con vermellón y colores extraídos de substancias minerales.

De todas las razas americanas no hay mujeres que sean tan agraciadas como las de ésta, pues aun para el gusto europeo resultan verdaderamente hermosas y bien formadas, y hasta su color no es del tono obscuro general á los salvajes y en parte debido á la suciedad.

Los Potowatomis son bien proporcionados, de una talla de cinco pies y nueve pulgadas. Poseen gran fuerza en los músculos del brazo, pero muy escasa en los riñones; su cuello es corto, y están dotados de gran agilidad; la voz es débil y apagada, pero penetrante cuando hablan bajo la influencia de alguna excitación. Los dientes son buenos y bien cuidados, pero bastante irregulares. Á causa de la constante exposición al sol y al viento, el color de su piel se oscurece mucho, pero las partes cubiertas conservan su color primitivo, que es rojo al principio y ocráceo después.

Kalm ha descrito los *Huronos* y algunas otras tribus de raza Iroquesa como poco diferentes de las anteriores, pues son grandes, fuertes, robustos y de piel cobriza; los cabellos cortos y negros, afeitándolos de una á otra oreja por la región frontal superior. Los Anies, otra tribu Iroquesa que habla como los Hurones; son también altos, pero con la cara más redonda que éstos y mayor expresión de crueldad en la mirada; Kalm afirma que no ha visto indios de cabellos más largos y lacios.

4. CHEROQUESES. — Forman estos la transición á los ya descritos Seminolos ó Creek, incluidos por Prichard en la rama alegánica, y su historia ha sido admirablemente trazada por Gallatin ¹ ocupaban la prolongación meridional del Sudoeste de los Apalaches, y en el trimer tercio del siglo ascendían á 15.000, sin contar los negros que tenían como esclavos. Es probable que los Cheroqueses sean una rama de la raza Iroquesa, pues lingüísticamente el Dr. Barton y Gallatin han encontrado afinidades en ambas lenguas, siendo de notar que desde principios de siglo poseían una escritura inventada por uno de ellos, que se adaptaba mejor á su fonética que nuestros caracteres alfabéticos, y tenían leyes escritas.

Según Catlin, las mujeres de estos indios en el río Arkansas tienen aspecto europeo, cultivan extensos campos de trigo y habitan casas verdadera-

¹ Gallatin, Albert.: *Archeologia Americana*; y en especial la *Synopsis of the Indian tribes of north America*, en el tomo II.

mente cómodas, manteniendo escuelas é iglesias que contribuyeron á la completa civilización en que hoy se hallan.

En la época de la conquista existían trazas de una antigua civilización que Adair llegó á suponer semita; tenían una ciudad de refugio ó de paz análoga á los lugares de asilo medioevales, y mantenían el fuego perpetuo custodiado por unos sacerdotes á que llamaban hombres bien-amados, en cuya presencia no podía cometerse acto alguno de violencia, y Charlevoix y el Dr. Pratz todavía vieron el templo donde adoraban al sol y al fuego. Dividíanse las naciones en clanes, que llevaban el nombre de un animal, como en los Hurones, y el matrimonio sólo se celebraba entre gentes de diverso clan ó totem, de igual modo que en los Lenapes y otras tribus meridionales.

Rama sudamericana.

1. CARÁCTER GENERAL Y DIVISIÓN. — Al famoso naturalista y viajero francés Alcide D'Orbigny débese el fundamento de la antropología sudamericana, pues las clasificaciones y la descripción de las razas de aquella parte del Nuevo Continente tienen por base las expuestas en su magistral obra¹.

De las razas incluidas en el tipo sudamericano por D'Orbigny, comprensivas de todas las que habitan tal región, hay que excluir en la rama sudamericana del Sr. Antón las dos razas Botocuda y Foguina, que fueron descritas en la rama protoamericana y los Patagones, que forman aquí una especie de apéndice ó rama independiente de las restantes razas sudamericanas, pues el resto de la clasificación, salvo el ramo araucano, apenas ha sido modificado, tanto en la por nosotros seguida, como en las demás que se han expuesto.

1 Orbigny, Alcide D': *L'homme Americain (de la Amerique Meridionale)*.—París, 1835.

Puede decirse de un modo general que, á medida que se han ido conociendo las razas y las lenguas de América del Sur, se ha simplificado y disminuído la innumerable cifra de los pueblos y razas descritas por los primeros viajeros y exploradores.

En ninguna región del mundo preséntase tan marcada la influencia de la tierra y del medio sobre la raza como en América Meridional, y así lo demostró D'Orbigny al trazar las grandes divisiones étnicas de aquel Continente. En la cadena de los Andes por sus dos vertientes y en la costa del Pacífico existía una potente monarquía que reunía bajo su dominio todas las tribus desde Quito á Chile, dejando únicamente de extender su poderío sobre los belicosos araucanos al Sudeste, y en los insulares de las islas Chiloe; tan extensa región presenta una gran igualdad en su constitución física, reflejada en sus pueblos, que constituían la raza ando-peruana, y que, por su carácter montaños, mereció de Prichard el nombre de naciones alpestres.

Al Este, y al pie mismo de los Andes, se extiende un país llano hasta las aguas mismas del Atlántico, constituido por bosques y selvas de exuberante vegetación en las cuencas del Orinoco y el Amazonas, habitado por un conjunto de tribus selváticas y pescadoras que forman la raza brasileo-guaraní ó caribe.

Internándose por el Norte entre las dos anteriores regiones, y formando al Sur las extensas Pampas y llanos del Plata, están las llanuras y sierras bajas en que vivían todos los restantes sudamericanos que

no formaron un conjunto tan uniforme como cada uno de los dos primeros, sino que se dividían en habitantes de las Pampas ó naciones ecuestres del Paraguay y la Argentina, los de las selvas de la provincia de Chiquitos y los de los llanos cenagosos, en parte constituidos por los Moxos.

Tal era la situación de los indígenas americanos á la llegada de los españoles, y poco en realidad han cambiado ¹ los trazos generales de esta distribución; porque hay que tener en cuenta que sólo tres de las grandes naciones citadas han realizado emigraciones, permaneciendo los demás en completo estado sedentario: son los emigrantes los Quichuas, Guaranís y Araucanos. Los primeros, bajo la dirección de Manco Capac, descienden del lago Titicaca hasta Cuzco, y de allí avanzan como conquistadores, de un lado hasta Chile y de otro á Quito. Los Guaranís costean el Atlántico hacia el Norte, y mientras algunas de sus hordas, como los Caribes, navegan hasta las Antillas, otras suben por los grandes ríos Orinoco y Amazonas ó descienden hasta los llanos de Buenos Aires, y posteriormente, en número inmenso, parten del Paraguay hacia el Noroeste, atraviesan el gran Chaco y se fijan al pie de los Andes peruanos, constituyendo las tribus de los Chiriguayos. Los Araucanos presentan emigraciones parciales, que dieron á nuestro Ercilla motivo para su notable poema *La Araucana*.

1 Dr. Gerland: Mapa de las Razas humanas del *Physikal Atlas* de Berghaus.

A). — **Raza andense.**

2. EXTENSIÓN Y DIVISIÓN.— Corresponde esta raza de un modo general á las dos ramas primeras de la ando-peruana de D'Orbigny, aunque algo variada en sus límites, y que caracteriza el ilustre autor del hombre americano, por su color pardo oliváceo, baja estatura, frente aplastada y ojos horizontales. De las tres ramas en que la divide, la primera, ó peruana, es morena, de mediana talla, grueso el tronco, la cara larga y oval, de nariz aguileña, la boca grande con labios medianos, los ojos horizontales, de color amarillo y los pómulos no salientes; pero á pesar de estos caracteres generales, el Perú está lejos de presentar uniformidad en sus habitantes, pues hállanse en él desde cráneos de índices de 96 á la extrema dolicocefalia; los primeros existen en construcciones perfectamente asimilables á los *pueblos* del Norte, y los últimos como restos de la primitiva raza de Lagoa Santa, y tal vez de emigraciones polinesias; y así se han hallado hasta en la necrópolis de Ancon, unidos á los deformados de los Aimaras, según el uso de varias poblaciones caucásicas. En el análisis de sus civilizaciones vemos la multitud de razas á que eran debidas, entre las que la de las Chimús, de cráneos cúbicos análogos á los Pueblos, fueron los constructores de los grandes monumentos anteriores á los Incas, aunque no fueron seguramente los que importaron las industrias metalúrgicas, pues que ellos no las conocían.

Como ejemplo que pueda aclarar algo el estudio de los cruzamientos antiguos, damos el que Ulloa y Jorge Juan ¹, en su viaje á la América Meridional, presentan, refiriéndose á los observados en el Perú y Bolivia; las tres razas fundamentales, blanco, negro é indio, daban, uniéndose, los resultados siguientes: si los blancos permanecían sin cruzarse, se los llamaba europeos, y criollos á los del país; la unión del negro y el blanco daba el *mulato*; la de éste con blanco, *tercerón* ó claro; la de éste con blanco, *cuarterón*, y la de éste con blanco *quinterón*, ya casi blancos y que se llamaban españoles; del mulato con negro ó con indio resultaban el *zambo*; los mulatos y cuarterones con tercerón, *tente en el aire*, por su poca fijeza de caracteres; el de cuarterón ó quinterón con mulato, *salto atrás*, porque resultaba como uno de los padres; y finalmente, zambo era del negro al quinterón con indio.

Rivero y Tschudy ², en sus *Antigüedades peruanas* y posteriormente Gosslet, admiten tres tipos: el Chíncha de las costas del Pacífico con el cráneo apiramidado, oval y ultrabraquicéfalo con deformaciones; los Aimaras de los altos del Perú y Bolivia, ovales, de cara larga y mesaticéfalos, y los Huancas de los Andes, que se hallaban del 9° al 14° paralelo de las latitudes y son de cráneo cuadrado, cara corta y dolicocefalos. Estas tres razas viven hoy, y sin so-

1 Antonio de Ulloa y Jorge Juan: *Viaje á la América Meridional*.

2 Rivero (Mariano Eduardo de) y Tschudy (Juan Diego): *Antigüedades Peruanas*. Viena, 1851.

meterse á deformación alguna presentan el famoso epactal de los Incas.

Los antisanos tienen el color claro, de 1 á 64 de talla media, delgados, con la frente alta y la cara oval, la boca es mediana y los rasgos generales de la fisonomía son vivos y afeminados. Presentan de notable el gran desarrollo del sistema piloso en los Guarayos, y probablemente en los Yucareresé, que tal vez para evitar este crecimiento se depilan completamente. Los anteriores caracteres fundamentan la tradición de los hombres blancos y barbudos venidos del Este, y tal vez los Antisanos del Títicaca sean los degradados descendientes de aquella raza, llegados al estado semibárbaro en que hoy se encuentran por mil causas diferentes.

a). — **Subraza Muisca.**

3. SUBRAZA MUISCA. — En la actual etnografía sudamericana apenas tiene interés esta raza Muisca desaparecida, si no totalmente, si en su representación étnica, en medio de los actuales habitantes de Colombia; pero sería truncar la serie expositiva de las razas y civilizaciones americanas si prescindieramos de la famosa civilización de Cundinamarca y de la raza de los Chocos que establecían el tránsito de las civilizaciones mexicanas y peruanas al salvajismo de los restantes habitantes de América.

Ni por la raza ni por la lengua podían incluirse en los Quichuas, de los que diferían también por sus instituciones sociales y políticas; pues si bien el

poder temporal y espiritual estaban vinculados en el soberano, á la monarquía comunista del Perú sustituía aquí una federación de tribus que se concentraron algo para resistir á la invasión española.

Los Muisca eran politeístas, y su principal dios el sol, del que habían recibido por Botchica, su profeta barbudo, las bases de su civilización. Sus industrias textiles permitíanles usar telas de algodón y cascos de juncos, usando multitud de adornos de oro y plata, en los que engarzaban piedras finas, especialmente esmeraldas; también alcanzaba verdadera perfección la pintura y la escultura, ornamentando sus construcciones hoy arruinadas. En lo que superaban á los peruanos era en el comercio, muy activo con las tribus vecinas, ya que por el comunismo inca allí no existía más que el reparto.

b). — **Subraza peruana.**

4. EXTENSIÓN Y PUEBLOS. — Los pueblos peruanos forman para todos los antropólogos una unidad, más bien por la civilización y sociología que por sus caracteres físicos, y así vienen figurando en todas las clasificaciones, desde la primitiva de Retzius de las razas americanas, hasta las modernas de Quatrefages y Gerland; pero nosotros prescindiremos de todas las que no se funden en resultados craniométricos.

tricos y antropométricos, por inútiles para nuestro objeto ¹.

El límite de los pueblos peruanos señalale d'Orbigny desde el Ecuador al grado 28 de la latitud austral y desde la costa del Pacífico á los Andes; pasando éstos hacia el Este, en la parte inferior y dentro de esta región cabe otra de más pureza étnica, que es la central, en el límite de Perú y Bolivia, precisamente de donde proceden la mayoría de nuestros cráneos. El profesor Gerland, en el mapa del *Physikal Atlas* de Berghaus da casi iguales límites, cercados al Nordeste por los Caribes y Tupís, al Este por la rama Antisana y al Sur por los Patagones pampeanos: toda la familia peruana, menos una pequeña parte del Norte formada por los Yumbos y Cuitus, se deformaba el cráneo; y enumera dentro de la región que á nosotros interesa, ó sea del 10° al 25° de longitud Sur, las siguientes tribus: Kauvi en la costa y Huancas en los Andes del departamento de Lima; en la costa hasta el límite Sur del Perú siguen los Soras y Rucaras, sustituidos en la sierra del Cuzco por los Tesuancas y los Parinabochas, según el mapa de América del *Spruner's histor. Atlas*; todos ellos pertenecen á la rama Quichua, así como los Lucanes y Tesumbivilicos que se hallaban por el departamento de Arequipa. Allí empieza la rama Antisana, representada por los

1 Hoyos Sáinz (L. de): *Los cráneos peruanos del Museo de Ciencias Naturales de Madrid y del Museum d'Histoire Naturelle de Paris*. Tesis para el grado de Doctor en Ciencias Naturales, 1894.

Pacases y Carungas en la sierra y por los Pumatampus, según Gerland, y los Tarapocas, según Sprunner, en la costa. Por el paralelo 20° y el desierto de Atacama vivían los Atacamos, y más abajo los Changos en el litoral de Bolivia y Chile.

La *clasificación* de las razas peruanas que más interés presenta es la de d'Orbigny, incluida en la general de América del Sur, publicada en la obra *L'homme américain*. Según ella, la raza primera de América Meridional es la *Ando-Peruana*, que comprende como el primer ramo, el Peruano, caracterizándole, por lo que á nuestro objeto interesa conocer, por su frente baja y echada hacia atrás, los ojos horizontales, los arcos superciliares muy arqueados, cara ancha y oval, raíz de la nariz muy deprimida y ésta saliente y aguileña. Divídense en cuatro familias:

I. Quichúas ó Incas habitantes del valle, cuya cabeza es oblonga, comprimida lateralmente, siendo el cráneo grande y la frente corta y achatada; la cara es ancha y circular; por su nariz son leptorriños, si bien la abertura es ancha y el nasio profundo.

II. Aimaras de las sierras de los Andes, considerados como los más antiguos y rodeados por las otras familias del ramo, cuyos caracteres son casi iguales que los anteriores y diferenciándose en que se deformaban el cráneo. Eran las familias III y IV la de los Atacamos y Tasapicos y los Changos de Bolivia, que considera como ramos inferiores y degenerados de la I y II, estableciendo la transición á los Araucanos de Chile.

En realidad esta clasificación es la originaria de todas las demás, pues la de Omalius d'Halloy y la de Quatrefages no han introducido modificación alguna de interés. Merecen, sin embargo, ser conocidas las divisiones establecidas por los varios autores que de los cráneos del Perú se han ocupado, debiendo, ante todo, utilizarse lo que en el capítulo de la *Crania Étnica*, que trata del Perú, se establece como característico de sus principales grupos de cráneos. Son los allí descritos distribuidos en cinco grupos, tres como constitutivos, según los autores, de las razas propias, y dos separados para los Aimaras de los Andes y los Changos de Atacama.

Rivero y Tschudy distinguen en la obra ya citada de *Antigüedades Peruanas* tres razas diversas en aquel territorio; y si bien la parte craneométrica es muy deficiente y las conclusiones por ellos inducidas, especialmente en los cráneos deformados, son erróneas, la caracterización descriptiva y la distribución pueden tenerse en cuenta. Las tres razas citadas son: I, Chinchas, que vivían en la costa desde el desierto de Atacama hacia arriba y presentaron un cráneo piramidal, al que corresponde una cara pequeña eurignata, con las órbitas ovales y los cigomas cortos y rectos; la frente es abombada y se eleva perpendicularmente, y el occipucio es vertical, su índice cefálico ultrabraquicéfalo, y corresponden, según los autores, á los Incas dominadores, cosa no muy distinta de la opinión de Morton al describir este tipo de cráneos como Toltecas en su libro *Crania Americana*, ya citado.

La II raza es la de los Aimaras, distribuída por los Andes y de una dolicocefalia moderada, siendo de cráneo oval y frente escapada, seguida de una curva sagital caída hacia atrás; son algo prognatos, de órbitas cuadradas y gran anchura interorbitaria; el ángulo facial de Camper es de 60°.

La III raza, llamada de los Huancas, tiene por localidad el desierto de Atacama, donde los demás autores colocan á las tribus de este nombre y á los Changos, debiendo notarse también que los Huancas habitan la sierra de Lima y son una raza de los Quichúas; no pudiendo, por tanto, confundirse con los de Rivero y Tschudy. Caracterízanse por la cara cuadrada y el cráneo también algo cuadrado, por el aplastamiento coronal y la verticalidad de la curva bitemporal de adelante; hacia la parte postero-superior se alarga el cráneo en la dirección del obelio, exagerándose éste por lo aplastado del frontal y su gran estrechez. Asígnales un índice cefálico ultradolicocefalo y una órbita muy alta. Pero es preciso advertir que esta supuesta raza fué creada sobre cráneos deformados, y el dibujo que la representa es, en realidad, de un niño, que para nada puede utilizarse; no trataremos aquí de las razones que invalidan las conclusiones de los autores, por considerar carácter étnico lo debido á deformaciones artificiales.

Gosse ¹ hace una verdadera y erudita crítica del trabajo de Rivero y Tschudy y afirma la identidad

1 Gosse: "Mémoires de la Société d'Anthropologie de 1860-63". *Dissertation sur les races qui composaient l'ancienne population du Pérou.*

de las razas Huanca y Aimara, fundándose también en los trabajos del etnógrafo alemán Meyer, y termina admitiendo dos solas razas, no sólo por los caracteres antropométricos, sino por la civilización y cultura, la una civilizada, probablemente asiática, que llegó por la costa, y la otra guerrera, y viniendo del interior del Continente por el Este.

Mencionaremos, por último, en esta revista de los autores sobre la craneometría peruana, un recientísimo trabajo publicado por el Dr. Vergara y Flores¹. Parece un trabajo fundado en los métodos modernos con la métrica de diez cráneos de Quillagua, cerca de Tarapaca; pero no es dable utilizarle con alguna severidad científica, pues el autor desconoce la terminología, confundiendo palabras de exacto y definido valor; crea una porción de medidas y relaciones innecesarias y poco exactas, y en la misma parte descriptiva se ven deficiencias marcadas, pues casi todos los cráneos los considera de noventa á cien años de edad. Lo que puede afirmarse por los dibujos y los diámetros principales, es que son braquicéfalos muy poco elevados y de bajo índice facial, que contrasta con la gran platirrinia que presentan, habiendo alguno que tiene un índice de 84,7, hasta hoy no citado por ningún autor en raza alguna.

En resumen, del análisis y comparación de los diversos tipos creados ó reconocidos por los autores, puede afirmarse que, prescindiendo de los Huancas

¹ Vergara y Flores: "Actas de la Société Scientifique du Chile". *Cráneos de indígenas bolivianos*.

de Truxillo, fuera ya de la región que nos interesa, quedan en ella cuatro tipos de conformación cefálica normal, prescindiendo de los deformados, que son derivaciones de algunos de ellos. Esta complicación no es, indudablemente, una novedad ni una especialidad del Perú, pues ya el antropólogo Retzius afirmaba en 1842 que en ninguna otra parte del mundo había tantas variedades cefálicas y tantos tipos craneanos como en el Continente americano, y más especialmente en la costa del Pacífico; y en su mapa distribuía los cráneos americanos del Sud en doliocéfalos, como los Caribes, Guaraníes, Aimaras y Huancas; y braquicéfalos, como los Charrúas, Puelches y algunos del Perú.

Ya en la Memoria acerca del «Origen y emigraciones de los Americanos» hicimos notar la posibilidad de considerar como resultado de los mismos elementos etnogénicos fundamentales las poblaciones andinas desde California á Patagonia, pues en Perú y Méjico varía sin duda la cantidad y el modo de agregación, pero son iguales los elementos; así se ve que los mejicanos de la invasión se hallan reproducidos en los pobladores del lago Titicaca, que existían anteriormente á los Aimaras, braquicéfalos en general, de Bolivia: comparando cráneos, figuras y medidas, podemos afirmar que los doliocéfalos del Perú se parecen á los mejicanos de la familia de los Aztecas y Tepanecos.

El predominio de los cráneos globulosos lleva á considerar éstos como los más generales y correspondientes á los verdaderos Quichúas, Chinchas y

los llamados Incas; pero á ellos se unen otras formas subglobulosas que establecen la transición á las cúbicas y dominan en la región marina. Las formas ovoideas, pertenecientes á los dolicocefalos de la Sierra, parecen aproximarse á los alargados de los Aimaras, pero Quatrefages afirma que los cráneos deformados del lago de Titicaca no son Aimaras, sino dolicocefalos, pues los Aimaras actuales de la Paz tienen diversa arquitectura craneal; en cambio los deformados de la costa sí son como los redondeados que allí viven actualmente. Estas mezclas ya las citaba Squier en su monumental libro: *Peru: Incidents of Travel and Exploration in the Incas*, pues en el Castillo del gran Chimú hallábanse juntos los cráneos cuadrados y comprimidos posteriormente, los alargados ó Aimaras del interior, y los normales ó Quichúas de la Sierra. Por último, puede citarse el hecho de haber encontrado cráneos de tipo pueblano, como los procedentes de las construcciones llamadas Cliff-Dwellers del Arizona y Nuevo Méjico, en las monumentales ruinas de Casamarca, donde vivían los Incas y Chimus braquicefalos.

5. DEFORMACIONES PERUANAS¹. — Tanto por la parte descriptiva como por la métrica, se distinguen inmediatamente dos tipos diversos de deformaciones: una, la más clásica, conocida con el nombre de Aimara, y que entra en el grupo *B*, ó de las dobles ó fronto-occipitales y aplastadas, y la otra represen-

1 Damos alguna extensión á este asunto por ser el Perú el país clásico de las deformaciones cranianas y por referirse á él la mayoría de los trabajos publicados.

tada por un corto número de cráneos del grupo *Bc*, también doble, pero alta, por insistir el plano posterior en el lambda y ser más fuerte que la presión frontal. Todos los cráneos que los presentan proceden de los chulpas ó antiguos sepulcros de Tiaguanao, lugar situado entre Paz y Puno, á orillas del lago Titicaca, y fueron recogidos por los malogrados naturalistas Sres. Almagro é Isern¹; la región hállase de lleno en territorio Aimara, y en la época de la expedición, 1863, sólo se hablaba el idioma indígena, lo que indica una verdadera permanencia y relativa pureza de raza.

La práctica y el verdadero estudio de las deformaciones en los peruanos ha sido tema de discusión para los antropólogos, pues desde d'Orbigny, al darla como característica en su descripción del hombre americano, se planteó científicamente este problema; afirma que sólo los hombres la realizaban; pero es imposible sostenerlo, porque hay cráneos evidentemente femeninos que están deformados, y sólo en nuestras series pueden citarse más de diez; otra afirmación que tampoco puede dejarse pasar es la de que ningún historiador habla de ella y del modo de practicarla, y basta transcribir el siguiente párrafo de Garcilaso para revindicar á nuestros escritores de Indias de haber cometido tan gran omisión:

«Deformaban las cabezas á los niños en naciendo,

1 Que en unión de los Sres. Paz y Membiela, Jiménez de la Espada y Martínez y Sáenz, formaron la Comisión que durante los años de 1862 á 64 recorrió gran parte de América del Sud y del Centro.

poniéndoles una tablilla en la frente y otra en el colodrillo, y se las apretaban de día en día, hasta que eran de cuatro ó cinco años, para que la cabeza quedase ancha de un lado á otro, y angosta de la frente al colodrillo.»

Si esto no bastara, debemos recordar que en el Concilio de Lima de 1545 se anatematiza su uso y se enumeran tres; de modo que puede utilizarse para la clasificación y descripción de las mismas: la una llámala *Caito*, que corresponde á la occipital sencilla ó con poca presión en el frontal, usada por los Chinchas, y que puede corresponder á la supuesta de los Incas; la *Opalta* es la verdadera de los Aimaras, que da formas simétricas y alargadas; y la *Oma*, muy extendida en los Chiquitos, de aspecto turriforme, elevando el cráneo, y que sin duda es la misma que la de los Omaguas de América del Norte.

Las afirmaciones de Rivero y Tschudy ya fueron analizadas por Gosse, probando que ni la persistencia en los indios actuales, que si debe admitirse — y nosotros hemos conocido un ilustrado joven mestizo que presentaba un cráneo típicamente deformado sin haber sufrido tratamiento alguno, — ni la presencia en los niños y aun fetos, ni la separación de la escama occipital, formando el hueso inca ó triquetun, bastaban para justificar el considerar la deformación como fenómeno natural y característico de una raza.

6. CIVILIZACIÓN INCA Y AIMARA. — Las dos civilizaciones americanas por excelencia, las que análo-

gamente á las de Grecia y Roma en Europa eran las sociedades soberanas de aquel Continente, fueron la Azteca mejicana y la Inca ó peruana. Al contrario de lo que ocurrió con el Anahuac, que era mucho menor que el actual Méjico, el Imperio incánico ocupaba doble extensión que la República Peruana, pues se extendía en una longitud enorme de 100 leguas, desde el Ecuador al Sud. Que los Incas no fueron las primeras poblaciones del Perú ya lo hemos visto hablando de las construcciones anteriores á ellos, y se prueba por la genealogía misma del Imperio, que no se extiende 400 años antes de la llegada de los españoles. Créese, y es probable, que los anteriores de los Incas fueron los mismos constructores de los Mound Builders y de los Pueblos, y aun se afirma más esta aserción por suponer el cráneo de Calaveras igual á los Incas.

Donde empieza la historia del Perú es, pues, en Manco Capac y su hermana y mujer Manca Ocella, que fundaron el Imperio, en el que reinaron trece soberanos hasta la conquista. El sol ó Yuti era un dios supremo; pero como satélite suyo adoraban á la luna su esposa, á estrellas distintas y aun á las grandes fuerzas de la naturaleza. Los templos dedicados al sol alcanzaron proporciones y contenían riquezas maravillosas, pues su interior era todo de oro y estaba iluminado por la orientación del templo, por el sol naciente; de modo que su luz, reflejada en la brillante superficie del metal, producía efectos verdaderamente notables.

Conociáanse cuatro castas: la del Inca ó sagrada,

los Curacas ó jefes de los indígenas vencidos, los nobles y los plebeyos.

Entre sus construcciones merecen fijar la atención los Tambos, fortalezas que construían á lo largo de los caminos.

En su cerámica son notables los vasos, mal llamados huacas ó huaqueras, pues este es el nombre de los sitios donde se encontraban, que eran los lugares ó sepulcros de los indios, donde hacían el oficio de vasos funerarios; con la particularidad que algunos, que son de dos huecos, se colgaban medio llenos de agua, y, al ser movidos por el viento, producían un gemido especial, que les valió el nombre de plañideros. En el Museo Arqueológico de Madrid hay una notable colección formada por más de ochocientos vasos de variadisimas formas que, así como los que existen en el Museo del Trocadero y en otras diversas colecciones, proceden de los antiguos sepulcros peruanos.

7. YUCARERÉS Y GUARAYOS. — Sepáranse estos dos pueblos de la raza peruana, propiamente dicha, y forman unidos la rama *antisana* de los ando-peruanos, constituida por d'Orbigny, pero reconocida ya por Garcilaso¹ en los indios Butis, que los describió al Oriente de los Andes peruanos y bolivianos, en la región húmeda y caliente de los bosques y sierras abruptas, cortadas por profundos valles torrenciales y precipicios espantosos, al borde

1 Garcilaso de la Vega: *Comentarios reales de los Incas*, libro II.

de los cuales viven repartidos en miserables tribus unidos á los Mocetones, Tacanos, Maropas y Apolitas; tribus descritas antes por Doblás¹ y á las que atribuye d'Orbigny el color más claro, el cuerpo más robusto, ágil y mejor proporcionado, y los otros particulares caracteres, por la influencia de los lugares más sombríos en que habitan, si bien Quatrefores, añadiendo la nariz aguileña, la poblada barba y el color casi blanco de los Yucarerés, supone una influencia de sangre blanca como origen de tales caracteres.

Valientes y alegres, vivían en cabañas formadas por troncos de los corpulentos árboles de sus bosques; pero como resto de bárbaras costumbres abandonan á los ancianos y continúan siendo supersticiosos, violentos y muy dados á la embriaguez. En la actualidad, bajo el paternal régimen de los misioneros, cultivan el suelo, tejen el algodón y han mejorado bastante en sus caracteres morales.

c).—Raza caribe.

8. SITUACIÓN Y PUEBLOS QUE COMPRENDE. — Tiene esta división de la clasificación adoptada, un valor análogo á la brasileo-guaraní de Prichard y á la Tupí-guaraní de otros autores, si bien, reconocidos hoy los Caribes como el pueblo originario de todos los incluidos en la raza, parece natural la generalización de su nombre á todo el grupo.

1 Doblás: *Memoria histórica de la provincia de Misiones.*

Completan el cuadro de las razas sudamericanas, y llenan el vacío que en dicho Continente dejan las dos ramas estudiadas, una porción de tribus en estado muy atrasado y que no parecen haber alcanzado nunca un elevado grado de civilización, que forma la rama caribe; su color es amarillo, que tiende al negro en algunos, la talla es media, la frente no muy alta, los ojos oblicuos, la cara es circular, llena y gruesa, con nariz corta y estrecha y boca medianamente, de labio delgado. El aspecto general es dulce, bondadoso y hasta afeminado.

Moreno, en su estudio del hombre sudamericano, dice que es á los Caribes actuales á los que hay que considerar como á los primitivos americanos, y que iguales son los cráneos de la isla de los Sacrificios, en Patagonia.

La distribución de estos pueblos á la llegada de los españoles era como sigue: los Guaranís ocupaban toda la costa del Atlántico del paralelo 32° á las Antillas, donde bajo el nombre de Caribes subyugaron á los antillanos; estos mismos, que costeando el mar y subiendo por las cuencas de los grandes ríos llegan al pie de los Andes, los atravesaron huyendo de los portugueses en 1541 y se fijaron en la falda de los Andes bolivianos, constituyendo la tribu de los Chiriguayos, extendiéndose hasta el Sur hacia el lago Misiu, ya ocupado por los Charrúas, y al Oeste ya hemos visto se remontaban por los ríos formando varias tribus, como la de los Guarayos en el río Colorado y la de los Conocozas en el Sancti-Espíritu y otras.

El otro grupo de los Guaranís y Caribes, que por sus costumbres nadadoras y marinas echaron de la costa á los anteriores, parece ser el que se extendía, según ya hemos visto, por toda la costa hasta las Antillas; en donde según Fort y Roldán, en su obra de *Cuba*, formaron las tribus indígenas: tienen en las que fueron nuestras Colonias «los ojos vivos; grande, pero algo turbio lo blanco de los ojos; la frente ancha y aplastada; la nariz gruesa y de ventanas muy abiertas; el pelo negro, cerdoso, largo y lacio, que no erizado, y de mala dentadura, y generalmente sin barba; y como se comprimian la frente y el colodrillo, resultaba cónica la cabeza.»

Según las tradiciones guaraníes, llegaron al cabo Frio de país desconocido y encontraron el país desierto, hasta que internándose hallaron los Tupayos. En el libro del Sr. Jiménez de la Espada, *Viaje del Capitán Pedro Teixeira*, aguas arriba del río de las Amazonas se hallan curiosas descripciones de estas tribus, sobre todo de los Omaguas y los Trapagosos, que habitaban muy al interior. Asimismo han aclarado muchísimo las cuestiones relativas á las poblaciones del Brasil las obras de Verissimo *Escenas da vida amazonica* y *Los estudios brasileños*, obras nutridísimas de doctrina y riqueza de datos, que honran al antropólogo portugués.

Son bastantes conocidas las largas excursiones de los Caribes hasta Yucatán y la Florida, donde Britton ha encontrado palabras de este pueblo navegante en extremo, lo que algunos interpretan haciéndolo á los Caribes originarios de la América del

Norte, y pasando por las Lucayas y Antillas inferiores á las costas de la del Sur. Cabe establecer dentro de la extensa raza Caribe multitud de subdivisiones, todas seguramente artificiales, por lo cual aceptamos nosotros los tres tipos que M. Verneau describe que son los Guaranís, los Jibaros y los Caribes propios.

9. GUARANÍS Y TUPÍS. — Constituyen una sola y misma nación que recibe el primer nombre en el Paraguay y el segundo en el Brasil, de los «primeros indios que se convirtieron á nuestra santa fe y que no difiere — dice el P. Hervas — de la lengua guaraní lo que el portugués difiere del español». Extiéndense desde el Uruguay al Orinoco y desde el Atlántico á los Andes; tuvo por patrimonio y aun disfruta hoy de mayor extensión territorial que ninguna otra raza del Nuevo Mundo.

«Diseminados por tribus independientes en las orillas de los ríos ó en el fondo de los valles y en el interior de los bosques, nunca constituyeron estos indios cuerpo alguno político parecido á una nación, no obstante la conformidad de su raza, la más homogénea acaso de las descritas.

»El guaraní es fuerte, de talla de 1,62 en los hombres y 1,49 en las mujeres, de cabeza corta y redonda, frente casi siempre levantada, rostro redondeado, ojos pequeños y algo oblicuos, y bridados por lo general, barba corta y labios finos; el color de la piel es amarillo rojizo y la estatura mediana. La simplicidad de sus vestidos no llegaba, ni llega hoy entre los más salvajes, á más de una faja arro-

llada que cubra lo deshonesto, prolongada con el mismo objeto en faldilla delantera, á modo de corto y reducido delantal. En cambio se cruza nuestro tupiguaraní el busto con bandas y collares, se rodea las extremidades con ajorcas, ligas y brazaletes y se envuelve el largo, grueso y cuidado cabello en tubos primorosamente formados de coloreadas semillas, vistosas plumas y dorados élitros de buprestidos, que adornan la persona y resuenan al andar al compás del paso, llevado con salvaje y vanidosa seriedad. Cubre su cabeza con un bonete adornado de enhiestas plumas, y con estos apéndices se pasan las orejas, el labio inferior y el tabique de la nariz, sin que estorbe tanto adorno á que se pinten el cuerpo de negro, de rojo y de amarillo para parecer mejor. Se valen del arco y de las grandes mazas ó *macas* para la caza y la guerra; levantan las cabañas con troncos de árboles y hoja de palmera; tejen esteras y hamacas, y construyen canoas para discurrir por el Amazonas á sus grandes afluentes, como navegantes resueltos y expertos.

»Según d'Orbigny, son generalmente buenos, afables, francos y hospitalarios, pero otros los pintan crueles y sanguinarios, hasta comerse en ocasiones sus prisioneros de guerra. Todos convienen en que son perezosos y abandonados, achaques comunes á los pueblos salvajes y aun á los bárbaros.»

Los datos más modernos de estas tribus débense al ya citado Verissimo, según el cual, han tomado de los blancos todos sus defectos y ninguna de sus buenas cualidades. Ciertas tribus cómense aún sus

prisioneros de guerra, y algunas, como las de los Chiriguanos de Bolivia, los guardan y cruzan con jóvenes de su tribu, y si de la unión nace un niño, cuidanle y le engordan hasta que está en disposición de ser comido en una de sus festividades: en el año 1881 el infortunado viajero Creveaux presencié el martirio de un portugués y la india con quien se había casado, cuyas cabezas fueron momificadas y reducidas, figurando hoy en el Museo de Río Janeiro.

No conocen organización social ni política, y sólo la familia y la tribu en sus más sencillas manifestaciones existen entre ellos, salvo en los Tupis del Norte del Brasil, que á veces constituyen uniones para subyugar á las tribus vecinas, eligiendo jefes que luego fueron hereditarios, si bien en tiempo de paz no tenían más autoridad que la del consejo. Son polígamos, pero van escogiendo las mujeres á medida que la primera envejece, conservando siempre ésta el mayor respeto y autoridad en la familia, permaneciendo fieles al marido, según d'Orbigny, en contra de la opinión de Azara.

Hase dicho por algunos que estas tribus no tenían ideas religiosas; pero hoy está fuera de duda que creen en Tamohu ó el viejo del cielo, al que encomiendan los muertos, enterrados hacia el Este con sus mejores galas, y á veces en su misma casa, cerca de la cual lloran y gimen sus parientes y deudos. Existen además una multitud de dioses infernales y creen en el poder sobrenatural de varios animales, en la metamorfosis de algunos, considerando, por

ejemplo, al macaco como un hombre mudo; y de tal modo persisten aún en los convertidos todas sus hechicerías, que no tienen de cristianos más que el nombre.

10. CARIBES.—Sea cual fuere el origen y extensión, ya expuestos, de estos hombres, lo cierto es que desde bien antiguo la más general opinión es la de unirlos á los Guaranís, y veremos que, tanto física como moralmente, tienen con ellos muchos puntos de contacto.

El caribe es de talla media y aun pequeña, especialmente en la mujer; de amplias espaldas y miembros musculosos y robustos, con cierta tendencia á la obesidad, que no resulta tan exagerada por la vida agitada y activa en que viven. El color de la piel amarillento rojizo, pero claro, hasta el punto que Gomara ¹ decía que «las doncellas eran amorosas, desnudas y blancas (las de la casa; los indios que van al campo están negros del sol)», y añadía Garcilaso ² que «los indios de Paria son blancos y rubios», afirmando el Almirante Fernando Colón que en los papeles de su padre constaba que los habitantes de Paria y de la isla de la Trinidad eran los mejor formados y más blancos que hasta entonces había visto.

La cara redondeada, ancha y aplastada, presenta de ordinario un aspecto melancólico, contrastando con los ojos pequeños y negros, á veces un poco bri-

1 Gomara: *Historia de las Indias*.

2 Garcilaso: *Origen de los Indios*, 1729.

dados, pero de gran vivacidad. La nariz es corta y ancha, pero no aplastada, y la boca es mediana, con labios finos y dientes blancos y bien colocados, presentando un ligero prognatismo. El cráneo es decididamente dolicocefalo, pero se lo deforman con aplastamientos frontales. El cabello es negro y áspero y la barba rala, prescindiendo de la costumbre que tienen de depilarse por todo el cuerpo.

Hombres y mujeres van casi desnudos, pues los primeros sólo llevan un delantal de algodón ó una banda arrollada al hombro, y las segundas sólo llevan un cinturón, del que cuelgan multitud de adornos de diversos colores: en cambio los adornos constituyen una pasión verdaderamente desenfrenada, pues á ellos dedican cuantos objetos brillantes ó raros caen en su poder, realizando largas navegaciones para adquirirlos y llevándolos hasta en la nariz y el labio inferior, que se agujerean para colocarlos.

De la crueldad y antropofagia de los Caribes hay encontradas opiniones; pero lo cierto es que el nombre de canibales, de ellos generalizado, no le merecen tanto como otras tribus cuya antropofagia es habitual, pues en éstos sólo es guerrera y como satisfacción de su odio al enemigo, no exento tal vez de una cierta afición á la carne humana de los varones, pues las mujeres son reducidas á una esclavitud, bien pronto terminada, para ser consideradas como de la tribu. En sus relaciones interiores son afables y comparten, más que los otros salvajes americanos, el trabajo con las mujeres.

Su actividad, superior incomparablemente á la de los Guaranies, se manifiesta en la guerra, la navegación y el comercio, para lo que utilizan sus grandes canoas ¹ hasta de 40 pies de largas y de una pieza, como la traída por la Comisión del Pacífico y que se conserva en el mal llamado Museo Arqueológico; con ellas emprenden grandes viajes hasta de 200 leguas, á la vela y al remo, usando para la pesca otras embarcaciones más pequeñas llamadas courialas y pripris.

Aun actualmente desconocen la metalurgia más elemental y usan la piedra, admirablemente pulida en hachas, cuchillos, puntas de harpón y flechas, que son sus armas, en unión de la lanza y el arco de seis pies, con el que disparan flechas envenenadas con el *curare*, veneno preparado por todas las tribus del Amazonas y del Orinoco; pero la más característica de sus armas es el bouton ó maza de aristas vivas y muy pintarrajeada en brillantes colores.

Es verdaderamente notable la disposición de sus aldeas, pues en el centro elévase el *carbet* ó casa de los guerreros, donde sólo ellos penetran por las pequeñas aberturas de la base del cono de que está formada, para celebrar sus juntas y banquetes; alrededor colocan las casas de los hombres, llamadas *aulke*, y junto á ellas otras chozas más pequeñas, que sirve cada una para una de las mujeres del

¹ Almagro: *Relación de los viajes por América del Sur durante los años 1862 á 1864.*

jefe de la familia; algo más separadas construyen las *toubanas* ó almacenes, de forma cuadrada, y divididas en su interior en compartimientos para guardar las diversas provisiones.

No debe dejarse sin conocer la curiosa costumbre de ser el padre y no la madre el que se cuida y atiende al nacimiento de cada hijo, para lo cual, inmediatamente del alumbramiento, métese en la hamaca llorando y quejándose como un verdadero enfermo, y así es cuidado, teniéndole á dieta durante cinco días, al cabo de los cuales le dan un licor procedente de la fermentación del casave y de patatas, y solamente á los doce días se le permite comer casave hasta los cuarenta; pero en seis meses no hace uso de carne ni pescado; á los cuarenta días celébrase un banquete en el carbet, y se lacera la piel del paciente con dientes de agutí, lavando sus heridas con un cocimiento de pimienta picante.

11. JIBAROS.—«Al Oeste del Amazonas, entre los afluentes del curso de este gran río, donde más propiamente se llama Marañón, habitan un no pequeño número de tribus, como la de los Aguarinas, Zamoras, Muratos, Logroños, Gualaquisas, Nambisas, Santiagos, Upanos, etc., designados hoy con el nombre genérico de Jíbaros, sin contar á los Omguas, habitantes en las mismas orillas de este río, mirados por Ulloa como descendientes de los peruanos y ahora calificados de Guaraníes por el Sr. Jiménez de la Espada, maestro único en las cosas del Perú (y por el americanista Mr. Hamy); por guaraníes se han estudiado también los jíbaros, aunque

su estatura es más elevada, su cuerpo más robusto, más prominente la nariz, con frecuencia aguileña, y los ojos perfectamente hundidos. Conviene, sin embargo, con aquellos habitantes en sus costumbres, aunque de ellos se cuenta aquélla en otros pueblos también observada, por lo que después del parto es el marido quien recibe las atenciones y cuidados propios del caso mientras la mujer se dedica á sus labores ordinarias.»

Lo más notable en éstos son las *chanchas* ó cabezas reducidas, de las que figuraron tres en la Exposición Americana de 1892, si bien una de ellas había sido falsificada, tal vez por el alto precio á que llegan estos guerreros trofeos en los Museos de Europa. Así que muere el enemigo, córtanle la cabeza, y con sumo cuidado arrancan los tegumentos separándolos de los huesos, y mediante líquidos astringentes y guijarros calientes para desecarlos, reducenlos de volumen extraordinariamente, hasta presentar una de las citadas 212 milímetros de circunferencia; agujeréanla por la parte superior para colocar las correas de que ha de ir colgada, y cruzan los labios con collares y adornos de variado género, al propio tiempo de fijarle plumas en las sienes.

Estas singulares reducciones, tan hábilmente conseguidas, las guardan, según se cuenta, los guerreros jíbaros como trofeo de guerra; pero como rara curiosidad puede verse esta misma reducción hecha por los mismos indios en una cabeza del desdentado, llamado perezoso, que la Comisión de naturalistas

españoles del Museo de Ciencias Naturales, antes citado, recogido en aquellas regiones.

Deben ser guaraníes ó tupis los indios del Orinoco, reunidos en varias tribus estudiadas por Humboldt, entre ellas la de los attomacos, indios que, según este gran naturalista, «comen durante algunos meses, diariamente, tres cuartos de libra de arcilla, ligeramente tostada, sin que su salud se resienta».

D).—Raza chiquita.

12. CHIQUITOS Y MOXOS.—Desde que los capitanes castellanos, al atravesar las provincias interiores del Plata, descubrieron esta raza, ha venido siendo descrita con verdadera separación de las que la rodean, no sólo por los caracteres físicos, sino por los sociales, constituyendo Prichard una rama de su grupo mediterráneo con estas tribus agrícolas y pescadoras. Tal vez la colocación en grupo completamente aislado no sea definitiva, estableciéndose una gran analogía con las ramas caribes, modificadas por elementos pampeanos.

D'Orbigny y Prichard ven en el suelo y el clima el origen de las especialidades étnicas de esta raza, que vive en valles pequeños y cubiertos de vegetación, pero adecuados para ser cultivados por sus sedentarios habitantes, pues así los describen, el Padre Fernández á los primeros, en la *Relación de las Misiones de los indios chiquitos en el Paraguay*, y el Padre Diego Eguiluz en la *Relación de la Misión Apostólica de los moxos*, los cuales les dan á conocer

como viviendo desnudos en pequeños clanes, de carácter bondadoso y alegre, sin violentas pasiones, prestos á convertirse al Cristianismo, pues fué la primer nación que les abrazó, si bien perecieron á sus manos algunos jesuitas de las primeras misiones.

Físicamente difieren, según d'Orbigny, de las tribus del Chaco, presentando la cabeza grande, redonda y abombada, la cara igualmente redonda y llena y los pómulos apenas marcados, la frente baja y la nariz corta y aplastada, dejando al descubierto los agujeros de un modo muy visible. Los ojos, expresivos y vivaces, son pequeños y horizontales, salvo en algunos individuos que presentan pliegue oblicuo en el ángulo exterior. La boca es regular, de labios delgados, y la barbilla redondeada y sin cubrir por barba, que nace sólo en la parte inferior, y el bigote siempre liso y fuerte, y negro como el cabello, que con la vejez amarrillea, pero no se vuelve cano.

Los Chiquitos han disminuido de número por los atropellos de los aventureros buscadores de oro del Paraguay, los Mamelucos del Brasil y los comerciantes en esclavos de Santa Cruz de la Sierra, que los llevaban para las minas.

La talla de los Chiquitos es inferior á la de las tribus del Chaco, pero no baja la media de 1,663, aproximadamente igual en los dos sexos; el tronco es robusto, el pecho saliente, amplias las espaldas, pero no vigorosos, por falta de desarrollo muscular, y una apariencia afeminada muy exagerada.

Sepáranse¹ también los Chiquitos por su lengua, que no es gutural, sino dulce y eufónica, no presentando ni los sonidos duros ni la redundancia de consonantes tan común en las restantes lenguas sud-americanas centrales. Una singular anomalía es la de emplear el hombre palabras diferentes de las que se sirve la mujer, y ésta varía la terminación de otras palabras usadas por los hombres; el sistema de numeración es muy escaso, en consonancia con la falta casi absoluta de comercio que en ellos existe.

Los Moxos, habitantes de la provincia de su nombre, eran á principios de siglo más numerosos que los Chiquitos, de color pardo y oliváceo, talla más alta y más vigor muscular. La cabeza es más dolicocefala y la cara más larga. Difieren también por su estado social, pues son pescadores, y habitan llanuras muy expuestas á inundaciones.

E). — Raza pampense.

13. SITUACIÓN Y PUEBLOS. — Á Mr. Quatrefages débese la creación de esta raza, reuniendo á los pampeanos propiamente dichos y unidos en todos los antiguos autores á los Patagones, con otro grupo por lo general incluído en el ramo peruano, ó cuando menos en los pueblos andinos, como son los Araucanos, y con un tercero muy diversamente clasificado, como es el de los Charrúas.

¹ Orbigny, A. de: *L'homme Américain, considéré sous ses rapports physiques et morales.* — Paris, 1839.

Así constituida, ocupa esta familia el inmenso territorio que se extiende desde el Perú y el Brasil hasta la Patagonia; limitanle al Oeste las más bajas estribaciones de los Andes, al Noreste el Paraguay y el río de la Plata, y al Sudeste el Océano Atlántico, abarcando, pues, la República Argentina y todas las tierras al Sud de ella colocadas, hasta finalizar en el Estrecho de Magallanes, donde viven los Foguinos, descritos en la rama Protoamericana. A pesar de tan inmenso territorio, comprendido casi todo en las llanuras sin horizonte limitado, pobladas de rumiantes que se nutren á merced de las gramineas que en ellas crecen, constituyendo las características *pampas*, una de las más típicas regiones de la geografía física de la tierra, sólo unos 30.000 individuos representan esta raza pampeana, que se conserva merced á las pocas condiciones que el suelo y el clima ofrecen á la conquista de los blancos latino-americanos.

Son los pueblos de esta raza los mejores representantes de las tribus nómadas y guerreras, que, despreciando las artes y la agricultura, vagaban á pie y recorren hoy á caballo las llanuras en que hemos dicho viven; cazaban antes los ciervos, liebres, avestruz americano y el perezoso, y hoy cogen hábilmente con las bolas los caballos y toros salvajes ó alzados de los allí llevados por los españoles. Sus lenguas difieren, según Azara ¹, de todas las res-

¹ Azara, Félix: *Viaje á la América meridional desde 1781 á 1801.*

tantes, y tal vez esta sea una razón para considerarlos en raza aparte.

14. ARAUCANOS. — La primitiva patria de estos bravos indígenas fué el territorio de Angol, en Chile, y seguramente los citados al Este de los Andes fueron emigrantes posteriores á la conquista española; llamábanse entre sí Moluches ó guerreros, y demostraron serlo desde que fueron hostigados por el Capitán Pedro de Valdivia en 1553, iniciando una resistencia que motivó las hermosas estrofas cantadas por Ercilla, que peleó contra ellos después de la derrota de Valdivia, al que cortaron los brazos, comiéndolos en su presencia.

Prichard, d'Orbigny y otros autores extendían esta raza hasta la Tierra del Fuego, haciendo de los Foguinos, por ellos llamados Pecherais, una segunda rama de los Araucanos; pero ni sus cualidades físicas ni su constitución social permiten establecer tal aproximación; á los que sí se aproximan bastante es á los peruanos en general, [por el aspecto más que por las particularidades de cada carácter. El color varía, y así Molina los considera oliváceos, pero mucho más claros que los peruanos,] habiendo tribus, como los Boroanos, hasta blancos, de pelo rubio y ojos azules, datos confirmados por Malte Brun y un viajero inglés, Mr. Caldelengh, que vió entre ellos blancos, pero de tipo diferente del español. d'Orbigny niega tales hechos, y en el Atlas de Spix y Martius el color es verdaderamente oliváceo. La cabeza es gruesa, redondeada, así como la cara, que se aplasta lateralmente, dando una frente baja

y estrecha; la nariz ancha y la barbilla breve; los ojos horizontales, pero de expresión asiática.

Su cuerpo es robusto y macizo sin ser alto, pues no excede de 1,62 en los hombres, que tienen anchas espaldas, pecho saliente y contrastando con las extremidades pequeñas y las articulaciones prominentes y huesudas.

Los usos y costumbres corresponden de lleno á una nación guerrera é indomable, de extrema movilidad por la caza ó por la guerra, pues de ellos dice Molina «que viven como los árabes beduinos, en tiendas hechas de pieles dispuestas circularmente alrededor de un espacioso campo donde apacentan sus ganados. Cambian continuamente de sitio, recorriendo los valles de las cordilleras...», y de notables facultades en algunos, que son verdaderos poetas y oradores. Visten el amplio poncho, en el cual se envuelven y bajo él abundan los collares y adornos, aparte de las pinturas que se hacen en los brazos y cara, especialmente para ir á la guerra, en la que se cubren con una cota de fuerte cuero.

Son polígamos más por tolerancia que por costumbre, y hacen sus concubinas á las prisioneras de guerra, á las que tratan, como á sus mujeres, bastante bien, dejando sólo á su cargo los trabajos domésticos, y en especial el tejido de las telas con que se cubren. Sus creencias religiosas son sencillas, pues no pasan de tener un espíritu del bien y otro del mal, al que conjuran sus sacerdotes, que son médicos al propio tiempo; entierran sus muertos sentados en cuclillas y acompañados de sus mejo-

res objetos, inmolando sobre la tumba el mejor caballo.

15. PUELCHES. — Habitaban en el siglo xvi el actual territorio de Buenos Aires. Llevaban, á lo que parece, el nombre de *querandis*. Eran, como los patagones, de buena estatura; pues median por término medio cinco pies y dos pulgadas. Tenían no menos ancho el rostro, algo más salientes los pómulos, muy rasgada la boca, gruesos los labios, blancos y hermosos los dientes y el color más obscuro. Llevaban también arremolinados los cabellos, cubiertas las partes, liado en mantas de pieles el cuerpo. Vivían exclusivamente de la caza, la pesca y la guerra, en las que se usaban el arco, la flecha, una media pica y las bolas. Eran nómadas y vivían en toldos de cuero. Parecíanse, por otra parte, á los araucanos en lo belicosos, en lo enemigos de toda sujeción y de todo freno y en el amor á la elocuencia. Hicieron también una implacable guerra á los españoles, y cuando no pudieron ya sostenerla, antes que doblar la cabeza al yugo, se fueron bajando al Sur hasta las orillas del río Colorado. La fiereza de los Puelches ó Querandis, junto con la bravura de los Mismanes y la tenacidad de los Charrúas, puso en peligro muchas veces la vida de los conquistadores españoles, y no pocos de éstos pagaron con ella sus arriesgadas aventuras al emprender la conquista de los territorios del río de la Plata. No respetaban los Puelches ni á las tribus vecinas; no paraban jamás un año sin levantar sus tiendas. Blanden ahora la lanza y suelen hincarla delante de sus toldos; pero se cree

que la tomaron de los araucanos con posterioridad al descubrimiento.

Quizá no lleguen hoy á 600, y en la época de la conquista eran tantos, que llegaron á ser el terror de los pampas del Mediodía. De niños estudiaban prácticamente la geografía del país y se ejercitaban en el manejo de las armas y tenían su táctica y su estrategia, siendo tan valerosos en el peligro como prudentes en el ataque. En cambio estaban al nivel de los patagones en el arte, la industria y la ciencia; no sabían construir más que sus miserables tiendas, ni dieron con la balsa ni la canoa para cruzar sus ríos. No hilaban ni tejían la lana de sus huana-cos. No conocían del cielo más que lo necesario para orientarse por sus dilatadísimas llanuras, ni estaban muy adelantados en punto á creencias. Al genio del bien tampoco le rendían el menor culto; entendían que había de favorecerles sin necesidad de oraciones ni ofrendas; temían al del mal, á *Hualichu*, y para éste reservaban sus sacrificios. No padecían enfermedad grave que no consultaran sus médicos á tan tenebroso espíritu. Invocabanle éstos de noche, á gritos en mitad del campo, y no aplicaban más remedios de los que decían haberle oído.

Daban también los puelches á sus médicos grande importancia, tanta que, cuando pasaban cerca del sepulcro en que los habían enterrado, guardaban el más profundo silencio, temerosos de que, si tal no hacían, se había de levantar el muerto á castigarles. Esos poderosos doctores no conocían, sin embargo, otra terapéutica que la de los de Patagonia:

la succión, el conjuro, los gestos, los mil y un medios de herir la imaginación del paciente. Decían que Hualichu se les aparecía en forma de esqueleto. Creían asimismo aquellas tribus en la inmortalidad del hombre y sepultaban con el que moría joyas y armas, aunque según parece lo que no hacían era destruir la hacienda, ni despojar á la mujer ni á los hijos del difunto. No condenaban, como los patagones, á las viudas sin prole á vivir de la caridad ajena en cuanto fallecía su esposo. Gobierno tampoco tenían los puelches ninguno, como no fuese en la guerra. Tampoco en la paz prestaban servicio ni pagaban tributo á sus caciques, siendo tan amantes de la igualdad, que no consentían ni siquiera á sus jefes el uso de insignias de mando. Entre los aucas, los primeros capitanes llevaban debajo del hierro de sus lanzas una cinta colorada, y dos ó tres pies más abajo un penacho rojo; los inferiores un penacho de plumas blancas y la cinta roja con filete negro. Entre los puelches traían unos y otros la escueta lanza como el último soldado. Las ceremonias del nacimiento, de la pubertad, del matrimonio, eran poco más ó menos las mismas de los patagones. No se distinguían sino en ser algo más sencillas y rudas. Era también el matrimonio la venta de la novia: sólo la huérfana y la viuda disponían de su propia mano.

16. CHARRUAS.—«Al Nordeste de los pampas, en las riberas del Uruguay, conoció el Sr. Azara á los terribles charruas, de familia guaraní, según el naturalista aragonés, y diferentes de los Minianos,

antes exterminados que sometidos, y que en 1516 mataron al Capitán Solís; de color muy obscuro, casi negro, gruesa la testa, ancha la cara y nariz achata-da. Son grandes, usan como insignia viril el barbate, palito de medio palmo que atraviesa el labio inferior á raíz de los dientes, y su fisonomía es de aspecto duro y feroz, como su carácter, apreciado como el más fiero entre todos los americanos. Con todo, se-gún Azara, «el que pilla mujeres ó niños los lleva á su toldo ó choza y les agrega á su familia para que le sirvan, dándoles de comer hasta que se casan. Entonces, si es mujer se va con su marido, y si es varón forma familia y casa aparte, quedando tan libre é independiente como si fuese charrua y es reputado como tal».

«Otras muchas tribus, denominadas por él na-ciones—describe el zoólogo español—como los mi-nianes, que se confunden con los anteriores; los boanes, que son sus vecinos, y los chanas, habitantes en las islas del Uruguay. De todas ellas enumera sus caracteres y cuenta sus costumbres con gran acierto y exactitud, como quien las ha visto ó estu-vo en su propia comarca, donde podían ser de cerca conocidas, y yerra D'Orbigny cuando le censura de nada verídico, suponiendo que Azara atribuyó equi-vocadamente á estas gentes la feroz costumbre de la antropofagia. No hay tal; el distinguido natura-lista francés leyó al español con evidente ligereza y cortó el párrafo por lo mejor. No quiero yo (An-tón) dejar pasar esta ocasión de reparar esta injus-ticia, volviendo por el crédito del observador formal

y científico, de nuestro ilustre compatriota, y voy á leer aquí sus propias palabras: «La mayor parte de las relaciones é historias convienen en asegurar que casi todas las citadas naciones eran antropófagas, y que en la guerra usaban de flechas envenenadas; pero uno y otro lo creo falso.....» por donde se ve cómo D'Orbigny empezó á leer, pero no concluyó el párrafo de Azara.

Nada es preciso añadir de una raza de la que no se conserva más que el recuerdo, habiendo sido expuestos en Paris los últimos supervivientes de la misma. •

VI

Rama Patagónica.

1. ORIGEN Y RELACIONES.—Discútese acerca de la extensión é importancia de la familia *Patagona*, separada en su estricto sentido, por Quatrefages y los modernos antropólogos, de los Foguinos, que por la dolicocefalia y altura del cráneo se une á la raza fósil del Somidouro, aunque algunos suponen á ésta como el origen común á los Patagones propiamente dichos ó Tehuelches, si bien actualmente, según los datos recogidos por la Comisión exploradora del Cabo de Hornos, no es muy probable tal hipótesis, además que la mayoría de los cráneos conocidos como Patagones, y en especial los estudiados por Moreno y por los alemanes, son braquicéfalos; si bien los recogidos en los paraderos son doliocéfalos, aseverando la afirmación de las crónicas de Magallanes, que hablaba de los gigantes de cabeza larga de estas regiones.

Ultimamente ha confirmado la braquicefalia (85,6) de los Patagones, Martín ¹, que ha estudiado doce

1. Martín: *Alpatagonische Schaedel*. Zurich, 1896.

cráneos de la ribera izquierda del Río Negro, á 50 kilómetros del Carmen de los Patagones, pues á pesar de ser prehistóricos, difieren esencialmente del antiguo patagón dolicocefalo; once de estos cráneos aparecen deformados en la región parieto-occipital, y ocho son plagiocefalos, debiéndose la deformación al mismo origen que en las Pampas, ó sea á la costumbre de llevar los niños dentro de una cesta ó cajón, sujetos á ella por una correa en la frente. La capacidad craneal es bastante elevada, pues en los hombres el valor medio es de 1510 cm.³

Si á los anteriores datos se unen los aportados por D. Ramón de Lista, según el cual varían los índices de 71,2 á 78,5, queda probada la gran mezcla que presenta esta raza en los actuales tiempos, debida sin duda al primer elemento dolicocefalo, que es el foguino, y á uno posterior braquicefalo del grupo andense ó peruano. El Dr. Verneau ¹ supone dolicocefalos á los verdaderos patagones, y considera que los braquicefalos son Puelches de la Pampa, introducidos posteriormente, considerando como los más puros patagones á los Foguinos.

Habitan los individuos de esta raza el extremo límite de las tierras americanas desde Río Negro hacia el Sud, y allí los encontraron nuestros navegantes; y según Jerónimo de Herrera «son tan altos, que los españoles en su presencia parecen pigmeos, y llamáronlos Patagones por sus grandes pies»,

¹ Verneau, R.: *Les Races humaines*; primer tomo de las *Merveilles de la nature*, por Brehm. Paris.

si bien Paz Soldan deriva el nombre del quichu.

2. TEHUELCHES. — Grandes han sido los cambios y emigraciones de la raza patagónica, que, excepción¹ hecha de los indios pedestres de la parte oriental de la Tierra del Fuego, es decir, de la tribu de los Onas (que para nosotros son Foguinos), se dividen en dos grandes tribus, la septentrional y la meridional; ambas hablan el mismo idioma, aunque con distinto acento, estando los individuos de la última mejor conformados y siendo por término medio más robustos y mejores cazadores de bolas que los de la primera. El arco y la flecha son armas allí de todo punto desconocidas. Estos pueblos representan el tipo puro de los indios, que antes de la introducción del caballo vivían de la caza, de la pesca y de los frutos silvestres de las estepas; aun en la actualidad son en muy corto número los que van montados. A estos Tehuelches meridionales, que se mantienen por el territorio del Sud del río de Santa Cruz, llegando algunos de ellos hasta Punta Arenas, pertenecen los llamados gigantes patagones.

Desde el río Negro hasta Chupot se encuentra otra tribu que habla también un idioma distinto y cuyo cuartel general radica en Salinas, al Norte del río Negro: esta tribu llega en sus correrías hasta el río Santa Cruz, y por ende se roza con la llamada tribu meridional, conservándose, al parecer, entre una y otra el recuerdo de una antigua cohesión.

1 Pérez de Guzmán: *Descubrimientos y empresas de los españoles en la Patagonia*. Madrid, 1892.

Los individuos de estas tribus se casan entre sí, aunque sin abandonar por esto su división en clanes.

Con frecuencia en un mismo territorio son los nómadas más corpulentos y vigorosos que los agricultores. Las tribus meridionales ofrecen á menudo un color más obscuro que las septentrionales, lo cual depende probablemente de su género de vida, que les expone más á la acción del sol y del aire; el color de las mujeres es más claro que el de los hombres, quienes se muestran orgullosos del tinte obscuro de su piel y de las cicatrices que pueblan sus cuerpos. Los individuos raquíticos escasean; en cambio abundan los hombres de elevada estatura; los que menos de estos últimos cuentan en su seno son los indios de las Pampas, á pesar de lo cual, la fuerza muscular de su brazo es á menudo extraordinaria, permitiéndoles á veces lanzar las pesadas bolas para la caza del avestruz á una distancia de 70 brazas. Musters habla también de la excepcional aptitud para las marchas que caracteriza á los tehuelches, á quienes vió hacer en este género cosas sorprendentes, con la particularidad de que pueden pasar mucho tiempo sin comer sin gran menoscabo de sus fuerzas.

Estos indios se arrancan la barba, las cejas y las pestañas, y en lo posible todo el pelo del cuerpo; antiguamente eran usuales entre ellos las tonsuras, y sus mujeres llevaban unos peinados á modo de peinetas, dejando completamente calvo el resto de la cabeza. Los cabellos sólo se dejaban sueltos en señal de tristeza. En la actualidad cuidan los hom-

bres mucho de sus hermosas cabelleras, y cada mañana se las hacen cepillar por sus mujeres, que emplean para ello cepillos de pelos de cerdo ó de oso hormiguero. Los individuos de los dos sexos se taracean distintos signos, según el pueblo á que pertenezcan, siguiendo el procedimiento de introducir ceniza ó tierra azul en las incisiones previamente hechas en la piel. Antiguamente el taraceado en el rostro, brazos y pecho, que se hacía al entrar en la pubertad, era tanto más abundante en las mujeres cuanto más elevada era la posición de éstas; pero hoy en día los patagones sólo se tatúan, por regla general, el antebrazo. En las tribus meridionales hombres y mujeres se pintan la cara, y á veces también el resto del cuerpo, con una mezcla de ocre encarnado ó de tierra negra y grasa, pues hasta ellos no ha llegado la pintura con jugos vegetales que tanto usan los indios tropicales de la América del Sud. Actualmente han desaparecido, al parecer, las deformaciones de la cabeza propiamente dichas, cuyas huellas se observan en los cráneos de las tumbas de las cercanías de Buenos Aires, debidas, no á un objeto determinado y concreto, sino á la costumbre, desde edad muy temprana, de atar la cabeza con una venda para contener el cabello y tener un punto de apoyo para llevar cargas.

Por modo extraño ¹, las armas de estos nómadas no son el arco y la flecha, tan extendidas entre los

1 Ratzel, F.: *Las razas humanas*, traducción española. Barcelona, 1889.

pueblos de jinetes y pastores, sino la lanza, las bolas arrojadas y el lazo. Pigafetta describe á los patagones armados con flecha y arco. Olivier van Noort menciona entre los foguinos, además de los largos venados, «unas grandes y pesadas porras, atadas á una larga cuerda». Muster opina que la afirmación de Pigafetta sólo puede referirse á los foguinos ó pamperos del río Negro, pues en ningún territorio del SE. se encuentra un arco. También Dabrizhoffer, hablando de los indios de las Pampas, hace mención del arco, de la lanza y de las bolas, y dice que el arco y la lanza existían entre los abipones, siendo el arco la principal arma, hasta entre los guaraníes del Uruguay. Sin embargo, es digno de notarse, y ha de tenerse en cuenta, sean cuales fueren las conclusiones que se formulen acerca de las causas que motivan el armamento especial de cada pueblo, que en las Pampas se han encontrado puntas de flecha prehistóricas, y que lo prehistórico puede muy bien ser en estas regiones de fecha relativamente reciente. Los indios que habitan actualmente en Buenos Aires, territorio en donde hace algunos años se hizo un importante hallazgo de esta clase, decían que sus antepasados se establecieron en 1781 en esos lugares; que encontraron la comarca tal como es hoy en día; que los indios que la habitaban no tenían más armas que las bolas, las bolas perdidas y el lazo; que montaban á caballo y que nunca se vieron en ellos flechas, ni venablos con punta de piedra, tales como se encuentran en yacimientos prehistóricos. Con esto coincide

una opinión que expresó Preschel sobre el descubrimiento de estas armas arrojadizas, á saber: que el origen de las mismas se debía á la pobreza de piedra que se observa en las Pampas.

En efecto: en vista de esta escasez de piedra que distinguia á estos territorios, hubieron, en su sentir, de arbitrar los patagones, que descendían de los Andes, un medio para que el tirador no perdiera á cada golpe una piedra, sino que pudiera conservarla y utilizarla de nuevo, naciendo de este modo la piedra arrojadiza con las bolas. Andando el tiempo se utilizó la cuerda sin bolas, resultando de aquí el lazo que, aun en la actualidad, manejan con sin igual destreza los gauchos ó pastores mestizos de la Argentina, hasta el punto de preferirlo á los fusiles para la persecución y aprehensión de un enemigo. Hay bolas pequeñas para los pájaros, y grandes para los hombres y la caza mayor: los pamperos vigorosos llegan á lanzarlas á una distancia de 70 varas, y los soldados españoles temían más á los indios provistos de estas armas que armados con fusiles. Las bolas perdidas son bolas sueltas y toscamente trabajadas. Las lanzas, propiamente dichas, de los araucanos, son sumamente ligeras y su longitud excede de 5 metros; el mango de las mismas es de una caña muy estimada, algo parecida al bambú.

El alimento principal de estos pueblos es la carne, siendo preferida, por lo menos entre los tehuelches, la de caballo. Dice Dabrizhoffer, hablando de los españoles del territorio del Plata, que pasaban días enteros sin probar los cereales; con mayor razón

puede, pues, suponerse que los indios sólo se alimentan de sus rebaños y de la caza. Los pocos alimentos vegetales de sus comidas búscanlos las mujeres en la selva y en el campo, recogiendo preferentemente las semillas de araucaria para comerlas y las bayas de berberis, con las cuales se preparan una bebida espirituosa. Musters observó que los patagones no eran tan glotones como con tanta frecuencia los pintaban las descripciones de los viajeros; no comen á horas determinadas, sino cuando tienen apetito, y sólo comen mucho cuando están abundantes de provisiones.

FIN DEL TOMO III

ÍNDICE

ANTROPOLOGÍA DESCRIPTIVA

	<u>PÁGINAS</u>
Advertencia del tomo III.....	7
Parte cuarta.—Clasificación de las razas.	
I. Fundamento y clasificaciones antiguas.	
1. La especie y la raza en las clasificaciones étnicas.....	10
2. Valor relativo de los caracteres en la clasificación de los grupos humanos.....	11
3. Las clasificaciones prelinneanas.....	15
4. Linneo, Blumenbach y Cuvier.....	18
5. Retzius, d'Halloy y Saint-Hilaire.....	21
6. Clasificaciones poligenistas.....	25
II. Clasificaciones modernas.	
1. Muller, Haeckel, Huxley y Topinard.....	28
2. Método natural de Quatrefages.....	33
3. Los tipos étnicos fundamentales.....	39
4. Clasificación del Sr. Antón.....	42
Parte quinta. — Prehistoria.	
I. Definiciones y clasificaciones.	
1. Prehistoria y protohistoria.....	53
2. El hombre fósil.....	57
3. Divisiones y criterios de clasificación.....	61

4. Yacimientos prehistóricos.....	64
5. Clasificaciones prehistóricas. Lartet, Vilanova, Mortillet, Cartailhac, Sálmon y Piette.....	68
II. La era cuaternaria y sus razas.	
1. Los tiempos prehistóricos: hombre terciario.....	81
I. CUATERNARIO.—GEOLOGÍA.	
2. Carácter y divisiones.....	83
3. Clima y fauna.....	85
4. Yacimientos.....	87
5. El hombre cuaternario antiguo.....	90
II.—RAZAS CUATERNARIAS.	
6. División.....	93
A. Razas dolicocefalas.	
a. Raza de Neanderthal ó Canstadt.	
7. Caracteres físicos.....	95
8. Civilización, industria y relaciones.....	99
9. La primera época cuaternaria en España..	101
b. Raza de Cro-Magnon.	
10. Yacimientos y caracteres.....	105
11. Distribución y emigraciones.....	107
12. Industria y vida.....	109
13. La segunda época cuaternaria y la raza de Cro-Magnon en España.....	114
14. Raza de Alhama.....	123
B. Razas braquicefalas.	
15. Sus principales tipos.....	125
III. Tiempos actuales.	
A.—EDAD NEOLÍTICA.	
1. Carácter y límites.....	131
2. Industria y cultura.....	133
3. Transición y origen de esta industria.....	138
4. Razas neolíticas.....	141

B.—YACIMIENTOS.

5. Cavernas y grutas.....	146
6. Paraderos.....	155
7. Turberas.....	157
8. Monumentos megalíticos: dólmenes.....	159
9. Túmulos y otros megalitos.....	166
10. Habitaciones lacustres.....	169

IV. Edades del metal.

1. Caracteres y yacimientos.....	174
2. Sepulturas.....	175
3. Construcciones varias.....	177
4. <i>Edad del cobre</i>	179
5. <i>Edad del bronce</i>	183
6. <i>Edad del hierro</i>	186
7. Razas de las edades del metal.....	189
8. Las edades del metal en España.....	191

V. Prehistoria americana.

1. Carácter y división.....	197
2. Razas fósiles.....	201
3. Paraderos, terrormontes y pueblos.....	208

ETNOGRAFÍA. — RAZAS AMERICANAS

I. Generalidades.

1. Antropología de América.....	219
2. Los españoles en la antropología americana.....	222
3. Razas americanas; su clasificación.....	226
4. Origen de los americanos. — <i>A.</i> Hipótesis antiguas.....	232
<i>B.</i> Hipótesis asiáticas.....	238
<i>C.</i> Hipótesis actuales.....	242

5. Elementos etnogénicos de América: raza amarilla	249
Razas blancas.....	252
Razas negras.....	257
Razas oceánicas. Teoría de M. Hamy....	259
6. Caracteres comunes y generales.....	261
II. Rama protoamericana.	
1. Caracteres, origen y extensión.....	269
2. Raza esquimal.....	272
3. Raza botocuda.....	275
4. Raza fognina.....	278
III. Rama norteamericana.	
1. Límites y caracterización.....	282
2. Indios del Pacífico	284
A. RAZA OREGÓNICA.	
3. Chinucos.....	285
B. RAZA CALIFÓRNICA.	
4. Caracteres y pueblos.....	287
C. RAZA PIEL-ROJA.	
5. Caracteres generales y división.....	289
a. <i>Subraza canadense.</i>	
7. Chipewayos y Apaches.....	295
b. <i>Subraza mississípica.</i>	
8. Extensión y división	297
9. Pueblos de esta subraza	298
c. <i>Subraza pueblense.</i>	
10.	300
D. RAZA MEJICANA.	
11. Origen y pueblos que comprende.....	305
12. Mayas y Aztecas.....	310
13. Chichimecos y tribus actuales.....	312
IV. Rama atlántico-americana.	
1. Su fundamento y extensión	316
2. Origen y divisiones de la raza pensilvánica	318

3. Algonquinos é Iroqueses.....	319
4. Cheroqueses.....	321
V. Rama sudamericana.	
1. Carácter general y división.....	323
<i>A. RAZA ANDENSE.</i>	
2. Extensión y división.....	326
<i>a. Subraza muisca.</i>	
3.....	328
<i>b. Subraza peruana.</i>	
4. Extensión y pueblos.....	329
5. Deformaciones craneanas.....	336
6. Civilización Inca y Aimará.....	338
7. Yucarerés y Guarayos.....	340
<i>B. RAZA CARIBE.</i>	
8. Situación y pueblos que comprende.....	341
9. Guaranís y Tupís.....	344
10. Caribes.....	347
11. Jíbaros.....	350
<i>C. RAZA CHIQUITA.</i>	
12. Chiquitós y Moxos.....	352
<i>D. RAZA PAMPENSE.</i>	
13. Situación y pueblos.....	354
14. Araucanos.....	356
15. Puelches.....	358
16. Charruas.....	360
VI. Rama patagónica.	
1. Origen y relaciones.....	363
2. Tehuelches.....	365

